

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS DE LAS RELIGIONES



**LAS FIGURAS FEMENINAS Y LA DIMENSIÓN
RELIGIOSA EN LA OBRA NARRATIVA DE JOSÉ
JIMENEZ LOZANO.**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Victoria Howell

Bajo la dirección del doctor

José Paulino Ayuso

Madrid, 2010

- ISBN: 978-84-693-0684-0

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
INSTITUTO DE CIENCIAS DE LAS RELIGIONES**

**LAS FIGURAS FEMENINAS Y LA DIMENSIÓN
RELIGIOSA EN LA OBRA NARRATIVA DE
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO**

TESIS DOCTORAL

VICTORIA HOWELL

DIRECTOR: JOSÉ PAULINO AYUSO

**MADRID
2008**

A la memoria de Sonia Muñoz-Alonso

No sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense yo dejáreis de hacer lo que os suplican. No aborrecisteis, Señor, cuando andábais en el mundo, las mujeres. Antes las favorecisteis siempre con mucha piedad [...] y hallásteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres [...] [Algunos pretenden] que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa. No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces de este mundo, que como son los hijos de Adán, y en fin todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos [...] porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimas virtuosas, aunque sean de mujeres.

Teresa de Jesús, *Camino de perfección* (III, 7)

“Thank you,” said Rodney seriously. “We—my wife and mother, rather—are very fond of gooseberries. We often eat them in one form or another.”

“Perhaps they are more a woman’s fruit,” said Sybil, “like rhubarb. Women are prepared to take trouble with sour and difficult things, whereas men would hardly think it worthwhile.”

Barbara Pym, *A Glass of Blessings*

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	6
1. Objeto y método de la investigación.....	6
2. Estado de la cuestión.....	8
CAPÍTULO 1: JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO Y SU OBRA.....	16
1. Biografía literaria.....	16
2. Las razones de un escritor.....	31
CAPÍTULO 2: ASPECTOS DE LA DIMENSIÓN RELIGIOSA EN LA OBRA NARRATIVA DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO	
1. Introducción.....	56
2. Novelas.....	56
2.1 <i>El sambenito</i>	73
2.2 <i>Parábolas y circunloquios del Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)</i>	81
2.3 <i>El viaje de Jonás</i>	91
3. Cuentos.....	102
3.1 <i>El santo de mayo</i>	102
3.2 <i>El grano de maíz rojo</i>	127
3.3 Otros cuentos.....	145
CAPÍTULO 3: LAS FIGURAS FEMENINAS Y LA DIMENSIÓN RELIGIOSA EN LA OBRA NARRATIVA DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO.....	158
1. Introducción.....	158
2. Mujeres de la Biblia.....	225
2.1 <i>Novelas: Sara de Ur</i>	225
2.2 Cuentos.....	240

3. Monjas.....	247
3.1 Las monjas de Port-Royal.....	247
3.1.1 Novelas: <i>Historia de un otoño, Teorema de Pitágoras</i>	247
3.2 Teresa de Jesús.....	273
3.2.1 Novelas: <i>Maestro Huidobro, Las gallinas del Licenciado</i>	273
3.2.2 <i>La boda de Ángela, Carta de Tesa</i>	283
3.2.3 Cuentos.....	299
3.3 Otras monjas.....	307
3.3.1 Novelas: <i>La salamandra</i>	307
3.3.2 Cuentos.....	329
4. Otras mujeres.....	334
 CONCLUSIÓN.....	 349
 BIBLIOGRAFÍA.....	 352

INTRODUCCIÓN

1. Objeto y método de la investigación

El presente trabajo constituye la continuación de una línea de investigación iniciada durante los cursos de doctorado del Instituto de Ciencias de las Religiones, y que condujo a la presentación en 2001 de un estudio sobre la imagen de la monja en la novela modernista española, publicada posteriormente bajo el título de *Monjas pintadas*¹. Coincidiendo con los años de investigación y preparación de ese trabajo, la lectura de las obras de José Jiménez Lozano nos fue convenciendo, paulatinamente, de la importancia de dos aspectos concretos de la escritura de este autor: la dimensión religiosa presente en numerosos momentos y en todos los géneros literarios que ha practicado durante su larga trayectoria profesional, y la notable presencia y fuerza de los personajes femeninos que protagonizan un gran número de sus novelas y cuentos. Nos llamaba la atención particularmente la manera en que Jiménez Lozano trataba estas figuras femeninas en relación con la dimensión religiosa de la vida, manifestado especialmente en las historias de mujeres tomadas de los relatos bíblicos, así como en las narraciones que tienen como protagonistas a las monjas, algunas de ellas figuras históricas y otras creadas por el autor.

¹ Victoria Howell, *Monjas pintadas: la imagen de la monja en la novela española*. Con epílogo de José Jiménez Lozano. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2005.

El método escogido para profundizar en este aspecto concreto de la obra de Jiménez Lozano se detalla a continuación:

- 1) Un primer capítulo introductorio en el que se examina tanto la biografía literaria del autor, como sus propias reflexiones sobre el «oficio del escritor» y sobre aquellos aspectos de su trayectoria que sirven para iluminar los dos temas fundamentales tratados en este trabajo;
- 2) Un segundo capítulo en el que se expone un análisis cronológico de la presencia de la dimensión religiosa en la obra del autor, analizando a continuación aquellas novelas y relatos que hacen particular hincapié en este aspecto;
- 3) Un tercer capítulo en el que se presenta en primer lugar, un panorama general del tratamiento dado por Jiménez Lozano a los personajes femeninos en su narrativa, y en un segundo momento, la exposición de aquellas obras narrativas protagonizadas por mujeres en los que la dimensión religiosa es más significativa.

Los asuntos tratados en este trabajo son de una notable riqueza y complejidad, y el presente trabajo no pretende resolver todos los interrogantes que suscitan. Sí pretende, sin embargo, hacer una aportación que pueda iluminar y completar dos aspectos fundamentales de la obra de Jiménez Lozano que hasta la fecha no han recibido la atención que consideramos que se merecen.

2. Estado de la cuestión

En 1980 Jiménez Lozano anotaba en su diario que el manuscrito de su cuarta novela, *Duelo en la Casa Grande*, «no ha tenido aceptación editorial. Parece que nadie lo quiere. Pero yo sé que el libro es honesto [...] y creo sinceramente que la novela permite desvelar un trozo de realidad que no ha sido desvelado y que el lenguaje otorga realmente vida a los personajes y al suceso. De esto estoy seguro»². Tres años más tarde verá la luz el primer trabajo colectivo sobre la obra de Jiménez Lozano en un número extraordinario de la revista *Anthropos*, que incluía artículos escritos por varios críticos literarios y especialistas en la literatura, la historia y la filosofía españolas, que con el tiempo se convertirían en estudiosos y comentaristas habituales del autor, así como un ensayo de Jiménez Lozano titulado «Desde mi Port-Royal». En su artículo titulado «Jiménez Lozano, un buceador de la trascendencia», Rafael Conte describía al autor como un «pensador obsesionado por lo espiritual [...] un investigador, resueltamente radical y personal, de eso que podría llamarse *lo religioso*», cuyos «descubrimientos son desoladores, y dejan poco lugar para una salvación final: pero es el sino de la gran novela religiosa de nuestro tiempo, de Graham Greene a Bernanos. Ese tipo de novela que apenas existe en España, y de la que José

² *Los tres cuadernos rojos*, op. cit., 78. Un apunte de 1982 indica que «De Barcelona me traje publicado *Duelo en la Casa Grande*. RC cree que es una buena novela. Más vale que no se equivoque.» (156). En *Segundo abecedario* (Barcelona, *Anthropos*, 1992, 113-114) aparece el siguiente apunte correspondiente al año 1985: «El amigo W. me comenta con su minuciosidad y su agudeza de siempre *Duelo en la Casa Grande*, y me dice que no me deje acorrallar por la crítica, que parece querer hacer de mí un *écrivain catholique* para sacudirse las manos, sin más, tras ponerme la etiqueta. Acorrallar, desde luego, no me van a acorrallar. No necesito reconocimientos para seguir escribiendo [...] Me siento lo suficientemente sostenido por mis antepasados, y mi puñado de fieles lectores.»

Jiménez Lozano erige una muestra cálida, rigurosa y flexible a un tiempo; serena y bastante solitaria»³. El profesor estadounidense Thomas Mermall, en su análisis del cuento «El herbolista» de *El santo de mayo*, señalaba la preocupación de Jiménez Lozano por «la “otra España” espiritual», así como la influencia que, en su opinión, habían ejercido sobre el autor los estudios de Américo Castro sobre las culturas judía y musulmana en España, y el «cristianismo existencial de Unamuno».

Es cierto que hemos tenido en España novelistas y poetas, tanto seculares como creyentes---por ejemplo, Blas de Otero, Miguel Delibes---que se han servido de motivos religiosos para llamar la atención sobre el desamparo espiritual del hombre moderno. Pero Jiménez Lozano es el primer escritor de talla que se ha enfrentado con la crisis de la fe desde la conciencia católica misma y renovado el género religioso⁴.

Francisco Javier Higuero, el estudioso más prolífico de la obra de Jiménez Lozano, encontraba en la colección de ensayos biográficos *Retratos y soledades* el común denominador de «los conflictos surgidos por el afán de querer ser libre, y los obstáculos que desde diversas vertientes se oponen a esta ansia liberadora» y

³*Anthropos*, núm. 25, extraordinario 3, 1983, 64-66. En su recensión de *Los tres cuadernos rojos* («La competencia del pecado. Diario de un cristiano paciente», *El País, Libros*, 31 de diciembre, 1986, 2) Conte afirmaba de Jiménez Lozano que «Se le suele considerar como un escritor fundamentalmente religioso, pero habría que matizar la expresión. No es un apologeta, ni un proselitista, y aborrece toda suerte de sermón. Es simplemente una conciencia, un testigo, un acusador muchas veces—siempre sin acritud—que reflexiona sin cesar sobre el contenido moral y ético de la vida humana, sobre el sufrimiento y el dolor y sobre la trascendencia, ese dato fundamental que posiblemente constituye en su opinión el motor último de nuestros comportamientos».

⁴«José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso», *Anthropos*, ib., 66-67.

señalaba que «la relación entre sufrimiento y libertad, y el papel de la fe religiosa dentro de esta relación son temas constantes en la obra de nuestro autor»⁵. El filósofo Manuel Reyes Mate, por su parte, centraba su reflexión en el libro-ensayo *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, encontrando en él más que un libro histórico o político, una profunda «reflexión filosófica sobre la verdadera historia del pueblo español» que demuestra que los cementerios civiles «han sido lugares privilegiados de la lucha mantenida por personas y corrientes laicas contra las pretensiones del clericalismo político y cultural»⁶. El monográfico de *Anthropos* concluía con un breve ensayo del autor titulado «Desde mi Port-Royal» en el que afirmaba que siempre ha escrito «al margen de la moda [...] y lejos de los círculos literarios [...] Así es cómo he preferido hacer las cosas y cómo espero seguir haciéndolas: y ya sé que esto tiene un precio.» A esta «limitación» suya, Jiménez Lozano añadía con ironía que sus libros abordan temas e historias «tan seguros de entusiasmar al público, a los “mass media” e incluso a las élites del poder cultural, como la muerte, las desazones de la vida espiritual, los problemas de la vida interior, el lado irrisorio de la fe cristiana, y rostro miserable de los más aplastados, la cara oculta de la historia que suele ser atroz, la urdimbre del cainismo español o cosas así [...] es indudable que el destino de esos libros queda marcado: es posible que su vida resulte más que difícil, pero eso mismo pienso yo que será lo que les salve de la irrelevancia». El autor se consideraba «algo así como un desarraigado y un marginal de la cultural española de hoy», un inconformista y crítico

⁵«La problemática de la libertad en “Retratos y soledades” de Jiménez Lozano, *Anthropos*, ib., 71, 74.

⁶«La muerte de los españoles o las razones de su malvivencia en “Los cementerios civiles y la heterodoxia española”, ib., 77-78.

de la sociedad en la que vive, algo que es inevitable «si se quiere escribir en vez de hacer el bufón complaciente de todos los perjuicios sociales y culturales, y si se tiene la pretensión de señalar, al menos a un puñado de lectores, “la salamandra” en el pozo y no de entretenerlos con tebeos»⁷.

En la década de los años 90, después de que Jiménez Lozano ganara los tres prestigiosos premios literarios citados anteriormente, empiezan a aparecer estudios monográficos más amplios sobre la totalidad de su obra hasta la fecha. La recepción por parte del autor del Premio Nacional de las Letras, en 1992, lleva a la celebración de unas conferencias y mesas redondas patrocinadas por el Ministerio de Cultura y la posterior publicación de la mayor parte de las ponencias en un volumen conmemorativo⁸. Entre estos trabajos, que tratan de los distintos aspectos de la obra de Jiménez Lozano—narrativa, ensayo, poesía, periodismo—habría que destacar los de Reyes Mate y F. J. Higuero, sobre la dimensión *anamnética* o *intrahistórica* que se manifiesta en tantos de los ensayos, cuentos y novelas del autor⁹; el de Gabriel Albiac, que hace hincapié en la «pasión por la alteridad» de Jiménez Lozano, y muy particularmente por la presencia de «lo judío» en la cultura y la historia de España; y los de T. Mermall y R. Conte que tratan, en el primer caso, de la estética y la mística en la obra del autor, y en el segundo, de la aparente «dispersión» de

⁷ *Anthropos*, ed. cit., 79.

⁸ *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras 1992*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1994.

⁹ Según Higuero, «Son, de hecho, los personajes anamnéticos de los relatos breves de Jiménez Lozano, insertos en la intrahistoria, los que con una voz llena de vacilación y con construcciones gramaticales incorrectas desde un punto de vista sintáctico, en definitiva están manifestando los saldos pendientes de una historia de la modernidad, basada sobre el poder del más fuerte.» («El fondo intrahistórico de la narrativa de Jiménez Lozano», en *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras 1992*, op. cit., 73.)

la misma, que esconde «un centro inexorable» que consiste en una «constante fluidez entre tanta raíz y tanta convicción por un lado y tanta apertura y universalidad por el otro»¹⁰. Durante estos años aparecerán también los tres libros de F. J. Higuero dedicados a la narrativa de Jiménez Lozano. En *La imaginación agónica de Jiménez Lozano*¹¹ Higuero estudiaba la «narrativa histórica» del autor desde la perspectiva de los temas tratados, la caracterización de los personajes, y las técnicas literarias y aspectos estilísticos¹². *La memoria del Narrador: La narrativa breve de Jiménez Lozano*¹³ aborda el análisis de los relatos de Jiménez Lozano publicados entre los años 1976 y 1993, utilizando una metodología de análisis literaria diferente a la empleada en su primer libro, procedente del estructuralismo narratológico, la semiótica y la deconstrucción, método este último que será empleado también en *Estrategias deconstructoras en la narrativa de Jiménez Lozano*¹⁴, en el cual Higuero explora este aspecto en las once novelas publicadas por el autor entre 1976 y 1996.

A partir del año 2002, año en que Jiménez Lozano recibió el Premio Cervantes, aparecen varias monografías y obras colectivas que reflejan la intensificación del interés, tanto por parte de la crítica como del público lector, en la escritura del autor. En la colección de estudios publicado por la Universidad de Valladolid y la Junta de Castilla y León se recogen las aportaciones de diversos comentaristas de larga trayectoria en la interpretación de la obra

¹⁰ «El narrador y su mundo: Una literatura de salvación», op. cit., 111.

¹¹ Valladolid, Ámbito Ediciones, 1991.

¹² Es interesante notar que en este libro Higuero no hace mención de *La salamandra*, una novela que comparte con *Parábolas y circunloquios del Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)* un protagonista ficticio y una pronunciada ambientación histórica, sin ofrecer ninguna explicación para esta omisión.

¹³Valladolid, Ámbito Ediciones, 1993.

¹⁴ Rock Hill, South Carolina, Spanish Literature Publications Company, 2000.

de Jiménez Lozano (F. Higuero, L. Bonnín, J. Forbelsky, J. A. González Sainz, A. Trapiello), así como un importante estudio de J. M. Pozuelo Yvancos sobre las «fábulas» del autor (*Sara de Ur, El mudejarillo, Maestro Huidobro, y El viaje de Jonás*), que reflejan su «singularidad» en el panorama literario actual, al mismo tiempo que ponen de manifiesto su «apuesta estética y ética por la narración como forma de transmitir una sabiduría»¹⁵. La revista *Anthropos* dedica un número monográfico a Jiménez Lozano en el año 2003, que incluye varios textos del autor, así como breves ensayos de diversos críticos y especialistas que tratan los distintos géneros practicados por el escritor, de sus temas preferidos y de las claves para la lectura de su obra¹⁶. Dos años más tarde aparecerán sendas obras imprescindibles para el conocimiento en profundidad de dos vertientes de la obra de Jiménez Lozano: la antología de sus cuentos publicada por A. Medina-Bocos, cuyo estudio preliminar es, a pesar de su brevedad, tal vez el mejor análisis global del autor y su escritura publicado hasta la fecha¹⁷; y el estudio de José R. Ibáñez sobre la ensayística de Jiménez Lozano que, utilizando la intertextualidad como enfoque, analiza la presencia en estos escritos de la influencia de Américo Castro y la preocupación del autor por la mística, el jansenismo y la teología luterana, así como por el discurso religioso y filosófico de la modernidad y la postmodernidad¹⁸. El año 2006 verá la

¹⁵ José María Pozuelo Yvanco, «José Jiménez Lozano: fábulas pequeñas de historias memorables», en *José Jiménez Lozano*, Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, 2003, 48.

¹⁶ *Anthropos*, no. 200, junio-septiembre, 2003.

¹⁷ José Jiménez Lozano, *Antología de cuentos*, (Amparo Medina-Bocos, ed.), Madrid, Cátedra, 2005.

¹⁸ José Ramón Ibáñez Ibáñez, *La escritura reivindicada. Claves interpretativas en los ensayos de José Jiménez Lozano*, Junta de Castilla y León, 2005. El libro

publicación de las ponencias presentadas en el coloquio celebrado en homenaje al autor en la Universidad de Navarra en marzo de 2004, entre las cuales merecen destacarse la de Álvaro de la Rica sobre los ensayos *dialogados* del autor que tratan de temas artísticos y literarios; de A. Kovrova, en la que se contrastan diversos aspectos de la técnica narrativa de Dostoievski y Jiménez Lozano¹⁹, y la de G. Arbona sobre la «complicidad» del escritor con Flannery O'Connor²⁰, tema que será examinado en mayor profundidad en el «prólogo-coloquio» con Jiménez Lozano que introduce la edición de cuentos de la escritora norteamericana publicada por Arbona, también en 2006²¹.

En cuanto a la visión de críticos y estudiosos académicos sobre la obra de Jiménez Lozano, se puede señalar el énfasis sobre el contenido religioso de la misma, reflejado tanto en su dimensión histórica como teológica, presente en los estudios y artículos dedicados a las primeras novelas y cuentos. Este análisis fue acompañado casi siempre por la reflexión sobre la «particularidad» de la visión del mundo del autor y su lejanía de las tendencias o modas predominantes en la escritura de la época. Los comentaristas de los años 80 dejaron constancia de la preocupación de Jiménez Lozano por los heterodoxos y perdedores de la historia, por la libertad de conciencia y la autonomía del individuo frente al poder, así como la particular atención del autor hacia los olvidados de la historia cuya voz se ha tenido poco en

está basado en la tesis doctoral del autor, dirigida por F. Higuero en Estados Unidos.

¹⁹«Fiódor Dostoievski y José Jiménez Lozano» en *Homenaje a José Jiménez Lozano*, Barañáin, Ediciones de la Universidad de Navarra, 2006, 127-148.

²⁰«La naturaleza del contar: las afinidades literarias entre José Jiménez Lozano y Flannery O'Connor» en *Homenaje a José Jiménez Lozano*, op. cit., 149-186.

²¹Flannery O'Connor, *Un encuentro tardío con el enemigo*, (Gretchen Dobrott, trad.), Madrid, Ediciones Encuentro, 2006.

cuenta en la gran tradición literaria. Más recientemente, el estudio de la obra de Jiménez Lozano ha empezado a centrarse en cuestiones específicamente literarias, además del análisis temático predominante en las primeras críticas, y una mayor apreciación de la influencia que han ejercido otros escritores en el desarrollo del discurso del autor. Falta todavía una mayor profundización en la cuestión del lugar que ocupan José Jiménez Lozano y su obra narrativa en el panorama general de las letras españolas de finales del siglo XX y principios del XXI. No es, sin embargo, el objetivo de esta tesis, ni el método seguido en ella, abarcar un análisis literario de las novelas y cuentos de Jiménez Lozano; tampoco se pretende en este trabajo situar la obra del autor en el contexto más amplio de la literatura española contemporánea. Lo que se ofrece en los siguientes capítulos es un acercamiento a los diversos aspectos de la dimensión religiosa presente en un número significativo de sus obras narrativas, destacando especialmente la riqueza y la complejidad de la experiencia religiosa reflejadas en aquellos novelas y cuentos protagonizados por figuras femeninas.

CAPÍTULO 1

José Jiménez Lozano y su obra

1. Biografía literaria

En 1996, cuando llevaba una carrera periodística y literaria de casi cuarenta años, José Jiménez Lozano afirmaba que «no sólo no me disgusta ser así una especie de escritor secreto [...] o “privado” como me gusta a mí decir, sino que creo que es lo más a que podría aspirar un escritor: que sus libros se encuentren con alguien o ese alguien con sus libros en un plano de intimidad profunda, de apasionamiento, de compañía»¹. La natural tendencia del autor hacia la sencillez y la discreción con respecto a todo lo que atañe a su vida privada ha ido acompañada, desde el principio de su trayectoria, del temor de «contaminar» su obra con su «yo»²:

Yo querría que se leyesen y se amasen mis libros, pero que se olvidase el nombre de quien los escribió. Y no es que no me importe el afecto o el aprecio de los demás: me importa del todo y es lo que me ayuda a vivir; pero

¹ José Jiménez Lozano y Gurutze Galparsoro, *Una estancia holandesa. Conversación*, Barcelona, Anthropos, 1998, 20.

² «No hay nada más insoportable en un escrito que lo que Saint-Cyran llamaba “el mal aliento”, el rastro o baba del yo». *Segundo abecedario*, Barcelona, Anthropos, 1992, 214. Un poema del autor titulado «Santidad» (*Elegías menores*, Valencia, Pre-Textos, 171) también recoge este sentimiento: «Considera la santidad del pensamiento / y la palabra. / Al enunciarlos o escribirlos, / rodéalos de silencio, y tu yo no los toque. / Ni los adjetivos.»

¡tengo tanto miedo al «yo», a la vanidad, al orgullo, a la estupidez, a la condición de «autor», a la gloria! Aunque no sea más que lo que envejece y madura y le convierte a uno en muñeco, en mortaja; pero también y sobre todo porque el triunfo de un «yo» se hace siempre, como todos los triunfos, con sangre ajena.³

«Mi biografía personal», ha escrito, «no tiene la menor importancia, y no rebasa los límites convencionales de la de un pequeño burgués instalado en el campo en un medio refugio y medio exilio; pero de todos modos ya queda también transparentada—y conecta vida con escritura y a la inversa—en los dos libros “Diarios” publicados. Y, por lo demás, como para cada ser humano, también en el caso del escritor pienso que donde mejor está su alma, y donde debe estar a solas, es en su almarío»⁴. Sin embargo, ciertos detalles contados por el autor en diversas entrevistas, conferencias y obras ensayísticas, o por personas que le conocen desde su infancia y juventud, nos permiten conocer determinados aspectos de su

³ José Jiménez Lozano, *Los tres cuadernos rojos*, Valladolid, Ámbito, 1986, 43.

⁴ José Jiménez Lozano, *Unas cuantas confidencias*, Valladolid, Ministerio de Cultura, 1993, 9. Esta actitud se refleja igualmente en una anécdota contada por Miguel Delibes en un artículo de 1961 titulado «Un cristiano consecuente», recogida en la antología *Vivir al día (Obra completa*, tomo V, Barcelona, Destino, 1975, 90-92), y publicada posteriormente como epílogo al primer libro de Jiménez Lozano, *Un cristiano en rebeldía* (Salamanca, Ediciones Sígueme, 1963, 178-179). «A Pepe Lozano no le encandilan los puestos para toda la vida, ni le preocupan los seguros de invalidez, ni le tientan las reuniones sociales. Dios proveerá. La inestabilidad, que tanto abrume a nuestros coetáneos, es para Lozano lo que el agua para el pez. “Pero, Pepe, ¿no tienes tú la licenciatura en derecho, media carrera de letras, el título de periodista, el...” “Y eso qué importa?” Nada importa nada sino mostrarse consecuente con las ideas que uno predica. Pepe Lozano lleva esas ideas a extremos inconcebibles. Hace unos meses apareció en mi despacho, la boina en la cabeza, una sonrisa ancha de oreja a oreja: “El lunes me caso.” “Pero, Pepe, así, sin...”. “El matrimonio es un sacramento, no una fiesta. De todos modos, si quieres ir...”».

biografía personal y apreciar su relación con algunos personajes y temas que figuran en su obra narrativa.

José Jiménez Lozano nació en Langa, un pueblo de la Moraña abulense, en 1930. Su padre era secretario de ayuntamiento, y de su familia ha dicho el autor que «era de derechas sin forofismos» y que le educó «en una cosa importante: la repugnancia a la violencia. Pero estoy hablando, incluso, de la violencia de un portazo».⁵ Sus recuerdos de la infancia le parecen «algo así como relámpagos y fulguraciones, personas y lugares que se me aparecen con mayor o menor claridad», aunque por otra parte, «están en el *humus* de algunas narraciones mías, pero nada más que en el *humus*».⁶ De la guerra civil sus recuerdos son «escasos»:

Conservo en la retina una calle entera de Madrid: la de Segovia, bajo el Viaducto, llena de camisas rojas; también grupos de jornaleros con hoces amenazantes, y unos hombres con las manos atadas con sogas y calzados con unas alpargatas blancas de lengüeta amarilla, gentes llorando. Pero, en el oído, tengo aún la memoria de noticias terribles, que tenían que ver con que llegase al pueblo un coche, o «la camioneta»...conocía a gentes que habían estado en la cárcel, y tenían por eso una especie de aureola o como si demandaran un suplemento de respeto; pero por

⁵ Arcadi Espada, «José Jiménez Lozano. Un Cervantes muy castellano», en *El País Semanal*, 16 de febrero, 2002, 12.

⁶ *Una estancia holandesa*, 79. La expresión *personas y lugares* evoca el título de la primera parte de las memorias de George Santayana, autor citado en varias ocasiones por Jiménez Lozano, con especial énfasis en el significado de Ávila como *locus standi* en la vida y la obra del filósofo. Cf. el capítulo titulado «Un filósofo» en *Ávila* (Madrid, Destino, 1988, 136-140); «De Boston a Sanabria» en *Guía espiritual de Castilla* (Valladolid, Ámbito, 1993, 3ª ed., 281-289); y el artículo «Santayana y sus murallas» en el número de la revista *Archipiélago* dedicado a «Jorge Santayana: un hombre al margen, un pensamiento central» (70, mayo, 2006, 29-35).

nada que tuviera que ver con la política, sino porque habían estado en un lugar misterioso y terrible, algo así como en el infierno. Y habían salido de él.

[...] Y recuerdo también la llegada de un muerto en el frente en el que se le hicieron unos funerales de héroe. Desfilamos ante el cadáver los chicos de la escuela como ante el cadáver de Aquiles o Patroclo, y se hablaba tanto y tan encendidamente de aquella muerte como si fuera una gesta, que creo que es la única vez en mi vida que me he rozado con lo épico.⁷

Otro episodio de la época de la guerra, contado por el autor en varias ocasiones, aparece en su libro de notas *Segundo abecedario*:

Releyendo una vez más la *Antígona*, de Sófocles; y una vez más el recuerdo, difuso en cuanto a su rostro, de aquella mujer que fue mi madrina de bautismo y que, como he oído contar tantas veces, se enfrentó una noche a los fusiladores de un joven vecino suyo que trataban de impedir a la madre que gritase de dolor y llevara luto.

Sólo más tarde, naturalmente, supe que era Antígona, pero supe siempre, porque lo decían, que era alguien extraordinariamente importante, y se había atrevido a hablar cuando «hasta la Iglesia callaba», como decían las gentes, contra la barbarie y la violencia; y el pequeño huerto en el que cosía a la sombra de la parra me parece ahora mi primer encuentro con Port-Royal.⁸

La memoria del autor acerca del tiempo de la post-guerra es, en cambio, «más cercana y rica», como queda potente en los siguientes recuerdos:

⁷ Ib., 81-82.

⁸ *Segundo abecedario*, 54-55.

Si cierro los ojos, lo que veo enseguida es un mundo iluminado con candelas o velas, candiles, quinqués, faroles o carburos. La luz eléctrica fallaba con frecuencia en la aldea en que vivía, y me parece que me gustaba que fallase [...] ese mundo de mi infancia me acostumbró a ver los rostros a la luz de una candela, como si hubiera vivido en el siglo XVII, y a la fascinación y al misterio de las sombras...y creo que también me percaté muy pronto de lo que significaba decir que la vida humana es como una sombra: *velut umbra* [...]

Tal era ese mundo: la luz de las candelas [...] también unos titiriteros que interpretaban *Hamlet* con una calavera de verdad y Ofelia que se ahogaba coronada de rosas, la historia de José y sus hermanos con la que lloraba [...] no tuve una «educación sentimental» precisamente. Aprendí muy pronto: *ex experientia* cómo funciona la historia, y cómo se escribe. Un niño se da cuenta en seguida del poder de unos hombres y de la impotencia de otros [...]⁹

Estas experiencias perturbadoras tuvieron, sin embargo, su dimensión positiva:

[...] tengo clara una cosa: en medio de aquella post-guerra civil, llena de odio y violencia, con pobreza solemne y aplastamientos, aprendí la misericordia para los que sufrían, que implicaba el ayudarles de inmediato como se pudiese, y desde luego la escucha

⁹ *Una estancia holandesa*, 83-84. En su cuarto diario, *Los cuadernos de letra pequeña* (Valencia, Pre-Textos, 2003, 197), el autor vuelve sobre este recuerdo de su infancia: «Yo pienso siempre en la candela que encendía mi abuela materna cuando se contaban historias tristes que ya no podían remediarse. Como si con esa lucecilla y nuestro conmovido recuerdo las pudiésemos consolar todavía». El tema de la luz y las sombras está presente en muchos momentos en la obra del autor, tanto en la obra literaria (narrativa y poesía) como en sus ensayos estéticos.

también de lo que tenían que decir. Y he vivido mi infancia entre relatos: los de los vencidos y los de los vencedores. Y así aprendí también que los verdugos eran también hombres, lo que hacía que aceptaras que te dijeran algo muy importante: que había que andar con cuidado porque podías hacer las cosas que ellos habían hecho [...]¹⁰

Jiménez Lozano afirma que «yo bien recuerdo la miseria de post-guerra civil española. Pese a lo que se asegura, con psicologismos, acerca de que un niño no se percata de esas situaciones», el autor opina que esto no es verdad:

Gadamer dice que un niño de seis años ya se percata del hecho definitivo de la muerte, que aparece como absurdo a sus ojos, y le conduce a preguntar lo que no tiene respuesta; como para él no la tiene tampoco ese otro hecho de que un niño como él tenga hambre y no pueda llevarse nada a la boca; la suerte misma de los simples perros callejeros nos atormentaba. Y lo cierto es que las filosofías y teologías que hacíamos eran muy serias; pero hacíamos todas éstas después de darles algo, o todo, de nuestra merienda a nuestro amigo, y también a los perros, o cogiendo a escondidas alguna vianda en casa, o sisando de nuestras pequeñísimas propinas. No era sentimentalismo; un niño no es sentimental en absoluto. Sabíamos ya perfectamente, aunque jamás habíamos oído tal palabra, que la *solidaridad* es una pura hipocresía. Entonces, adoptaba ésta la fórmula casi jaculatorial, pero que nos sonaba a blasfemia, de *¡Dios le ampare, hermano!*, para dar con la pueta en las narices a un pobrecillo que pedía *por Dios* para su hambre.¹¹

¹⁰ Ib., 95.

¹¹ *Los cuadernos de letra pequeña*, 212. Es interesante contrastar estos recuerdos un tanto sombríos con una anécdota que cuenta Gustavo Martín Garzo sobre Jiménez Lozano: «Una vez le pregunté qué es lo que más le gustaría volver a vivir.

Jiménez Lozano cursa sus estudios primarios en Langa y Arévalo¹²; de esta época son los viajes a Ávila con su padre o su abuelo en bus de gasógeno, a «hacer gestiones»: cuando al final del *periplo* aparecía la ciudad «con sus murallas y su caserío descendiendo hasta el río Adaja, a mí me parecía Constantinopla»¹³. También recuerda que «los mercadillos de los viernes, con su colorido oriental, me fascinaban tanto como las murallas»¹⁴. En esta ciudad realiza Jiménez Lozano los estudios de bachillerato elemental,

Me contestó sin dudarle: «la pureza y alegría de mi infancia, los sueños de mi adolescencia».» («Días felices», en A. P. Alencart, ed., *Naturalezas del escritor. Ofrenda de amigos a José Jiménez Lozano*, Salamanca, Trilce Ediciones, 2005, 99.)

¹² De su educación primaria ha afirmado Jiménez Lozano lo siguiente: «Mi escuela fue una menesterosa escuela rural, pero por allí paseaban los reyes y los personajes bíblicos, y se veían los océanos...Y luego estaba la geometría, que me parecía hipnotizante. La escuela era un corsé desde luego, pero no una pesadilla». (*Una estancia holandesa*, 98.) La descripción de la educación que reciben Isidro Huidobro y sus compañeros del maestro Don Austreberto en la escuela de Alopeka refleja, sin duda, algunas experiencias del autor (José Jiménez Lozano, *Maestro Huidobro*, Barcelona, Anthropos, 1999, 28-29):

Los lunes daban urbanidad y buenos modales después de la gramática, los martes geometría, los miércoles geografía, los jueves historia y paseo educativo de ciencias naturales, los viernes matemáticas, y los sábados historia sagrada, y era como si allí por la escuela se paseasen Nabucodonosor y Abimelec, y José y sus hermanos, y también el profeta Jonás y la ballena.

---¿Y cómo los saludaríais, niños? ---preguntaba don Austreberto.

Así que, otra vez, daban clase de urbanidad o modo de comportarse, y don Austreberto les explicaba que el estómago de una ballena era como la gran ciudad de Nínive, que tardaba en recorrerse a pie tres días, y en ella había calles, monumentos, cines, circos, cafés y teatros, y sobre todo una gran fuente, que es por donde las ballenas echaban el chorro de agua tan alto.

---¿De verdad? ---decían los chicos.

Y entonces don Austreberto contestaba:

---Eso ya lo veremos cuando estudiemos los cetáceos.

¹³ José Jiménez Lozano, *Ávila*, Barcelona, Destino, 1988, 23.

¹⁴ *Segundo abecedario*, 199.

mientras se inicia en la lectura de los clásicos de la literatura europea¹⁵; encuentra «siendo adolescente y en años muy bravos y oscuros, unas obritas de Erasmo, que relucían como un candil en un escaparate e hicieron de mí, que era un azoriniano, un erasmista»¹⁶, y con sus compañeros visita la capilla de Mosén Rubí, de la cual se decía que los escudos y signos que la decoraban eran masónicos:

¹⁵ Antonio Piedra, autor de varias semblanzas biográficas del autor, escribe lo siguiente sobre estas primeras lecturas («Apunte biográfico» en «José Jiménez Lozano. Una narrativa y un pensamiento fieles a la memoria», *Anthropos*, 200, 2003, 117): «Tuvo desde sus inicios escolares una afición lectora muy arraigada que acentuó en gran parte su autodidactismo literario. La literatura francesa ocupó un lugar destacado, dando lugar en el estudiante primerizo a la aparición temprana del fenómeno religioso como hecho existencial. Los novelistas rusos, sobre todo Dostoievski, constituyeron un descubrimiento por la intuición casi infinita que proyectaban en el joven con su complejidad psicológica del hombre. La pasión por la novela española del XIX y por autores del 98 como Azorín y Unamuno dan idea cabal de lo que fueron las lecturas de un estudiante que, en principio, sólo quería ser un abogado instruido...Reconoce, siguiendo el hábito escolar que [la época de su años universitarios] fue también un tiempo de lectura sin pausa: «leía mucho y de todo, pero de una forma muy anárquica. En la poesía me inicié con los románticos ingleses y con el mundo clásico de los griegos».

En el ensayo titulado *Libros, libreros y lectores* (Valladolid, Ámbito, 2003, s/p), Jiménez Lozano afirma que «Mi propia lectura juvenil se nutrió no poco de las trastiendas de los libreros—de Valladolid y Madrid, exactamente—, en un tiempo en que mi generación, tiene razón Juan Goytisolo, buscó los libros del modo y manera con los que luego se buscaría la droga. Quiero decir apasionadamente, o con síndrome de abstinencia, porque no otra que una pasión profunda es la relación entre el libro y el lector [...] ».

¹⁶ *Avila*, 17. Un amigo de la infancia de Jiménez Lozano, Jacinto Herrero Esteban, cuenta lo siguiente sobre las lecturas que compartieron de jóvenes («Homenaje a José Jiménez Lozano» en A.A.V.V., *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1994, 138): «Y era por esos años, hacia mil novecientos cuarenta y tantos, en un verano loco, olvidados del hambre y las cartillas de racionamiento, cuando descubrimos a Fray Luis y a “Azorín” [...] Mi hermano Ángel puso en nuestras manos *La ruta del Quijote* y nos atrevimos a romper la corteza de aquella lectura. Tomábamos el libro y salíamos al Pinarillo. Al atardecer, tendidos en un lindazo, leíamos y leíamos. Fue como descubrir nuestra propio entorno, como si de pronto, de la mano de “Azorín”, hubiéramos mirado hacia nosotros y nuestro pueblo y hubiéramos adivinado que también podíamos decir aquello desde nuestras propias palabras. Y lo hicimos. Era nuestro primer trabajo. Lo mecanografiamos y lo enviamos al Maestro, a la Academia de la Lengua. ¿Lo leyó “Azorín”? ¿Llegó a sus manos? Anduvimos

Los masones, en el siglo pasado, dieron por hecho que este templo había sido una logia y les complacía mucho tenerlo en una ciudad tan mística, incluso si habían sido despojados de él por los oscuros poderes clericales. Y, en esas mi niñez y adolescencia, los masones, mucho más que los judíos o los comunistas, eran algo tan enigmático y amenazador, pero a la vez tan fascinante, que aquella iglesia poligonal junto a la puerta de la muralla llamada del Mariscal, nos atraía como un imán.¹⁷

Termina Jiménez Lozano el bachillerato superior en el Instituto Zorrilla de Valladolid, y en 1951 empieza la carrera de derecho en la Universidad de Valladolid (« [...] por un afán práctico. Era lo que querían en casa.»)¹⁸, cursando al mismo tiempo estudios de Filosofía y Letras en las Universidades de Salamanca y Madrid. Después de obtener la licenciatura de Derecho en 1956, se desplaza a Madrid con la intención de preparar la oposición a Judicatura pero al año

encandilados unas dos o más semanas esperando el correo. Nunca llegó la respuesta».

¹⁷ *Ávila*, 143. Esta época escolar está reflejada en varios poemas de Jiménez Lozano, entre ellos «Antiguo otoño» (*Tantas devastaciones*, Valladolid, Diputación Provincial, 1992, 59-60): «Otoño de colegial y de estudiante / mayor de las Pandectas, / presuroso ajuar, despidos / con el rostro vuelto y lágrimas; / desgarró de mamá siempre en la cama; / que me cuidara y que volviera pronto. / Pálido sol, enhiestos geranios todavía, / peonzas de los niños y las rojas / hogueras de la tarde, un tren fatídico / y puntual, y luego acusativos / y senos y cosenos, la poesía de Dante, / gasterópedos y la tos de Mabel, / en las manos un libro de misa, un pensamiento / disecado: ridículo gesto provinciano / de muchacha que no ha leído a Byron. / Mas alzaba tus sueños, los levanta aún: / la tez tan blanca, las ojeras, los membrillos / olorosos del huerto, la estación, el cactus / y la relampagueante ardilla, era el otoño / translúcido como el arrope, dulce / sobre el aparador, dorado; tal tu alma / de entonces, y no hay muchos otoños».

¹⁸ *El País Semanal*, op. cit., 12.

siguiente se matricula en la Escuela Oficial de Periodismo¹⁹. Al poco tiempo inicia su colaboración con *El Norte de Castilla*, en una columna semanal titulada «Ciudad de Dios»; más tarde, según cuenta Jiménez Lozano, «se formó una sección de crítica política, bastante insólita para la época, que la llamábamos inocentemente *El caballo de Troya* [...éramos] Manuel Leguineche, César Alonso de los Ríos, Martín Descalzo, Javier Pérez Pellón, Molero, un abogado de Valladolid, Campoy, que era el jefe de la Redacción [...] Delibes, que entonces dirigía el periódico [...] nos dio gran libertad [...] En realidad, queríamos hacer inocentemente lo que hacían los franceses. Eso lo decía Aranguren muy bien: “Estamos haciendo aquí los Sartre y los Mauriac de Francia, sin serlo.”».²⁰ En 1963 publica una selección de

¹⁹ Javier Pérez Pellón cuenta lo siguiente con respecto a los años que coincidió con Jiménez Lozano en Madrid («Los papeles de cada día. Homenaje a José Jiménez Lozano», en *José Jiménez Lozano. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*, 164): « [...] yo conozco a Jiménez Lozano desde ya unos cuantos años. Estudiamos juntos Derecho en las aulas universitarias de la Facultad de Derecho de Valladolid. Juntos compartimos después una habitación de una pensión de la calle Madera en Madrid. Él preparaba Judicatura, mientras yo estudiaba Derecho Político con Tierno Galván...Allí en aquella pensión nos cogió la noticia del “golpe” de De Gaulle en Francia [...] para Pepe, De Gaulle era un personaje sospechoso. Prefería a Mendes France. Tampoco estaba de acuerdo con las oposiciones a Judicatura. Leía y leía, estudiaba y estudiaba el Código Penal y el Procesal [...] Para él la mayoría de las cosas clasificadas como delito no eran tales, apurando mucho se podría decir que las consideraba como faltas. Y después las penas eran siempre excesivas ¡qué barbaridad!, decía, yo juez no dictaría nunca una sentencia de este tipo. Así las cosas, Pepe pactó con la Justicia de la única manera posible: no haciéndose juez».

²⁰ Espada, ed. cit., 12. En su epílogo a *Un cristiano en rebeldía* (Salamanca, Sigueme, 1963, 179-180), Miguel Delibes escribe lo siguiente con respecto a esta iniciativa periodística: «Con Pepe Lozano, Carlos Campoy, Martín Descalzo, Miguel Ángel Pastor, Bernardo Arrizabalaga, César Alonso y Manuel A. Leguineche, fundé un día una sección de *El Norte* titulada “El caballo de Troya”. Esto de “El caballo de Troya” es una cabeza de puente en el mundo de la frivolidad, dedicada a enseñar a pensar a los que ordinariamente no piensan y tratar de ordenar el pensamiento de los que de buena fe desean pensar. La sección cayó muy bien; la sección llevaba el espíritu de Pepe Lozano que es, para entendernos, un espíritu de caridad justa (justa es una palabra incómoda, pero insustituible, en este caso, para delimitar el

sus artículos periodísticos en el libro titulado *Un cristiano en rebeldía*²¹, y es enviado como corresponsal en el Concilio Vaticano II por *El Norte de Castilla* y también por la revista *Destino*, en cuya publicación aparecerán sus crónicas y artículos en una sección titulada *Cartas de un cristiano impaciente*. En 1965 se incorpora a la Redacción de *El Norte de Castilla*, donde desempeñará el cargo de subdirector a partir de 1978, y de director desde 1992 hasta su jubilación en 1995. En 1966 aparece el primer libro-ensayo del autor, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, que surge de las preguntas que el autor se plantea acerca de «ciertas reticencias, un cierto escándalo y hasta una cierta oposición al espíritu conciliar del Vaticano II» y que le conducen a una reflexión «amplia y libre en torno al sentimiento religioso español en general y, más concretamente, en torno al sentimiento de la libertad religiosa, como una especie de encuesta religiosa en nuestra historia».²²

Jiménez Lozano inicia la década de los '70 con la publicación de su primera novela, *Historia de un otoño* (1971), que trata de la resistencia de las monjas de Port-Royal des Champs frente al poder del Rey Luis XIV y del papado («el primer acto de una conciencia civil en la modernidad histórica»)²³, y de *El sambenito* (1972), una

concepto caridad, tan maltratado el pobre). Un espíritu, en suma, que está, afortunadamente, cada día más extendido por el país».

²¹ De este período son, asimismo, dos folletos de Jiménez Lozano publicados en 1961 por PPC (*Católicos sí, pero...* y *Nosotros los judíos*), y la selección y traducción, en colaboración con José Luis Martín Descalzo, de poemas de Charles Péguy publicada bajo el título *Palabras cristianas* (Salamanca, Sígueme, 1964; reeditado en 2002).

²² José Jiménez Lozano, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, Barcelona, Destino, 1966, 9-10.

²³ *Una estancia holandesa*, 24.

recreación del proceso inquisitorial de Pablo de Olavide. En 1973 aparece su tercera novela, *La salamandra*, la primera de las obras de Jiménez Lozano que trata de la Guerra Civil española, así como otra recopilación de artículos periodísticos, *La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones*, y una biografía del Papa Juan XXIII. La primera colección de relatos breves del autor, *El santo de mayo*, sale en 1976, y al año siguiente aparece *Retratos y soledades*, «una pequeña pinacoteca o un álbum de fotografías familiares...cristianos de otro tiempo o de este mismo tiempo nuestro, o no-cristianos también pero igualmente excelentísimos especímenes de lo que es ser hombres y que nos ayudan a serlo».²⁴ La obra de este decenio se cierra con la publicación de un ensayo histórico, *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* (1978), un trabajo que se centra en «los problemas religiosos, sociopolíticos y humanos, y solo de modo secundario sobre problemas jurídicos o sobre la materialidad de esos agrios corrales de muertos»²⁵.

Vuelve Jiménez Lozano a la novela en 1982 con *Duelo en la Casa Grande*, que transcurre en la posguerra civil, y también al ensayo histórico, con el «diálogo interior» *Sobre judíos, moriscos y conversos*, la primera de tres obras del autor que tratan de la compleja y, en muchas ocasiones, problemática convivencia de las tres tradiciones religiosas en la península ibérica; las otras dos son *Guía espiritual de Castilla* (1984), una reflexión sobre algunas personajes y lugares especialmente significativos para el devenir histórico de esa región española, y *Parábolas y circunloquios de Rabi*

²⁴*Retratos y soledades*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1977, 9-10.

²⁵*Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, Madrid, Taurus, 1978, 9.

Isaac Ben Yehuda (1325-1405), de 1985, una novela que se basa en un «texto encontrado» para narrar, a través de las vivencias de su protagonista, los trágicos acontecimientos que asolaron las aljamas españolas a finales de la Edad Media. Al año siguiente aparece, bajo el título de *Los tres cuadernos rojos*, el primero de los diarios, o cuadernos de notas, de Jiménez Lozano, que abarca los años 1973 a 1983; durante los próximos veinte años, el autor publicará otros tres tomos de diarios: *Segundo abecedario*, que recoge los apuntes de los años 1984 a 1988, *La luz de una candela* (de 1989 a 1993), y *Los cuadernos de letra pequeña* (de 1993 a 1998). Sobre estos libros y su importancia para un cabal entendimiento de la obra del autor, A. Medina-Bocos ha escrito lo siguiente:

[No] se trata de lo que habitualmente se entiende por diarios. No hay en ellos fechas, sino sólo menciones generales del año a que corresponden las notas...Se trata de textos variadísimos que incluyen notas de lecturas, impresiones sobre el paisaje, conversaciones acerca de los más diversos temas, comentarios al hilo de los sucesos políticos, apuntes de historias que le han contado, visitas a exposiciones, algunos proyectos...Se trata de algo así como una biografía espiritual, de enorme interés para conocer el humus en que se han ido fraguando los ensayos y las narraciones del autor, y a estas anotaciones hay que remitirse necesariamente para entender algunas de las claves de su escritura²⁶.

En 1988 Jiménez Lozano recibe el Premio Castilla y León de las Letras por el conjunto de su obra y publica dos ensayos—*Ávila* y *Los ojos del*

²⁶ «Claves para la lectura de José Jiménez Lozano». *Anthropos*, ed. cit., 180.

icono, primero de sus estudios sobre la evolución de la estética y del significado del arte en la historia de Europa—, así como la antología de cuentos titulado *El grano de maíz rojo*, por la cual recibirá, al año siguiente, el Premio Nacional de la Crítica. En 1989 ve la luz *Sara de Ur*, la primera narración del autor basada en la Biblia; en 1990 se publica *Estampas y memorias*, una obra surgida de la exposición *Las Edades del Hombre*, iniciativa cultural de la que el autor fue uno de los impulsores, y en 1991 sale la tercera colección de cuentos, *Los grandes relatos*²⁷.

En 1992 Jiménez Lozano es galardonado con el Premio Nacional de las Letras Españolas, y son publicados su recreación de la vida de San Juan de la Cruz, *El mudejarillo*, y su primer libro de poesía, *Tantas devastaciones*. Al año siguiente aparecen otras dos novelas (*Relación topográfica* y *La boda de Ángela*) y la cuarta colección de cuentos, *El cogedor de acianos*.²⁸ En 1994 recibe el Premio Luca de Tena de Periodismo por su artículo «El retablo eterno de las maravillas».

²⁷ Una entrada en *Segundo abecedario* (op.cit., 159) se refiere a los inicios de *Las Edades del Hombre*: «Un proyecto: V. Me habla de una exposición de las obras de arte que guardan las iglesias, museos y monasterios catalanes. ¿No se podría hacer algo parecido aquí? Pero de otro modo a como se suele hacer [...] Se trataría de sacar pintura, escultura, libros y música de una altísima categoría que están diseminados y a veces ocultos y desconocidos, y situar la obra de arte o la escritura en su *Sitz in Leben* para decirlo pedantemente; y con una cierta narración. No haría falta más que abrir los ojos para, viendo cómo un artista románico y otro barroco pintan o esculpen un Cristo Crucificado, comprender lo que hay detrás en cada caso: una teología, una estética, una sensibilidad, una concepción del hombre y del mundo tan distintas [...] A ver qué es lo que se nos ocurre, primero. Y a ver dónde están los dineros, después. Y a ver cómo se logra realizar lo que uno se imagina. Pero, por escribir unas páginas más y levantar un castillo en el aire con palabras, que no quede».

²⁸ También se publica en 1993 *Objetos perdidos* (Valladolid, Ámbito Ediciones), una selección con introducción hecha por Francisco Javier Higuero de algunos relatos aparecidos en las tres primeras antologías del autor.

A partir de 1995 (el año de su jubilación de *El Norte de Castilla*), el ritmo de las publicaciones del autor se acelera, con la aparición de once novelas (*Teorema de Pitágoras*, 1995; *Las sandalias de plata*, 1996; *Los compañeros*, 1997; *Ronda de noche*, 1998; *Las señoras*, 1999; *Maestro Huidobro*, 1999; *Un hombre en la raya*, 2000; *Los lobeznos*, 2001; *El viaje de Jonás*, 2002; *Carta de Tesa*, 2004; *Las gallinas del Licenciado*, 2005) y cinco libros de poesía (*Un fulgor tan breve*, 1995; *El tiempo de Eurídice*, 1996; *Pájaros*, 2000; *Elegías menores*, 2002; *Elogios y celebraciones*, 2005). De este período son también la colección de cuentos *Un dedo en los labios* (1996); el ensayo *Retratos y naturalezas muertas* (2000), un «diálogo interior sobre cosas y porque sí, como confidencias al atardecer²⁹»; *Fray Luis de León*, una «vida literaria» que se centra en el juicio llevado a cabo por la Inquisición contra el Maestro salmantino y otros biblistas de la época; y una recopilación de artículos periodísticos procedentes de los diarios *El Norte de Castilla*, *El País* y *ABC* y de las revistas *Destino* y *El Semanal* entre los años 1968 y 1999 (*Ni venta ni alquiler*, 2002). En 1998 Jiménez Lozano es nombrado Patrono de la Residencia de Estudiantes, y al año siguiente es distinguido con la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes. En el año 2000, recibe el Premio Nacional de Periodismo «Miguel Delibes» por su artículo titulado «Sobre el español y sus asuntos», y en 2001 es designado Patrono del Instituto Cervantes. En diciembre de 2002, se le concede el Premio Cervantes de Literatura en Lengua Castellana, como culminación de una larga y prolífica carrera literaria, y entre los años 2003 y 2008 el autor

²⁹ José Jiménez Lozano, *Retratos y naturalezas muertas*, Madrid, Trotta, 2000, 11.

publicará las dos últimas entregas de sus diarios, *Los cuadernos de letra pequeña* y *Advenimientos*, así como las colecciones de relatos *El ajuar de mamá* (2006), *La piel de los tomates* (2007) y *Libro de visitantes* (2007), la novela *Agua de noria* (2008) y una edición revisada de *Los cementerios civiles* (2008).

2. Las razones de un escritor

José Jiménez Lozano se ha referido en numerosas ocasiones—en entrevistas, ensayos, conferencias y diarios—al carácter artesanal de la escritura, y a la dedicación a la literatura como un «oficio humilde». Cuando, después de recibir el Premio Cervantes, se le pidió definirse «en términos literarios», su respuesta fue la siguiente: «Yo me digo que soy un escritor, pero uno nunca sabrá lo que realmente ha hecho. Me gusta narrar pero también me interesa el juego de las ideas. De vez en cuando se me cruza un relámpago y me escribo un poema, pero no me considero un poeta. Sencillamente puedo decirle que experimento un gran placer al contar».³⁰ En otras ocasiones, sin embargo, Jiménez Lozano ha explicado con más detalle y en mayor profundidad las razones por las que escribe; un breve recorrido cronológico de las fuentes principales para el conocimiento de esta dimensión del pensamiento y de la obra del autor demuestra una coherencia fundamental en sus motivaciones y objetivos, al mismo

³⁰ Pablo Gámez. «El juego de las ideas. Entrevista con el Premio Cervantes José Jiménez Lozano», <http://www.librusa.com/entrevista_jimenezlozano.htm>.

tiempo que pone de manifiesto una cierta evolución en los matices que corresponde al paso de los años.

En 1985, Jiménez Lozano publicaba *Los tres cuadernos rojos*, su primera «antología o selección de notas», tomadas entre los años 1973 y 1983. Durante este decenio, el autor había publicado cuatro novelas, una colección de cuentos, dos antologías de artículos y dos ensayos de índole histórica, al mismo tiempo que desempeñaba su labor periodística, y las notas incluidas en su antología iluminan diversos aspectos de su pensamiento y de su ya considerable producción literaria. En 1973, cuando ya habían visto la luz *Historia de un otoño*, *El sambenito*, y *La salamandra*, el autor reflexionaba, durante una visita a una aldea abandonada, con su pequeña iglesia y cementerio, sobre las hermanas Brontë, que gastaron su vida «en buscar la gloria para el hermano, de mediocre talento pero que suponían genial porque era un hombre», y sin embargo dejaron, en sus novelas y poemas, «la medida de su genio verdadero y profundo, y el descenso al infierno que es toda obra literaria». La última de las Brontë murió de tuberculosis en 1855, por las mismas fechas que «estos muertos ignotos» de la aldea castellana:

¿Qué no se daría por conocer también su historia? Lo fascinante del símbolo de Juicio Final es esa revelación de la historia de cada hombre y de que ya se ha llegado al final de esta gran novela de la historia, y es posible saber en lo que ha parado esta tan larga y tan terrible aventura. «Liber scriptus proferetur» dice un verso de *Dies irae*, «in quo totum continetur». Sólo la lectura de este libro podría apagar este afán de saber la vida y la historia, tan interesantes, de cada uno de los seres humanos: todos importantes, todos tejidos en esta

urdimbre misteriosa. ¿Por qué este pequeño cementerio campesino me ha recordado el de Haworth? ¿Y por qué el recuerdo de Haworth me hace ver de modo tan lacerante este pequeño recinto, «triste corral de muertos», que decía Unamuno, pero que de repente se pone a latir: «Nosotros también tenemos historia»? Y las cruces significan, en efecto, que no todo se dio por concluido, cuando allí bajaron los ataúdes³¹.

La lectura en 1976 del diario íntimo de la mujer de Dostoievski, que ofrece detalles de «uno de los momentos más negros» del autor ruso, uno de los «cómplices» más queridos de Jiménez Lozano, suscita este comentario:

He aquí el «humus», el ámbito espiritual y material en que se escribe *El idiota*: a este precio se da a luz esa belleza tan perturbadora de la novela. Ha sido necesario todo este horror, y también el haber desposado de tal manera «la idiotez» del príncipe Mischin como para ser tenido por verdaderamente imbécil por su buenas y virtuosas, sencillas viejecillas ginebrinas.

Se sienten escalofríos: ¿hay que escribir a este costo? La respuesta neta es: sí³².

Al año siguiente escribía esta nota sobre la insuficiencia de la «psicología académica» para descifrar y explicar la condición o el enigma humano:

La novela o el cuento son ciertamente, antes que nada, un instrumento de conocimiento mediante un acercamiento por los sótanos, por el lado de atrás de la trama. Mucho más profundo que la psicología o el

³¹ *Los tres cuadernos rojos*, 17-18.

³² *Ib.*, 76.

psicoanálisis, porque su lenguaje y ese mismo acercamiento son míticos, y la vida del hombre sólo puede ser entendido a través de los mitos. De ahí la enorme superficialidad de la novela psicológica o de la pintura de caracteres y pasiones. Para esto están los consultorios. La narración tiene que descubrir el corazón humano y la trama o urdimbre de las acciones humanas, el misterio terrible de lo que al hombre le ocurre. Asomarse a eso, quiero decir. Y para eso hay que asomarse al infierno.

La clave del éxito de una novela o de un cuento está, sin embargo, en no ir más allá del psicologismo, de la pintura de caracteres. A los hombres les gusta mirarse al espejo...Lo que no soportan, naturalmente, es que se les hurgue dentro y se toquen sus heridas al vivo, se les muestre la trampa de la vida en que quedaron atrapados al nacer, o la misma hermosura de ésta que es tan insostenible: el *Billy Budd* de Melville, por ejemplo, o Dostoievski, o Kafka, o la pequeña Mouchette, de Bernanos. Estos escritores sólo están listos para el consumo, cuando se los ha acicalado en las academias y ya no hieden...Pero ¿puede acaso un escritor disimular lo que hiede y mostrar el rostro de una princesa en vez de Mouchette para obtener resultados? Esta es la cuestión ética de la escritura, la única: porque la vida hiede y la belleza debe hacerse presente sin mostrarla nunca. De otro modo se convierte en bibelot, sensaciones y refinamiento, como en Proust: pura sacarina. Aunque la sacarina sea sublime³³.

³³ Ib., 78-79. Jiménez Lozano expresa la misma idea en el artículo titulado «El mal en la literatura», *Communio*, vol. V, sept.-oct. 1979, 64-75): «En cierto sentido muy profundo, toda obra literaria que merezca tal nombre y no sea un mero producto del conformismo crece sobre un muladar de horrores [...] El escritor, ayer como hoy, es, antes que otra cosa, un testigo del mal» (64); « [...] el escritor que no baja a este infierno sólo es un retórico y su literatura una literatura de “amnesia” que hace olvidar al hombre su condición y le aliena, mientras la función de la literatura es la de “anámnesis” [...] la literatura echa sus raíces en el infierno y el escritor ha de

Sin embargo, en 1980 Jiménez Lozano se preguntaba por qué hay «tanta brutalidad y egoísmo» en grandes escritores como Tolstoi, Goethe, Dostoievski:

La mitificación literaria hace olvidar, por ejemplo, que el sexualmente insaciable Tolstoi mantenía relaciones sexuales incluso con la idiota del pueblo; que Goethe, mientras su nieto agonizaba, se encerraba en su gabinete atrancando la puerta tras de sí para no oír los gritos del moribundo; que Dostoievski fue un corruptor de menores y un jugador de baja estofa. ¡Es aterrador! ¿Qué diferencia de un genio a un cuatrero? El filo de una navaja, Dios mío: exactamente lo que diferencia a un criminal de un hombre honrado. Y no hay que olvidarse de ello³⁴.

Esta prevención contra la «genialidad» se manifiesta en un apunte de 1981 a propósito de la obra de Roger Bissière, que «no pedía para sus hermosísimos cuadros otra cosa que un poco de simpatía. No que le consideraran un genio, ni le achacaran a él siquiera esa penetrante belleza. Sólo un poco de simpatía. Como yo espero para mis libros. El resto me sobra»³⁵. Sin embargo, una anécdota relacionada con la opinión que merece su obra le plantea a Jiménez Lozano una duda sobre la responsabilidad del autor con respecto a su obra:

El otro día callé una vez más ante algo que me suele pasar con alguna frecuencia: una exhibición de glorias

morar en él antes de emerger con una o dos verdades o con uno o dos logros de belleza profunda”. (75)

³⁴ Ib., 110.

³⁵ Ib., 119.

ajenas y un desprecio por mis libros. Estoy tan acostumbrado, que no me irrito siquiera; pero, por dignidad ¿no estaba obligado a parar los pies a estos alardes en sí sin importancia alguna si no pisotean ni avasallan al prójimo?

No lo sé. En cierto modo, me ocurre lo que a don Quijote: que, mientras se matan por la cabecera de la mesa, yo estoy seguro que ésta está donde yo me encuentro. Y me quedo tranquilo y divertido.

A veces, sin embargo, por pura humildad, que es andar en verdad y defender mi dignidad personal y la de mis lectores, pienso que debiera defenderme y poner las cosas en su sitio. Pero ¿merece la pena intervenir con el alma desnuda en un escenario como este nuestro?³⁶

La contestación a esta pregunta parece implícita en una nota posterior del mismo año, donde el autor manifiesta su inclinación a «meterse en el cuarto de trabajo», y decir «Matty, esta es la libertad», como aseguraba Emily Dickinsen a su sobrina, Martha:

Y allí, con la paciencia, la lucha y la humildad que sean necesarias, lograr vencer, por fin, a la muerte y al tiempo con esas dos o tres páginas—una pequeña narración, un poema, unas líneas—que son mi obsesión conseguir [...] Que pudieran y tuvieran que ser leídas como se leen, por ejemplo, las parábolas de S. Kierkegaard: «in the silence of deepening interiority»³⁷.

Afirma el autor que «cuando se escribe, no se piensa en nada; quiero decir en ninguna otra cosa que en lo que se está haciendo: en ver y en escuchar, y en plasmarlo...se puede escribir por dinero, sin que eso

³⁶ Ib., 123-124.

³⁷ Ib., 129.

afecte en nada a lo que escribe [...] pero no se puede escribir para “la gloria” sin que todo se vuelva ceniza y el escritor se convierta en un imbécil [...] Si la palabra inglesa no estuviera devaluada y banalizada, diríamos que sólo se debe escribir como “hobby”, como juego; que no sólo es una necesidad vital, sino lo único necesario: memoria del Edén³⁸.» Jiménez Lozano encuentra confirmada su visión de la [«valoración de la literatura...coincide plenamente con lo que yo llamo “mostrar la salamandra en el pozo”», y cita estas palabras del autor checo:

«Pero es bueno—escribe Kafka—que la conciencia reciba amplias heridas, pues la vuelven más sensible a cada agujonazo. Creo que sólo debiéramos leer libros que corroen o hieren en lo vivo. Si el libro que estamos leyendo no nos despierta de un puñetazo en la cabeza ¿para qué lo leemos? [...] Necesitamos los libros que nos afecten como un desastre; [...] un libro debe ser el hacha que resquebraja el mar congelado dentro de nosotros». Exacto [...] ³⁹

A raíz de ciertos comentarios surgidos en un coloquio sobre *Duelo en la Casa Grande* acerca de «las dramáticas desapariciones y enterramientos de la memoria histórica de todos los vencidos en diversas épocas», Jiménez Lozano afirma que «Efectivamente, entre nosotros y en todas partes, la historia oficial y académica es la que decide lo que ha ocurrido y lo categoriza, poniendo el énfasis en unos hechos, personajes e historias, y relegando otros al olvido», con el resultado siguiente:

³⁸ Ib., 140-141.

³⁹ Ib., 156.

En multitud de casos, la memoria e historia de hombres, grupos y pueblos enteros resultará ya irrecuperable. La losa no se levantará nunca. Las víctimas seguirán por años y siglos cargadas de crímenes, deshonradas, con su rostro horrible o ridículo, su sambenito de crueldad...Y el historiador intuye que está ante un aplastamiento en toda regla, pero ¿qué puede hacer? ¿Dónde están los documentos para saber, reconstruir y juzgar, reivindicar?

Sólo la narración puede hacerlo. Incluso cuando todo ha sido borrado, cuando todo ha sido confundido y las propias víctimas y sus descendientes carnales o espirituales guardan una memoria culpable, el narrador puede levantar de la nada, la irrisión y la vergüenza, la memoria verdadera, mostrar la entraña de la intrahistoria, que decía Unamuno. Tal es el poder de la compasión y de la palabra⁴⁰.

El escritor debe huir, sin embargo, de la tentación de embellecer o de mostrar más de lo que hay en realidad, como queda reflejado en este apunte del autor sobre unos cuentos suyos:

Reescribo cuatro de los primeros cuentos de «Nueve Viernes Santos y otras narraciones civiles». El primero de ellos se llamará, por fin, «El grano de maíz rojo». Rompo y echo al fuego el que lleva por título «El pantano», porque en él, el narrador daba la sensación de que sabía más de la realidad tal y como es o la veía, había descripciones que pretendían mostrar por sí solas, pero no mostraban nada. Eran como añadidos, y los encontré hermosos o bonitos: el amanecer de invierno, por ejemplo, con la fila de mendigos en silencio apresurándose para llegar al refugio; pero se

⁴⁰ Ib., 198-199.

escamoteaba la verdad a favor del impresionismo. Así que era necesario echar mano de la piqueta.⁴¹

También experimenta Jiménez Lozano «una vez más, las dudas y la angustia ante el papel en blanco: una puesta en cuestión más del escribir, la experiencia del “videntur mihi pallae” que dijo Tomás de Aquino en un determinado momento de su vida y refiriéndose a su obra». El autor expresa este sentimiento de inutilidad de la siguiente manera:

[...] es como una experiencia mística o metafísica: se toca con la mano la más absoluta inanidad. Todo lo que uno ha escrito le parece paja, efectivamente. O algo más leve y fútil todavía.

Y todo esto a cuenta de una página de J. Green, leída al azar mientras la inverniza tarde escapa tan deprisa: «Hay libros que hablan muy fuerte—escribe Green—, y otros que susurran como la “Imitación” y este murmullo atraviesa los siglos. Los místicos, Eckhart, Suso, susurran inmensos misterios, el tiempo para y se desvanece en este susurro».

Cierto. Lo que se intenta es escribir un libro como un susurro que venza al tiempo. ¿Para qué escribir si no? [...] ¿Cómo susurrar algo que sea invencible o perdonado por la herrumbre? Es indiferente que luego sea leído o no, porque estará ahí y servirá para sostener la vida de los hombres. Como esas minúsculas flores rojas, inapreciables casi, que dan un tono rosado al suelo del bosque de pinos y nos ofrecen alegría. Si no estuvieran ahí, sería una desolación⁴².

⁴¹ Ib., 200-201. Esta colección de cuentos fue publicada por fin bajo el título de *El grano de maíz rojo* (Barcelona, Anthropos, 1988), y fue galardonada con el Premio Nacional de la Crítica en 1989.

⁴² Ib., 234.

En *Segundo abecedario*, que recoge sus anotaciones de los años 1984 a 1988, Jiménez Lozano escribe, tomando como punto de partida una cita de Simone Weil, que «sólo lo que es lejano o débil es importante, sólo lo que es pobre o frágil es hermoso, y la extrema belleza nunca es obvia, ni fulgura». Abundando en esta idea, el autor afirma:

La riqueza literaria, como la otra, es mentira, y hay que pasar de ella, desposar la pobreza. Es decir, la simplicidad. Escribir es, seguramente, desnudar y despojar al mundo de oropeles y relucencias, no llenarlo un poco más, o mucha más, de palabras y palabras como bibelots, joyas y cachivaches. Narrar es encontrarse con rostros que nadie conoce sino tú, con voces que nadie ha oído sino tú, pero sólo si sabes donde están esos rostros y aguzas el oído para escuchar su voz; sólo si acudes a los suburbios de la historia, a sus subterráneos, quizás a sus muladares...Sólo en el tiempo más reciente los historiadores se han decidido a preguntar a las víctimas, a los silenciosos y a los invisibles, pero sus rostro y su voz sólo la narración puede salvarlos⁴³.

Una nota del mismo año refleja las dudas que experimenta el autor antes de publicar una de sus obras más hermosas, así como su método de autocrítica:

Siento los mismos escrúpulos de siempre, pero aumentados, al entregar el original de *Guía espiritual de Castilla*.

⁴³ *Segundo abecedario*, 19-20.

Y otros escrúpulos y otras dudas sobre los cuentos que acaba de entregarme la mecanógrafa... Cuando leo estos textos mecanografiados, comienza mi distanciamiento de ellos, y entonces comienza mi crítica de los mismos, y el cerner, el darlos vueltas, y, al final, dejarlos «dormir» un tiempo para producir un nuevo distanciamiento. Y comprobar si se sostienen⁴⁴.

En 1985, Jiménez Lozano anota que «Ayer escribí un cuento, y me decía al ponerme a escribir aquellas palabras de Goethe, que no se me han olvidado jamás: “El pasado es frágil, trátalo como si fuese hierro candente.” Porque lo es». Evocando de nuevo a Tomás de Aquino y a Teresa de Lisieux, afirma que «Las cosas que se escriben le parecen a uno, especialmente algunos días, pura paja, y ello con una intensidad que los críticos [...] no serían capaces de adivinar: es una especie de experiencia del vacío y de la nada, como la mermelada echada a perder». Y sin embargo, hay momentos en que el ejercicio del «oficio» conlleva unas satisfacciones inesperadas:

Pero otros días, se ve con igual claridad que, al fin y al cabo, sirvió uno de «correo» para esa misteriosa operación de la memoria y la entrega de una pequeña brizna de vida que es lo único verdadero en medio de la comedia del mundo. Por ejemplo, cuando se llega a saber que *Historia de un otoño* ha acompañado en la cárcel y en el sufrimiento a alguno de los disidentes checos, o como me cuenta F. que *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda* es la única lectura de una mujer joven que sabe que va a morir: son pompas de jabón de glicerina.

⁴⁴ Ib., 43-44.

Se siente uno un siervo inútil, pero también como si le hubieran dado unas preciosas monedas de oro incorruptible por ese oficio de correo y narrador. No se desea más⁴⁵.

Su pretensión como escritor queda resumida en esta nota: «Ser fiel a estos versos de Keats: *Beauty is truth/truth is beauty/---that is all*»⁴⁶; confirmación de esta actitud es una cita de Edith Stein, que «dijo un día a una estudiante: “Poesía perfecta es—creo yo—como perfecta sabiduría y santidad, simplicidad y transparencia.” No es mala—ni fácil—preceptiva literaria»⁴⁷. Jiménez Lozano encuentra otra «altísima preceptiva literaria» en un cuento de Pirandello en el que el autor siciliano vuelve a su pueblo natal «llamado por una misteriosa voz: la de su madre muerta; y allí, ella le dice: “Acostúmbrate a ver las cosas con los ojos de los que ya no las ven, con los ojos de los muertos” [...] todo narrador sabe que [...] es un *mínimum* de su arte, una *conditio sine que non*: prestar los ojos, y los oídos y la boca a los muertos»⁴⁸. Anota, no obstante, que «Quizás nadie como Pascal ha expresado la gran cuestión de la escritura, no sólo con su advertencia sobre “las ventanas pintadas”, o falsas, puestas “por armonía” y que, siendo mentira, nunca podrán tener belleza, sino con su enunciación del nacimiento de la palabra, su horror por los que “*pésent des mots comme un avare l’or au trébuchet*”, esto es, por el manejo instrumental, retórico, académico y profesional de las palabras».⁴⁹ En una entrada de 1988, el autor escribe que cada vez le cuesta más

⁴⁵ Ib., 103.

⁴⁶ Ib., 67

⁴⁷ Ib., 125.

⁴⁸ Ib., 170.

⁴⁹ Ib., 269.

«decidirme a publicar», especialmente teniendo en cuenta que en «pocos meses, van a salir cuatro libros míos», que es como si «diera cuatro timbrazos seguidos» a la puerta de sus lectores, cuando en realidad «me cuesta tanto siempre llamar siquiera una vez...Lo importante es que esos libros tengan el grosor preciso, pero esto nunca se sabe, es lo desazonante»⁵⁰. También se refiere, sin embargo, a «la profunda y sencilla alegría de escribir», y expresa su acuerdo con Julien Gracq, a quien «tampoco le gusta nada el término y el concepto de *creación* en la literatura. Dice: “no hay creación sino a partir de nada, y la literatura no es, en el mejor de los casos, sino composición, reensamblaje de sensaciones, de percepciones de recuerdos”, don de los que te rodean, memoria de tu memoria y otras memorias, don de los muertos. Pero no menos que esto»⁵¹. La recepción de ese «don» obliga, por otra parte, al escritor: «Sólo es claro que se recibe todo, que se debe todo...y que hay que devolverlo».⁵²

En *La luz de una candela*, cuyos apuntes corresponden a los años 1989 a 1993, Jiménez Lozano anota de nuevo su rechazo de cierta imagen de la figura del escritor, y escribe lo siguiente sobre una cita de Kafka:

Yo creo que en estas reflexiones incluso profundas, serias, dramáticas, honestas, hechas por gentes como Kafka y algunos otros grandes espíritus, hay, sin embargo, mucho artificio, y, desde luego, una conciencia sacral del ser escritor, que yo no tengo. A mí me parece un oficio muy hermoso---el más hermoso de

⁵⁰ Ib., 230.

⁵¹ Ib., 241-242.

⁵² Ib., 238.

todos---pero muy modesto, como el de pintor de carros o contador de historias, o como el de un profeta como Jonás, que es tan poquita cosa. Tan poquita, que se lo tragó un pez sin darse cuenta, y lo devolvió después⁵³.

Contrastando las figuras de Tolstoi y Humberto Saba, afirma que del escritor ruso, le resulta «totalmente insorportable» su «genialidad».

Una de las cosas que hay que agradecer a Barthes es su liquidación del mito del gran escritor depositario de todos los valores superiores, el detentador de la palabra «gregaria» (la que se agrega) que luego él ofrece al poder o administra como poder.

Lo que pasa, además, es que en situaciones democráticas o de masas, «la genialidad» se ha abaratado bastante, y prolifera: cualquier escritor genial de éstos puede contarnos su tardía llegada a un hotel de cinco estrellas en su coche de marca por dificultades de tráfico, intentando que lo tomemos como la peregrinación de Ulises, o una tragedia griega⁵⁴.

Refiriéndose, por otra parte, a la publicación de *Los ojos del icono*, escribe que «estoy con la “resaca”, ese amargor que me produce siempre la publicación de un nuevo libro, originado sobre todo por la duda sobre lo que uno ha hecho»⁵⁵; y más adelante, recordando lo que escribió Zweig sobre el sufrimiento de Hölderlin con respecto a sus propios escritos, señala que «Así es a veces el calvario de quien escribe: un idiota puede destrozarlo. Y se trata, naturalmente, del escritor no seguro de sí, porque “los seguros” tampoco suelen tener

⁵³ *La luz de una candela*, Barcelona, Anthropos, 1996, 14-15.

⁵⁴ *Ib.*, 16-17.

⁵⁵ *Ib.*, 30.

mayor interés como escritores...Lo importante es no convertirse en un nombre, en un fenoma escrito o hablado y sonando ahí por todas partes, hecho aire, puro aire, y de aire a nada».56 Jiménez Lozano está de acuerdo con Emerson, a pesar de no encontrarle «muy simpático», cuando afirmaba que «Preferiría tener menos lectores, y sólo los que me corresponden». Está muy bien. Pero lo cierto es que uno tiene siempre los lectores que le corresponden. Ni uno más. Solo le gustaría a uno que también ni uno menos».57 Su actitud frente a las pretensiones literarias exageradas queda patente en la siguiente nota:

Comienzo a leer una crítica sobre una «novela total» con visión cósmica y no se cuántas cosas más: un giro copernicano en la literatura y ¡bla, bla, bla! ¿Cómo seguir leyendo? Tengo aquí a mano al viejo Hesiodo, que entendía algo de estas cosas, y decía: «¡Necios! No saben cuánto más valiosa es la mitad que el todo, ni qué gran riqueza se esconde en la malva y el asfódelo». ¡Que no se me olvide! ¡Y que los dioses inmortales me libren de toda *hybris*, de escribir jamás una novela total!58!

Y cuenta esta anécdota sobre la lectura de unos cuentos suyos en unas clases para adultos, que resume su propia motivación para escribir:

Noticias sobre gentes no letradas que han leído mis cuentos: los alumnos de las clases nocturnas de adultos en un barrio de la gran ciudad. La lectura de estas narraciones parece que ha permitido a esas gentes algo que las llena de alegría: reencontrar su

⁵⁶ Ib., 160-161.

⁵⁷ Ib., 40-41.

⁵⁸ Ib., 62-63

mundo y su lenguaje, reconocer su sufrimiento y sus recuerdos felices, y algo más importante para ellos, que es comprobar que todo eso, sus pequeñas vidas, están escritas.

Al final, se les desata la lengua y esas gentes comienzan a contar historias, algunas de ellas verdaderamente terribles, me dice P., que es quien me da la noticia de estas cosas. «Y, como si se hubieran quitado un peso de años, al contarlas», añade.

¡Claro! Para eso se narra⁵⁹.

El escribir tiene, por otra parte, un significado incluso más profundo: «Maurice Blanchot, glosando a Kafka, dice que escribir es una forma de oración. Y lo es. O, si no, es cacareo»⁶⁰. Y sobre esta cuestión de las motivaciones del escritor y la naturaleza del «oficio», en un ensayo titulado «Por qué se escribe», publicado en el libro que recoge las conferencias pronunciadas en el homenaje dedicado a Jiménez Lozano en 1993 con ocasión de su recepción del Premio Nacional de las Letras, el autor ofrecía esta explicación:

Probablemente porque no se sabe y no se puede hacer otra cosa; porque desde pequeño comenzaste a frecuentar el mundo que está en los libros, te encontrabas a gusto en él, te parecía más verdadero que el mundo real, y, un día, de repente tú también echaste a andar por ese camino y ese oficio hasta que decidiste hacer un libro y decir: «esta es la clase de sillas o de zapatos que sale de mi obrador». Y la narración y el ensayo que ofreces es el resultado de una frecuentación de años en los grandes talleres y conversando con los grandes [...]

⁵⁹ Ib., 94.

⁶⁰ Ib., 145.

[...] el escribir es esencialmente un asunto de complicidad con esa tu larga, compleja y contradictoria familia: Pascal y Voltaire, Cervantes y Bocaccio, Shakespeare y Eurípides, Qohelet y Dostoievski, Melville y Giovanni Verga, y sobre todo los personajes y las historias de docenas de narraciones o dramas que se han hecho más amigos tuyos, más hermanos, se han desposado contigo y tú con ellos u os habéis herido y devorado mutuamente [...]

[...] también aprendiste en casa de esos grandes que este oficio de escritor es bien humilde y no un taller de demiurgos y dioses: oficio de realidad y verdad, de memoria y lenguaje, de vivir y sufrir o gozar tú, dejando de ser tú, las vidas que narras o transparentas. Pero como si fueses un cristal o película de aire, pero nada más; como un acueducto o vía necesarios para el paso, nada más⁶¹.

Entre los apuntes escritos entre los años 1993 y 1998 y que constituyen la cuarta entrega de los diarios de Jiménez Lozano, *Los cuadernos de letra pequeña*, las referencias a la tarea del escritor son menos numerosas, pero hay alguna que merece ser citada. Partiendo de una cita de Henry James sobre una novelista inglesa que tiene la cualidad de «imaginar lo desconocido por lo conocido, de averiguar la implicación de las cosas, de juzgar el todo por una parte...de sentir la vida en general tan intensamente que va bien encaminada para conocer cualquier rincón especial de ella», Jiménez Lozano afirma que es ciertamente así: «O se ve, o no se ve; o se oye o no se oye. Si uno se tiene que documentar para escribir una historia que se supone

⁶¹ José Jiménez Lozano, *Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*, op. cit., 19-21.

naturalmente que sólo sabe él, es que no es verdad lo que va a contar, y les encomienda el asunto a los decoradores y tramoyistas⁶²». En el año 1996, escribe que «Quemo, junto con otros papeles, la primera, y parte de la segunda redacción de la novela que traigo entre manos, para poder continuar, o volver a empezar», y considera otra posibilidad:

[...] dejarlo del todo. De momento, las autocríticas y las dudas se han disipado en la lumbre, y han dejado una ceniza muy blanca y muy finita, no la ceniza como de alas de murciélago que suele resultar de quemar papel. Estos cuadernos debían de ser de otra clase de papel, o esa es la ceniza que ofrecen los intentos de contar, pero el caso es que me ha gustado mucho hurgar en ella⁶³.

Y en una nota autobiográfica, el autor se refiere a un comentario de Marcel Bataillon, que afirma que la «limpidez casi popular» de Cervantes, en comparación con «los guisos condimentados de Quevedo o de Tirso de Molina, tiene la sabrosa insipidez de la leche o el pan». La opinión del hispanista francés evoca este recuerdo:

En un determinado momento de mi juventud, quien me leyó estas líneas, y, pasando del comentario histórico a la escritura, me aconsejó simplemente que no las olvidase; y no es que me ofreciera un canon estético, es que me hizo una revelación, porque también a mí me gustaban los condimentos, los mobiliarios y las fulguraciones. Y creo que entonces comprendí que no

⁶² *Los cuadernos de letra pequeña*, op. cit., 16.

⁶³ *Ib.*, 139.

se necesitan estas cosas para nada, luego que eran un horror, y enseguida que había que aborrecerlas⁶⁴.

En una conferencia pronunciada en La Residencia de Estudiantes en el año 2002, Jiménez Lozano abundaba en la cuestión de la *ética* y la *estética* del escritor, utilizando como ejemplo «el anónimo narrador del Éxodo [que] escribió todo un libro sobre el antiguo Egipto, pero en él no *sabe* nada de los soberanos del país y de su corte; no tiene ojos ni para su colosal arquitectura ni para la hermosura de sus enterramientos, sus fastuosos *hábitats*, vestidos y joyas, y otros objetos muy hermosos». Y afirmaba lo siguiente:

Todo lo que nos cuenta de la vida de aquel Imperio—aparte de la épica teológica de las plagas sobre los egipcios y del paso por el mar de las Cañas de los hebreos—es la pequeña historia de dos humildes mujeres, cuyo oficio es el de comadronas, que tuvieron compasión de los niños recién nacidos que el faraón había ordenado dar muerte [...] La opción estética que el narrador de esos sucesos hace, al seleccionar la realidad de tal modo, es obviamente la de lo pequeño y socialmente insignificante frente a lo majestuoso y faraónico; la de la hermosura de lo humano y de lo que significa vida frente a lo que está construido, y, aunque resulte hermoso, es algo mineral y muerto, o poder en su ser anquilosado. Y la opción ética incluida queda en esa opción estética, al contar la historia subversiva y justiciera de las dos comadronas, que aseguran la vida de los recién nacidos, mientras guarda silencio sobre la Gran Historia de los faraones y su gloria.

⁶⁴ Ib., 150-151. Esta «revelación» se parece, en cierto modo, a la experiencia que cuenta Charlotte Brontë, miembro de la «familia espiritual» de Jiménez Lozano, quien, en la introducción a su primera novela, escribe lo siguiente: «I had not indeed published anything before I commenced *The Professor*, but in many a crude effort, destroyed almost as soon as composed, I had got over any such taste as I might once have had for ornamented and redundant composition, and come to prefer what was plain and homely». (*The Professor*, London, Oxford University Press, 1967, v.)

[...] Pero el conocimiento de la realidad de lo humano y de lo histórico sólo podrá obtenerse por *el oído*, por la narración y el susurro, y el nivel ético y el religioso—añadiría también Kierkegaard—estarán unidos a ese sentido. En cualquier caso, esto es lo que sucede con lo verdaderamente serio y profundo del hombre en su felicidad, su esperanza o su desgracia: que se cuentan. No se pueden ver, sino que se presentizan en el relato, y sólo en él. Es «la primacía, en definitiva, del recuerdo; y lo nuevo, lo que jamás ha existido---tiene razón Johann Baptist Metz—, no puede representarse ni actualizarse sino por medio de la narración», que es la que desconstruye, además; y lo que permite aprehender la realidad bajo las apariencias, y la mentira del poder y de la Gran Cultura⁶⁵.

Recordando que él pertenece a «una generación que aprendió la tabla de multiplicar, las reglas de ortografía[...] los ríos, mares, océanos, o las listas de los césares y los reyes [...] cantando», el autor afirma que «hay algo muy fino y profundo en nuestra psique, una disposición total y radical de nuestro *yo* que, ante la poesía, la música y el relato, hace que oigamos todo eso no porque sí, y por mero placer, que éstos son hedonismos y autismos culturalistas de ayer por la mañana, sino para guardarlo en nuestra memoria, como casa o viático de nuestra propia existencia; y en el plano de la narración sucede algo todavía más intenso y profundo, porque, al guardar la historia que se nos cuenta—y para eso la leemos, para vivir o desposar otras vidas—, también guardamos la atención a los personajes de ella para siempre; y la atención a otro, como también nos ha prevenido la Weil, es, a la vez, una forma de amor muy

⁶⁵ «Cuentas con uno mismo», en *El narrador y sus historias*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2003, 157-161.

profunda y el principio del conocimiento de la realidad. Ningún narrador, naturalmente, podrá contar nada verdadero sin esa extrema atención, y en una intensidad que quizás pueda trastornarle sus adentros. Pero es su oficio simplemente»⁶⁶.

Finalmente, en un coloquio-homenaje celebrado en Pamplona en marzo, 2004, Jiménez Lozano contaba a sus oyentes una anécdota de su infancia, que trata de la mujer que trabajaba en la casa de sus padres y que refleja la importancia que tiene para el autor la *escucha interior* de las historias, imprescindible para poderlas narrar después.

Cuando acompañaba a María, para la colada especial del año, en primavera, a un determinado manantial o fuente de agua maravillosa y en un lugar muy recoleto que tenía una antigua leyenda, ella me recomendaba que me sentase en una pequeña manta que ponía sobre la hierba, y que me quedase quieto y callado, oyese lo que oyese y viese lo que viese, que ella me iría diciendo y señalando. «¿Ves aquella mora que hay allí sentada y que está tan triste? Pues es una princesa que vive allí abajo en un palacio que hay en el manantial, y sólo puede salir un poco cada día.» Yo preguntaba: «¿Y por qué lo sabes tú? Y respondía: *¿Es que no la ves? Tiene mil años y está más joven que tú y que yo.* Yo insistía: *¿No habla?*, y ella respondía: *No; se está así en su ser estando, y nada más. Nosotros somos los que hablamos.*

Así de heideggeriana era María, y luego a la hora del añilado de la ropa o de andar comprobando el blancor o el azulado de ella con mi madre, recibía yo otra enseñanza de luces o blancos y colores; y fui guardando todo eso en mis propios adentros. Nada de

⁶⁶ Ib., 161-163.

realismo mágico, fisicidades; sólo que retiñían en los adentros.

Muchos años después, pregunté a María por qué me contaba lo de la princesa mora, y después de sonreírse, me dijo porque era algo muy hermoso, yo veía a la mora y ella también mientras me lo contaba, ¿qué más podíamos desear? Y de este modo enunció la que, digamos, sería toda mi teoría estética, si tuviese alguna.⁶⁷

Es, sin embargo, en uno de los cuentos de Jiménez Lozano, titulado «Los Episodios Nacionales», donde encontramos tal vez el mejor resumen de lo que le ha motivado y sostenido durante tantos años, contra viento y marea, en el «humilde oficio de escribir».

Yo ya le digo a usted y a todos que esto de contar lo que pasó y de lo que se acuerda uno, o se acuerdan otros y te espolean para que te acuerdes tú mismo, es un asunto que según se mire....Pero no son novelas ni figuraciones lo que yo cuento, sino lo que yo recuerdo que pasó y cómo eran las personas, una por una, sin meterme yo a nada en lo que cuento, salvo que puedo decir: «¡Pobrecillo!», ¿no? Porque tenemos corazón, ¿no? [...] No vas a decir eso de dentro tuyo que sentías o sientes; que tú cuentas la verdad de lo que viste o se decía, o te contaron, y ni entras ni sales. Y también te tienes que guardar las interpretaciones de por qué

⁶⁷ «Gracias porque sí», en *Homenaje a José Jiménez Lozano*, Álvaro de la Rica (ed.), Barñaín (Navarra), Ediciones Universidad de Navarra, 2006, 239-248). La relación entre la historia de la princesa mora que escuchó en su infancia y una de las figuras femeninas más memorables de la obra del autor se manifiesta en esta nota de *Segundo abecedario* (op. cit., 254): «En La Lugareja esta tarde. Cuando yo pasaba por aquí de niño, llena la cabeza de leyendas sobre princesas moras que estaban escondidas en los manantiales, oía decir que esta iglesia «parecía mora» y que tenía una Virgen de ojos grandes [...] Otro día, hace muchos años, ví allí a una muchacha con un vestido azul y unas coletas, que llevaban un ramillete de acianos o azulejos y amapolas. Y ni me acuerdo por qué estaba allí, pero ¿no sería Sara?»

hacían esto o lo otro [...] ¿Y qué vas a contar de la cuadra tuya o de la cuadra de los otros? Pues ya se sabe lo que es una cuadra; y a mí me ha gustado siempre, por eso, la limpieza misma en el hablar y la claridad del agua clara de un manantial, y así cuento yo estas cosas, ya lo advierto. Porque me gusta contarlas solamente, que ya sabemos todos que éstas no son las historias de los libros que leíamos en la escuela, como los *Episodios Nacionales*, que leíamos los lunes, me parece, y estaban bien tramados...pero aquí no hay trama ninguna en lo que cuento, que lo de la trama me da a mí mala espina, porque nunca sabes la trama y sólo Dios en el Juicio Final, si le hay, la descubrirá; y si no, pues ¡qué lo vamos a hacer!: la tierra se lo tragará todo y nos quedaremos sin saberlo.

No sé yo. Pero, por eso mismo, cuento yo las cosas, ¿no? Te parece que viven otra vez los protagonistas, y los estás viendo...y ahora, que están muertos, como si se agarrasen a ti para que cuentes esas cosas y volvieran a vivir, y eso te pasará a ti cuando te mueras: que querrás que te recuerden⁶⁸.

Podemos afirmar, resumiendo lo expuesto en este primer capítulo, que la obra de José Jiménez Lozano ha sido caracterizada desde sus inicios por una voz y una temática profundamente individuales e independientes. El afán de privacidad y la prevención del autor contra la manifestación de un «yo» prepotente en sus escritos no han sido capaces, sin embargo, de disimular los elementos personales y, en ocasiones, biográficos presentes en gran parte de su narrativa. Estos «relámpagos» de experiencia personal—la luz de una

⁶⁸ José Jiménez Lozano, *Los grandes relatos*, Barcelona, Anthropos, 1991, 64-66.

candela, el susurro de las conversaciones de los adultos, la conciencia de los estragos causados por la guerra y la posguerra en los cuerpos y las almas de sus víctimas—constituyen el *humus* de una mirada tan realista como misericordiosa sobre la naturaleza humana y la vida de los hombres, desde los patriarcas (y matriarcas) bíblicos hasta las mujeres y hombres de la sociedad actual.

Una educación tradicional y las lecturas tempranas de la gran literatura española y europea, y más tarde de la norteamericana, le proporcionaron al autor unas profundas raíces culturales y un contexto social que sirvieron como punto de partida para su indagación en la importancia de las grandes cuestiones históricas, filosóficas y religiosas que han estado presentes en el devenir de la cultura occidental en general, y en la española en particular. Su preocupación por la presencia de lo religioso en los grandes momentos de conflicto y cambio en la historia de España, y del resto de Europa, se manifiesta desde los primeros artículos periodísticos de hace ya cuarenta años, y particularmente en sus estudios de los heterodoxos y marginados intelectuales y religiosos de épocas muy diversas, al mismo tiempo que su interés por la «intrahistoria» de la sociedad española se manifiesta no sólo sus escritos ensayísticos, sino también, e incluso más profundamente, en sus novelas y relatos, desde el drama espiritual de las monjas de Port-Royal hasta la lucha por la supervivencia, o la búsqueda de una parcela de libertad y felicidad, de los personajes de *Ronda de noche* o *Un dedo en los labios*.

No sólo en sus obras de narrativa, sino también en sus poemas y especialmente en sus diarios, Jiménez Lozano ha dado a conocer sus reflexiones sobre la filosofía, el arte, la literatura; sus más íntimas

«complicidades» estéticas e intelectuales; y sobre todo, su visión sobre el pasado, el presente y el destino último del ser humano. En numerosos escritos y conferencias, el autor se ha referido a la «humildad» del «oficio de escribir» y a su rechazo de la idea del escritor como «creador», dejando clara su convicción de que «se recibe todo» gracias a la milenaria transmisión de tradiciones culturales, y más específicamente, a las lecturas y las experiencias personales, así como la reflexión sobre las mismas. Los diarios de Jiménez Lozano, así como sus libros de ensayo en forma de «diálogo interno» (*Sobre judíos, moriscos y conversos, Retratos y naturalezas muertas*), ofrecen al lector una amplísima visión, de varias décadas de duración, no sólo de las opiniones del autor sobre acontecimientos históricos y asuntos de actualidad, sino también de su preocupación por la autenticidad de sus escritos y de su afán de plasmar, con la mínima intrusión y la mayor fidelidad posibles, los dramas y la memoria de la vida cotidiana de los olvidados de la historia y los ausentes de los «grandes relatos». Jiménez Lozano también ha hecho a sus lectores partícipes de las dudas que experimenta antes de la publicación de sus obras, del dolor que ha sufrido en algunas ocasiones ante ciertas críticas, pero sobre todo de la alegría que le ha proporcionado la experiencia de tener los lectores «que le corresponden».

En el capítulo siguiente de este trabajo, investigaremos un rasgo fundamental de la obra de José Jiménez Lozano, que ha constituido uno de los aspectos más notables y diferenciadores de su escritura dentro del ámbito literario de España en las últimas décadas: la dimensión religiosa.

CAPÍTULO 2

Aspectos de la dimensión religiosa en la obra narrativa de José Jiménez Lozano

1. Introducción

En *Los tres cuadernos rojos* aparece una entrada, del año 1983, que expresa la conciencia de Jiménez Lozano de «llevar sobre mí como un sambenito de irrisión mi preocupación teológica en esta cultura española¹». Para entonces, había transcurrido casi un cuarto de siglo desde la publicación de sus primeros artículos en *El Norte de Castilla* y *Destino*, y en efecto, con muy pocas excepciones, los ensayos, novelas, cuentos y poemas publicados durante ese período de tiempo se caracterizarían por la presencia más o menos explícita, y bajo diversos aspectos, de lo teológico o lo religioso². El primer libro publicado por Jiménez Lozano, *Un cristiano en rebeldía* (1963), reunía una serie de ensayos, casi todos publicados anteriormente como columnas en *El Norte de Castilla*, que, en palabras del autor, representaban «la tarea de un laico cristiano, en su Iglesia, que ha tratado de ver claro y decir honradamente el punto de vista cristiano

¹ Op cit., 235.

² En 1979, Jiménez Lozano recibe el «Premio El Ciervo» por la colección de cinco poemas titulada «Oficio parvo», publicados en la revista *El Ciervo* (no. 340-341, junio-julio, 1979, 14-15) e incluidos posteriormente en el poemario *Tantas devastaciones*.

desde las páginas de un periódico, sobre muchas cuestiones y durante un espacio de casi cuatro años. Con alegría o tristeza, con ilusión o desencanto, con acierto o desacierto». El periodista J. Pérez Pellón ha expresado sus impresiones sobre los primeros artículos de Jiménez Lozano de la siguiente manera:

Y de repente Pepe, en un periódico de provincias, ¡válgame Dios!, nos empieza a contar cosas. Angustias de un cristiano nuevo, el cristianismo vivido como agonía, siempre Unamuno, y cosas parecidas. Y otro día dice que quiere ir al Concilio y enviar crónicas desde Roma [...] Y aparecen sus crónicas, heterodoxas para los bien pensantes, fascinantes para los que de eso sabíamos poco o nada. Y aquello parecían crónicas de guerra. Con las derechas y las izquierdas de la Iglesia. Con sus conservadores y progresistas [...] Se nos descubría una Iglesia Romana llena de contradicciones, con las miserias y grandezas de su poder temporal, que nunca ha perdido del todo. Se nos descubría el mundo de los Maritain, de Jean Guitton, de Romano Guardini y de tantos otros que citaba con frecuencia. Pero sobre todo nos hacía ver con claridad que el Concilio se estaba inventando una Iglesia nueva. ¿O era sólo el deseo de Pepe de inventarse una Iglesia nueva³?

En el prólogo de *Un cristiano en rebeldía*, el P. José Luis Martín Descalzo contaba que había escogido como su sucesor en la columna religiosa de *El Norte de Castilla* a «un muchacho casi desconocido» precisamente ser un seglar que «ha tomado el Evangelio como lo que es: un gran riesgo» y que hace «todas esas preguntas que nosotros procuramos no hacernos, y dice todas esas verdades que el gran

³ J. Pérez Pellón, «Los papeles de cada día», op. cit., 166-167.

burgués, que todos llevamos dentro, camufla con cuidado». Miguel Delibes, por su parte, señalaba en su «Epílogo» que «Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, llegan antes a los jóvenes que a los viejos. Es natural, Pepe Lozano, las cosas de Pepe Lozano, tienden a desarraigar tradiciones, torpes prejuicios⁴». Los temas tratados en los ensayos incluyen los «problemas religiosos del momento»: el antisemitismo en el seno de la Iglesia⁵; el «culto al pasado» que impide que los católicos se reconcilien con el mundo moderno y hace que añoren «tiempos fáciles y seguros⁶»; y la necesidad de superar el divorcio entre la Iglesia y el mundo obrero, así como la resistencia de muchos católicos a afrontar los problemas sociales y asumir los movimientos políticos de la época desde una postura auténticamente cristiana y evangélica. También son retratados varios personajes que, según el autor, «han influido en mi manera de pensar» y que «están en la base de la renovación cristiana de nuestro tiempo⁷» (Bernanos, Péguy, Léon Bloy, Maritain, Lacordaire, Antonio Machado), así como algunos momentos del calendario litúrgico que serán temas recurrentes en su obra posterior (el Día de los Difuntos, la Festividad de los Santos Inocentes y Viernes Santo) y ciertas cuestiones históricas, como el racismo, el anticlericalismo, la mentalidad inquisitorial, las «cazas de

⁴ *Un cristiano en rebeldía*, op. cit., 9-10, 177. Delibes dedicó su novela *Cinco horas con Mario* (1966) «A José Jiménez Lozano».

⁵ Jiménez Lozano había tratado este tema desde una perspectiva bíblica, teológica e histórica, en un folleto publicado por la Editorial PPC en 1961 bajo el título *Nosotros los judíos*.

⁶ *Ib.*, 38.

⁷ *Ib.*, 15.

brujas» de diversas épocas, y la tendencia de los hombres a fabricar un Dios a su medida y «garante de sus éxitos⁸».

En 1966 aparece el primer libro monográfico de Jiménez Lozano, *Meditación española sobre la libertad religiosa*⁹, cuyo origen se encuentra en «un hecho muy concreto: preguntarse por qué en nuestra cristiandad española se han dado ciertas reticencias, un cierto escándalo y hasta una cierta oposición al espíritu conciliar del Vaticano II¹⁰». El autor atribuye la incompreensión de muchos católicos con respecto a las reformas emprendidas por la Iglesia a la ausencia de una «formación religiosa integral»; encuentra en la «manera muy peculiar» en que el catolicismo ha sido vivido en España durante siglos el estímulo para unas «meditaciones» acerca del «sentimiento religioso español». Al mismo tiempo que invita a sus lectores a «una comprensión y aceptación alegres de la Iglesia del Vaticano II, y de la excepcional hora histórica que la humanidad está viviendo», afirma que se debe comprender «a quienes cuesta desprenderse de ese obsesionante pasado. Sobre todo cuando ese

⁸ Ib., 159. ⁸

⁹ Jiménez Lozano dedica esta obra «A la entrañable memoria del Papa Juan XXIII, un alto símbolo de la libertad y de la fraternidad humanas. Y una “ventana abierta” en la Iglesia de Dios tras seculares miedos e inmovilismos cristianos». J. R. Ibáñez ha señalado con acierto el «espíritu de desbordante alegría» que manifiesta Jiménez Lozano, tanto con respecto a la figura de Juan XXIII, como a las expectativas despertadas por el Concilio (*Fuentes intertextuales en la escritura ensayística de Jiménez Lozano*, op. cit., 7.)

¹⁰ José Jiménez Lozano, *Meditación española sobre la libertad religiosa*, Barcelona, Destino, 1966, 9. Tres décadas más tarde, en *Una estancia holandesa*, (op. cit., 32) el autor afirmaba lo siguiente con respecto a esta obra: «El *Ensayo* [sic] *sobre la libertad religiosa* era una meditación sobre la libertad en España, porque la libertad es indivisible: no puede haber libertad para sectores o corrales, pero si no hay libertad religiosa no puede haber libertad de ninguna clase, porque esa libertad atañe a lo más profundo del hombre: tener su alma en su almarío».

pasado es tan singular, tan trágico también, pero, a la vez, tan excepcionalmente complicado, poderoso y lleno de valores como nuestro pasado español¹¹. Los asuntos tratados en este libro incluyen la mentalidad «contrarreformista» cuya fe es «algo estático y no vital, decidido para siempre» y para la cual la heterodoxia es equiparable a «la inmoralidad o la maldad moral», y sorprendentes y dolorosos los debates sobre la libertad religiosa mantenidos durante el Concilio Vaticano II¹²; los conflictos en la España de los siglos XV y XVI entre, por una parte, «un catolicismo belicoso e intolerante» y por otra, judíos, musulmanes, conversos, «erasmistas», protestantes y heterodoxos diversos; los dramas personales y sociales provocados por la instauración de la Inquisición y el afán de unidad político-religiosa; y los sucesos del «terrible siglo XIX», fruto de la turbulenta situación política, de la persistencia de la perenne «cuestión religiosa», y de «un inevitable clericalismo» que suscita un igualmente «inevitable anticlericalismo y hasta anticristianismo y doctrinarismo

¹¹ Ib., 9-12, 16. El autor insiste, sin embargo, en que «no se trata de un libro de historia» sino de «una simple meditación, apoyada en unos cuantos hechos históricos y, sobre todo, sobre la vivencia, o “vididura” que diría Castro, que de estos hechos ha tenido el católico español tradicional y que tiene aún hoy». Por su parte, Américo Castro hacía la siguiente observación en una carta dirigida a Jiménez Lozano en julio de 1967, probablemente a raíz de su lectura de *Meditación española* y quizás otros ensayos del autor: «El extraordinario mérito de su obra---bien sabe Dios que no es lisonja, la cosa es demasiado serio para incurrir en frivolidades---es que Vd. habla desde la intimidad del doliente, con conciencia y angustia del mal que le aflige. Nadie lo ha hecho antes». (Citada por Antonio Piedra en *José Jiménez Lozano. Premio Provincia de Valladolid 1996 a la trayectoria literaria*, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 2005, 64.) Sobre la «intuición» de Castro con respecto a las implicaciones de la convivencia de «las tres naciones» en la España medieval, y su «concepto existencial de la historia», cf. *Sobre judíos, moriscos y conversos*, op. cit., 10-11.

¹² Ib., 24.

anticatólico¹³», que desemboca en la «atroz barbarie» de la persecución religiosa durante la Segunda República¹⁴. En cuanto al significado que tendría el Concilio para España, Jiménez Lozano piensa que hará falta tanto «una inacabable paciencia con la lenta evolución de los espíritus», como el compromiso de no traicionar al espíritu evangélico «que hemos visto era nuestro deber proclamar y vivir¹⁵». Casi treinta años más tarde, refiriéndose a este libro suyo, Jiménez Lozano afirmaba lo siguiente:

[...] era una meditación sobre la libertad en España, porque la libertad es indivisible: no puede haber libertad para sectores y corrales, pero si no hay libertad religiosa no puede haber libertad de ninguna clase, porque esa libertad atañe a lo más profundo del hombre [...]¹⁶

Muchos de estas cuestiones fueron tratadas igualmente por Jiménez Lozano en una entrevista publicada en el libro *Cien españoles y Dios* en el año 1971; en esa ocasión, después de afirmar que «Creo en el Dios en que cree la Iglesia Católica y de la forma y manera que se enuncia en el símbolo de la fe, desde la primera a la última palabra», el autor reconoce «las servidumbres de todo tipo que supone la encarnación de esa Iglesia en la historia», afirmando al mismo tiempo que su «catolicismo sentimental, de corte popular, y mi catolicismo intelectual, de corte ilustrado, liberal y progresista, se

¹³ Ib., 76.

¹⁴ Ib., 87.

¹⁵ Ib., 108.

¹⁶ *Una estancia holandesa*, op. cit., 32.

conjugan perfectamente¹⁷». A la pregunta sobre si había experimentado alguna vivencia que influyera sobre su actitud religiosa, Jiménez Lozano contestaba que si bien no había vivido «una experiencia mística natural o sobrenatural», sí había ocurrido algo en su juventud que le marcaría profundamente:

Dejaría de decir una verdad, sin embargo, si no expresara con sinceridad que fue en un cementerio civil, ante la tumba de un ateo, antiguo católico que apostató de su fe, donde mi visión católica, quiero decir mi adhesión espiritual a una cierta familia del catolicismo, se definió con toda claridad. Era la tumba del profesor Dorado Montero en el cementerio civil de Salamanca, un día de Ánimas, a mis dieciocho años. Desde aquel día siempre he creído que mi vocación cristiana era la de «tirar tapias», esto es: acabar con prejuicios, dar explicaciones, tender puentes, esforzarme por comprender al «enteramente-otro», hijo de Dios como yo¹⁸.

¹⁷ José María Gironella, *Cien españoles y Dios*, Barcelona, Ediciones Nauta, 1971, 239-241. La aportación de Jiménez Lozano a esta obra es una de las de mayor extensión. Por otra parte, un apunte de Miguel Delibes en su libro *Un año de mi vida*, da testimonio de la franqueza y firmeza con que Jiménez Lozano exponía su fe cristiana en aquella época: «7 de octubre [1970]. Asistí con mi mujer, en Madrid, a la sesión del seminario, montado por Álvarez Bolado en el Instituto Fe y Secularidad, sobre “Crisis del catolicismo”. Veinte estudiantes para dos grandes cabezas: José Luis Aranguren y José Jiménez Lozano. Aranguren y Lozano centraron el problema de la Iglesia antes como acontecimiento que como esencia y la crisis del catolicismo como un aspecto de la crisis sociológica general. Al final, Álvarez Bolado recogió cabos y habló de la angustia, especialmente de los que tenemos más o menos su edad y fuimos educados en el preconcilio y madurados en el posconcilio. Lozano confesó que él no siente ninguna angustia. Es un caso admirable, el de Lozano, porque su fe es profunda y—cosa muy rara en el país—fundada. Todo lo contrario de la fe del carbonero». (Miguel Delibes, *Obras completas*, tomo V, Barcelona, Destino, 1975, 333).

¹⁸ *Ib.*, 250. Hay otra referencia a esta experiencia del autor en su reflexión sobre los Días de Todos los Santos y de Ánimas titulada «Claveles para un ateo», que se encuentra en *Un cristiano en rebeldía* (op. cit., 133): «Día 2. Tal día como hoy tengo que recordar a aquel viejo profesor que nos llevaba de paseo al cementerio civil en esta fecha. Allí había tumbas de ateos, de protestantes, de judíos [...] Las

Y mientras asumía la inevitabilidad histórica de la desaparición del «régimen de cristiandad», opinaba que no habría libertad religiosa «mientras no llegue el día en que ser católico deje de ser, entre nosotros, una especie de espontaneidad social para tornarse una profunda decisión y hasta un drama personales¹⁹».

Entre los años 1971 y 1973, Jiménez Lozano publica sus tres primeras novelas: *Historia de un otoño*, *El sambenito*, y *La salamandra*. En estas obras el autor presenta, de forma narrativa, episodios y personajes de la historia política y religiosa que ya venían apareciendo en sus artículos periodísticos y otros ensayos: los conflictos político-religiosos del «Gran Siglo» francés; el enfrentamiento entre la Inquisición y los ilustrados españoles del siglo XVIII; y la dimensión religiosa de la Guerra Civil española. La «preocupación religiosa» del autor está igualmente presente en casi

inscripciones protestantes nos daban envidia, tenían grabadas frases del Evangelio que olían a vida. Allí rezábamos, como lo habíamos hecho la víspera en el cementerio católico, y luego el viejo profesor bendecía aquella tierra al terminar su responso de sacerdote. Ahora, en vísperas del Concilio de la unidad, he vuelto al cementerio civil y he mirado con pena este muro que lo divide del cementerio católico [...] He sentido deseos de derribar esta tapia absurda que divide a los dos cementerios».

¹⁹ *Ib.*, 252. Es interesante notar la similitud entre estas experiencias del autor en su juventud y la que señala José Paulino en su artículo «Identidad religiosa y existencia. *Libro de las memorias de las cosas*, de Jesús Fernández Santos», en *Ilustración y Ciencia de las Religiones*, 10, 2005, 107-126. «...de pequeño [Fernández Santos] asistió a un entierro protestante y le llamó la atención la alta y espesa valla que separaba el recinto del cementerio católico (que equivale a decir general). Y comenta: “A mí no me gustan las vallas, ni los muros, nada, en resumen, que separe a unos hombres de los otros, y me preguntaba cuánto tardaría esa tapia en caer, y me lo sigo preguntando todavía... Como yo soy narrador... acabé haciendo una novela... desde el lugar justo de esa misma valla, ni más acá ni más allá, desde la huella que dejará en la tierra algún día... definitivamente olvidada.” (La cita está tomada de Jorge Rodríguez Padrón, «Estudio preliminar», en J. Fernández Santos, *La que no tiene nombre*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

todos los cuentos recogidos en el *Santo de mayo*²⁰. De este decenio son también una biografía del Papa Juan XXIII (1973); *La ronquera de Fray Luis y otra inquisiciones* (1973), una recopilación de las «Cartas de un cristiano impaciente» publicadas durante varios años en la revista *Destino*, que incluye principalmente perfiles de grandes figuras y acontecimientos de la historia del cristianismo entre los siglos XVI y XX, así como algunos ensayos de tipo «más especulativo y meditacional²¹»; y *Retratos y soledades* (1977), una colección de pequeños estudios biográficos de personajes «cimeros en la historia de la cultura y de la espiritualidad de la especie» cuyas vidas y obras literarias o artísticas siguen teniendo «un peso decisivo [...] dándonos alguna respuesta a muchos problemas en carne viva que ahora mismo nos acosan», y que van desde Agustín de Hipona a André Malraux, de Bach a Kierkegaard, pasando por muchos de los pensadores y escritores que han ido conformando aquella «familia espiritual» tan importante en la trayectoria del autor²².

En 1978 Jiménez Lozano publica un estudio histórico, más extenso y más académico que los anteriores, sobre una cuestión que ya había tratado en numerosas ocasiones y sobre la cual el autor estuvo haciendo entrevistas y recopilando material documental durante muchos años: *Los cementerios civiles y la heterodoxia*

²⁰ Thomas Mermall, «José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso», *Anthropos*, n. 25, 1983, 66.

²¹ *La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones*, op. cit., 10.

²² *Retratos y soledades*, op. cit., 9-10. En su artículo «La problemática de la libertad en “Retratos y soledades” de Jiménez Lozano» (*Anthropos*, n. 25, 1983, 71), F. Higuero propone como «denominador común» de las figuras históricas estudiadas por el autor «un enfrentamiento serio y existencial con la libertad que anhelan o de la que se ven privados».

*española*²³. El autor encontraba en los cementerios civiles de España «el símbolo de una intolerancia religiosa y filosófica, social y política que no sólo ha venido dividiendo, con frecuencia enconadamente, a los españoles en vida, sino que también los ha venido separando a la hora de la muerte»²⁴ y su pretensión en esta obra es «bucear un poco más en nuestra condición de españoles y espantar, si fuera posible, esos viejos fantasmas que dificultaron nuestra convivencia y todavía la hipotecan»²⁵. El autor indica en una nota²⁶ los diversos artículos y ensayos que había publicado sobre este tema entre los años 1961 y 1972, e insiste de nuevo en el lejano origen de su interés por el mismo:

Algunos o muchos de los hombres que yacen en una tumba civil fueron precursores de lo mejor de este tiempo nuestro. Para ellos, desde mi extrema adolescencia, tuve siempre un pensamiento y un afecto muy profundos, y, al escribir este libro no debo dejar de confesar que renuevo, ahora cara a los hechos, una vieja preocupación y meditación muy personales, las mismas que, de mozo, me llevaban a robar unos cuantos crisantemos y claveles de la tumba familiar y a arrojarlos por las tapias al otro lado del camposanto: al corralillo²⁷.

²³ Para un análisis de *Los cementerios civiles* como «reflexión filosófica sobre la verdadera historia del pueblo español», cf. M. Reyes Mate, «La muerte de los españoles o las razones de su malvivencia en “Los cementerios civiles y la heterodoxia española”, *Anthropos*, n. 25, 1983, 77-78.

²⁴ *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*, op. cit., 13.

²⁵ *Ib.*, 15.

²⁶ *Ib.*, 16.

²⁷ *Ib.*, 15-16.

Son numerosas, por otra parte, las referencias en *Los tres cuadernos rojos*, entre los años 1973 y 1975, a conversaciones y entrevistas cuyo contenido fue recogido posteriormente en *Los cementerios civiles*. En 1974 Jiménez Lozano escribía lo siguiente con respecto a este proyecto suyo: «Independientemente de que escriba o no un libro sobre el trasfondo religiosos y político-social y cultural que hay en la lucha decimonónica y de la primera mitad de este siglo por y contra el cementerio civil, la documentación que estoy viendo, las charlas con tantas gentes que voy teniendo e incluso la visita a muchos de estos corrales es una experiencia profunda de estos últimos meses. Y encuentro, además, que la memoria de las gentes es vivísima en este aspecto; muchas de ellas parecen experimentar una catarsis al hablar de algo que les venía doliendo o extrañando. Algunos viejos clérigos, sobre todo, muestran sin ambages su antipatía por el Derecho Canónico que les obliga a la bruticie de esa «separación de los malos». O muestran su remordimiento. Los «herejes», por lo demás, son recordados en casi todos los casos como hombres ejemplares, buenos o «filantrópicos» [...]»²⁸. El libro parte de la premisa de que «el carácter primordial del catolicismo español es que la fe cristiana más que una decisión personal de adhesión a la Persona y a las enseñanzas de Cristo se ha traducido por la simple pertenencia a la casta o *gens hispánica*²⁹», y sitúa la problemática de los cementerios civiles en el

²⁸ *Los tres cuadernos rojos*, op. cit., 41.

²⁹ *Ib.*, 17. Jiménez Lozano emplea, a propósito de esta afirmación, una cita de *La realidad histórica de España* de Américo Castro sobre la importancia que tuvo en España la filiación religiosa «para definir la figura nacional y gentilicia de todo un pueblo». En 1974, Jiménez Lozano había publicado un ensayo titulado «El aporte del Profesor América Castro a la interpretación del sentimiento religiosos español» en el libro *Estudios sobre la obra de Américo Castro* (Madrid, Taurus, 1971), en el

contexto de la compleja y conflictiva historia religiosa, intelectual, política y social de España, desde la época de la Ilustración hasta los años 1960, con una abundancia de documentación y una profundidad de análisis que hacen de esta obra una de las más significativas de toda la producción de Jiménez Lozano, así como uno de los más valoradas por la crítica en el momento de su publicación. También de este período es el extenso prólogo que escribió Jiménez Lozano para una nueva edición de la *Historia crítica de la Inquisición en España* de José Antonio Llorente³⁰.

La presencia de lo religioso, o teológico, es también una característica destacable de la obra de Jiménez Lozano durante la década de los '80. De esta época son diversos ensayos sobre personajes, lugares, manifestaciones artísticas y episodios de la historia religiosa de España, como *Sobre judíos, moriscos y conversos* (1982), el prólogo a una edición de la poesía de San Juan d'e la Cruz (1983), *Guía espiritual de Castilla* (1984), *Los ojos del icono* (1988) y *Estampas y memorias* (1990). Los poemarios publicados por el autor durante esta década contienen también numerosos poemas dedicados a personajes e historias bíblicos, especialmente a los acontecimientos del Viernes Santo, y a distintas figuras de la historia del cristianismo que han formado parte de su «familia espiritual» y que aparecerán

cual participaban, entre otros especialistas, J. L. Aranguren, M. Bataillon, J. Goytisolo, V. Llorens, F. Márquez Villanueva y A. Zamora Vicente. En este ensayo, Jiménez Lozano hacía un análisis del catolicismo español, cuya «singularidad» reside en ser «un catolicismo 1) político y belicoso; 2) de carácter predominantemente popular; 3) sin teólogos y sin una élite laical; y 4) afectado endémicamente de un virulento anticlericalismo con explosiones periódicas de calidad cruenta y casi apocalíptica». (215-216)

³⁰ Madrid, Hiperión, 1981, tomo I, vii-xxxviii.

asimismo en sus cuadernos y en su narrativa (Jonás, Qohelet, Lázaro, San Agustín, San Juan de la Cruz, etc.). La novela *Parábolas y circunloquios del Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)* pone de manifiesto el interés del autor por la presencia de la religión hebrea en la Península Ibérica, y *Sara de Ur* es la primera de sus novelas dedicadas a un personaje bíblico, mientras que varios de los cuentos de *El grano de maíz rojo* tienen un trasfondo religioso. El interés del autor por la figura de Juan de la Cruz tiene su máximo exponente en una de las obras cumbres de su narrativa, *El mudejarillo* (1992), aunque su tratamiento de este personaje carezca casi por completo de cualquier «dimensión religiosa». De hecho, durante la prodigiosa década de los noventa—en la cual el autor publicará diez novelas, tres libros de cuentos, y cuatro poemarios—, la presencia de lo religioso se volverá cada vez menos pronunciada, o más sutil, en la narrativa de Jiménez Lozano, una tendencia que se confirmará con respecto a las obras publicadas por el autor entre los años 2001 y 2008.

Debe destacarse, finalmente, la frecuencia con que Jiménez Lozano se ha referido, en diversos artículos y entrevistas, al gran aprecio que tiene por la Biblia y la importancia que ésta ha tenido en su formación personal y en su obra literaria. «El libro que más me ha atraído es la Biblia, el Antiguo Testamento, en el que se halla el principio de la narración. Los personajes bíblicos son admirables. Lo que importa no es tanto la explicación científica del mundo como la Justicia, la Ley³¹». La asignatura de Historia Sagrada en el colegio fue la iniciación del autor al mundo bíblico; además de aprenderse «listas

³¹ Karmen Ochando Aymerich, «José Jiménez Lozano, diálogo no platónico», *Lateral*, febrero 2000, 29.

de reyes» y acontecimientos de la historia de Israel, había ciertos episodios que «nos llegaban muy dentro y se metían en nuestra vida».

Unos por su carácter sentimental, como la de José, otras porque forzaban nuestra imaginación, como la del Paraíso; algunas otras porque eran terribles, como la del sacrificio de Isaac que, pese al desenlace, no se acababa de *tragar*. Me fascinaba la historia de la Torre, y todavía me fascina e inquieta, sobre todo leída frente a la actitud prometeica y unidimensional de nuestra civilización³².

La lectura del texto bíblico vino «mucho más tarde», junto con el estudio la hermenéutica cristiana y judía. Su «fascinación» por el mundo bíblico y el judaísmo es, sin duda, una rareza en el panorama literario español («sobran dedos de la mano seguramente, para contar las excepciones»), y el autor opina que la literatura española es «no sólo abiblica sino, en gran parte, antibiblica y esta ausencia la torna banal irremediabilmente³³». Jiménez Lozano afirma, sin embargo, no haber buscado inspiración literaria en la Biblia; al contrario, «es la Biblia la que se impone, ofreciendo una visión radical del mundo, del hombre y del devenir de la historia y enfrentando a sus lectores «a “lo

³² Id. La cubierta de *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)* lleva una ilustración basada en *La gran torre de Babel* de Bruegel el Viejo, uno de los pintores «cómplices» del autor.

³³ Id. Flannery O'Connor hacía una observación parecida en su ensayo titulado «El novelista católico en el sur protestante»: «Para ser grandes narradores de historias necesitamos medirnos con algo, y esto es lo que a todas luces nos falta en esta época [...] El genio de los hebreos para dar concreción a lo absoluto ha condicionado la mirada que el sureño dirige al mundo. Ésta es una de las razones por las que el sur es tierra de narradores. Nuestra respuesta ante la vida será distinta si nos han enseñado sólo una definición de la fe o hemos temblado con Abraham mientras suspendía el cuchillo sobre Isaac». Flannery O'Connor, *Misterio y maneras. Prosa ocasional, escogida y editada por Rally y Robert Fitzgerald* (ed. de Guadalupe Arbona, trad. de Esther Navío), Madrid, Ediciones Encuentro, 2007, 206-207.

más que dado”, y no es un muro ni un agujero negro, sino mucho más terrible, la zarza ardiendo, una enorme presencia».

En 1986, en su diario *Segundo abecedario*, Jiménez Lozano reflexionaba sobre una cita de Mircea Eliade, según el cual el hombre moderno, ya sea secularizado, indiferente o ateo, no ha logrado «abolir al *Homo religiosus* que hay en él: no ha suprimido más que al *christianus* (si es que lo ha sido)», y que no ha existido nunca una sociedad arreligiosa, ni podría existir a largo plazo. «[...]

M. Eliade debería haberse muerto tranquilo respecto a la perduración de las religiones: las sociedades como los Estados y la cultura entera siguen asentándose sobre víctimas sacralizadas, son intercambiables con idolatrías, ocultan sus sierpes y su horror con textos sacarles, y administran el mundo con una casta sacerdotal, todo lo secularizada que se quiera pero igualmente agrada e intocable. El polo opuesto del cristianismo no es el ateísmo que, al negar a Dios, niega que pueda ser inmanente; el enemigo del cristianismo es la religión de la inmanencia, su absolutización y trascendentalización: los ídolos, en suma, como para toda la Biblia y el judaísmo. Nadie ha luchado contra las religiones como la Biblia. Desde la primera página nos dice que en este mundo no hay nada sagrado³⁴».

Años más tarde, el autor abundaba sobre este mismo asunto en el breve ensayo «Me aterra lo sagrado³⁵», uno de los textos más importantes para comprender su pensamiento teológico o religioso, y que remite precisamente a su personal interpretación de la Biblia.

³⁴ Op. cit., 170.

³⁵ *Archipiélago*, n. 36, 1999, 11-15.

Jiménez Lozano comienza por afirmar que «lo sagrado» suena en mi oído como algo extraño, numérico, terrible, oscuro, amenazante; como un muerto que regresara de su tumba a hablarme, o un demonio incluso». Lo sagrado tiene un «poder ominoso» sobre los hombres, y sin embargo ellos lo siguen necesitando, y lo construyen «una y otra vez». Para el autor, lo sagrado ha sido liquidado definitivamente por «la desacralización del mundo y la destrucción de los ídolos» manifestado en la Biblia hebrea, y “rematado” en el Nuevo Testamento, si bien el cristianismo hizo en seguida «una componenda» con la religión, y es vivido como tal³⁶.

El Antiguo Testamento es un alegato constante y radical contra la sacralidad de la naturaleza y las diversas divinizaciones intra o ultramundanas, dioses o reyes divinizados. Nada hay que sea sagrado para la Biblia [...] El judaísmo del desierto, los profetas y Jesús, se alzan contra la sacralidad y religiosidad del judaísmo monárquico-sacerdotal y del Templo [...]

La relación humana con la divinidad queda establecida, tras ese giro bíblico, en un doble plano. Por un lado, se muestra la absoluta otredad de Dios, que no tiene analogía alguna con lo criado [...] por otro lado está la absoluta y profana cercanía de Dios al Hombre. Va con éste y sus ganados, se preocupa de sus mujeres, concubinas, e hijos y esclavos, o del agua y los pastos, se presenta como amante y seductor incluso, y luego como Padre; pero lo sagrado queda evacuado de estos dos planos³⁷.

³⁶ Ib., 11.

³⁷ Ib., 12. El poema «Los santuarios» (*Tantas devastaciones*, op. cit., 85) ofrece, en cambio, una imagen más desoladora de este Dios del Antiguo Testamento: «La oscura, huracanada noche, / el pedregal, la tundra, / el ardor inútil del desierto, / las vacías cuencas de unos ojos, / el agotado pozo, erial amarillento, / destruido

Refiriéndose a la teoría de René Girard sobre el carácter sacral y victimario de toda cultura, Jiménez Lozano afirma que el hecho de que la civilización moderna se llame secular, o que la razón científica haya «supuestamente arruinado y mundo de lo religioso» sólo viene a confirmar que se ha constituido en «único espacio sagrado y religioso, que no dice su nombre pero funciona sacral y religiosamente, con una *dóxa* y un sacerdocio incluso³⁸». El poder de lo sagrado es, en fin, «devastador y omnímodo, y exige, como ha exigido siempre y más aún, no sólo que nos sometamos a él, sino que lo hagamos de corazón y le vendamos el alma», aunque por otra parte, éste no deja de ser una asunto muy complicado que puede ser entendido y estudiado desde el punto de vista de la filosofía, la historia y la teología. En este ensayo Jiménez Lozano no ha pretendido otra cosa que ofrecer unas simples impresiones, «como en una pequeña charla más con el viejo Teraj», padre de Abraham vendedor de ídolos, y que es «un amigo antiguo³⁹». Este Teraj será, precisamente, uno de los personajes de *Sara de Ur*, novela en la cual se ponen de manifiesto, igual que en *El viaje de Jonás*, los rasgos de aquella Presencia «no-sacral» que el autor ha vislumbrado en su estudio, y vivencia, de la Biblia.

Para poner de manifiesto los diversos aspectos de la presencia de lo religioso en la obra narrativa de José Jiménez Lozano, se expondrán a continuación, y en el capítulo III de este trabajo, los argumentos de aquellas novelas y cuentos que muestran más

ataúd con unos huesos / y la ceniza de una antigua hoguera: / tales los santuarios del Altísimo».

³⁹ Ib., 15.

claramente la dimensión religiosa presente en la obra de Jiménez Lozano.

2. Novelas

2.1 *El sambenito*

La segunda novela de Jiménez Lozano, *El sambenito*, es la recreación de un drama histórico-religioso: el «autillo» celebrado por la Inquisición en 1778, en el que se juzgaba a don Pablo de Olavide y Jáuregui, Asistente de Sevilla y Superintendente de las Nuevas Poblaciones de Andalucía⁴⁰. La narración se desarrolla en dos planos: primero, en una descripción minuciosa del juicio, que incluye tanto la exposición exhaustiva, por parte de los secretarios del tribunal, de los detalles de la vida de Olavide y de las acusaciones en su contra, como un gran número de referencias a otros procesos y a la doctrina teológica que subyace al funcionamiento de la institución inquisitorial; y segundo, en una serie de escenas que reproducen, por un lado, los monólogos interiores del Gran Inquisidor don Felipe de Beltrán, y por otro, diversos diálogos entre Olavide y las personas de su entorno—su mujer, doña Isabel de los Ríos, el Gran Inquisidor, y

⁴⁰ F. J. Higuero ha señalado que Olavide es «uno de tantos heterodoxos españoles a los que se refiere Jiménez Lozano en el escrito ensayístico *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*. A estos personajes les ha tocado siempre perder y sufrir por pensar, expresarse y vivir en conformidad con los dictámenes personales de su propia conciencia, sobre todo cuando se alejaban de lo defendido por un catolicismo popular, castizo y cerrado [...]». («La desterritorialización del poder inquisitorial en *El sambenito* de Jiménez Lozano, *Monographic Review*, vol. XVIII, 2002, 93).

su amigo el Padre Duval, un sacerdote francés—y también entre estos personajes, a través de los cuales van exponiéndose las circunstancias de la vida de don Pablo, sus creencias y sus opiniones, al mismo tiempo que se va desgranando el significado personal, religioso y político del proceso, tanto para el acusado como para los demás personajes de la narración. Durante el autillo, mientras los secretarios hacen la lectura de los datos biográficos de Olavide, de los acontecimientos que llevaron a su arresto, y de lo ocurrido durante su encarcelamiento, el Inquisidor Beltrán, que preside el «autillo», recuerda una conversación que había mantenido con el padre Duval, un sacerdote francés, sospechoso también por su amistad con Olavide y por sus simpatías jansenistas, en la cual Duval había afirmado que «media España por lo menos tiene que estar continuamente temblando de lo que la otra media hará con ella. Y la mayor razón para temblar, con toda razón, es, aquí, atreverse a pensar, a discutir, tener “esprit” como decimos los franceses, tener un buen gusto, tener libros, vivir decentemente, amar la vida». El Gran Inquisidor, sonriendo, le había respondido que su imagen del país era un poco caricaturesca, aunque reconoce que «algo hay de eso⁴¹».

Habían transcurrido ya dos años desde su nombramiento por el Rey Carlos III como Gran Inquisidor, que no fue para él «un honor deseado»; no tiene la adhesión de los inquisidores, y muchos le consideran «blando y comprensivo de ánimo, demasiado amplio de miras». Es «una carga que alguien tiene que llevar sobre sus espaldas», aunque signifique que sea el blanco de todos los odios:

⁴¹ José Jiménez Lozano, *El sambenito*, Barcelona, Destino, 1972, 59.

«Nadie conoce las noches de un Inquisidor, padre Duval⁴²». Beltrán había sufrido atroces pesadillas en las cuales veía a Cristo: «Así debió de mirar a Pilatos o a Anás y a Caifás. Y todos los condenados, inocentes o culpables, tienen quizás ya para siempre el mismo mirar de sus ojos». Y el crucificado le había preguntado: «¿Qué es la verdad?»

—Pero Él es la Verdad, Él lo dijo, padre Duval.

—Sí, lo es. La única Verdad que, en último término, no tiene que ver demasiado con la teología y las fórmulas. La Verdad es Él, no los conceptos sobre Él...

—Pero nosotros sólo somos pobres hombres, padre Duval. Necesitamos proteger la fe del credo de los apóstoles como sea y más que nunca en este nuestro mundo. Soy obispo y soy Inquisidor de la Iglesia, de la Iglesia de Cristo. ¿Puedo permitir que se blasfeme su nombre y se levante el ateísmo como un poder infernal, estándome con los brazos cruzados?⁴³

El padre Duval había contestado que los cristianos están muertos de miedo e intentan defenderse «hasta empuñando la cruz y usándola como una espada».

En realidad, no creemos en Dios, creemos en la Nada y tememos que alguien nos la descubra [...] Si creyésemos en Dios realmente, el ateísmo sólo nos causaría risa o compasión [...] ¿Qué quiere decir, en efecto, la filosofía, la ilustración, el ateísmo? [...] que hemos hecho un Dios absurdo que estaba devorando al hombre, una especie de Sátrapa caprichoso que repartía el mal y el bien, la enfermedad y la muerte, la

⁴² Ib., 60-61.

⁴³ Ib., 62-63.

pobreza y la riqueza de la manera más despótica [...] ¿Cómo va a creer en ese Dios este hombre que ha comenzado a darse cuenta de que puede dominar el mundo? ¿Por qué le hemos dicho que el mundo es malo? [...] Pregúntele a su Cristo, Monseñor, cuando le vea por las noches, si Él quiere que muera un niño. Pregúnteselo⁴⁴.

La conversación había vuelto sobre el motivo de la visita del padre Duval al Gran Inquisidor: pedirle que tuviera piedad de don Pablo. Beltrán le había explicado a Duval que el tribunal lo sabía todo sobre las lecturas del acusado, sus conversaciones, sus amigos, sus opiniones; había muchos como Olavide, y «él bien puede ser un símbolo del descreimiento que nos amenaza [...]». Ni siquiera el Inquisidor podía hacer nada para evitar que fuera castigado; es más, convenía que hubiese «un ejemplo en cabeza alta». Preguntado por el Inquisidor si él opinaba que don Pablo era, en realidad, un cristiano, el padre Duval había dicho que era difícil saberlo: «Cuando no hay libertad para ser lo contrario, no puede saberse si todos los que aparecen como cristianos lo son de verdad⁴⁵». E hizo una distinción entre las críticas de los ilustrados que «no saben lo que es cristianismo» y las de «ese grupo de cristianos, con los que se les confunde a veces, que son realmente cristianos y aman la libertad, aceptan la ciencia y tienen liberal el espíritu. También ellos critican, pero su crítica va cosida con alfilerazos de dolor porque critican lo que aman [...] yo quiero pensar que don Pablo es de estos últimos⁴⁶». El Inquisidor había insistido en que su obligación era defender a la

⁴⁴ Ib., 63-67.

⁴⁵ Ib., 72.

⁴⁶ Ib., 74.

Iglesia, y que la defendería, advirtiéndole a los ilustrados «que las llamas del infierno no son una vana amenaza»; cuando el padre Duval le contestó que eso haría reír a los ilustrados, el Gran Inquisidor le había respondido: «Pues bien, que se rían los idiotas [...] Pero que no escandalicen a los pequeños, que no les arranquen la fe. ¡Eso no! ¡JAMÁS! Aunque tenga que quemarlos, y yo no soy ningún verdugo. Bien sabe Dios que prefiero ser quemado yo mismo por su salvación. Pero eso NO. Más les valiera no haber nacido⁴⁷».

El Gran Inquisidor fue hacia la puerta, la abrió y a poco volvió con su madre. La hizo sentar en su silla y preguntó al padre Duval:

—¿Sabéis por qué no se ha dormido mi madre? Porque todas las noches rezamos juntos el Rosario antes de su descanso y esperaba a que terminásemos nuestra entrevista. ¿Se figura las indecencias que dirían y las burlas que harían esos señores sobre una mujer que no se va a la cama sin rezar su Rosario? Pero esta mujer me transmitió la fe, por la Gracia de Dios. ¡Si se la hubieran quitado, yo tampoco la tendría. Ni usted, padre Duval⁴⁸.

Mientras continúa la lectura de los cargos contra Olavide, el Inquisidor recuerda los terribles sueños que tuvo aquella noche, después de despedir al padre Duval, y cómo, al despertarse, se había preguntado: «Y tú, España, ¿por qué tú sola necesitas inquisidores? ¿Por qué es tan difícil ser aquí cristiano? ¿Por qué, España, tus hijos siempre han de vivir con miedo? [...] ¿Será mejor la libertad de

⁴⁷ Ib., 76-77.

⁴⁸ Ib., 77.

religión⁴⁹» Por su parte, el padre Duval, que también está presente en el autillo, recuerda la visita que había hecho a Olavide en su casa de las Colonias, antes de su arresto. Olavide le había enseñado la carta de un amigo que le avisaba desde Madrid que la Inquisición le estaba siguiendo; se le acusaba de «ateo y de filósofo deísta, de burlador de la religión, enemigo de los frailes y de las prácticas religiosas⁵⁰». El padre Duval le había preguntado a Olavide si creía en Dios, y lo que es más importante, si creía en Cristo, «porque allí está la cuestión. En Dios es fácil creer e incluso los ateos dejan cada día un margen mayor a la duda»; Cristo, en cambio es molesto, viene a «dislocar todas nuestras arquitecturas⁵¹».

En este país los descreídos se burlan de Él [...] Hacen chistes de su encarnación purísima, de su vida toda e incluso de su muerte. En esta habitación habéis oído esos chistes mil veces, más burdos que los de Voltaire [...] Y estos descreídos sólo piensan en barrer el cristianismo con lo que llaman la cultura y la libertad. De repente este país se ha llenado de científicos, don Pablo [...] y hasta habéis creído que Cristo era un ilustrado [...] ¿Y en qué creen a veces los señores Inquisidores? En sí mismos. En la ortodoxia, quizá, pero ¿en Cristo? ¿Y los cristianos viejos? [...] Creen en su cristianismo viejo, casta rancia, vida de adulterios y preservada del amor. Pero no creen en Cristo. Y basta únicamente predicar aquí a Cristo para ser sospechoso.

—Vuestra merced también es sospechoso como yo, padre Duval.

—Sí, pero yo tengo a Cristo y nada me separará de Él, ni la vida ni la muerte. ¿Y vuestro Dios? ¿Es que

⁴⁹ Ib., 80-81.

⁵⁰ Ib., 115.

⁵¹ Ib., 116.

vuestro Dios os acompañará a los calabozos de la Inquisición⁵²?

Don Pablo había afirmado, emocionado, que sí creía en Cristo y que en realidad él era «solamente un hijo de este siglo herido de su mal, del ateísmo de esa llaga ya abierta para siempre en el costado de la humanidad. Ya nunca más será posible creer ingenuamente [...]»⁵³. Don Pablo había ido más tarde a ver al Inquisidor Beltrán, quien le confirmó que se le iba a procesar, pero que él haría lo que pudiera para que el castigo fuera lo más leve posible. Entonces Olavide le había asegurado que creía en Cristo, Hijo de Dios, y en su Iglesia. Esa mañana, antes del autillo, el Gran Inquisidor había escrito una nota a la mujer de Olavide, doña Isabel, diciendo que pasase lo que pasase, él no dejaría a don Pablo de su mano y que pronto se reuniría con su esposa. Ahora, mientras escucha las palabras de los secretarios del tribunal, el Gran Inquisidor siente piedad del hombre destrozado que tiene delante y reza a Cristo para que le ayude a entender si don Pablo es inocente, o si efectivamente es «un filósofo de los que gozaban arrebatando la fe a los pequeños⁵⁴».

Este proceso, particularmente, le estaba atormentando como ningún otro. ¿Y si el padre Duval tuviese razón y en este proceso se estuviese juzgando el honor de la Iglesia ante el mundo? ¿Y si volviesen los tiempos en que las gentes, atemorizadas por los castigos, no se atreviesen ni a rezar para no caer en herejía? ¿Y si no amase suficientemente a la iglesia, cuando tanto

⁵² Ib., 115-118.

⁵³ Ib., 120.

⁵⁴ Ib., 126.

temblaba ante el castigo de sus enemigos? [...] Cristo, Cristo, ayúdanos a todos, ayúdanos. No nos dejes a solas con las Sumas y los Cánones, los expedientes y las pruebas⁵⁵.

Por fin termina la lectura de los cargos, y los secretarios resumen en dieciocho capítulos las 146 acusaciones contra Olavide, declarándole «herético formal». El acusado grita que eso no, que él nunca ha perdido la fe, y cae al suelo, desvanecido. Se le decreta destierro de Madrid, de Lima, su ciudad natal, y de Andalucía, y se le condena a ocho años de reclusión en un monasterio; el Gran Inquisidor manda que se le ahorre la humillación del sambenito y la carozza y de los azotes. El último capítulo de la novela es una carta dirigida al obispo de Rodez por dos capellanes franceses que atendieron a don Pablo en Baeza a su regreso de su exilio en Francia, en la que cuentan su muerte edificante y le envían la relación del auto de fe, «con esas reflexiones, diálogos y conversaciones reservadísimas que se ponen oportunamente en dicha relación. Porque todo ayudará a Vuestra Excelencia para trazar el retrato del fallecido y de todo el edificio de dolores, pasiones, alegrías y cuestiones problemáticas de esta cristiandad de la España y aun de la Iglesia entera y de este mundo que llaman ilustrado y moderno». Por otra parte, los autores de la carta expresan su perplejidad ante el hecho de que durante su estancia en Francia, Olavide volviera a tener muchas tertulias y trato con descreídos, y que escribiese «El Evangelio en triunfo o El filósofo desengañado», que muchos dicen no es libro sincero» y en el que

⁵⁵ Ib., 168-169.

creen entrever como una nostalgia o recuerdo «de los tiempos en que era libertino⁵⁶».

Pero que tampoco somos jueces, que sólo Cristo es juez y que sólo Él sabe lo difícil y contradictoria que es la humana naturaleza; y más, conforme el hombre avanza por la historia. Pero que discurrir sobre esto ya serían filosofías y teologías. Y que ponemos punto final, besando el anillo de Vuestra Excelencia y esperando sus noticias y seguridades, y también sobre los asuntos de la Revolución de Francia, que se sienten aquí con mucho miedo de unos y esperanza de otros, que así es esta vida terrenal y los cristianos dudamos a qué apostar para ser justos, pero que tenemos que apostar y que por lo menos don Pablo apostó. Y ya lacramos el pliego y lo entregamos a vuestro correo.⁵⁷

2.2 *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*

Los enigmas y el drama interior de una vivencia auténtica y coherente de la fe, así como la persecución que le espera a quien se atreve a cuestionar la ortodoxia, o incluso plantarle cara al mismo Dios, están presentes en la novela *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, publicada en 1985. En ella, Jiménez Lozano nos ofrece, en forma de «texto encontrado», episodios de la vida de un hombre que es rabí y también buhonero, y cuya historia es interpretada a la luz de la Biblia hebrea y de la realidad histórica de la España medieval. La novela constituye, como ha señalado María

⁵⁶ Ib., 188-189.

⁵⁷ Ib., 192.

Jesús Beltrán, la *memoria passionis* de un hombre perseguido por cristianos y judíos, un *aplastado* que «asume el sufrimiento de su pueblo y se hace portador del mismo ante Dios. Portador y portavoz erigiéndose en abogado de los otros en su proceso de rebelión⁵⁸ Siendo niño, Isaac es prendido con su padre por los alguaciles en un día de Viernes Santo, y los dos son llevados, con un dogal en la garganta, desde la judería hasta la «iglesia grande», en medio de un gentío «que bramaba por razón de alguna esperanza o alegría o desastre, porque es difícil distinguir a veces la causa del bramido de la criatura humana, decía el padre» o lo pensaba para decirlo más tarde a su hijo para que le ayudara a e ir conocer «la vida y a los hombres».

A la puerta de la iglesia, bajo el atrio donde se despedía a los leprosos, pintado de azul, estaba el obispo con sus clérigos [...] Fuera del atrio, en una tribuna o andamio muy alto, un fraile canoso y blanco conmovía los cielos y la tierra con su voz ya ronca, mientras señalaba con un dedo inflexible a un cristo cárdeno y horrible, crucificado y escarnecido [...]

Judíos, Israel raza maldita, pueblo de perdición, abominable caterva, asesinos del Cordero, infames deicidas, peores que Judas el maldito, pueblo sodomítico, familia espúrea [...] Las palabras caían como piedras o cuchillos sobre los corazones de la multitud, y ésta gemía, arrodillada, mientras el niño

⁵⁸ «La “víctima doble” en *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)* de José Jiménez Lozano», en P. Joan i Tous y H. Nottenbaum (eds.), *El olivo y la espada. Estudios sobre el antisemitismo en España (siglos XVI a XX)*, Tubinga, Romania Judaica, 2003, 461.

Isaac y el padre fueron arrastrados hasta allí mismo, junto al sitial de oro del obispo [...]⁵⁹.

El pequeño Isaac no entiende lo que ocurre, ni quién puede ser «la Salvación del mundo», colgado de un madero. El obispo proclama que ahora «la peor judería era la sinagoga de nuestros pecados y el judío más horrible y deforme, la máscara de nuestros vicios⁶⁰»; por otra parte, los judíos de la villa deberían dar gracias que el castigo en forma de saqueos y muertes que antes se proporcionaba en días como éste, había sido sustituido ahora por una ceremonia simbólica. Ordena al padre y a Isaac que se arrodillen ante él, y un alguacil alza una fusta de toro, cruzando el rostro del viejo, que cae al suelo. Isaac llora y la multitud clama «¡Al judiillo, al judiillo!», pero «el asco saltó un momento como una chispa por los ojos del obispo» y manda que se los lleven. Los alguaciles tiran al padre y al hijo desde la muralla del *ghetto*, e Isaac, besando la cara ensangrentada de su padre le dice que él también quiere ser abofeteado para comprender las Escrituras. Sin embargo, unos días después de Pascua, Isaac es enviado a Tolosa, en Francia, a casa de su tío Samuel el buhonero, «para alejarle de la elección de Yahvé y prepararle un destino de hombre a espaldas de un Dios que se había mostrado terrible con la casa de sus mayores desde hacía por lo menos diez generaciones y que todavía la estrujaba entre sus garras».

Pero de nada de valió esta huida a Rabí Isaac Ben Yehuda, y, luego, cuando fue maestro y veía temblar a

⁵⁹ *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)*, Barcelona, Anthropos, 1985, 12-13.

⁶⁰ *Ib.*, 15.

algún discípulo ante el aliento de Yahvé o el muchacho trataba de volver el rostro o escapar, siempre decía:

—Todos somos elegidos y no hay presa que se escurra de sus manos.⁶¹

Como el hijo de Abraham, Isaac había nacido de la vejez de sus padres, el Rabí Eliezer y su mujer Hannah, que ya habían perdido a sus seis hijos mayores «por mano airada de hombre en los días de cólera y desolación⁶²». En una tormentosa noche del viernes, mientras celebran el *shabbat*, el matrimonio es visitado por un hombrecillo haraposo y hambriento, que se ha perdido por el camino; después de la cena, le ofrecen su lecho para dormir, y al día siguiente el viajero anuncia que al año que viene, les nacerá un niño: «Tendría la piel un poco oscura, pero aportaría consuelo y luz a todo aquel que anduviera en la oscuridad o dando vueltas como a una noria en medio del bosque de la vida y de las callejuelas de la duda⁶³». Al cumplir los diez años, el niño Isaac ya cuidaba de las cabras de su padre, y «comenzó a jugar con los poderes que poseía y sus cabras eran rojos o verdes, azules o amarillas» y cuando llegaba el lobo «las hacía volar y triscar en el cielo». El padre de Isaac se ve obligado a castigarlo, porque «todo esto que él hacía con estos poderes sólo debería suceder cuando llegase el Mesías»; el niño se dedica entonces a estudiar la Escritura, pero al Rabí Eliécer le da miedo que el Eterno le señale también «con el dedo», como a sus antepasados, y comprándole una cesta con quincallas, le aparta de los libros⁶⁴.

⁶¹ Ib., 16.

⁶² Ib., 17.

⁶³ Ib., 20.

⁶⁴ Ib., 23-24.

Comienzan entonces las andaduras de joven Isaac, que ejerce no sólo de buhonero sino también de maestro, ofreciendo a sus discípulos muchos ejemplos de los inefables caminos de «Yahvé Dios Todopoderoso»: de cómo el hecho de que sus antepasados hubiesen cargado con el deshonor de ser verdugos le hizo defender a un verdugo ante una turba que clamaba venganza, saliendo a su encuentro con el hacha en la mano y dejándoles «mudos y petrificados» cuando les instruyó sobre «algún versículo de Libro Santo, que era más horrible aún que el filo del hacha del verdugo⁶⁵»; de la continuación apócrifa del libro de Job, en la cual Satán le muestra a Yahvé que los hombres de hoy no respetan sus obras, como Job se impresionó con el hipopótamo y el cocodrilo y que «la memoria de tus hazañas se ha perdido y todo el mundo dice que tu brazo ha envejecido», pero Yahvé, en vez de destruir al hombre como en tiempos del diluvio, decide «descubrirse tal cual era: un Dios impotente para entenderle e impotente para librarle del sufrimiento y de la muerte, pero estaba enamorado de la humanidad o fascinado por ella y quiso probar a ser hombre y sufrir como un hombre y morir como un hombre», aunque sigue sin comprender a los hombres y por lo tanto, hay que tener piedad de Él y dejarle descansar⁶⁶. O de la «verdadera historia de la Torre» de Babel, cuyos Inspectores y Dirigentes Supremos de la Obra, al llegar al piso 777, se encontraron con una choza habitada por un «ángel anciano» que les dijo simplemente que «Ya no hay nada más [...] Nada, nada más, sólo una cruz», con lo cual se suspende la obra «porque había que ocultar la

⁶⁵ Ib., 30.

⁶⁶ Ib., 34-36.

gran decepción»⁶⁷; y de la triste historia de Rabí Samuel Abarbanel, expulsado de España, que demuestra que «A Yahvé le gusta esconderse y disfrazarse, y el disfraz que más le gusta es el del sufrimiento y el ateísmo, el del propio diablo; y tenemos que desenmascararle, esperando en Él, aunque nos mate»⁶⁸.

Rabí Isaac Ben Yehuda se enamora de Aícha, una pastora morisca, para quien «Todos los Dioses eran iguales o quizás el mismo [...] Alá, Yahvé o el Dios de los cristianos que no tiene nombre, pero que no por eso dejaba de ser omnipotente. Ella no quería saber nada de esos Dioses o de ese Dios único y el mismo, sino que pensaba solamente en que Rabí Isaac Ben Yehuda necesitaba una casa y una cama, una mesa y un vasar para poner sus libros y su cesta de buhonero, y seguramente también algunos hijos de su carne antes de que fuese más viejo».⁶⁹ Una vez casados, y embarazada Aícha, se preparan para viajar a Francia y Alemania; por el camino «él la instruiría en la Ley y los Profetas».

—Pero, Isaac querido, que el niño sea nuestro solamente y tu Dios no tenga parte en él, no sea que nos lo devore decía Aícha, temerosa—. Aunque es un Dios bueno —añadía, zalamera, como para engatusarlo [...]»⁷⁰.

Cuando Aícha muere de la peste, Rabí Isaac entierra a su mujer y recrimina a Yahvé, que tiene envidia del hombre y por eso le entrega

⁶⁷ Ib., 42-43.

⁶⁸ Ib., 48.

⁶⁹ Ib., 50.

⁷⁰ Ib., 51.

al sepulcro. «Luego en casa, a solas, no soportaba el silencio de la muerte que reflejaba la risa de Aicha y el llanto del bebé que iba a venir. Y se descalzó ante el dolor solemne que todo lo invadía porque esa era la presencia del Invisible [...]»⁷¹.

Las enseñanzas de Rabí Isaac, sobre «el Dios que inventó Abraham» o sobre Caín y Abel, se vuelven cada vez más enigmáticas, de tal suerte que «nunca le comprenderían ya en adelante»⁷². Y sus aventuras por el camino se vuelven más peligrosas y decepcionantes: el encuentro con unos titiriteros que van por las ciudades representando la Pasión del Señor y con un caballero que, después de ser salvado por el Rabí, declara que «exterminaría a todos los judíos antes de salir para la Cruzada». La quema de sinagogas mientras «Yahvé Dios callaba como si otorgase y asintiese», hace que «su espíritu comenzó a dar vueltas como una noria enloquecida y todo lo que creía comenzó a revestirse de vanidad y mentira y las promesas de Yahvé caían al suelo como los higos podridos. Durante siete años, la planta del ateísmo creció en su corazón y le hizo feliz» hasta que Yahvé se manifestó como «la gloria del azahar en primavera y en medio de la blancura de las florees ardían sus terribles ojos».⁷³ No sólo se enfrenta Rabí Isaac a un rabino que invoca la cólera de Dios contra los pecadores de su comunidad, «hablando mal de las pobres miserias humanas o de sus pecados de lascivia», sino que se atreve a hacer un proceso al Eterno, que «fue sin duda una de las razones que decidió a los Rabinos más piadosos a condenar a Rabí Isaac Ben

⁷¹ Ib., 52.

⁷² Ib., 59

⁷³ Ib., 65-66.

Yehuda a la muerte por lapidación». El Rabí celebra la ceremonia con sus discípulos más fieles en el pequeño cementerio de una aldea, en otoño, cuando éste ya había desnudado a los árboles de sus hojas, esparcidas por el suelo, y «el sol había dado a las hojas un tinte rojo como de sangre coagulada».

El tribunal lo formaban aquellos que yacían bajo la hierba ya marchita, en lo oscuro, y cuyos nombres ya apenas podían distinguirse en las piedras funerarias o no había habido tiempo de inscribir jamás. La mayor parte de ellos habían muerto en persecuciones y *pogroms*: los niños habían sido desnudados golpeándolos contra la muralla como conejillos [...] las mujeres habían sido violadas, los hombres se habían quedado sin ojos [...] ellos juzgarían⁷⁴.

Rabí Isaac, que actúa de fiscal en el proceso, declara que seducido por Yahvé Dios, había decidido nacer de mujer, pero que ahora «le devuelvo el billete de entrada a este circo mentiroso de la vida donde los gorriones mueren ateridos por el hielo y son cazados y la mujer y los payasos y los niños brillan un instante y mueren⁷⁵». Le reprocha a Dios las terribles persecuciones de judíos acaecidos en las ciudades españolas: «¿Y tú eres el Eterno que dices que nos amas y quieres salvarnos para que tu Nombre sea alabado?»

La noche se echó encima y apagó la voz ya ronca de Rabí Isaac Ben Yehuda, pero entonces éste tomó los documentos y libros e hizo una gran pira sobre la

⁷⁴ Ib., 75.

⁷⁵ Ib., 77.

tumba de Rabí Salomó y también echó en ella la silla de reo donde el Eterno debía haberse sentado. Una llama dorada se levantó hasta las estrellas, y las caras de Rabí Isaac Ben Yehuda y sus discípulos enrojecieron, la sonrisa apareció en sus labios como si brotara poco a poco del corazón como aceite que se derrama; se tomaron de las manos y comenzaron a bailar. Los muertos parecían salir de sus tumbas y unirse a la danza, y el canto de alabanza a Yahvé Dios, Bendito sea su Nombre, escalaba la bóveda negra de la noche de otoño [...] Así que se prosternaron, para adorarlo, sobre la ceniza.⁷⁶

Rabí Isaac dice a sus discípulos que siente compasión por la figura de Judas, que conocía y amaba a Jesús más que ninguno de sus amigos; el Maestro le había pedido: «Búscame un sepulcro. Cuando yo te dé el pan mojado en la salsa, búscame un sepulcro, porque entonces será mi muerte. Sal, entonces, y entrégame⁷⁷». Jesús le pregunta a Judas en muchas ocasiones si todavía le ama, y le previene que será aborrecido de todos durante siglos y siglos.

—A nadie se le ha pedido nunca un tan terrible amor —decía Rabí Isaac Ben Yehuda.

Cuando por las ciudades y aldeas que pasaba encontraba en el Viernes Santo una efigie de Judas, colgado de un árbol, llena de escupitajos y casi rota a pedradas, recordaba esta historia a sus acompañantes; y, una vez que iba en solitario, robó uno de esos simulacros [...]

Al llegar a casa, Rabí Isaac Ben Yehuda lo puso sobre su cama con los brazos en cruz y lo consoló [...] besó aquel rostro hecho para el odio y la irrisión, y,

⁷⁶ Ib., 79.

⁷⁷ Ib., 89.

luego, amortajó al muñeco con un sudario nuevo, lo enterró bajo los abedules junto al río, y se quedó de guardia no fuera que los que lo habían colgado lo encontrasen y acabaran su obra de destrucción, y desapareciese de su rostro de cera la huella del beso. El único beso que había recibido el Traidor en mil años y que quizás ya no recibiría nunca más⁷⁸.

Cuando ya no puede seguir trabajando como buhonero, Rabí Isaac Ben Yehuda va a la escuela talmúdica de Colonia «a media mañana, en su mula coja»; a pesar de haber sido expulsado muchas veces de la sinagoga, otras tantas ha vuelto a ella y a la escuela «porque nadie como él sabía andar por los pasajes y los laberintos de la Palabra de Yahvé [...] y, como parecía conocer los usos de lo Alto, desataba muchos nudos del entendimiento de los discípulos [...]»⁷⁹. Pero ahora solo acuden cinco o seis discípulos a sus lecciones, junto con otros que van sólo a espiarle y cogerle en el crimen de herejía. Por fin un día, al salir de la escuela acompañado por «un joven lleno de gracia y de belleza que a él le pareció un ángel o quizás Aícha, su novia y esposa rediviva», Rabí Isaac es atacado por una turba y apedreado, mientras el Gran Rabino y los ancianos seguían leyendo «impertérritos» los libros rituales.

Algunos discípulos de Rabí Isaac Ben Yehuda vieron, unos días más tarde de su muerte, a la mula coja de su maestro, que relinchaba de dolor todavía junto al lugar donde él había sido asesinado [...] y, en el perímetro exacto de la caída y muerte de Rabí Isaac Ben Yehuda, brotó una fuente [...]

⁷⁸ Ib., 93.

⁷⁹ Ib., 103.

El autor de esta crónica bebió un trago de esa agua para hacer nacer estos recuerdos. Era un agua límpida, un poco caliente, sin embargo, y con sabor a sangre quizás. Pero apagó la sed del peregrino.⁸⁰

2.3 *El viaje de Jonás*

En la segunda de sus novelas dedicadas a la recreación de un personaje de la Biblia⁸¹ Jiménez Lozano narra, en clave irónica, la historia de «un profeta muy pequeño», que ejerce su oficio muy pocas veces: «incluso cuando pronunciaba una profecía, ésta era minúscula⁸²». Ana Martínez ha señalado con acierto la importancia y el lugar de esta narración dentro de la obra del autor.

Entre la extensa y variada narrativa de Jiménez Lozano hay unos cuantos libros que podríamos denominar «relatos fundantes» porque remiten a hechos humanos radicales, remontándose a sus orígenes. Y ello no sólo porque coinciden en la forma narrativa y en la presencia de algunos símbolos con los *relatos de orígenes* de la Biblia, sino porque los motivos que componen el relato, estando como están encarnados en la cultura actual, sostienen su función simbólica primordial. De uno de esos relatos, *Maestro Huidobro*, se ha dicho que trata «sólo de eso, de la vida y la respiración del mundo». *El viaje de Jonás* trata «sólo de eso»: de lo que vale un hombre, de la vanidad del mundo y su sombra de muerte, de una Presencia misericordiosa⁸³.

⁸⁰ Ib., 105-106.

⁸¹ El comentario sobre *Sara de Ur*, se encuentra en el tercer capítulo de este trabajo.

⁸² *El viaje de Jonás*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 2002, 9..

⁸³ «*El viaje de Jonás*. Un relato fundante», *Anthropos*, no. 200, 213.

J. A. González Sainz, por otra parte, ofrece la siguiente valoración de las particularidades de la interpretación que ofrece Jiménez Lozano de esta historia tan antigua:

Todos ceden, se desdicen, se arrepientan, se personan, se echan atrás, todos pasan del otro lado, dan su brazo a torcer. Así se evita el daño. Es el modelo que propone esta narración bíblica tardía sobre la que Jiménez Lozano, con tanto acierto, ha llamado la atención: un modelo que no es el negativo de las prohibiciones, sino un modelo [...] que resuelve las crisis sin víctimas, que esquivo el daño de los círculos de las rivalidades, que ensalza el perdón y confía en la palabra y en el cambio de rumbo y la conducta [...] El hombre es esa criatura frágil y finita que goza de una gran baza: la capacidad de pensar y rectificar. Y para quien también existen, como antídoto a la muerte, otras cosas: la fe («hacer memoria» de Yahweh en el vientre de la ballena) [...] y la belleza y el pensamiento que se dan en (y por) esa misma fragilidad y esa misma finitud de nuestro destino de hombres por un momento⁸⁴.

El argumento de esta novela sigue la línea cronológica de libro bíblico de Jonás, aportando, como veremos también en el caso de *Sara de Ur*, una abundancia de descripciones y situaciones que crean un mundo imaginario totalmente original, sin perder el espíritu y la intención didáctica de la narración del Antiguo Testamento.⁸⁵ Jonás vive tranquilamente con su mujer Micha, aunque últimamente las

⁸⁴ «El signo de Jonás», en *Homenaje a José Jiménez Lozano*, op. cit., 123.

⁸⁵ Sobre el libro bíblico de Jonás como «ironically didactic novella», clasificación que se podría aplicar también a la narración de Jiménez Lozano, cf. Hans Walter Wolf, *Obadiah and Jonah: A Commentary*, Minneapolis, Augsburg Publishing House, 1986, 80-88.

relaciones con ésta se han encrespado un poco a causa de unos caprichos que él se ha permitido—un bastón de plata y una túnica de púrpura que él consideraba necesarias «para su dignidad y honorabilidad de profeta⁸⁶». Un día, llega un mensajero de Oriente con un papiro envuelto en telas riquísimas, y anunciando que es «un mandato de lo Alto», con lo cual Jonás le asegura que no puede ser para él, que el mensajero se habrá confundido. Cuando este se marcha, Jonás se niega a abrir el envuelto, a pesar de la insistencia de Micha; por fin, después de varias noches en vela, saca el pequeño rollo de papiro que había guardado en un arca con varios candados, y lee el mensaje: «JONÁS, HIJO DE AMITTAI. ¡LEVÁNTATE! VE A NÍNIVE, LA GRAN CIUDAD, Y GRITA CONTRA ELLA. SU MALDAD SUBE HASTA MI NARIZ».^{87,88} Jonás siente terror, recordando lo que había sufrido en otra ocasión cuando se había atrevido a profetizar en Nínive, y decide marcharse en seguida, pero en dirección contraria de lo mandado.

Despidiéndose de su mujer, que asegura a sus esclavas que «éste está aquí antes de la luna nueva», Jonás se marcha con la caravana de unos mercaderes-exploradores hasta el puerto de Jope, donde negocia su pasaje en un barco a punto de zarpar para Tarshish: «era el único viajero que podían llevar porque el barco iba atestado de mercancías, especias, algunas maderas y pistachos», y su capitán, viendo a Jonás un poco nervioso, le asegura que un viaje con

⁸⁶ Ib., 14.

⁸⁷ Ib., 26-27.

⁸⁸ Ib., 26-27.

especies «era como un viaje por el jardín mismo del Edén...»⁸⁹ Después de descansar un rato en su litera, Jonás sale a cubierta; al ver las estrellas «fue como si hubiera entrado en una tienda levantada en el desierto, porque la noche algunas veces le había sorprendido en el desierto, y entonces era como un palacio cuajado de candiles [...]».

[...] el cabeceo de la nave le hacía pensar que andaba sobre alcatifas o quizás era que los mensajeros de lo Alto.

Porque se acordó entonces de que el profeta Elías había sido arrebatado en un carro de fuego, y no podía saber con certeza si aquellas estrellas no eran sino los incandescentes ojos de lo Alto que no sólo le vigilaban, sino que podían precipitarse sobre él [...] para raptarle, y llevarle a la presencia del Innombrable; y se encogió su alma. Pero sólo fue durante un instante [...]»⁹⁰.

El capitán le aconseja que descanse y duerma, que ya tendrá tiempo de saber lo que es el mar, y le asegura que «no había chacales hambrientos como en las noches del desierto» ni tampoco había «monstruos marinos en un mar tan sereno y apacible»⁹¹.

Al amanecer, se levanta «un vientecillo», que venía cargado «de sal y humedad, como el primer viento que se levantó en el mundo y fecundó el mar y la tierra»⁹². Pero al mediodía cae una terrible tormenta y parece que la nave se va a partir en dos. Los marineros suplican misericordia de los ídolos que llevan consigo, pero éstos no

⁸⁹ Ib., 60-61.

⁹⁰ Ib., 63.

⁹¹ Ib., 64.

⁹² Ib., 76.

responden, y entonces se acuerdan de Jonás, que sigue profundamente dormido; primero le mandan que invoque a su dios para que no perezcan, y luego echan suertes a ver de quién ha sido la culpa de esta desgracia. Jonás les dice que le tiren al mar porque la culpa de que se haya desatado tal tempestad es suya; los marineros dudan al principio, pero por fin le echan al agua y el viento cesa de repente.

Jonás llegó al agua hecho un ovillo, y encogido en su corazón y en su ánimo, pensando en lo mal que había hecho huyendo de YHVH, y lo necio que había sido creyendo que podía ponerse fuera del alcance de sus ojos, y disponiéndose a morir, aceptando su destino justo.

[...] descendió entonces a los infiernos, es decir, a lo profundo de las profundidades donde no hay luz ni sombra, ni sonidos ni forma, ni tierra firme ni agua, y nada de criatura alguna. Y se percató de ello según descendía. Esto es, se dio cuenta de que estaba dentro del vientre de la ballena del mundo, y allí, en el corazón de los mares, oía la corriente del agua y el alzarse de las olas, de rodearon las aguas hasta el alma, le cercó el abismo, y las algas ciñeron su cabeza, y dijo:

—A las raíces de los montes descendí, a la tierra cuyos cerrojos se echaron sobre mí para siempre.

[...] Y entonces fue cuando hizo memoria de YHVH⁹³.

Al instante, Jonás es sacado de la fosa «donde no había sido ni existido»; las gentes que están en la orilla del mar en Jope se quedan aterrados de ver como aparece el monstruo marino, abriendo un surco en el agua y dando saltos, y abriendo su enorme boca «como si

⁹³ Ib., 81-88.

fuese la gruta innombrable por la que se baja al Sheol», de la que sale un hombrecillo, «sacudiendo de algas su cabello y su manto, y limpiando luego su bastón para que reluciese⁹⁴». Un vez en el puerto, a Jonás se le echan encima con mil preguntas su mujer, Micha, que ha ido a buscarle, y también los «porteadores de noticias». Pero Jonás se resiste a contarles nada: «De lo que no se puede hablar no se debe hablar, y hay que callar». Entonces un joven, que había acompañado al profeta hasta el embarcadero antes del viaje, se le acerca y le dice que esta vez, no puede faltar ni retrasarse. «Y como tenía muchos días de jornada hasta su destino, echó a andar deprisa⁹⁵».

Cuando Jonás llega a Nínive, no puede evitar el recuerdo de sus malogrados intentos anteriores de profetizar en esa ciudad, y más cuando vuelve a leer el mensaje escrito en el papiro que lleva en su bolsillo: «DENTRO DE CUARENTA DÍAS, NÍNIVE SERÁ DESTRUIDA». Por fin entra, decidido, por la gran puerta de la ciudad y se dirige hacia el centro «muy solemne, sin mirar a nadie, a cumplir la misión que tenía encomendada», delante del palacio del rey mismo.

[...] el antepasado del rey había sido el propio Nimrud, a quien se le había ocurrido construir la Torre de Babel, la más alta que jamás construyera hombre alguno según estaba proyectada, hasta que desde Allá Arriba, viendo que todos los hombres hablaban una sola lengua y pensaban un solo pensamiento, conforme quería Nimrud, soltaron los pensares y la lengua de cada uno, para que cada uno fuera cada uno y cada cual fuera cada cual, y hubo que abandonar la obra⁹⁶.

⁹⁴ Ib., 88-89.

⁹⁵ Ib., 90-91.

⁹⁶ Ib., 96.

Corre la voz de que Jonás está en Nínive y cuando llega al palacio, el rey y su familia, sus concubinas y consejeros, y una gran muchedumbre le están esperando. Después de pronunciar su profecía—«¡Palabra de YHVH!: “Dentro de cuarenta días Nínive será destruida”»—, se hace un gran silencio, que Jonás aprovecha para largarse, y cuando llega a las afueras de la ciudad sin que nadie le haya seguido, exclama: «¡Bueno, pues ya está! ¡Ya hice el encargo! ¡Ya van apañados estos ninivitas de las fosas nasales!⁹⁷» Como Jonás había salido tan precipitadamente de Nínive, «ni se percató de runruno que se alzaba en ella y se oía desde bien lejos». Las gentes de la gran ciudad andan con la cabeza baja y el ánimo apretujada, «tristes, apesadumbradas, perplejas, interrogadoras».

Y se sintieron como huecos, como vaciados, como nada; pero clamaban desde esa nada que eran, alzando sus manos llenas de la herrumbre de una injusticia antigua, cuando el rey apareció en su trono de oro, vestido de majestad, y se alzó luego como un huso, se despojó de su pompa, se puso un saco de esparto y se sentó en un lecho de ceniza. Y, a seguido, el gran heraldo leyó el edicto: «Los hombres y las bestias, y el ganado mayor y menor no probarán nada, no pastarán ni beberán aguas. Cúbranse de sacos los hombres y las bestias y clamen a Elohim con fuerza, y conviértase cada uno de su mal camino y de la injusticia que hay en sus manos. ¡Quién sabe si Elohim se volverá y arrepentirá, y se apartará del ardor de su cólera, y no pereceremos!»

⁹⁷ Ib., 98-99.

Las palabras del edicto sonaban más fuertes que el trueno, y fueron oídas por toda la ciudad [...] se arrepintieron muy de veras los ninivitas de su injusticia, y, como sus ojos ahora eran nuevos, vieron súbitamente que todos los hombres que había en la ciudad eran hombres [...] y que en los ojos de los animales mismos había un ánima, porque ahora, revestido todo ser vivo de saco y ceniza, miraba con misericordia a los que les habían hecho injusticia, y a un perro apaleado, y una muchachilla que había sido marcada en la frente con señal de fuego, perdonaban⁹⁸.

Jonás, sin embargo, no se entera de lo que está ocurriendo en Nínivé; de camino hacia su casa, se siente contento porque se ha «desembarazado del peso del mensaje», pero al mismo tiempo está un poco desconcertado «porque sabía muy bien lo que les ocurría a los grandes profetas» y se pregunta qué le puede ocurrir a «un profeta muy pequeño». Parando en un caravasar, Jonás ve a una hermosa princesa egipcia que, según le cuentan la gente de las caravanas, ha estado en Nínive, donde tenía que haber asistido a una fiesta pero que cuando llegó, «todo era la desolación de la desolación, y su corazón quedó encogido». Jonás, convencido de que la ciudad ha sido destruida, se siente muy satisfecho, pero luego se entera de que no es así, «porque ni el tiempo de un suspiro tardó Elohim en perdonar a los ninivitas⁹⁹». Jonás sigue su camino, desanimado, y reflexiona sobre ese YHVH Dios que «era de esa extraña condición, que ardía como un volcán cuando estaba encolerizado, pero enseguida se arrugaba y se hacía más blando que la cera blanda», y por fin, agotado por el sol y por su agitación, se deja caer y dice como si

⁹⁸ Ib., 103-104.

⁹⁹ Ib., 111.

hablara con YHVH mismo: «Si les has perdonado a éstos, me quiero morir ahora mismo». Jonás se hace una pequeña cabaña con unos cuantos palos y pajas y se tumba, pensando que efectivamente morirá debido al sol que arrecia, pero de pronto sus ojos contemplan «la gloria de un ricino de una hermosura admirable, como trasplantado por los poderes de lo Alto desde el Jardín del Edén [...] sabían también muy bien Allá Arriba cómo amaba Jonás a los ricinos, y que tenía uno en su jardín bajo el que dormía la siesta, y del que algunas veces hacía también aceite de sus hojas, con el que se purgaba para vomitar toda amargura y la acidez que conlleva el trato con los hombres¹⁰⁰».

Jonás cae en un sueño profundo, y mientras duerme, se baja desde lo Alto una larva que trabaja toda la noche con sus minúsculos dientes, abriendo «ventanitas ovaladas como ojos de buey» en el tronco del ricino, y ya cuando sale el sol al día siguiente, el árbol es poco más que «una sombra oscura». Despertándose y viendo lo que ha ocurrido al ricino mientras dormía, el profeta «se dolió en su corazón de su ausencia, y no quería ver más mundo [...]. Y Jonás sólo desea morir, porque el ricino había sido cortado y no soporta ver «aquella vida rota, tanto verdor vuelto a la ceniza¹⁰¹».

La presencia que sintió Jonás se hizo enseguida tan intensa como si nunca Jonás hubiera estado en presencia de nada ni de nadie [...]

—Tú te compadeces del ricino por el cual no te has tomado fatiga alguna ni le has hecho crecer, porque en

¹⁰⁰ Ib., 113-114.

¹⁰¹ 122-124.

una noche surgió, y en una noche pereció, y ¿no habré yo que compadecerme de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su derecha y su izquierda, y numerosas bestias?

¿Acaso ignoraba Jonás que había niños en Nínive? ¿Ignoraba que había inocentes bestias que necesitaban vivir en la alegría? [...]

—¡Díme, contesta, objeta, arguye contra mi argumento!

Pero Jonás ni se inmutaba; y volvía a hacer sus preguntas la Presencia, y Jonás a mostrarse ofendido, hasta que de repente dijo:

—Sí, bueno, de acuerdo, desde luego, ya no tiene remedio. ¡Perdonados están!¹⁰² [...]

Entonces Jonás ve acercarse a su mujer, Micha, que antes de llegar hasta él, le empieza a regañar por andar «dando incordios a todo el mundo, comiendo de cualquier manera y durmiendo en cualquier parte en el campo [...] haciendo comedias con los peces grandes, y dando que hablar por ahí tanto con el bastoncito de plata en la mano» [...]; que hasta algún día habría «algún óstraco o papiro contándolo» en la biblioteca de Nínive.

Y la Presencia rió. O esto fue lo que le pareció a Jonás: que había reído la Presencia, mientras Micha hablaba y desconstruía. Pero, cuando volvió sus ojos hacia Aquélla, ya no estaba¹⁰³.

En las tres novelas de Jiménez Lozano analizadas en este capítulo nos encontramos con temas, situaciones y personajes que

¹⁰² Ib., 125-127.

¹⁰³ Ib., 128.

están presentes en los diversos géneros literarios practicados por el autor a través de toda su trayectoria. En *El sambenito* se pone de manifiesto la preocupación de Jiménez Lozano por los aspectos políticos y sociales del catolicismo en la historia de España, en este caso durante el «Siglo de las Luces» cuyos últimos años coincidieron con las postrimerías de la Inquisición española, al mismo tiempo que nos se abre una ventana a los sentimientos íntimos y los conflictos de conciencia que estas situaciones crean en los protagonistas de la narración. En la historia de Rabí Isaac Ben Yehuda, por otra parte, se refleja la compleja y conflictiva situación religiosa de España en la baja Edad Media, y también la vivencia de una fe profundamente arraigada en la Biblia hebrea y la tradición judía, aunque no exenta de sufrimiento ante los acontecimientos trágicos de la vida y la incomprensión e intolerancia, por parte tanto de los cristianos como de los correligionarios del Maestro. *El viaje de Jonás*, en cambio, plantea los mismos interrogantes sobre las exigencias y las actuaciones muchas veces incomprensibles de una Presencia que es capaz de reírse de las perplejidades de sus criaturas a incluso de jugar al escondite en los momentos menos oportunos. En el siguiente apartado examinaremos aquellos relatos de Jiménez Lozano que mejor ilustran los diferentes aspectos de la dimensión religiosa de su obra, algunos de los cuales coinciden con lo tratado en las novelas que hemos comentado, y otros que ayudan a completar el panorama de la dimensión religiosa en la narrativa del autor.

3. Cuentos

3.1 *El santo de mayo*

La presencia lo religioso o teológico es particularmente notable en las primeras dos colecciones de los cuentos publicados por Jiménez Lozano. Varios relatos de la primera, *El santo de mayo*, se centran en el drama que supone, tanto para la sociedad como para el individuo, la pérdida de la fe, especialmente terrible en el caso de los curas de pueblo y otros clérigos. En el cuento que da el título a *El santo de mayo* un anciano que ha sufrido un «paralís» y que tiene la cabeza «como si me anduviese dentro de una colmena o todavía escuchase los zurriagos de las Tinieblas de los Miércoles Santos», recuerda un episodio de su infancia: «Nunca te crees que haya nadie más pobre que tú hasta que los ves. Pero yo lo vi, era un mocete apenas, pero no se me olvidará, mientras viva [...]». Un día, a la vuelta de la escuela, encuentra a su madre llorosa y con el pañuelo negro en la cabeza.

Y bajamos hasta la plaza, a la casa del cura, que yo nunca había entrado en ella, pero decían que era de lujo, que tenía camas doradas y que, en una, era donde se acostaba con la Laurita. Pero nada de nada había allí: una mesa y una silla y un estante con dos o tres libros y unos caramelos, y, en otra habitación, un catre negro, como en mi casa [...] Y, en la habitación del catre, estaba el cura muerto, pero puesto en el suelo sobre una manta de cuadros [...] Y tenía en la cabeza un gorro sin picos, muy viejo, y también le habían puesto un cristo entre las manos, el cristo feo, que estaba en la pila del agua bendita, en la iglesia, feo

como una perro y que estaba clavado por las muñecas, me decían que no encontraron un cristo en toda la casa del cura¹⁰⁴.

Aparece Santiago, «el sacristán pequeño y malaleche» diciendo que el obispo ha mandado que no se rece por el cura, ni se toquen las campanas porque «Ques-questá con-condenado por-porque sea-sea-costaba con-con la-la- Laurita». Entonces se presenta la Laura con el carrito de lavar, coloca en él el cadáver del cura y le lleva hasta el camposanto. Dicen luego que el obispo le mandó desenterrar y que lo metieran en «el corralillo», aunque nadie se enteró muy bien de ese detalle, pero la Laura, cuando volvió del cementerio, le dijo al soltero rico del pueblo: «Ya era un trasto viejo y se acordaba de Dios» y esa misma noche se fue a cenar y a acostarse con él.

Y la digo a mi hermana, la de Madrid:

—Alejandra, ¿te acuerdas del cura muerto?

—¡Ah, sí! ¡Aquel que estaba en el suelo, cuando se murió y ya olía mal!

Sin más mención, coño, que hasta se acordaba que el perro nuestro se llamaba «Canelo», pero que el cura como si no se llamase nada, que esto sí que es ser pobre [...] lo que se dice un santo, el cura aquel es el único en que yo creo, por eso. Y por ahora sería; saca de ahí de la chaqueta del lado de mi brazo seco del parális tres pesetas y ponle una vela al cura, en cualquier parte, que por ahora sería, aunque un mayo peor que éste¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Ib., 11-12.

¹⁰⁵ Ib., 13-14.

El narrador de «El escopetazo» también recuerda un acontecimiento que le impresionó cuando era un joven médico desde hace dos o tres años y «conocía poco de la vida». En una mañana de otoño le avisaron para el cura «porque en plena misa, el cabodeaño del tío Antón, que le decían más misas que muchachas había desgraciado desde su cacicato, don Pablo había caído redondo al suelo, mientras cantaba “la tremenda”, que es como la gente llamaba al responso “Libera nos Domine, in die illa tremenda”, el canto que también a mí, de niño, más me impresionaba porque significaba muerte y cirios encendidos y lágrimas y ahora sigue significando el fracaso de la vida, el puñetero triunfo de la muerte¹⁰⁶». El médico confirma su sospecha de que ha sido una trombosis, pero don Pablo remonta y pueden bromear sobre el tostón que tomarán cuando se recupere del todo. El cura está asustado, sin embargo, y de repente le cuenta al médico que su madre había escogido para él la vocación de sacerdote, aunque «de todas maneras, tenía ahora redondeada la vida y no echaba nada de menos a sus cincuenta y un años. Sólo sentía que le fallase la comida, que se le impusiese una dieta [...]». Porque comer, trabajar el huerto, jugar al tute y comprar muebles viejos era lo que le «ataría a vivir» en cuanto la sobrina que vivía con él se casara.

—Pero Dios ayudará —añadió con un aire quizá resignado o seguro o incluso retador.

¹⁰⁶ Ib., 15.

Nunca le había oído hablar de Dios a don Pablo, durante todo el tiempo que le conocí, excepto cuando lo hacía por profesionalidad, en la iglesia [...]¹⁰⁷.

Cuando a don Pablo se le repite el ataque, viene «un curita joven» a darle la Unción; sintiendo el óleo sobre la piel, el moribundo «se incorporó en la cama de un salto, abrió los ojos fosforescentes y al caer demudado exclamó con una gran voz: “Me c... en Tal. ¡El escopetazo!” Y murió en el acto». El cura joven, muy impresionado, «parecía implorarme con los ojos que no dijera nada, que echaba sobre mis hombros aquel fardo de silencio. Y así ha sido, hasta hoy he callado». El médico reflexiona que quizás don Pablo «debió hacer de tripas corazón y desempeñar su papel. Pero la Unción le cogió tan de improviso, que no tuvo tiempo de echar mano de su teología como del mosquitero contra el tábano de la muerte. Si es que tenía alguna teología porque gustaba de decir que las había matado con el tute». El médico se acuerda ahora de todo esto porque precisamente había jugado al tute, después del funeral, con los curas que vinieron, y cuando quiso contarles lo que había ocurrido, el arcipreste le cortó, diciendo: «En fin, dejémoslo, doctor. Aprovéchese ahora que es usted mano. Don Pablo ya hizo las diez últimas».

Y aquella tarde también tuve tute de reyes, como ahora, y hacía este mismo sol doramembrillos de hoy, y se oían también a lo lejos por las vides y los pinares los escopetazos contra las torcaces y las liebres encamadas, llenas de sueño y confianza¹⁰⁸.

¹⁰⁷ Ib., 18.

¹⁰⁸ Ib., 19-20.

El cuento titulado «El herbolista» profundiza en el problema que supone para la fe el sufrimiento de los inocentes; T. Mermall ha señalado con acierto que el relato constituye «un proceso a la idea de un Dios arbitrario y cruel y también una compasiva acusación del hombre que no quiere reconocer a Dios en su forma más abyecta de sufrimiento¹⁰⁹». En una noche de tormenta, un grupo de hombres se reúne en un mesón y su conversación gira sobre Manuel, «el herbolista», que les es «más necesario que nunca ahora que va a llegar el frío y con él las enfermedades del invierno», pero que ha sido acusado ante los tribunales. Las gentes habían tenido la costumbre de acudir a Manuel «con más frecuencia que a la iglesia», y le recibían en sus casas con mayor voluntad que a los curas, porque éstos «significan la muerte, cuando vienen a casa [...] y hablan de muerte en la iglesia¹¹⁰». El hijo pequeño del mesonero llora arriba, quejándose de un mal de oídos que ningún médico ni curandero ha podido curar, y el mesonero dice que faltando Manuel, el herbolista, sólo se puede acudir a Dios. Esta afirmación le indigna a Alberto, maestro vidriero, y le dice que no se haga ilusiones, señalando el tema de la vidriera en la que él está trabajando: «¡Fijáos que Dios, que maldijo a una pobre higuera porque no tenía higos, cuando no era su tiempo! ¿Crees tú que a ese Dios puede importarle que el pequeño Luis tenga pus en el oído y se te muera? Ese Dios no es de nuestra raza, muchachos, y dudo mucho que Él nos haya hecho y sepa cómo sufrimos. O quizás es que se divierte, y, entonces, es peor¹¹¹». Afirma Alberto que cada

¹⁰⁹ «José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso», ed. cit., 68.

¹¹⁰ *Ib.*, 27-28.

¹¹¹ *Ib.*, 29-30.

vez que alguien se muere, «se muere Dios en nuestro corazón»; por eso, el herbolista no iba a misa, ni quería saber nada con la religión después de la muerte de su hija pequeña, y se dió al vicio pasaba el domingo en las tabernas invocando a la muerte «y a ese Dios sin entrañas que deja morir a los niños¹¹²».

De pronto se oyen pasos afuera y el herrero echa mano de una ballesta; una voz llama al mesonero, y algunos piensan que puede ser Manuel, pero resulta ser un leproso hambriento, y le echan un pedazo de pan por la ventana. Entonces el vidriero dice a sus amigos que se olviden del herbolista porque mañana le van a ahorcar por hereje y sacrílego, por haberse paseado con el cadáver embalsamado de su hija, fingiendo que era un fardo de hierbas. El inquisidor decía que Manuel estaba loco y le había preguntado si en verano el cadáver no se descomponía.

¿Sabéis lo que contestó? Que también la fe era como llevar a un muerto, que se cree uno que está vivo. Que los cristos están muertos, y que también hay veranos para esa fe en que uno teme que el cadáver se va a descomponer del todo o en los que por lo menos huele a dudas, si no se ponen muchas hierbas encima. Y el inquisidor se quedó blanco como esa pared, mirando al cristo que había en la mesa¹¹³.

Vuelven a oírse golpes a la puerta, y el mesonero, pensando que es el leproso, suelta los perros sobre «el bulto oscuro y doliente, que había en el suelo». Pero luego ven que es Manuel, que sólo logra decir que ha venido a curar al niño. Cuando muere, le entierran en el corral y

¹¹² Ib., 31.

¹¹³ Ib., 32-33.

quemar las hierbas: «Y luego el alba entró de improviso [...] los perros estaban en su rincón, aunque abrieron un poco sus ojos a la luz que se extendía desde la ventana¹¹⁴».

El protagonista de «El jubilado» es un cura que vive en un país gobernado por un régimen totalitario y antirreligioso, y que lleva ese apodo porque desde su llegada a la parroquia, no ha tenido ocasión de realizar ninguna de sus funciones pastorales; su única conversación de índole espiritual es con el hijo idiota de María la Tejedora, que se ríe a carcajadas con las explicaciones teológicas del cura: «Probablemente pensaba que no dejaba de tener gracia que tuviéramos un Padre en el cielo del que el cura Yakunin decía que nos ama tiernamente y, sin embargo, no se preocupa siquiera de regular a tiempo las lluvias o de atemperar los hielos [...]». El resto del tiempo, el idiota estaba «meditabundo y entristecido», tanto que por fin intentó quitarse la vida tirándose a un pozo, aunque sólo se quebró la pierna. El padre Yakunin le visitaba durante las curas que se le hacían, y como era por Semana Santa, «le contaba la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, lo que más le hacía reír» y hoy, el día de Pascua, el Padre Yakunin recuerda que hace un año que el idiota murió, sonriendo, mientras le contaba la historia del sepulcro vacío¹¹⁵.

Ahora el cura espera la visita, a la cooperativa donde él lleva la contabilidad y también trabaja como obrero, del doctor Schepelin, «ingeniero y miembro del Comité de Asuntos Religiosos, que organizaba en la ciudad los cursos universitarios de ateísmo». El cura y el comisario se encuentran en la iglesia que «estaba en ruinas y se

¹¹⁴ Ib., 34.

¹¹⁵ Ib., 39-40.

había arreglado un poco para criadero de patos y gallinas de la Cooperativo de Consumo»; el comisario le dice que convendría arreglarla «porque el viceministro del Plan Quinquenal de Producción de Carnes de Ave vendrá dentro de seis meses y no gusta de este abandono». El Padre Yakunin se muestra conforme con las exigencias del comisario—«incluso con que para aliviar la melancolía de las gallinas y los ánades, se redujese a cenizas un par de iconos»—y hasta acepta una medalla de cooperación «con los altos intereses del estado¹¹⁶». Vuelve a casa a preparar la comida a su hijo, estudiante de física en la ciudad y que tiene una enfermedad de los pulmones; éste le pide a su padre que si muere, le entierre en «la iglesia-gallinero» y el cura vuelve a su trabajo en el aserradero, contento porque su hijo, al contrario que en otras ocasiones, no había negado su cristianismo, aunque tampoco lo había afirmado, «ni quizá podría afirmarlo en toda su vida».

María la Tejedora le llevó, esa noche, al Padre Yakunin un huevo y sal para la cena y para que rezase por su hijo, el idiota, que ya hacía un año que no debía de hacer otra cosa que reír de felicidad, allá en el cielo. O jugar a las cartas con los ángeles y hacerles trampas. Pero quizás tenía también algunos ratos de tristeza todavía. Nunca se sabe. Y esto la preocupaba y era una cuestión teológica difícil.

Pero el Padre Yakunin se había jubilado de sacerdote hacía tanto tiempo, que no se atrevió a asegurar nada, aunque tampoco a ponerlo en duda, desde luego.¹¹⁷

¹¹⁶ Ib., 41-42.

¹¹⁷ Ib., 43-44.

«El teólogo» trata de un clérigo que de toda la vida había sido «estricto, un agustiniano» y cuya tesis doctoral en Salamanca había versado sobre la controversia entre Juliano de Eclano y San Agustín referente a la condenación de los niños que mueren sin haber sido bautizados. Más tarde, había sido catedrático en la Universidad y había presidido autos-de fe como inquisidor.

En nombre de la ortodoxia y de la buena administración canónica se ocupó personalmente de que los pequeños ataúdes blancos de los niños muertos sin bautizar o las bolsas de esparto que contenían un feto se enterrasen fuera de lo sagrado, en un campo de encinas, que la gente dio pronto en llamar «El encinar de los ángeles», aunque quien lo llamaba así y era descubierto y testificado tenía que declarar ante su tribunal [...]¹¹⁸.

Cuando asciende al cargo de secretario del arzobispo, promulga un canon según el cual los niños habrán de ser bautizados antes de nacer mediante una jeringuilla, llena de agua bautismal «en cuanto los dolores arreciaban en las mujeres».

Un día, durante su paseo en solitario, el teólogo, deslumbrado por la belleza natural que le rodea, se encuentra con una muchacha morisca en la orilla del río, que le sonrío: «Nadie nunca le había sonreído, nunca jamás ni en su infancia siquiera había visto fruncidos los labios de alegría o de ternura¹¹⁹». Después de este encuentro amoroso, «se deshizo la espalda a disciplinas, pero ahora iba a tener un hijo y la ternura le ahogaba [...] Sería teólogo como él,

¹¹⁸ Ib., 50.

¹¹⁹ Ib., 52.

le prevendría contra la seducción de las mujeres y del demonio en la que él estaba envuelto. Sería profesor, obispo, arzobispo de Toledo y puro como los serafines¹²⁰. Pero entonces la comadrona le informa que ha nacido una niña, muerta, y que no se había podido bautizarla *in utero* porque la madre «se iba en sangre». El hombre, destrozado, va a su biblioteca y quema sus tesis doctoral, y luego marcha al «Encinar de los ángeles», donde se arrastra por las tumbas rogando el perdón de los allí enterrados. Luego entierra allí a su hija y a la madre y edifica la «Ermita de San Julián»; más tarde él también es enterrado allí pero «comenzó a correrse la voz de que si algún niño pisaba esa losa moriría antes de un año y se condenaría». La capilla se hunde con el paso del tiempo «pero el encinar es ahora alegre y será magnífica la Maternidad que aquí se levante».

Incluso esta verdadera historia puede retocarse un poco para que no sea tan terrible e increíble y ridícula ya, ahora que nuestros hombros son tan débiles para soportarla¹²¹.

En «La orfandad» un hombre moribundo reflexiona sobre la posibilidad de que haya llegado el momento de descubrir la verdad de su vida, antes de morir: «que yo, el biólogo afamado, paradigma del científico católico, que ha sido manejado con un ariete triunfante contra el ateísmo y que, a la vez, he ganado el respeto de mis colegas científicos no-creyentes, he vivido sin fe los últimos diez años de mi vida y he estado haciendo la comedia de la fe solamente por no

¹²⁰ Ib., 52-53.

¹²¹ Ib., 54-54.

decepcionar a los demás». ¹²² Entre los que quedarán estupefactos ante esta revelación, y que tendrán que enfrentarse con el horror de su propio vacío, están el Padre Duffit, que ha encontrado en el trabajo del biólogo una prueba de la debilidad de la ciencia ante el problema de Dios; el Padre Smelling, «que abandonó el laboratorio por la Compañía de Jesús, tras una crisis filosófica, que superó gracias a mis libros»; y muchos otros sacerdotes que «en sus sermones me han citado como una gloria cristiana de la ciencia, como un segundo Pasteur ¹²³». Pero el científico confía en que «estos cristianos» se repondrán en seguida de su sorpresa inicial.

Están un poco acostumbrados, desde el principio, a que su fe quede sin fundamento, pero se aferran a ella y les es suficiente una peanita de barro sobre la que apoyarla [...]

Pero el que me inspira auténtica piedad, el que más pena me da de todos, quien sentirá más la orfandad en que le dejo será el doctor Kirler, la gran eminencia en Biología, ateo convencido [...] ¡Qué sólo se va a quedar! Cuarenta años hemos estado batiéndonos, el uno contra el otro [...] ahora viene a verme morir, no sólo al colega y al amigo, sino a ver morir al cristiano, sobre todo [...] en cuanto haga la confesión de mi apostasía se derrumbará, en cuanto sepa que hace diez años estoy derribado por sus argumentos [...] Sabe que lo que profesa es la verdad, pero le ha gustado siempre que alguien dudase de esa verdad para así sentirse seguro y a salvo: dudar él mismo. Porque todos

¹²² Ib., 110. En su artículo «José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso» (*Anthropos*, no. 25, 1983, 66-69), Thomas Mermall señala este relato como un ejemplo de los «cuentos y episodios netamente unamunianos» presentes en la obra de Jiménez Lozano.

¹²³ Ib., 110-111.

necesitamos la duda y no esta certidumbre que yo tengo, esta espantosa lucidez, que ni siquiera me conmueve: no hay espíritu, no hay nada, nada¹²⁴.

El moribundo toca el timbre, para pedir la absolución al Padre Duffit para no decepcionar a su colega: «Te dejaré mi muerte aparentemente cristiana para que no te hieles en tu verdad. No podrías soportarlo, tan sensible como eres. Te dejo a Cristo muerto, pero tú no sabes que lo está [...] te dejaría en total orfandad, amigo, hermano Kirler. Y vosotros tenéis que seguir viviendo y teorizando¹²⁵».

En «El sacrilegio» un párroco se ve obligado no sólo a consolar, confesar y predicar a sus feligreses, sino también cumplir con la misión «desproporcionada y extravagante» de «frenar la cólera de Dios, el caballo de la Muerte, la peste¹²⁶. Con la iglesia llena como nunca, sube al púlpito, pero o bien porque el incienso y las hierbas quemadas le suben a la cabeza, o porque de repente «veía claramente que el hombre es pecado, que el pecado es su raíz y su esencia» y que el comportamiento pecaminoso es tal vez el único consuelo de los hombres, el espectáculo del canto del Miserere y los latigazos de los penitentes «le removía a la vez el estómago y las entrañas». ¹²⁷ Entonces, en vez de predicar el sermón, se inclina dentro del púlpito, se disfraza de payaso, y empieza a cantar una canción de amor, «a hacer cabriolas y a contar chistes». Todos los feligreses se ríen y empiezan a participar en el jolgorio, y no se dan cuenta que la iglesia

¹²⁴ Ib., 113-114.

¹²⁵ Ib., 114-115.

¹²⁶ Ib., 117.

¹²⁷ Ib., 119.

se cerraba desde fuera porque todos están condenados a morir apestados y ya sus caras se tornaban negras.

En realidad, no le importaba el Juicio al que sería citado en el más allá [...] A su miserable vida de pastor añadía, ahora, este sacrilegio del baile en el templo y casa de Dios [...] Y se reía a pleno pulmón, porque, por lo menos, había conducido a la muerte a sus ovejas, sin que éstas se enterasen, y esto era lo único que había hecho en su favor en tanto que pastor suyo [...] le importaba poco ser condenado, y, durante la eternidad entera, no se arrepentiría de este opio que dio a sus fieles para el gran tránsito: las payasadas, la risa, el baile y hasta el gustoso pecado del amor, tan consolador y lleno de vida. Sólo por esto se resigna a morir el hombre, y él lo sabía¹²⁸.

Tres cuentos de *El santo de mayo* recrean personajes (aunque sin nombrarlos explícitamente, en el caso de Jesús y su madre) y episodios de los Evangelios y de los orígenes del cristianismo. «¡Hola, judiílllo!» relata la historia de un niño que por las tardes se sienta en la arena delante de su casa, mirando «con los ojos muy abiertos los oficios de los hombres y la vida toda, que, a veces, era triste», como cuando un día ve pasar a un niño muerto y las mujeres que lloran desconsoladamente, y él no puede comprender las explicaciones que le dan, «sobre todo cuando le dijeron que la vida era así y que Yahvé Dios había querido su muerte¹²⁹». Lo que sí sabe el niño es que de mayor no quiere ser ni rey, «ni señor de la aldea, ni rabino, ni letrado, y menos que todo eso, lo que los ángeles le decían en sueños que

¹²⁸ Ib., 121-122.

¹²⁹ Ib., 55.

sería y que ya era: Hijo de Dios», porque eso tenía que ser terrible, ya que el Dios que había hablado a Moisés había encendido una zarza con mirarla solamente y tenía que hablar a los hombres de espalda «porque de otro modo, si les hablase cara a cara, les abrasaría igualmente¹³⁰». Una tarde pasa delante de la casa del niño un hombre «con casco y espada y unas sandalias altas y correas doradas» y le llama «judiílo», sonriéndole y haciéndole un remolino con la mano en el pelo. El niño va corriendo a contarle a su madre que ya sabe lo que quiere ser de mayor: un soldado. Pero necesita saber lo que es ser soldado, y el vecino, Samuel el aguador, se ofrece a enseñárselo y le lleva «en el borriquillo, que acarrea el agua» a un valle cercano donde hay muchos soldados que han llevado allí, con las manos atadas, a muchos jóvenes judíos, un poco mayores que el niño, y los van crucificando, desnudos. El niño sale corriendo a casa, atemorizado, y no dice nada de lo que ha visto a su madre; a partir de entonces, ya no ve a los ángeles en sus sueños, aunque poco a poco va adivinando que algún día él será tendido en una cruz y que «a esto, era a lo que los ángeles de sus sueños llamaban ser Hijo de Dios y los hombres un Maldito». Piensa que los soldados no les hacen remolinos en el pelo a esos malditos, porque «el César, su dios, les había ordenado crucificarlos, como si fuese Dios y tuviera poder para ello».

Era la única explicación.

Pero al niño le gustaba que, mientras tanto, la mano poderosa del soldado le revolviere el pelo en la

¹³⁰ Ib., 55-56.

coronilla, por las tardes, y le dijese, sonriéndole con mucha ternura: «¡Hola, judiílo!».

Y ahí estaba, esperándole¹³¹.

En «El gusano», el narrador en primera persona clama al César, «Hijo de los Dioses, contra los falsarios, que te rodean y contra tus propios cónsules, o jefes militares, que te juran fidelidad mentirosa, porque la fidelidad ya se la entregaron al Otro, para siempre: al que colgaron en la cruz». Debido a «la impotencia de un pretor de Palestina» los dioses «yacen en el olvido y han visto sus templos derribados»; todo el Imperio «olía ya a macho cabrío, y a sangre de bueyes y resonaba en él el paso campesino y torpe del pastor judío, y, ahora, ha venido este Embaucador, hablando de virginidad e infancia y arrastrando tras de sí a la gentuza miserable¹³²». Y cuando lo mataron, un grupo de mujeres «a las que inspiró amor» fueron al sepulcro, «pensando en encontrar al Dios de sus sueños y hallaron un gusano erguido, que bailaba sobre su corazón y que las dijo: “El que buscáis no está aquí, se ha perdido. Aquí sólo hay un poco de carroña”». ¹³³

Eso es lo que contó María de Magdala, después del espasmo que sufrió. Los soldados, que guardaban la tumba, la recogieron desvanecida, y la llevaron a su casa y esto es lo que oyeron de sus labios estos oídos míos, César [...] Pero, luego, estos perros trastocaron las palabras y los hechos. Yo no. Yo soy médico y estoy acostumbrado a los dramas de los hombres y sus

¹³¹ Ib., 58.

¹³² Ib., 75-76.

¹³³ Ib., 76.

alegrías y sé escuchar por encima de los llantos o las carcajadas, con la mente fría y exacta, y eso fue lo que María de Magdala dijo, al recobrar la lucidez, cuando su esperanza y su amor cayeron, hechos pedazos, por asomarse al sepulcro de Jesús [...]»¹³⁴.

María era «bella y seductora» y «tenía la sangre caliente y la piel cautivadora y una larga cabellera rubia, llena de fragancia». Pero, ahora, desde aquél día en que encontró al «Embaucador», ¿en qué ha venido a parar?

César, ¡por tus dioses! Esta tarde ha pasado ante mí María de Magdala y yo mismo no he tenido ya deseos. Era como una niña y me ha dicho: Marco Lucio, vecino mío, el gusano era un ángel y Él ha resucitado. Haz algo, César divino, haz algo en seguida para que esa oruga no nos arrebate para siempre la alegría, a los hombres. María de Magdala llevaba rapado el pelo¹³⁵.

En «La misa de Pilatos», Jiménez Lozano evoca un conocido relato de Anatole France, con la diferencia de que en «El procurador de Judea», Pilatos ni siquiera recuerda el caso del Nazareno («¿Jesús?...¿Jesús de Nazaret?...No recuerdo¹³⁶»), mientras que en el

¹³⁴ Ib., 76-77.

¹³⁵ Ib., 77-78.

¹³⁶ Anatole France, *Novelas completas y otros escritos*, Vol. 3, Madrid, Aguilar, 1968, 683-692. En *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 83), después de haber asistido al Viernes Santo de Bercianos de Aliste, Jiménez Lozano hace esta reflexión a propósito de «nuestro drama de ahora mismo»: «[...] esos turistas que vienen aquí y no comprenden ya el sentido de estas representaciones religiosas. Para muchos incluso la propia historia de la muerte de Jesús no sólo significa nada, sino no están al tanto de ella ni tiene ningún interés ya para ellos. Pertenece al mundo del pasado y del modo más irrelevante, además. Como en el cuento sobre Pilatos, de Anatole France: una de las raras obras de este autor en la que está la marca del genio literario que, según Kierkegaard, es siempre “la puñalada por detrás”».

cuento de nuestro autor, no puede olvidar a «aquel hombre, que no quiso hablarme apenas».

[...] tenía unos ojos tranquilos ante el suplicio, y, no sé por qué, todos los ojos, que antes y después, he visto, llenos de terror, me parece que buscaban esos otros ojos tranquilos de aquel hombre. Hasta en sueños quizá, como mi mujer, que me previno para que no me mezclase en aquel pleito y en la sangre de aquel Justo. ¿Qué es lo que ella vio en sueño? Nunca lo dijo .¹³⁷

Pilatos reflexiona sobre lo que sintió frente a aquel hombre a quien le hubiera gustado salvar, que «nada hizo por ayudarme a ello»; un «embaucador distinto de los demás en aquella tierra de embaucadores» pero que tenía «la ingenuidad de quien no ha probado ni un solo bocado de la vida y no sabe su amargor y su realidad y, al mismo tiempo, la dulzura de quien conoce el revés de su trama y cree que puede transformarla, urdiéndola con mayor amor¹³⁸. El procurador se daba cuenta que él también estaba siendo embaucado, «que mi temor a serlo había desaparecido y corté por lo sano, que es decir con dolor»; sin embargo, «nunca sabrás que fui yo quien sugirió a Nicodemo que me pidiese tu cuerpo y te enterrase en un sepulcro nuevo [...] ¿Por qué luego inventaron tus discípulos la historia de tu resurrección? ¿Es que no les bastaba haber vivido contigo? Yo te vi una sola vez y me ha sido suficiente, Embaucador. Y te agradecí que perturbases con tu figura los sueños de mi esposa, cuyas cenizas están ahí dentro, en una arqueta de mármol, porque para ella, desde

¹³⁷ Ib., 94-95.

¹³⁸ Ib., 95-96.

entonces, fue un poco más llevadera la vida y hasta esperanzado el trago de la muerte». Y Pilatos pide agua: «Voy a lavarme: agua fría y pura de la última lluvia, no quiero tener que ver nada en este triunfo de la muerte y de la noche [...] De prisa, esclavos. Os sacaría la piel a latigazos, si aquellos ojos no se interpusieran¹³⁹».

La Pasión de Cristo y la conmemoración de la Semana Santa, asuntos tan frecuentes en la obra de Jiménez Lozano, están presentes en «La muerte del enano», que cuenta como en una pequeña aldea de la sierra aparece cada año por la Pascua de Resurrección una pequeña compañía de titiriteros, que son la única diversión del pueblo durante todo el año y los campesinos los encuentran «siempre nuevos».

Y hasta la Semana Santa parecía de mentira, en cuanto llegaban, porque todo el mundo sólo pensaba en la Pascua de Resurrección, porque además, parecía imposible que Cristo muriese, ni que nadie pudiese morir, estando presente aquel enano, del que sólo los movimientos de los músculos de la cara hacían reír a todo el mundo [...] Porque estas tardes de Viernes Santo eran insufribles en la aldea, después de los oficios. Se ayunaba todavía con mucho rigor e incluso no se echaba más que una pastura al ganado [...] y los hombres estaban a la puerta de casa, sentados en el cantón, en silencio, esperando la noche y el entierro de Dios, y las mujeres en las casas, dentro, suspirando, con las manos sobre el delantal negro, y hasta los mozos y las mozas reprimían sus miradas. Los niños mismos parecían adultos, crecidos de repente. Y el cura no sabía qué decirles y sólo les invitaba a la esperanza de las campanas del sábado, cuando el tiempo y la

¹³⁹ Ib., 97.

vida, detenidos, seguirían su curso. Dios estaba muerto y él nada podía hacer¹⁴⁰.

Este año, sin embargo, el cura del pueblo ha muerto un mes antes de la llegada de los titiriteros; cuando el enano se arrodilla a rezar delante de su sepultura, «el tío Guindilla» le dice: «Si hubieses estado aquí, enano Eustaquio, no hubiese muerto¹⁴¹». Otro cura viene a celebrar los oficios del Jueves Santo, pero el Viernes Santo «se anunciaba ignominioso» porque no vendría nadie «a hablarlos de la muerte de Dios y no habría entierro de Cristo con Descendimiento, ni Soledad de la Virgen¹⁴²». Entonces a los «más viejos» se les ocurre invitarle al enano Eustaquio a hablarles de esas cosas, «que debía de saber, aunque no en la iglesia por temor al obispo y a las autoridades de la ciudad, sino en el tablado del circo», que ya estaba montado desde el miércoles¹⁴³. La gente se reúne ante el tablado a las tres de la tarde y el enano lee la Pasión según San Juan, pero cuando sube por una escalera a desclavar al cristo del descendimiento, tropieza y se cae desde arriba con el cristo «que pesaba casi veinte arrobas, y más con la corona de plata, que tenía, en vez de espinas, porque era un Cristo Rey¹⁴⁴». El cuerpo del enano está reventado, aunque sigue con vida, y la gente se intranquiliza: «Si se muere —reflexionaban— no habrá fiesta en el pueblo. Pasa lo que con Dios, si no resucitase, el sábado, que no habría fiesta». Mientras esperan al médico, se confunden los gritos de «No te mueras, enano Eustaquio, no te

¹⁴⁰ Ib., 69-70.

¹⁴¹ Ib., 71.

¹⁴² El rito del Descendimiento forma parte del argumento de otra novela de Jiménez Lozano, *Un hombre en la raya*.

¹⁴³ Ib., 72.

¹⁴⁴ Ib., 73.

mueras» y «No te mueras, Cristo, no te mueras» y los aldeanos, temiendo «que esta tarde del Viernes Santo durase ya para siempre, siempre, siempre», piden a los otros saltimbanquis que digan que el enano Eustaquio no ha muerto y que bailen. Pero no pueden hacerlo, «porque aunque el enano Eustaquio se reía ahora, estaba ya frío. Y, además, porque era Viernes Santo¹⁴⁵».

El escándalo de los sufrimientos de Cristo es también el tema de «El pintor leproso», cuyo protagonista recuerda como después de la misa de domingo de Ramos, fue declarado leproso por el obispo y expulsado de la ciudad, ante el espanto y el escarnio de la gente.

Pero yo no estaba leproso, y el obispo lo sabía, quizás el único, y los médicos que testificaron en falso. Claro que lo sabían. Sabían muy bien que me expulsaban porque hacía pinturas con cristos sangrantes y Muertes con el ataúd bajo el brazo, y esta ciudad no quiere que la mienten la muerte, ni que la muestren la agonía de Cristo y la muerte de Dios, porque es rica y feliz y pasa los días y las noches en el placer y en la seguridad. Dicen misas y sacan procesiones maravillosas de color, pero es que esto también gusta a la gente y pone como sal y pimienta en sus negocios carnales y de dinero [...] Los cristos son muy bonitos y misericordiosos y tranquilizan a las gentes, así que comprendo que el obispo no pudiera permitir que yo acabase el calvario que estaba pintando en la catedral, donde Cristo realmente estaría muerto [...] No, ellos le quieren vivo, a su Cristo, sin llegar a esa frontera de la verdad en que aparece seguro que ya no habrá resurrección y se necesita mucha esperanza¹⁴⁶.

¹⁴⁵ Ib., 74.

¹⁴⁶ Ib., 65.

El pintor aparece una noche en los aposentos del obispo, que ni siquiera se asusta: «Parecería que me esperase». El obispo le dice que proclamará su curación, y que a cambio, pintará «el triunfo de Venus en mi alcoba, y una Virgen bella en mi oratorio, y un Cristo amable en el calvario de la catedral: que nos acoja a todos, que esté vivo y nos proteja y nos conceda larga vida y nos libre de todos nuestros enemigos». Pero al final el pintor no tendrá que cumplir con este encargo porque mañana, cuando es presentado ante el pueblo, dejará caer su túnica, enseñando «el sexo y las piernas roídas por la lepra. Ahora sí, por la lepra. Porque estoy leproso, desde el día en que me echaron de la ciudad y me junté con ellos, con los malditos». Será la venganza de estos malditos, que se morirán de risa mientras las gentes clamen al cielo «y miren a sus bellos Cristos, que se ríen también desde la cruz, como damiselas desde la cama, porque no están crucificados y sus bocas son de coral, o de marfil sus lágrimas, y de jazmín sus palidez. Nada podrá salvarles, y será una fiesta como la del Último Juicio¹⁴⁷».

Finalmente, cuatro cuentos de esta colección reflejan el drama del cristianismo en la historia de España. En «La masía» se relata la llegada de Antonio Machado a Figueras con otros hombres y mujeres «que venían huyendo de la derrota» y tratan de llegar a Francia. «Allí estaba el hombre, al fin vencido. Como todos los que habían tratado de cambiar las cosas, lo incambiable, lo eternamente sólido¹⁴⁸». Mientras una muchacha les prepara el desayuno, y los refugiados charlan sobre lo que ha ocurrido y «de estrategia y de política», el

¹⁴⁷ Ib., 66-67.

¹⁴⁸ Ib., 81.

poeta va «entrando en calorcillo»; de repente, entra alguien en la cocina y todos «se levantaron como si conociesen muy bien al visitante y aceptaran, en él, una indiscutible autoridad¹⁴⁹». El hombre saluda a don Antonio y le pregunta: «¿Y usted no me reconoce? ¿No ve que soy el don Guido de sus coplas? Ya ve que no estoy muerto [...] ¿Acaso no soy yo la España eterna? ¿Necesitabais tantos muertos para comprenderlo? [...]». Y le pregunta a Machado por qué vino a interrumpir «la paz y la concordia».

—No seáis un loco. Volved a la España que dejáis. No sigáis al Jesús, que anduvo en el mar sin rumbo, no os equivoquéis. En realidad, ese Cristo va al Calvario. Nosotros lo sabemos, lo hemos sabido siempre. Cada primavera cantamos saetas, que piden andamios para subir a la cruz y desclavarle, pero le volvemos a dejar clavado donde está, donde debe estar, en su sitio: para advertirnos que tratar de cambiar las cosas o tomar en serio a aquel Nazareno, sólo conduce a eso. Cantad al Jesús que murió en la cruz, poeta, y todos lloraremos de emoción. Quedaos en España, no os vayáis...

—No —dijo, en un grito, don Antonio, levantándose de la silla en la que había dormitado un momento...Lo importante era no volver a encontrarse con don Guido, ni con la España donde él pudiera reinar: la España eterna en la que ser poeta y seguir al Jesús que por el mar anduvo, siempre había sido la peor de las locuras y las inmoralidades [...]

—*Comment vous appelez-vous, monsieur* --preguntó el gendarme al llegar a la frontera.

—Un poeta, un vencido no —respondió el hombre, don Antonio.¹⁵⁰

¹⁴⁹ Ib., 84.

¹⁵⁰ Ib., 85-87.

El cuento titulado «El licenciado Pachón» trata de la muerte de un hombre a quien le administra la Unción su vecino, el licenciado Jiménez. Cuando se marcha, la viuda y la hermana de ésta empiezan a amortajar el cuerpo del difunto:

—Primero, las manchas de la Unción, de estos perros cristianos, y quita de ahí al Engañador —dijo doña Ana, señalando al crucifijo que estaba sobre la cama. Y entraron las hijas con la ropa nueva y ayudaron a lavar al padre y rezaron el Talmud y las oraciones de los muertos [...]¹⁵¹

Por miedo al Licenciado Jiménez, «canónigo y calificador de la Inquisición maldita», la viuda y sus hijas emprenden la huida hacia Medina, donde el hermano del muerto les esconderá, pero cuando ya han salido de Valladolid les alcanza el licenciado, preguntando: «¿A qué hora la misa y el entierro, mi señora doña Ana?» Por el camino de vuelta a la ciudad, el licenciado se congratula de su «olfato» para detectar a los herejes:

—Cuando le di la Unción tenía la camisa limpia, recién puesta y todavía no estaba amortajado, pero era sábado. Y el Cristo de encima de la cama estaba cara a la pared [...]

—Aunque la casa entera hubiera olido a tocino, os hubiera descubierto —y se reía. Porque sabía que en cuanto amaneciera y corriera la noticia, toda la ciudad diría: «Otra presa y descubierta del licenciado Pachón», como le llamaban con este nombre de perro de busca. Y a él esto le gustaba [...]. Ahora podía volverse a vivir a su casa de siempre; aquí, a la calle de Orates sólo había venido a buscar a esta

¹⁵¹ Ib., 90.

liebrecilla, en cuanto se olió que era de la raza. Y el muerto lo sabía¹⁵².

«Inventario español» trata de una relación de documentos encontrados durante el registro efectuado en la casa «del difunto señor Armesto, ex catedrático, residente en Chile». Entre otras curiosidades, figuran unas cartas relacionadas con el juicio inquisitorial de Fray Domingo de Valtanás en Sevilla en 1561; una carta en la que se aconseja a don Juan Sánchez de Toledo «que se vaya a vivir a Gotarrendura de Ávila [...] y cambie el apellido por uno de cristiano viejo indisputable, como Cepeda, por ejemplo»; una carta de Miguel Forteza a sus hermanos en Amberes, informándoles de cómo su madre, de 72 años, «ha sido quemada viva y cómo estuvo entera en la muerte. Año 1691»; un carta de Félix Samaniego enviándole dinero a su hijo para que vaya a estudiar en el extranjero «y no quiera poner en peligro su vida en estos reinos con estos estudios tan disparatados de embriología y astronomía»; un recorte de periódico «donde se trata de corruptora de la juventud a la escuela de la Institución Libre de Enseñanza, que sienta juntos en los pupitres y permite jugar juntos a pesar del satánico peligro del sexo a niños y niñas ya crecidos»; y papeletas «de haber cumplido con la Iglesia por Pascua, correspondientes a los años 1940, 1941, 1942, 1943 y 1944, a nombre del poseedor de este archivo¹⁵³.»

[...] Una nota final de puño y letra de éste donde se dice: «¿Y hasta cuándo?», cuyo sentido no está muy

¹⁵² Ib., 91-92.

¹⁵³ Ib., 123-126.

claro como colofón de todos esos documentos tan varios de épocas tan diversas y faltos de tanta unidad [...] no se encontró ninguna otra cosa sospechosa, ni subversiva. Aunque sí una talla de crucifijo con un brazo roto y un retrato o fotografía, que dice abajo: «Félicité de Lamennais» y que estaba en la cabecera del despacho¹⁵⁴.

Por último, en «El excomulgado», un forastero le pregunta al sacristán que le ha enseñado el cementerio viejo de un pueblo: «¿Y en el corralillo? ¿Hay alguien enterrado en el corralillo?» Al principio el sacristán se hace el sordo, pero ante la insistencia de su interlocutor, le dice que no tiene la llave, y de todas formas «el enterrador no recuerda que alguien haya sido enterrado ahí jamás¹⁵⁵». Pero el forastero, asomándose, descubre una losa que ha sido cegada y entonces el sacristán recuerda que siempre oyó decir que había una losa y saca de su manojero de llaves la de la puerta del «corralillo». Y el forastero ve que, en efecto, la losa corresponde al sepulcro que él venía buscando, «de mármol blanco, con una hostia y un cáliz grabados y debajo: “José Alcántara. 1855-1915. In spe.”¹⁵⁶» Según el sacristán, el difunto era «un cura loco» a quien el estudio le volvió la cabeza y dio en creer las cosas que predicaba y en razonar sobre lo que le enseñaron [...] Dicen también que se murió aullando que le dieran el viático, pero estaba excomulgado». Y entonces el sacristán revela su propio secreto.

[...] todos preguntan por este corralillo, nadie tiene interés en este cementerio que yo cuido desde que dejé

¹⁵⁴ Ib., 126-127.

¹⁵⁵ Ib., 166-167.

¹⁵⁶ Ib., 168.

el convento. ¿Y por qué preguntan? ¿Acaso todos los que están ahí no tenían que estar? Todos querían cambiar algo: la Iglesia o la política [...] Gente loca. Las cosas son siempre como son y si hay otro mundo será igual a este. Pero no lo hay y por eso colgué yo los hábitos y me casé con la hija del enterrador. Mi padre también lo era. He crecido en el cementerio y sé lo que es la vida y la religión¹⁵⁷.

El forastero enciende despaciosamente un cigarrillo «porque no era aún la hora del tren. Pensó que no era difícil hacer el informe sobre la santidad de José Alcántara, 1855-1915, que había muerto con alguna esperanza¹⁵⁸».

3.2 *El grano de maíz rojo*

En *Segundo abecedario*, Jiménez Lozano anotaba en 1984 que un amigo le había dicho «cosas inteligentes» sobre el original de *El grano de maíz rojo*: «Y me hace advertencias: si pienso en el crítica, debo sacar del volumen los cuentos que tienen personajes o tienen temas conectados con el mundo de lo religioso o existencial. Porque sólo lograré irritarla un poco más, y el público mismo se sentirá desinteresado de antemano. “¿Quiero liquidarme como escritor?”, me pregunta. Y le contesto: “No, pero tampoco lamer los zapatos ni de la crítica, ni del público”¹⁵⁹». Como era de esperar, el autor no hizo caso de la advertencia, y con la excepción de «El gorrioncillo», que trata de la muerte de Spinoza, la primera parte de esta colección consta de diez cuentos cuya temática está centrada en la vida de Cristo, su

¹⁵⁷ Ib., 169.

¹⁵⁸ Ib., 170.

¹⁵⁹ Op. cit., 85.

Pasión y su muerte, o cuyo argumento se desarrolla en el día del Viernes Santo¹⁶⁰. En «La notaría» un joven que prepara la oposición de notarías se sienta con sus apuntes y libros en un café del paseo marítimo y utiliza los detalles arquitectónicos del convento de Santa Ana como «regla nemotécnica» para fijar los conceptos que tiene que memorizar. Pero aquella tarde le falla su método y decide buscar otro lugar. «Pero el mar me clavaba a la mesita del café [...] estaba calmo y de un color verdoso claro, parecía una esmeralda o un inmenso jade. El ruido del manso oleaje me fascinaba, y había algunas pequeñas barcas deportivas que se disponían seguramente a competir, de manera que me salí del café, y me puse de pechos en el malecón».

[...] de repente, se abrió la pequeña puerta del convento de Santa Ana, que nunca había visto abierta, y una monja, como un relámpago de blancura—seguramente era una novicia—, bajó corriendo la pequeña escalinata, cruzó el paseo, saltó el malecón y se arrojó al mar. Vi perfectamente cómo se hundió en el agua, como atraída por el fondo, o quizás porque se había llenado de piedras los bolsillos, como se dijo luego. Y por la misma puerta salieron luego otras monjas que gritaban o rezaban, mirando con terror en los ojos, y

¹⁶⁰En *Los tres cuadernos rojos* se recoge el siguiente apunte del autor, correspondiente al año 1983, sobre el origen de esta colección de cuentos (op. cit., 200-201): «Reescribo cuatro de los primeros cuentos de «Nueve Viernes Santo y otras narraciones civiles». El primero de ellos se llamará, por fin, «El grano de maíz rojo». Rompo y echo al fuego el que lleva por título «El pantano», porque en él, el narrador daba la sensación de que sabía más de la realidad tal y como es o la veía, había descripciones que pretendían mostrar por sí solas, pero no mostraban nada. Eran como añadidos, y los encontré hermosos o bonitos: el amanecer de invierno, por ejemplo, con la fila de mendigos en silencio apresurándose para llegar al refugio; pero se escamoteaba la verdad a favor del impresionismo. Así que era necesario echar mano de la piqueta».

cómo las barcas giraron hacia el lugar donde la monja se había arrojado.¹⁶¹

Los esfuerzos por rescatar a la monja resultan inútiles:

...volví al café, y de repente también todo aquello que yo había ido asociando con aquellos lugares volvió a mi memoria con una perfecta nitidez, y la pequeña puerta abierta por donde salió corriendo la novicia y ella misma me sirvieron para memorizar, a la perfección, como luego pude comprobar a la hora del examen, precisamente aquello que me había resultado más arduo de retener del Derecho Civil [...] Hay cosas que se le quedan a uno grabadas para siempre. Como que recuerdo incluso que ese día era Viernes Santo, que cayó hacia finales de abril, y ahora me doy cuenta de que, como era fiesta, por eso no me decidiría a ir a estudiar a la placita junto a las tiendas de colores, que estarían cerradas. Y fue un acierto¹⁶².

«El griego» cuenta la historia de Lázaro, cuya vuelta a la vida deja consternados a los doctores de la ley que se encuentran «ante un caso muy singular, porque, ¿era puro o impuro comer con Lázaro o estar simplemente en su compañía o hablar con él?»¹⁶³ Lázaro, por su parte, ya no muestra ningún deseo de acudir a la sinagoga o al templo, ni de purificarse, ni de guardar la ley; hace un viaje a Grecia «porque quería correr el mundo como para apurar su segunda vida» y vuelve a su tierra «trastornado en sus antiguas ideas religiosas» y convencido de que, con la ayuda de Perséfone, «había resucitado como de un sueño, y, durante el sueño, había avisado a su amigo Jesús que

¹⁶¹ *El grano de maíz rojo*, Barcelona, Anthropos, 1988, 29-31.

¹⁶² *Ib.*, 31.

¹⁶³ *Ib.*, 51.

acudiera a esperarle a la salida de la tumba, porque era su amigo y continuaba siéndolo¹⁶⁴». Todo Jerusalén está escandalizado con el comportamiento de Lázaro, de la «vida de discutidor y filósofo» que lleva, y él aconseja a Jesús que huya de Yahvé, «porque si no huyes te devorará con su mirada, te acuchillará por la espalda como con Moisés pretendió hacer en la posada, o te crucificará como César hace con los bandidos. Créeme, amigo».¹⁶⁵ Cuando Jesús es crucificado, Lázaro intenta abrazarle por las rodillas como para acompañarle «hasta la entrada del reino de la muerte, que él conocía, y que no tuviera miedo»; en la mañana del domingo, es Lázaro que quita la piedra de la tumba de Jesús, y cuando las mujeres, creyendo que es un ángel, le ven repasar el sudario ensangrentado entre sus manos y le oyen repetir «No está aquí, no está aquí», piensan que está diciendo que Jesús ha resucitado.

Y María repetía a las otras mujeres:

—Si Lázaro hubiera estado aquí, Él no hubiera sido crucificado, y no hubiera muerto.

El aire dulce del recinto sepulcral la inspiraba esta profunda convicción, como había trastornado a Lázaro su antigua estancia en la tumba y le había convertido en griego¹⁶⁶.

La protagonista de «Frío en la garganta» es una madre que, como tantas otras, «tampoco preguntaba a su hijo, muchas veces, de dónde venía, a altas horas de la noche» pero le esperaba sentada en un taburete apoyando la cabeza en la pared, y cuando oía las pisadas

¹⁶⁴ Ib., 52-53.

¹⁶⁵ Ib., 53.

¹⁶⁶ Ib., 54.

«se iba deprisa hacia su cama y se hacía la dormida o como si se despertase en ese preciso momento¹⁶⁷». Pero aquella noche hay una llamada a la puerta: «Soy Judas. Acaban de detenerle». Dándose cuenta del frío que hace esa noche, y pensando «cuánto más frías serían la cárcel y las mazmorras» le da a Judas un fez de lana blanca para que se lo lleve a su hijo. Las vecinas de la mujer intentan animarla diciendo que «Le soltarán en un par de días», porque nunca había dicho nada contra los romanos, y ella misma afirma que «Tiene que ser un malentendido, realmente». Judas vuelve porque no ha podido alcanzar a Jesús, ni a los soldados que le conducían, y entonces la madre y las otras mujeres se marchan hacia la casa del Sumo Sacerdote con el fez, y «también alguna cosa de comer. ¿Es que había cenado siquiera?¹⁶⁸» Se van uniendo más mujeres al grupo y llegando al patio, cuando el centinela está decidiendo si aceptar o no de manos de Judas el hatillo de comida y ropa, entra Jesús rodeado del cohorte de soldados y, pasando muy cerca de la gente, mira a Judas.

[...] y éste escondió su rostro. La madre gritó:
¡La garganta, hijo! ¡Hace tanto frío!

Y, luego, las mujeres la llevaron a casa, a la pequeña casita de piso de barro con un patinillo que Judas había alquilado para ella y Jesús, por el tiempo de las fiestas de Pascua [...] En el alfeizar de la ventanita estaba el fez que Judas debía haber dejado, y ella se lo reprochó porque hacía frío y Judas también era frágil de garganta, como su hijo lo había comentado tantas veces, porque le amaba mucho. Así que, luego,

¹⁶⁷ Ib., 55.

¹⁶⁸ Ib., 56.

cuando Jesús murió, ella comprendió hasta cierto punto que Judas se hubiera suicidado.

—¡Estaban tan unidos!¹⁶⁹

En «La túnica» una mujer recibe como regalo de su marido, un soldado que ha regresado de Oriente, una túnica bordada, «toda de una pieza, con la que ella podría hacer hermosos vestidos para los dos niños e incluso un velo para ella¹⁷⁰». La mujer les asegura a sus vecinas que tan hermosa prenda no ha sido robada, sino que es «un trofeo», que su marido había ganado jugando a los dados, «mientras el judío agonizaba en la cruz». Algunas vecinas opinan que no debe ser partida una pieza tan valiosa, de la cual sus nietos podrán estar orgullosos, o utilizar para conseguir un ascenso, o incluso vender en un momento de apuro. Entonces el soldado aparece en casa y escucha la conversación de las mujeres; se siente orgulloso de su premio «sobre todo porque su esposa siempre le había reprochado que jugase a los dados, y, ahora, ella podía comprobar que el juego podía tener también sus ventajas. ¿Acaso hubiese podido poseer de otro modo esa hermosa túnica?¹⁷¹»

Cuatro de los «cuentos de Viernes Santo» transcurren en un ámbito protestante. En «El grano de maíz rojo», el Pastor Martín Martensen, que lleva muchos años en el pueblo y es admirado por todos por su ejemplar comportamiento, así como por su capacidad de disfrutar de las cosas materiales de la vida—lo cual incluso «olió a papismo a algunos de sus feligreses»—de repente pierde el apetito, deja de montar a caballo, jugar a las naipes y bajar a la taberna a

¹⁶⁹ Ib., 58.

¹⁷⁰ Ib., 59.

¹⁷¹ Ib., 60-61.

fumar su pipa, y empieza a pronunciar sus sermones «como en un susurro¹⁷²». Todos temen lo peor acerca de su salud, pero el médico asegura que el pastor no tiene ninguna enfermedad del cuerpo, «sino una enfermedad teológica, que, ahora, en estos tiempos modernos...atacaba a las gentes de Iglesia con la misma facilidad que la gripe y el catarro intestinal a las ovejas, y con los mismos resultados catastróficos¹⁷³». En la tarde del Jueves de la Cena del Señor, se reúne el Consejo Parroquial en la taberna de la aldea para tratar de la cuestión.

Todos vieron muy claramente que, de todas maneras, hubiera perdido o no la fe el Pastor Martensen, un pueblo cristiano en las remotas tierras de Jutlandia no podía quedar sin la celebración de la Santa Pasión y Muerte del Redentor, y, luego, de su Resurrección, que se venía celebrando desde los tiempos más antiguos [...] ¿Y qué sentido podría tener matar corderos y cabritos, dado sobre todo su precio, o hacer otros gastos en comida y bebida para la pascua, absolutamente innecesarios si Él no resucitó y no se nos recuerda?¹⁷⁴

Los miembros del consejo están de acuerdo en que el Pastor Martensen, pase lo que pase, debería celebrar los oficios, igual que ellos tienen que ir al trabajo todos los días, estén o no estén bien de salud. Cerca del hogar en la habitación donde se reúne el Consejo, está sentada la madre del tabernero, ciega, que no para de cuchichear o rezongar «alguna saga o quizás una oración». La mujer del tabernero dice que pueden seguir con sus deliberaciones, ya que su suegra es,

¹⁷² Ib., 8-9.

¹⁷³ Ib., 9.

¹⁷⁴ Ib., 11.

además, sorda y «completamente idiota»; se mantiene en vida con un poco de leche y requesón, y su único afán es remover en un cuenco de madera unos granos amarillos de maíz seco, buscando un solo grano teñido de rojo. Continúa la conversación sobre el problema de la pérdida de la fe, y uno de los presentes opina que a cualquiera le puede ocurrir que va a la iglesia y ve al Cristo crucificado «que te mira, en su agonía desde la cruz, desde que eras un niño y llorabas por su muerte, y te dices sin saber por qué: ¿Y yo qué tengo que ver con Él¹⁷⁵?» Siguen los comentarios, y los silencios, y la conversación se vuelve «como soñolienta»; de repente estalla en sollozos la mujer del tabernero, diciendo que no tiene nada de raro que un Pastor de la Iglesia pierda la fe, «y hasta una pobre mujer, aunque esté confirmada [...] ¿Acaso no se pierde una hija en la flor de la edad y hay que llevarla desde su cama de novia al cementerio y echar, luego, tierra encima?¹⁷⁶» Entonces vuelve a contar la historia que todos ya han oído, de cómo su hija había salido en vísperas de su boda con las ovejas de su dote y nunca había vuelto; la abuela Sirgulina había salido a buscarla y la encontró violada y estrangulada en la nieve, y a ella le tuvieron que cortar sus piernas quemadas por el hielo.

Y desde entonces, quedó medio imbécil y daba vueltas al maíz, sobre todo porque el Pastor Martensen la decía mientras la aserraban el hueso y la carne que aceptase la voluntad de lo Alto y dejase de hacer preguntas a quien nunca contesta. O exactamente dijo el Reverendo Pastor: «Si un día encuentras en un granero de maíz un grano de maíz teñido de rojo por un ángel desde el

¹⁷⁵ Ib., 15.

¹⁷⁶ Ib., 17.

principio del mundo, uno solo entre todos los granos amarillos, ese día podría contestarte el Señor de los Cielos¹⁷⁷».

Los hombres se marchan de la taberna y, pasando cerca de la iglesia, ven que la puerta está abierta; de pronto, viene corriendo la mujer del tabernero a contarles que la abuela Sirgulina ha encontrado el grano de maíz rojo. Entrando en la iglesia, ven colgado al Pastor Martensen «de uno de los clavos de la gran cruz desnuda y negra que presidía el presbiterio». La mujer del tabernero deja caer en algún sitio el grano rojo porque ya no tiene importancia, «aunque nunca se había visto una semilla tan hermosa por estas regiones tan pobres y tan expuestas a la gripe intestinal y otras enfermedades tanto en los animales como en los Pastores mismos de la Iglesia y los demás mortales, aunque estuvieran confirmados¹⁷⁸».

«El estudiante» trata del regreso a su aldea de un alumno de teología cuyo padre, el Pastor Petrus Armunsen, ha muerto tres meses antes. Después de rezar ante la tumba de su padre en la iglesia, se acerca al presbiterio, pero allí le informan de que su madre vive ahora en la casa del doctor Kierkegaard, «casi un pequeño castillo al otro lado del pueblo¹⁷⁹». El estudiante piensa que su madre se ha visto obligada a entrar en esa casa como ama de llaves o cocinera, pero al llamar a la puerta le indican que «La señora está arriba». Encuentra a su madre arriba, escuchando música con un grupo de amigos y familiares «que habían sido invitados por el doctor

¹⁷⁷ Ib., 18.

¹⁷⁸ Ib., 19.

¹⁷⁹ Ib., 34. El uso del apellido «Kierkegaard» es casual, ya que lo que ocurre en el cuento no corresponde a ningún episodio de la vida del pensador danés.

Kierkegaard y su flamante esposa, la viuda del Pastor», y el doctor le saluda al estudiante diciendo, «Ahora, soy tu padre¹⁸⁰». El estudiante nunca será capaz de narrar con coherencia lo que ocurrió esa noche; pero lo que repetirá una y otra vez es que en aquella casa «no había ni uno sólo de los sólidos muebles del presbiterio: ni siquiera el reclinatorio del Pastor Petrus Armunsen o su mesa de trabajo [...] Pero sí vio, sobre la chimenea de la gran cocina, la escopeta de caza del padre, que éste nunca había utilizado [...] y el cristo del despacho parroquial que ahora colgaba sobre el lecho en la alcoba matrimonial frente a un gran espejo de plata, en el gran tocador¹⁸¹». La imagen representa al crucificado «en el momento más acervo del suplicio» cuando, buscando aire, lanzó un grito salvaje, y de niño el estudiante había soñado con ese grito; esta noche, en casa del doctor Kierkegaard, lo vuelve a oír, y asomándose al dormitorio del matrimonio «pudo ver al cristo con su terrible boca abierta, pero también a los amantes desnudos en el lecho¹⁸²». En la clínica donde está ingresado, le informan al estudiante que el doctor Kierkegaard era su padre en verdad, ya que había sido el amante de su madre mucho antes de que él naciera, y que él los había matado en un momento de locura. El estudiante sale de la clínica «completamente curado» y vive sus últimos años en paz; el cristo del Pastor Armunsen fue donado a un museo y «se hicieron los estudios pertinentes acerca de la influencia de esta imagen en los trastornos de su afectividad desde que era niño. Era un cristo sin ojos, con dos profundas

¹⁸⁰ Ib., 35.

¹⁸¹ Ib., 36.

¹⁸² Ib., 37.

cavidades en su lugar, que, sin embargo, tenían un terrible poder de seducción, si uno se fijaba en ellas. Eso era lo más notable y enigmático¹⁸³».

En el cuento titulado «La mecedora» aparece entre papeles viejos una fotografía del «Médico Viejo», sentado en una mecedora «con un bastón de empuñadura de plata entre las manos enguantadas»; lo incomprensible de la escena es que se haya fotografiado bajo una higuera «en todo el despliegue de sus hojas verdísimas, y aun habiendo hierba y florecillas en el suelo donde sus pies posaban» y que, sin embargo, llevara guantes¹⁸⁴.

Se sabía poco de él. Se aseguraba que había estudiado en Alemania a principios de siglo, y el ama de llaves que con él vivía era, desde luego, alemana: Fraulein Dorothée. Se decía también que había escrito un libro sobre Jesús de Nazareth como tuberculoso y enfermo mental, y que, en el ejercicio de su profesión, había seducido o enamorado a una muchacha casi moribunda en un sanatorio antituberculoso¹⁸⁵.

En el arcón del desván, donde se ha encontrado la fotografía del médico, hay un montón de cartulinas con la fotografía arrancada, donde está escrito el nombre «Annabel» y una fecha, pero nadie está seguro de lo que ello significa.

Cuando el médico murió en un Viernes Santo, sentado en la mecedora blanca bajo la higuera, Fraulein Dorothée no había permitido que fuera amortajado, ni que se le quitaran los guantes, y ordenó cortar la higuera; «cuando el juez que ordenó la autopsia la

¹⁸³ Ib., 37.

¹⁸⁴ Ib., 39-40.

¹⁸⁵ Ib., 40.

preguntó si sabía que el profesor tenía estigmas en las manos y en los pies, y una llaga en el costado izquierdo y era tuberculoso, no quiso contestar». Pero el juez no lo tomó a mal porque era una mujer extraña que siempre llevaba «un gran sombrero con adornos de frutas, de higos verdes exactamente [...] y dos o tres veces aseguró al magistrado que se llamaba Annabel para desdecirse, luego, de nuevo¹⁸⁶».

En «El zagalejo» un grupo de pastores habla de la celebración de la Pascua, que se aproxima, y de cómo la celebrarán comiendo cordero o cabritillo con sus familias, pero el más joven de ellos afirma que él no matará nunca a uno de estos animales, porque está convencido de que sufren como los niños pequeños y que «eran como el mismo Cristo, cuando le crucificaron. ¿Acaso no era Él, el Cordero de Dios?¹⁸⁷» Los viejos le contestan que Cristo mismo comió cordero, la noche de la Cena, y que los judíos tenían que comer cordero por orden de Dios mismo: «¿Es que, aquí, el mozo pretende tener más piedad que el Creador?» El zagalejo afirma que él sí tendrá más piedad que ese Dios, pero los viejos le piden que se tranquilice; es muy joven y «cuando se casara y comprendiera mejor la vida, él también comería el bocado regio¹⁸⁸». Ahora los pastores viejos lo recuerdan mientras hablan entre sí, sentados en una mesa en el convite de bodas del zagalejo. Cuando se sirven los corderos y cabritillos, el joven se dispone a trinchar la carne sobre la fuente en la mesa de la presidencia, pero viendo las sonrisas de los viejos, sale fuera y «lloró

¹⁸⁶ Ib., 40-41.

¹⁸⁷ Ib., 44.

¹⁸⁸ Ib., 45.

amargamente al sol de la tarde». Como no quiere que su esposa ni los asistentes se sientan ofendidos, vuelve a la fiesta, come con todos y baila hasta que llega la noche y lleva a su esposa a la cámara nupcial, mientras se oyen todavía los balidos de las ovejas y las cabras, mezclados con los cantos y la flauta de la fiesta. «Pero, cuando llegó la luz del alba, iluminó el cadáver del zagalejo recién desposado, colgando de una viga del aprisco sobre el ganado, que, por fin, dormía tranquilo, satisfecho, apretado para darse calor, guardado por los perros igualmente soñolientos y satisfechos¹⁸⁹».

Entre los «cuentos de Viernes Santo» que transcurren en el ámbito español, encontramos «El maniquí», que trata de una iglesia a las afueras de una aldea, «una pobre construcción de tierra pisada y bloques de piedra caliza» que lleva cuarenta años cerrada y ha sido despojada de todo, menos un cristo, enorme y muy tosco: «El rostro parecía el de un tragaldabas de feria, con la boca abierta y las mejillas mofletudas, los ojos redondos y saltones [...] El pecho estaba abombado y era de un azul cárdeno, como de carne podrida [...] Las grandes caderas, como de ridícula matrona de ancas obscenas, se alargaban luego en unas piernas flacas y casi sin moldear¹⁹⁰». Los del pueblo le llamaban al cristo «El espatarrao» o «El Polica» que era el nombre de quien lo había tallado, «se dice como promesa y agradecimiento, porque había escapado de una peste más de cien años atrás, cuando ya estaba en el carro de los muertos».

La talla se ha salvado porque lo había guardado durante muchos años el viejo sacristán, que ahora empezaba a desvariar, y en

¹⁸⁹ Ib., 46.

¹⁹⁰ Ib., 22.

Viernes Santo sacaba el cristo en procesión «después de desatarlo y desclavarlo de la cruz, en un carretillo de ir por agua o llevar la ropa hasta el lavadero» hasta que un día abandonado detrás de la iglesia, entre piedras y desechos «en realidad un vertedero o muladar del pueblo¹⁹¹». Un campesino de la aldea lo encuentra y piensa que puede servir como espantapájaros; cuando un forastero le pregunta por «El Polica», le contesta: «¿Para qué puede servir un cristo así, hoy en día?» Pero el forastero insiste y el campesino le vende el cristo, «aunque ni se atrevía a tomar unos dineros siquiera por aquel adefesio de madera [...] Y nunca se enteró, luego, del éxito que tuvo «El Polica» como blanco o tragaldabas de barraca¹⁹²».

«El cordero» cuenta la historia de un hombre que, de niño, escuchaba como sus padres se levantaban contra la mañana para sacrificar los corderos que criaban en la cuadra de la casa y él metía la cabeza debajo de la almohada para no oír el balar de los animales. «Sólo un día no había sacrificio, como les había oído decir: el Viernes Santo [...] luego, creció otro poco, y comenzó a enterarse de que en ese Viernes Santo precisamente todo debía de haber ocurrido, allí abajo, en una tierra lejana como en el establo de su casa [...] y de que Jesús, el Salvador del Mundo, había temblado indefenso por la noche, como el corderillo al que iban a buscar, y, más tarde, cuando le clavaron en la cruz [...] y no quería oír hablar de Dios, ni de calvario o matadero [...]»¹⁹³. Ya mayor, se marcha de casa en búsqueda de un país lejano «donde nadie le conociera por cristiano, ni hijo del carnicero». No

¹⁹¹ Ib., 23-24.

¹⁹² Ib., 24.

¹⁹³ Ib., 26-27.

encuentra «ese país lleno de inocencia por ninguna parte»; en la misma Grecia, junto a las ruinas de unos antiguos templos dedicados a los dioses que «habían muerto» hacía mucho tiempo, encuentra a unos aldeanos que bailaba contentos «porque “El había resucitado”» y le invitan a la comida de Pascua. Pero cuando ve que se sirve un cordero asado, llora desconsoladamente, como cuando era un niño, y aunque las muchachas siguen cantando «Ha resucitado, ha resucitado», él «no podía creerlo. Y siguió peregrinando, errante¹⁹⁴».

Hay, finalmente, en *El grano de maíz rojo*, tres cuentos que se refieren a procesos inquisitoriales realizados en Francia e Italia entre los siglos XIV y XVIII. En «El albarán» un mercader envía al inquisidor secretario de Carcasona una «cuenta de gastos de la última quema de herejes del 24 de abril del pasado año de 1323», al mismo tiempo que le previene que en un futuro no podrá suministrar el material necesario «a este precio y proporción» y le señala que él no es como «otros mercaderes más negociadores de dinero que sirven leña y paja para estas quemas de la Iglesia como si fuesen a tostar cerdos o a asar corderos y así se ha visto muchas veces que la fiesta y ceremonia quedó deslucida porque los sarmientos estaban verdes o secos en demasía». El suministrador reflexiona sobre la dificultad de encontrar leños que ardan de tal manera que «pongan el tueste negro de los cuerpos de la color de los demonios», o la paja adecuada para que no produzca «un humo que sofoque en seguida al condenado, porque entonces quedaría éste sin castigo ni ejemplaridad», así como los muchos experimentos que se ve forzado a realizar para comprobar la

¹⁹⁴ Ib., 27.

idoneidad de estos materiales¹⁹⁵. Afirma, sin embargo, que todo lo hace «con entero gusto por el servicio de Dios y de la Santa Inquisición y castigo de los herejes» y podrá seguir sirviendo «esta primera calidad» con tal de que se le adelante dinero. «Y así firmo este albarán sobre los dichos gastos hechos y el cálculo de los escarmientos próximos, yo Henri Etienne, en Carcasona a 8 de febrero de 1324¹⁹⁶».

El narrador de «Informe a la Señoría» afirma que «Del hermano Girolamo Savonarola no sabría decir a Vuestra Nobleza si es santo o diablo, ángel o sátiro, daga o tríaca amorosa, que tantas son las personas que le trataron en vida, tantas son las opiniones». Todos se habían quedado «fascinados como pajarillos por la serpiente», y Botticelli, «el mismo Buonarrotti», y «hasta Micer Pico della Mirándola» se habían trastornado con la predicación del hermano Girolamo que, rechazado por una joven de la familia Strozzi, «entregó entonces su corazón y su carne a las fieras de la Biblia» y «se puso a destruir la vida, como bien sabéis¹⁹⁷». Durante los años de su dictadura después de la muerte del Magnífico, cuando las hogueras consumían «cuadros y estatuas, libros y brocados», todos eran «como un rebaño de cabras guiados por mastines ciegos [...] Pero así creíamos que nos hacíamos propicios a Cristo¹⁹⁸». Antes de la ejecución del fraile, el narrador había estado presente en el «experimentum» para comprobar su sexo; ahora, en este informe, rinde cuentas de los resultados de someter «en

¹⁹⁵ Ib., 63-64.

¹⁹⁶ Ib., 65-66.

¹⁹⁷ Ib., 67-68.

¹⁹⁸ Ib., 69.

nuestros alambiques este corazón de fray Jerónimo a todas las pruebas de las humanas ciencias y contrastes»: «corazón estrecho y arrugado y negruzco [...] las llamas no le hirieron como tampoco lo habían herido en vida las del amor y la belleza [...] tan dura víscera se ablandaba solamente al toque de una crucecita de madera roja de las que el fraile repartió en vida [...] Y esto es otro argumento o experiencia que nos intriga sobre si sería santo, en efecto [...] En Florencia, a los pies de Vuestra Nobleza, *Giovanni Vico*¹⁹⁹».

En «La huida» Fray Bertrand de Biziers «de la Orden de Predicadores, Maestro en Teología y Derecho Canónico, Visitador apostólico para la abadía de San Víctor de Marsella» informa al cardenal-arzobispo de Lyon sobre los sucesos acaecidos durante el brote de peste que asoló a Marsella en el verano y otoño de 1722. Cuando en los últimos días de junio empezaron a aparecer cadáveres por las calles en mayor número «que el que se recogía de ordinario cada día por mareamientos y consunción producidos por la carestía de la vida y escasez de la alimentación», y aunque las autoridades lo atribuían a diversas causas, los monjes de la abadía de San Víctor supieron en seguida que se trataba de un brote de peste y comenzaron en seguida a hacer gran acopio de provisiones, guardándolas incluso «en la biblioteca riquísima²⁰⁰». La epidemia es devastador y se llega a enterrar incluso a enfermos todavía con vida, al mismo tiempo que se roban sus joyas y muebles, de tal manera que

¹⁹⁹ Ib., 71-72.

²⁰⁰ Ib., 75-76.

«hay, ahora, casas enteras muy bien puestas y consolidadas con aquellos enseres y alhajas robados, que nadie puede reclamar ya²⁰¹».

Las rogativas hechas por el arzobispo de la ciudad no surten efecto y por fin, «un maldito bufón o leproso letrado [...] comenzó a predicar un día a los cristianos de esta ciudad que no se resignasen a morir [...] Y que, si la peste no se iba con rogativas ni excomuniones, podían conjurarla con las ansias de vivir y arrimándose al árbol del amor, que era el único árbol de la ciencia del Bien y del Mal que estaba en el paraíso²⁰²». Marsella se pasa entonces del silencio de la muerte a la fornicación «y sonaban por todas partes la música y las carcajadas»; entonces, los frailes de San Víctor, escandalizados, afirmaban que la peste era castigo de Dios a la ciudad por sus pecados y cercaron a la abadía «con zanjas y cristales puntiagudos puestos en las bardas». ²⁰³ Pero en la festividad de la Virgen de Agosto, el Cristo de marfil del altar mayor había desaparecido de su cruz; el mandadero de la abadía dijo que, saliendo a la huerta, había visto al Cristo «alcanzar la tapia, rasgarse su divino cuerpo ya ensangrentado con los cristales de la barda y caer al otro lado, hacinándose con los apestados y moribundos²⁰⁴». El Visitador pide a Su Eminencia permiso para someter a tortura al mandadero «y que se afirme en lo dicho», así como «autorización para poner a cuestión de tormento a las monjas ursulinas, dos o tres que quedan de muchas docenas que murieron de haber asistido a los apestados y que dicen haber visto a Cristo mismo entre éstos en un carro fúnebre». Los frailes de la

²⁰¹ Ib., 77.

²⁰² Ib., 80.

²⁰³ Ib., 81.

²⁰⁴ Ib., 82.

abadía, por su parte, son detenidos; justifican su conducta por su horror a la muerte, «como quienes no creen en más vida y no tienen caridad, o como si no supieran por la Escritura que, en momentos de desolación y desventura del prójimo, Dios se esconde y huye y se debe atenderlo y consolarlo, como si Dios no hubiese. Que Él os valga²⁰⁵».

3.3 Otros cuentos

Dos de los cuentos recopilados en *Los grandes relatos* dos aluden a la influencia de las historias de la Biblia en la percepción y la vivencia del mundo por parte de los niños, y de la tradicional prevención contra la lectura del texto bíblico en España. En «El árbol», el narrador recuerda cómo el cura del pueblo, don Abdón, explicaba a los niños en la catequesis que Dios había hecho el mundo «de la nada» y que viendo que no se podría ver si no había luz, creó primero las estrellas, para luego coger una de ellas e ir acercándola poco a poco a la tierra «para que nos alumbrase y diera calor». Luego, «como se metía el sol por las noches, pues fue Dios y puso como un espejo alto que le reflejase, y esa es la luna».

[...] y cuando no hay luna, que las estrellas se ven mejor, pues muchas se pueden contar y tienen nombre, y luego, está la Vía Láctea o Camino de Santiago, decía don Abdón, que una se podía guiar por ella derecho y llegaba a Santiago, en Galicia, donde estaba el sepulcro del apóstol Santiago, patrón de España. Y no había pérdida.

²⁰⁵ Ib., 82-83.

Más adelante Dios había ido inventando todas las plantas y animales, y el primer hombre y la primera mujer. «Y para qué los creó?», preguntaba don Abdón. “Para su gloria”, respondíamos nosotros. O sea, que nos fijásemos bien: que era “para su gloria”, o sea, que porque sí y porque le gustaba a Dios el mundo, ¿no?»

Los niños salen corriendo de la catequesis para ir a jugar a la laguna y al tejar, y al día siguiente le preguntan a don Abdón si Dios cocería al primer hombre como el tejero y su hijo hacen las tejas y los ladrillos rojos en el mencil. Don Abdón les dice que eso «no se sabía, como no se sabían muchas cosas, y que los hombres querían saber todo aunque no se pudiera saber», pero que lo importante era que «Dios había hecho todo de la nada: que eso era como si yo, decía don Abdón, ahora que es por la tarde de este mes de mayo tan seco y con tantas polvaneras, dijese: “¡Que crezca en la plaza un árbol de naranjas y limones con jilgueros, ruiseñores y loros!...y vosotros, al salir ahora de la catequesis, le vieseis ahí crecido...”». Cuando ya era «casi la víspera de la Primera Comunión y ya habíamos dado “los novísimos”: muerte, juicio, infierno y gloria, que era lo último que se daba» y en una noche en que no había luna, los niños se quedan jugando en la plaza.

Y entonces, nos pareció, un poco de tiempo, que allí en medio, estaba el árbol de naranjas y limones con los pájaros, y no nos atrevíamos ni a respirar. Porque era igual que no estuviese, de lo bonito que le veíamos, mientras se oían los grillos allí lejos; que era lo único que se oía, si no hubiera sido luego por las chicas que, de repente, dijeron que ya era muy tarde y tenían que irse a casa. Así que tuvimos que acompañarlas, y dejar

allí el árbol que se nos había figurado a todos, tan bonito²⁰⁶.

El cuento titulado «La Sulamita» comienza con esta afirmación por parte del narrador: «Lo que resulta ahora es que, como nosotros dábamos tanta Historia Sagrada en la escuela, los que entonces éramos muchachos nos sabíamos muchos nombres e historias que ahora ya los jóvenes de ahora ni se los pasa por la imaginación», como las de Esaú y Jacob, o cuando Jacob «iba a buscar novia para casarse y se encontró con su prima Raquel que estaba dando de beber a las ovejas...Y lo de la hija del Faraón que iba a bañarse al río y se encontró a Moisés en una canasta de ropa que le habían puesto pez para que no entrase el agua. ¡Cuidado que era bonito!» Pero los chicos no podían leer la Biblia, aunque no supieran muy bien por qué, y un día Ignacio les dice que es «porque cuenta todo lo de los hombres y las mujeres, y yo lo he leído». Entre las cosas que ha leído Ignacio está la historia de David, que «se había asomado a la ventana y había visto una mujer desnuda», y también lo de «los pechos y los muslos de otra

²⁰⁶ Op. cit., 48-50. La relación entre la infancia y el reconocimiento de la bondad de la creación se refleja también en el poema *Génesis (Elegías menores, op. cit., 136)*: «Cuando acabaste de leer el Génesis, dijiste: / ¡Pero si yo recuerdo haber asistido a esta hermosura! / ¿Dónde? ¿Dónde? Y años tardaste, pero / un día viste un pañuelo blanco / para poner encima una candela, / y se hizo la luz entonces. / ¡Pues claro!, cuando mamá añilaba. / Mas ¿puso el Creador añil al mundo?, te preguntas. / A veces no es buen añil, no resplandece, decía madre, / Mas el Génesis asegura lo contrario; que era bueno. / Y, a veces, reluce el mundo ciertamente. Asimismo, la creación de la luz en el Libro del Génesis está en trasfondo del cuento «El ángel de la luz» de *El cogedor de acianos (op. cit., 68-69)*, en el cual al protagonista, de niño, le encantaba seguir al «lucero» o encendedor del alumbrado público», y que cuando se subía en la escalera «manejando aquella pica que hacía encender las lámparas una a una, como iban apareciendo las estrellas en el cielo los días despejados, le parecía un ángel, o su brazo como el brazo de Dios que venía en las enciclopedias y debajo ponía: “Hágase la luz.” »

mujer: la Sulamita se llamaba, dijo». Pero los chicos dicen que no puede ser.

Así que nos trajo un libro de la Biblia de su casa, que la tenían allí en el sobrado, en un baúl viejo, de un tío suyo cura, hermano de su abuelo, y él se la había encontrado rebuscando cosas; y allí, en el huerto o jardincillo de mi casa empezamos a leer muchos días debajo de la higuera. Y de vez en cuando, teníamos que decir «¡Hala!», pero que siguiera leyendo hasta que apareció lo de los pechos y los muslos de la Sulamita, aunque ninguno queríamos leerlo en voz alta y nos pasábamos el libro apuntando con el dedo los renglones: «¡Ahí, ahí!». Y también decía allí que la Sulamita bajaba al huerto con su amado, y se escondían. «¡Hala!».

Ignacio dice que es lo mismo que dice don Abdón lee en la iglesia, sólo que en latín. Los chicos no saben qué pensar, pero saben que de todas formas tendrán que confesarse por haber leído la Biblia y porque mientras leían, habían pensado todos «en la Merceditas precisamente, que se la notaban mucho los pechos y tenía un pelo muy negro, y era muy morena, y tendría bonitos muslos, ¿no?». Pero como eso no se podía decir, por no comprometer a la Merceditas, «lo dejamos; aunque seguíamos leyendo y leyendo también otras cosas, y lo de Job, que estaba sentado en un muladar, y nos extrañaba, ¿no?» Por fin se descubre que los chicos han estado leyendo la Biblia, «Y se armó una, y nos castigaron». Entregan la Biblia, teniendo cuidado de

borrar sus huellas en las páginas donde aparecía lo de la Sulamita. «Pero bien bonita que era²⁰⁷».

En esta colección se encuentra también el cuento «La estepa rusa», que alude a la «complicidad» que siente Jiménez Lozano por la figura y el pensamiento de Agustín de Hipona.

Cuando yo fui monaguillo, anduve un día por la estepa rusa; aunque yo la estepa rusa sólo la he visto en una lámina de la enciclopedia de la escuela y en un libro muy grande de estampas que había allí [...] íbamos aquel cura, don Agustín, y nosotros, Alipio y yo, que éramos los monaguillos y le acompañábamos, nosotros montados en la burra, y a pie don Agustín, y todo estaba blanco de la escarcha, como si hubiera nevado o más; y aunque sólo eran dos kilómetros hasta el otro pueblo, parecía una estepa, y era muy bonito; que sólo cuando estábamos ya encima vimos el humo de alguna chimenea, y nos parecía el pueblo blanco un barco, o como el chorro de una ballena blanca dijo Alipio, a ver si don Agustín nos contaba lo de la ballena de Jonás que tanto nos gustaba. Pero don Agustín no hablaba. Íbamos a enterrar a un hombre pobre, y se había caído de un andamio [...] ²⁰⁸

Cuando llegan don Agustín y los monaguillos, la mujer del difunto comienza a gritar «como una loca, y luego ya, a llorar muy despacio que es lo que te da más tristeza [...]» A la vuelta del entierro, los chicos preguntan si era verdad que a Jonás le había tragado una

²⁰⁷ Ib., 68-71. En *Meditación española sobre la libertad religiosa* (op. cit., 91) Jiménez Lozano se refiere la Biblia como «un “libro” en el que, en los años de nuestra naciente “malicie” en el campo sexual, buscábamos a escondidas las historias de Susana o de David y Betsabé, sin sospechar hasta dónde rebajábamos la palabra divina. Pero, si se nos había prevenido contra su lectura, no podíamos sospechar que fuera por otra cosa que “por eso” ».

²⁰⁸ Ib., 98-99.

ballena, o que la burra de Balaán vio un ángel, pero el cura no les contesta; «sólo ya, cuando estábamos llegando al pueblo de vuelta, aunque todavía parecía muy lejos, dijo de repente don Agustín: “¡Pobrecilla la mujer!, ¿no?””, y ya nos callamos también nosotros [...]»²⁰⁹

Finalmente, el peligro que entrañan las prácticas religiosas heterodoxas es tratado en el cuento titulado «La luz del alma». El Señor Benito, «vendedor de aceite, pimentón y velas» y su mujer doña Aurora viven muy retirados en una casa en la que nadie había pasado más adelante del portal; ambos visten siempre de negro, pero con «unas camisas muy blancas» y «un cuello blanco, de puntilla». A doña Aurora no le gusta que los «pobres de pedir» le digan «¡Ave María Purísima!» sino «¡Una limosna por el amor de Dios, que Dios se lo pagará!». Los chicos del pueblo hacen un agujero en el huerto de uno de ellos para «curiosear» dentro del jardín de la casa del señor Benito y escuchar cuando leía en voz alta.

[...] aunque a veces, también leían el señor Benito y doña Aurora, cada cual en su libro grande y, a veces, se secaban una lágrima, de bonito que debía de ser lo que estaban leyendo. Y apenas hablaban pero casi siempre, cuando ya habían leído mucho en el libro grande de cada uno, decía siempre el señor Benito: «Tráeme la luz del alma», que debía de ser el libro pequeñito con tapas azules, que siempre leía el señor Benito y doña Aurora escuchaba con la cabeza baja, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre la mesa.²¹⁰

²⁰⁹ Ib., 99-100.

²¹⁰ Ib., 107.

Los chicos no cuentan nada a nadie, pero una día vienen unos guardias y detienen al señor Benito «porque le habían encontrado libros y Biblias en su casa». A los pocos días sale de la cárcel, pero se les obliga al matrimonio ir a vivir a otra parte, no se sabe dónde. Cuenta el narrador que su madre nunca quiso hablar de todo aquello, aunque algunas veces cuando se iba la luz y tenían que encender una vela, «o nos daba a mi hermana o a mí un poco de aceite en los sabañones, del aceite y las velas que nos había dejado el señor Benito al marcharse, decía siempre: “La luz del alma y el aceite de la misericordia [...]»²¹¹

Y que luego, la había pesado mucho haber quemado aquel libro tan bonito de las pastas azules, «Luz del alma», que el señor Benito y doña Aurora la habían dejado también al marcharse, pero que la había dado mucho miedo o qué sé yo: a veces se hacían tonterías o qué sé yo²¹².

La desvaloración de la Biblia, o simplemente su olvido, es asimismo el tema de un cuento de *El cogedor de acianos* titulado «La recuperación», que trata de un hombre cuyo médico le ha aconsejado, después de sufrir un accidente, que coja peso en la mano, «pero sobre todo que diese movilidad a los dedos haciendo pajaritos de papel, o bolas con miga de pan, u hojeando un libro de muchas hojas, una por una, lo más deprisa que pudiera». Entonces el hombre se acuerda de una biblia, de su abuelo o bisabuelo, que estaba «en un arcón viejo que tenía en el trastero». Se pone a hojearlo «hoja por hoja, y de la

²¹¹ Ib., 108.

²¹² Id.

primera a la última, y de la última a la primera, porque eso es lo que tenía que hacer, y no leerla», aunque ahora tenía tiempo por estar de baja en el trabajo. Cuando vuelve al trabajo, tampoco tiene tiempo para leer la biblia, pero en vez de guardarla, su mujer le dice que «como tenía unas pastas muy antiguas de piel», debían ponerla en la consola que había en el pasillo, junto al florero.

Y acertaron, porque algunos de los que venían a la casa decían:

—¡Qué libro más bonito!

Y él respondía:

—Es una biblia vieja.

Y, entonces, o cuando pasaba por allí, le daba un par de golpecitos en la pasta, como un repelús hecho a un niño o en la cabeza de un perro²¹³.

En la misma colección encontramos dos cuentos brevísimos que aluden a la conmemoración de la pasión y muerte de Cristo. En «Matar la tarde», un hombre hace lo habitual en «un día como éste: había ido con su mujer un rato a los oficios de la iglesia, y, luego, se había sentado a la puerta de su casa, en el cantón, hasta que acabase la tarde». Ve como los coches circulan por la carretera, parando en una cafetería cercana, o yendo «al “pab” que habían hecho a un kilómetro del pueblo y había costado trescientos millones, decían». Luego, él y su mujer se ocupan de sus tareas con los animales, y cuando cae el sol se ponen «a hacer la colación que siempre habían hecho los dos, primero en casa de sus padres, y, luego desde se casaron: un huevo duro para cada uno y unas cuantas aceitunas

²¹³ Op. cit., 14-15.

negras». No hablan mucho durante la cena, por un respeto que les habían enseñado de niños.

Su mujer dijo solamente:

—Hacía frío en la iglesia.

—Sí —contestó él mientras comenzaba a liar un cigarrillo muy despacio.

Y añadió:

—Como siempre los Viernes Santo²¹⁴.

Y en «La flor del almendro» un hombre apresura el paso de vuelta a su casa antes del anochecer, cuando de repente se da cuenta de que ha pasado por delante de unos almendros silvestres que estaban en flor, sin parar a mirarlos. Arranca una flor para ver más de cerca «el color rosa que parecía una herida». Le gustaría recoger todas las flores porque al día siguiente estarán todas «chamuscadas por el cierzo», pero no puede porque son muchos árboles. Entonces recuerda «como tampoco pudo hacer nada por su hija de veinte años, cuando él sabía que iba a morir, y ella se sentía tan contenta y descansada, y como una flor blanca después de las hemorragias que tenía».

—¡Es un Viernes Santo frío, éste! —le dijo una mujeruca que estaba allí, a la puerta de una de las primeras casas del pueblo, como esperando a alguien o algo, mirando al cielo raso²¹⁵.

Finalmente, debe señalarse la última colección de relatos de Jiménez Lozano, titulada *Libro de visitantes*, que consta de diez cuentos muy breves sobre el nacimiento de Jesús, y que tienen como

²¹⁴ *El cogedor de acianos*, op. cit., 34-35.

²¹⁵ *Ib.*, 64-65.

protagonistas tanto personajes tomados del Nuevo Testamento, como los que son creación del autor. Según la nota final del «traductor-editor», el libro parte, como hemos visto en otras obras del autor, de un «documento encontrado»; su estilo tiene mucho en común con otras «fábulas» suyas basadas en la Biblia, o en acontecimientos y personajes históricos. Merece ser destacado el cuento «La visita secreta», protagonizado, de una manera ciertamente anacrónica, por cuatro filósofos con los cuales el autor ha mantenido un «diálogo» constante durante toda su trayectoria. Después de la visita de los tres Astrólogos y Reyes al Niño «nacido en las afueras de Belén», vienen de incógnito, sin avisar a los romanos ni acudir primero a la corte del Rey Herodes, cuatro «filósofos y geómetras» desde las Galias, «las Tierras Bárbaras», y las «Tierras Bajas». Llegan un poco más tarde de lo previsto, porque al señor Descartes «se le pegaban siempre un poco las sábanas a la hora de levantarse»; al señor Pascal le aterra el cielo inmenso mientras viajan por el desierto, pero el señor Baruch no deja de señalarle las estrellas que va descubriendo y le aconseja: «¡Déjese de pensamientos oscuros!»

El señor Hegel tiene prisa por llegar a Belén y «extraer una síntesis de los real»; los demás viajeros, mayores que él, le habían aconsejado que no llevara los libros «dialécticos» que había escrito como regalo para el Niño recién nacido. Ellos, por su parte, han traído regalos «más prácticos».

[...] el señor Baruch un catalejo especialmente pulido para que jugase el Niño, cuando fuera mayor, a ver las cosas de lejos y de cerca; el señor Descartes un buen abrigo de cuando estuvo los inviernos en Suecia, y el

señor Pascal un triángulo aritmética que había mandado hacer en una cajita al señor Joseph Cornell, un artista americano, y en el que los números de las celdillas eran pájaros de muchos colores, y todos cantores²¹⁶.

Al Niño le gustan mucho estos regalos, y se fija especialmente en la hermosa encuadernación del libro que trae el señor Hegel. Pero «la asnilla» le comenta al buey que «Ni al que asó la manteca se la ocurriría traer *La fenomenología del Espíritu* a una criatura²¹⁷».

Los cuatro filósofos están un buen rato discutiendo en el establo y aunque madre «guardaba todo en su corazón» y el padre veía que el Niño está contento, por fin la señora Marta, una mujer «determinadora y mandona» que ha atendido a la familia desde su llegada a Belén, interviene diciendo que en realidad, no son conversaciones para un niño, y que éste tiene que comer y dormir a sus horas. Así que los visitantes se marchan, y por el camino siguen con sus «dialécticas».

[...] y hubieran subido de tono éstas entre el señor Pascal y el señor Hegel, si no hubiera sido porque el señor Baruch apeló al espíritu geométrico, y para no molestar al señor Pascal que estaba metido, en ese momento, en la resolución de un problema matemático, y no se le debía distraer con discusiones sobre nonadas y «diversiones», porque si no le iba a doler la cabeza.

—Y a todos —dijo el señor Baruch encendiendo su pipa.

²¹⁶ *Libro de visitantes*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2007, 57-60. Sobre esta obra, Gabriel Albiac ha escrito lo siguiente en un artículo titulado «Visita a lo sagrado» (*La Razón*, 10 de diciembre, 2008, 10): «En el “Libro de Visitantes” de Jiménez Lozano está toda la piedad del sabio ante lo sagrado; cuya tragedia, el roce de la voluntad humana, trocaría en sacrilegio».

²¹⁷ *Ib.*, 60.

Y todos aceptaron este corolario que, además, despedía un aroma estupendo de tabaco americano²¹⁸.

A pesar de una falta de datos concretos que nos permita especificar el orden cronológico en el que fueron escritos la mayoría de los cuentos publicados por Jiménez Lozano, es posible afirmar que hacia finales de los años 70 y durante los años 80, se manifiesta un cierto desplazamiento, tanto en sus novelas como en los numerosos cuentos de trasfondo religioso, desde una problemática religiosa vista desde su aspecto histórico, social y político, hacia los dramas personales provocados por las dudas de fe, o por el abandono de la misma. Durante este período, por otra parte, la presencia de la Biblia—de la «Historia Sagrada»—es más notable, no sólo en la narrativa sino también en la poesía del autor, quedando particularmente patente la preocupación de Jiménez Lozano por la dimensión trágica del Viernes Santo, manifestada tanto en su recreación de acontecimientos narrados en el Nuevo Testamento como en la vivencia o «recordación» de los mismos por parte de las personas creyentes, y más aún, en la pérdida de significado de estos hechos y estas historias en épocas más próximas a la nuestra.

Los protagonistas de la mayoría de los relatos religiosos o teológicos de Jiménez Lozano que hemos examinado en este capítulo—clérigos, gobernantes, inquisidores, intelectuales, gentes de pueblo—experimentan una lucha interior por comprender y sostener el sentido de su fe, y para mantener la esperanza a pesar de las

²¹⁸ Ib., 62-63.

circunstancias y los acontecimientos devastadores de la vida y la aparente crueldad, e incluso la ausencia, de Yahweh, o Dios, o Cristo. No debe perderse de vista, sin embargo, que en algunas de estas narraciones, los aspectos insondables de la confianza en Dios, y de la su presencia en la vida del mundo y de las personas, tienen no sólo una dimensión trágica sino también maravillosa e incluso cómica. Ésta será, como veremos, una característica notable de un buen número de las narraciones que serán examinadas en el capítulo final de este trabajo.

CAPÍTULO 3

Las figuras femeninas y la dimensión religiosa en la obra narrativa de José Jiménez Lozano

1. Introducción

La presencia de personajes femeninos en la obra de José Jiménez Lozano, y más específicamente en su narrativa, ha sido destacada por algunos estudiosos de su obra, si bien es verdad que hasta la fecha este aspecto no ha recibido toda la atención que merece. En un artículo titulado «La presencia de las mujeres en la narrativa de José Jiménez Lozano», Rosa Rossi se refiere a los escritores «que construyen los personajes femeninos según lo que se llamaría una inflexión masculina: el hecho de ser mujer se transforma para el personaje en un destino, en una vocación absoluta que les quita cualquier otra posibilidad personal», como sería el caso de Ana Ozores, Emma Bovary y Ana Karenina¹. Como contraste, Rossi ofrece el ejemplo de Heinrich Böll y José Jiménez Lozano, en cuya obra «se

¹ En el ensayo «Monjas pintadas al gusto del tiempo» (en Victoria Howell, *Monjas pintadas*, Junta de Castilla y León, 2005, 118), Jiménez Lozano se ha referido, por su parte, a la «trampa literaria [...] que Tolstoi y Flaubert tendieron a sus propios personajes, en su análisis de una situación de adulterio», y afirma que «con toda justicia estética se ha reprochado a Tolstoi su segunda intención, manipulación clara de narrador que decide, por ejemplo, que Anna Karenina no lleve ropa interior, insinuando lo que un autor no tiene derecho a insinuar de un personaje ciertamente [...]».

abre un resquicio, una perspectiva, una posibilidad de cambio. Una tensión moral»². Para ilustrar esta «apertura» o «libertad interior» de los personajes femeninos, Rossi señala *Duelo en la Casa Grande* «donde en una discurso femenino coral se hace una de las más radicales críticas que haya yo leído de un escritor de sexo masculino al patriarcado, al poder violento del varón, propietario y violador» y también *La boda de Ángela*, «donde las mujeres [...] son las portadoras de una posibilidad ética». Rossi afirma, en resumen, que «estos personajes femeninos—como la Leni de Böll—no son sólo figuras del deseo sino también de la libre energía, de la búsqueda de otra identidad», y que la «particular libertad de lo femenino estriba en los dos escritores en el hecho de que ambos tuvieron una conciencia fuerte de la “muerte de Dios”, del giro irreversible que se produjo desde finales del siglo XVI—la época de los grandes místicos—en el terreno del «saber y de la conciencia religiosa», que condujo, ya en la época posterior al Concilio Vaticano II, a la ruptura de «la rígida figura de la Mujer entre Eva y María, entre el deseo y la muerte que ofrecía la vieja cultura patriarcal»³.

En el mismo número de la revista *Archipiélago*, Jiménez Lozano observaba lo siguiente con respecto a algunas características de su obra destacadas por la crítica:

Quienes han echado una mirada sobre mi escrituras aseguran haber encontrado unas cuantas señales insistentes: la memoria de la Guerra Civil, la pequeña vida de las pequeñas gentes, la figura de los excluidos o aplastados, un *plus* de humanidad en los personajes

² *Archipiélago*, núm. 26-27, 1996, 157.

³ *Ib.*, 157-158.

femeninos, una frecuente oralidad, la brevedad y tensión narrativas, una gramática clara, y un ámbito teológico de resonancia que, como era inevitable, tanto ha extrañado en una cultura católica-barroca como la española [...]⁴.

Cuando en el libro de conversaciones *Una estancia holandesa* G. Galparsoro le pregunta a Jiménez Lozano por qué le salen «tan redondos y rotundos» los personajes femeninos, el autor responde:

No lo sé, pero bien está si las cosas son como usted dice. La cuestión de los personajes está siempre en que quien narra se olvide de su yo y viva la vida de ellos, ya sean hombres o mujeres. Cuando el narrador renuncia al yo para ser otro, también renuncia a su circunstancia o condición sexual. Seguramente es lo que quiso decir Flaubert cuando aseguró aquello de «Madame Bovary soy yo», pero creo que debió decir: «Yo fui Madame Bovary». Y, mejor si no mentamos siquiera el «yo», porque tampoco se trata de algo así como travestismo o de suplantación de personas: hay que ser Tesa, Cristina o la Tana sin ningún yo propio, ser ellas. Y ciertamente yo me siento a gusto al ser cada una de ellas⁵.

Preguntado por Galparsoro si *Duelo en la Casa Grande* trata, no sólo de la post-guerra española, sino también «del machismo fundante de nuestra sociedad», Jiménez Lozano afirma:

[...] por lo que respecta al machismo explicitado en *Duelo en la Casa Grande*, ¿es que no era y no es realmente fundante en nuestra sociedad? He vivido casi toda mi vida entre mujeres que eran como ellas decían «segundo plato» o «postre» en el orden de los valores

⁴ *Ib.*, 161.

⁵ *Una estancia holandesa. Conversación*, Barcelona, Anthropos, 1998, 36.

reales como personas, y he oído muchas conversaciones entre mujeres solas. No he tenido jamás la sensación de que aceptaran esa situación, o dejaran de compadecer o de criticar a quienes la aceptaban. He sabido pronto que, en general, los aplastados—y en este caso las aplastadas—escupen en la sopa que se ven obligadas a servir. Aunque también había quien ni podía hacer esto siquiera, y había mujeres que luchaban para que no naciera el odio en ellas. O mujeres que acababan en el mayor de los cinismos. Y todavía otras que se desquitaban vicariamente, es decir, se alegraban de que un hombre fuera dominado y hasta maltratado por una mujer. Era como su revancha por persona interpuesta⁶.

Y abundando en la naturaleza y la envergadura del machismo en la historia de la humanidad, el autor intensifica su crítica:

Mire, este es un asunto tan fundante en la evolución de lo humano y de la civilidad, que debiera helarnos la sangre. Yo no estoy muy seguro, verdaderamente, de que en el plano cultural---en el de la inteligencia, los sentimientos, y la espontaneidad de lo que va de suyo--se haya asumido, ni en el orden individual ni en el colectivo, que las mujeres pertenezcan del todo a la especie humana, de manera plena. El sexo masculino otorga la plenitud, el femenino no.

⁶ Ib., 36. En *Los tres cuadernos rojos* (Valladolid, Ámbito, 1986, 41) se encuentra una reflexión parecida, partiendo de una información proporcionada al autor por otra persona sobre los secretos de las cabinas «reservadas» del Teatro de la Comedia de Madrid: « [...] hay algo muy llamativo en todo esto: la mujer está o ha estado condenada al menos a pasar su vida en cubículos: el gineceo oriental o el “harem”, las celdillas de las concubinas de los príncipes y grandes señores de China, las alcobas minúsculas de los prostibulos de Pompeya, y la clausura religiosa que con cierta frecuencia se ha organizado según esos criterios culturales sobre la mujer: los de “la pata quebrada y en casa” o, como decía más poéticamente don Antonio Machado: “Enjauladita como las fieras”. La vida femenina sigue siendo secreta, clandestina, ‘hipócrita’ al fin y al cabo, como la de los aplastados».

Esta situación se ha culturalizado—y hasta teologizado—durante siglos, y continúa ahí, en las regiones mismas del inconsciente individual y del imaginario cultural. El cristianismo supuso la liquidación radical de este estado de cosas, pero el cristianismo es todavía un enormísimo fracaso histórico, y las Iglesias—no sé si todas—se han adaptado a la historia, como en tantas otras cosas, y ha proseguido la sagrada y científica falocracia⁷.

En su antología didáctica sobre la obra de Jiménez Lozano, Amparo Medina-Bocos también resalta la importancia de las figuras femeninas en las novelas y cuentos del autor:

Capítulo aparte merecen los personajes femeninos. Porque hay muchas mujeres en la obra de nuestro autor: mujeres antiguas y actuales, rurales y urbanas, jóvenes y viejas. Son únicamente mujeres quienes protagonizan los 54 relatos incluidos en *Un dedo en los labios*, una serie de estampas que su autor llama retratos y que agrupa en un bellissimo catálogo de tipos de mujeres que no me resisto a reproducir: «mujeres antiguas» (personajes de la Biblia todas ellas), «mujercillas» (pobres mujeres que sirvieron de diversión en la corte de los reyes), y a continuación «mujeres silenciosas», «mujeres parleras y cuchicheadoras», «mujeres que ríen», «mujeres con secretos», «mujeres misericordiosas». En alguno de estos grupos podrían

⁷ Ib., 34. En *Retratos y naturalezas muertas* (Madrid, Trotta, 2000, 35-36), Jiménez Lozano vuelve a insistir sobre la destrucción, llevada a cabo por Jesús, de las «estructuras fundamentales sobre las que se rige el sistema de lo sagrado en la cultura»: « [...] hace ya tiempo que René Girard advirtió que Jesús ha liquidado para siempre esas estructuras fundantes de la cultura, arruinando totalmente su quicio: el fundamento sacrificial o de victimación en el que se legitima la violencia y se torna sagrada. Aunque naturalmente, por esto mismo, porque saben muy bien que es su ruina, todos los poderes del mundo: desde el político y el económico al cultural y al religioso, tratan de enmascarar y enmascaran esa destrucción, y la cultura sigue discurriendo por los mismos cauces y asentándose en los mismos fundamentos: la violencia y el poder fálico.»

incluirse, por lo demás, la mayoría de los personajes femeninos que viven en las novelas y cuentos de Jiménez Lozano. Pero a este catálogo habría que añadir el de las mujeres enérgicas, resueltas y decididas, un grupo que abrirían sin duda las monjas de Port-Royal de Champs y en el que entrarían doña Teresa Soldati, la madre-abuela de *La boda de Ángela* y, desde luego, las protagonistas de *Las señoras* [...] ⁸.

Indudablemente, la solidez y la autenticidad de los personajes femeninos en la obra de Jiménez Lozano tienen sus raíces en la experiencia vital del escritor. Sin embargo, este origen no estaría precisamente, como propone Rossi, en una reflexión más o menos abstracta sobre la quiebra del antiguo paradigma socio-político del patriarcado implícita en la «muerte de Dios», sino en la memoria recuperada de seres humanos concretos cuyo testimonio y cuyas historias se le hacen presentes al autor en el proceso de la escritura, como se pone de manifiesto en las novelas y en los cuentos que comentaremos a continuación.

En *Duelo en la Casa Grande*, la cuarta novela publicada por Jiménez Lozano y segunda de las que tratan de la época de la Guerra Civil española y de la posguerra, los personajes femeninos son, con pocas excepciones, víctimas de la explotación y del abuso sexual: algunas son realistas y acatadoras de su situación, aceptándolo como algo inseparable de su condición de mujeres pobres; otras son de carácter fuerte y decidido y procuran sacar algún provecho económico o social cuando se les brinda la oportunidad; y otras, resignadas y fáciles de manipular, perderán sus vidas, incluso suicidándose. En

⁸ José Jiménez Lozano. *Contra el olvido*, León, EDILESA, 2002, 25.

esta novela—cuya voz «sale de las entrañas del habla castellana»⁹ y que, con la excepción de las primeras y últimas páginas y algunos breves pasajes intermedios, se presenta en forma de un monólogo, o «diálogo sin respuesta»¹⁰—Pedro Pedroso Pérez, «alias Ojo Virule», cuenta los acontecimientos que conducen al desenlace fatal de «la noche de vela o duelo, “corpore insepulto”, de don Julio Lorenzana Pérez, propietario», el cacique del pueblo¹¹. Sus interlocutoras son la señora María, madrastra de su futura mujer y «criada mayor» de la casa de la capital donde trabaja ocasionalmente Ojo Virule, llevando carbón y partiendo leña, y Rosa, la «criada chica». El relato de Ojo Virule comienza con su descripción del «velorio del Julito Lorenzana, que fue de los de postín de antes. Y me refiero a antes de la guerra [...] cuando la vida y las personas y las cosas todas estaban en su sitio y

⁹ William M. Scherzer, «José Jiménez Lozano y la voz picaresca castellana», *Anthropos*, núm. 25, 1983, 75. En su estudio titulado «La descentralización de la muerte en *Duelo en la Casa Grande*», F. J. Higuero reconoce la importancia del artículo de Scherzer, «el único aparecido sobre la novela aquí estudiada, en una revista especializada», y señala que la aportación de Scherzer contrasta «con el silencio que injustamente ha caído sobre la producción literaria» de Jiménez Lozano. (Francisco Javier Higuero, *Estrategias deconstructoras en la narrativa de Jiménez Lozano*, Rock Hill, South Carolina, Spanish Literatura Publications Company, 2000, 64.) La dificultad que afrontó el autor en la publicación de *Duelo en la Casa Grande* queda reflejada en la siguiente nota del año 1980 en *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 103): «El manuscrito de *Duelo en la Casa Grande* no ha tenido aceptación editorial. Parece que nadie lo quiere. Pero yo sé que el libro es honesto, y la honestidad en la literatura no tiene que ver nada con las buenas intenciones del autor, sino con los resultados de la escritura, y creo sinceramente que la novela permite desvelar un trozo de realidad que no ha sido desvelado y que el lenguaje otorga realmente vida a los personajes y al suceso. De esto estoy seguro.»

¹⁰ Amparo Medina-Bocos, «De Port-Royal a Nínive: un recorrido por la obra de José Jiménez Lozano» en José Ramón González (ed.), *José Jiménez Lozano*, Valladolid, Universidad de Valladolid/Junta de Castilla y León, 2003, 30.

¹¹ *Duelo en la Casa Grande*, Barcelona, *Anthropos*, 9.

andaban por sus cauces y carriles justos, y no, como luego, desatadas y errantes».

Allí no había en la casa más que la Petra Canaria, la capataza, que fue la que dispuso el duelo como amanuense general que era, del Julito, y las dos chicas del servicio; pero las chicas dicen que andaban allí arriba, revolviendo en las cómodas y armarios para que la Paulita, la chica de la Petra Canaria, la querida del Julito, no se fuera sin nada y en cueros a la calle, si llegaban los de la capital a disponer. Y se comprende, porque haber aguantado tres años de querida del Julito Lorenzana, sin esperanzas ni augurio de casorio no es para pagado con dinero, aunque el Julito, eso sí, la vestía bien, como una señorita propiamente y por lo visto la tenía mandada la tierra grande, ya de regadío entonces...Pero nunca es mucho lo que te puedes llevar en un caso así como el de la Paulita, claro está [...]¹².

Cuando «la Orenca y Heliadora, la Monja» y otras «beatas parlanchinas y comprometedoras» se marchan del velatorio, queda un pequeño grupo de amigos; después de tomar café y anís, y de jugar un rato al tute, empiezan a prestar oídos a la «plática» de Chichola Sacris, el sacristán de la parroquia, «el único que se quedó con el difunto, mientras el tute, para recordar los tiempos, según dijo». Chichola Sacris va recordando los dos matrimonios de Julio Lorenzana: el primero con doña Elvirita, que murió en el parto, y el segundo con la cuñada de ésta, doña Anita Flores.

[...] la doña Elvirita era estrecha, y no podía expulsar y no expulsó, con perdón aquí de la Rosita que es soltera y usted, señora María ya me entiende, y no expulsó, la

¹² Ib., 21-22.

digo, y se murió, pero que, cuando se casó, ya se sabía que era estrecha y que no podía expulsar y fue condición del casorio la de que la doña Elvirita no se quedaría embarazada, pero que luego el Julito la quedó como quedaba a todas, aunque tuviera cuidado; y a ésta, sobre todo, a la doña Elvirita fue derecho a quedarla, dice el Sacris, porque le mandaba toda la herencia en un testamento o a lo mejor porque ya andaba enamorado de la doña Anita Flores, la mujer de don Pablito Cancho que era hermano de la doña Elvirita, y ésta le estorbaba ya, porque las mujeres al Julito en uno o dos años le estorbaban y quería otras nuevas [...] ¹³.

Muchas de las mismas «grajas» que ahora asisten al duelo de Julito Lorenzana en la Casa Grande, habían estado también en los velatorios de sus dos mujeres, «sentadas en el suelo sobre los ruedos o esterillas o en sillas bajas de la cocina y eran como la compañía de sus otras mujeres, porque todas habían sido suyas primero, y recordarían allí las andanzas o los amoríos o los hijos y los abortos que habían tenido del Julito y cómo, luego, éste las había casado con sus cachicanes o pastores para que se recogieran o para tenerlas más a mano a ellas y a sus hijas, cuando crecieran y despuntaran, carne fresca que decía el Julito que era la que le gustaba. Como en el caso de la Paulita misma, que vaya usted a saber si no era también su hija [...] »¹⁴.

Prosigue la narración de Ojo Virule, en la se va enlazando lo que contó Chichola Sacris aquella noche con lo que Ojo Virule había contado luego a la policía: sobre los miembros de la familia Lorenzana, sus caprichos, su trato con gentes del pueblo y sus

¹³ Ib., 24.

¹⁴ Ib., 25.

maniobras políticas; sobre lo que les había ocurrido a las mujeres del Julito; y de cómo Chichola Sacris le había salvado la vida a Ojo Virule, proporcionándole papeletas de confesión y comunión. Volviendo de nuevo a los acontecimientos de la noche del duelo, Ojo Virule recuerda como después de varias horas de velar a don Julito, «fue la Paulita que proporcionó la cosa cuando se la ocurrió decir: ¡Vamos, que ponerle un cristo como si fuera un fraile al Julito! [...] y fue y se lo quitó al Julio Lorenzana de las manos, y nadie me saca a mí de la cabeza que eso fue lo que dio a todos más confianza con el muerto»¹⁵. La Paulita había insinuado que fue su madre, la Petra Canaria, que había matado al Julito Lorenzana, pero Ojo Virule afirma que la verdadera culpa de lo que acabaría aconteciendo en el duelo era de la Petra Canaria, «la muy zorra, que desvirtuó el aquel y el sentimiento y respeto que debe haber en todo velorio con la conversación de las cosquillas y tocamientos que el Julito hacía a las mujeres, allá dentro, en la alcoba del espejo grande para verse», al mismo tiempo que contó la verdad sobre el suicidio de la segunda mujer de don Julio Lorenzana¹⁶.

Valor es lo que necesitó la doña Anita para matarse como se mató: con la navaja de afeitar en una vena y se sainó. Aunque no tuvo que lavar la ropa siquiera porque la quemaron o vaya usted a saber lo que tramaran entre el médico y el Julio. A los seis años de casada justos que por aquellos días los iba a hacer se mató, y nadie sabe lo que buscaría en la boda con el Julio la doña Anita. El Julito sí: el cuerpo de la doña Anita como en todas, pero ¡ella!: asco le daba el Julito y

¹⁵ Ib., 109.

¹⁶ Ib., 148.

por eso se rezaba la recomendación del alma: como si fuera al matadero o se fuera a acostar entre gusanos¹⁷.

Termina su relato la Petra Canaria espetándole al Sacris que «a lo mejor también tu Anastasio Conejo del Julito Lorenzana era, o ¿qué te creías? ¿O es que se iba a escapar la Engracia, la única, con lo buena que estaba en sus años mozos?»¹⁸. Entonces entran en el duelo un grupo de personas llegadas de la capital, entre ellos una mujer que le dice al niño que lleva consigo que el difunto es su padre, pero todos los presentes se dan cuenta en seguida del parecido entre este niño y el difunto hijo de Chichola Sacris. Éste saca una navaja del bolsillo y se corta el cuello, lo cual traerá graves consecuencias para Ojo Virule y los otros amigos presentes en el duelo: « [...] los interrogatorios y la cárcel y los juicios y los disgustos y las explicaciones [...] y el miedo y el que te señalan con la mano y te preguntan y el que te aborrecen por hablar de tantos muertos [...] »¹⁹.

Terminando por fin de contar su historia, Ojo Virule explica por qué ha venido a la capital a contar toda esta historia:

Así que fui y me dije: ¿y si la Engracia y yo nos casáramos, es un suponer señora María, y nos viniésemos a vivir aquí a la capi con algún empleo de porteros o de llevar carbón mismamente como ahora? Y a ella le parece bien, aunque yo soy privado de mis partes, ya lo sabe y ya se lo he dicho, y fue y me dijo: vete a preguntárselo a la señora María, la que está sirviendo allí, que ya sabes que es mi madrastra y que te dé su parecer. Por eso les he contado todo esto a

¹⁷ Ib., 151-152.

¹⁸ Ib., 152.

¹⁹ Ib., 153-154.

usted y, aquí, a la Rosita, porque yo ya necesito compañía antes de que muera mi madre y la Engracia precisa recogerse y no andar en lenguas por lo que dijo la Petra Canaria [...] Y la señora María saltó, entonces: cástate, cástate con la Engracia, si ella quiere y allá vosotros, pero ¿por qué nos has tenido que contar estas historias? ¿Y si las ha oído el niño? Pues que las oiga, dijo Ojo Virule con la voz ya descompuesta, así se despabila de una vez y no vaya a creer que la vida es otra cosa que lo que es y se confunda: por lo menos nuestra vida, la de los pobres y desgraciados que ni entramos en cuenta, pero también la de los Julios Lorenzana, coño, y la de todos [...] ²⁰.

Efectivamente, «el niño» ha oído todo desde su cama, en la habitación al lado de la cocina.

Y mamá seguía preguntándome todo el tiempo: ¿qué has oído, Toño?, y yo contestaba: nada, mamá, ¿qué tenía que oír? Pero, a la Rosa, la confesaba luego: lo he oído todo Rosa. ¿Todo?, preguntaba también la Rosa con la cara muy encarnada. Todo, Rosa [...] y ella también me dijo: ya eres un hombre, Toño [...] Ya sabes, además, todo lo que has escuchado de los hombres y las mujeres y de cuando nos morimos y de las guerras de España, ¿no? Pues, ¡hala! a ponerte a estudiar ya en el colegio y a correr a las chicas y a vivir. ¿Y tú, Rosa? ¿Yo, majo? Yo tendré que casarme un día con un Ojo Virule como éste para poder comer o hacer lo de la Paulita, ya ves, o seguir fregando hasta sangre, si se vuelve a terciar; y, luego, ya pasará el tiempo y me pondré vieja y fea, que te daría asco si me vieras, y me moriré también...yo volví la cara a la pared: ¡Rosa, Rosa, Rosa! Ojo Virule cortaba la leña con un hacha grande y daba en el corazón de los maderos de un solo

²⁰ Ib., 154-155.

golpe, y no había ni sol ni frío [...] En la cocina había silencio»²¹.

Las sandalias de plata transcurre entre la posguerra y los primeros años de la época post-franquista; su discurso se basa en una crítica de la modernidad científico-tecnológica y su impacto sobre las costumbres y modo de vivir de las gentes, así como de unas relaciones sociales caracterizadas por la prepotencia de unos caciques locales que manejan las destinos de un pueblo y sus habitantes según sus caprichos y sus intereses económicos. Los protagonistas de la obra son dos: Blas Cívicos, un «inocente», o deficiente mental, que «lo sabe todo» de sus vecinos y de lo que ocurre a su alrededor, y cuya manera ser y de desenvolverse es profundamente destabilizadora para los poderes fácticos del pueblo²²; y su media hermana, la Tana, cuya historia es la que más interés tiene para el presente estudio. La Tana y su hija, la Julita, comparten muchos rasgos y muchas experiencias con los personajes femeninos de *Duelo en la Casa Grande*: ambas son víctimas de la explotación sexual de los poderosos, y mientras la Julita es fácilmente manipulada, tanto por su madre como por sus dos maridos, la Tana es fría y calculadora,

²¹ Ib., 155-156. Llama la atención el parecido entre este pasaje y una anécdota de su infancia contada por el autor en su ponencia «Gracias porque sí» (op. cit., 243): «¿Me quieres?», me preguntaba María, y yo la contestaba que mucho. «¡Mentira!», argumentaba enseguida. «Tú eres un chico, y serás un hombre, y los hombres no tienen entrañas, sólo las mujeres; por lo tanto no puedes quererme ni a mí ni a nadie. Las entrañas son lo de adentro, y por eso se dice que el Niño Jesús estuvo en las entrañas de la Virgen María.» [...] Y no sé lo que entendería entonces, pero ¿cómo podría olvidar en adelante, todas estas filologías y teologías?»

²² Sobre la «relación intertextual» entre Blas Cívicos y «el Blasillo» de *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno, cf. Higuero, *Estrategias reconstructoras en la narrativa de José Jiménez Lozano*, op. cit., 216-217.

aunque también capaz de sobrevivir y de buscar su pequeño consuelo en medio de los estragos causados por los hombres y de las estructuras económicas y sociales creadas y mantenidas por ellos.

La Tana lleva treinta y dos años de servicio en casa de don Abilio de la Herralde; el primer día que entró, «don Abilio la había dicho, tras medirla de arriba abajo con la mirada y haberla asignado la soldada: “Toda al casa, ¿entiendes?; pero sobre todo este despacho tiene que estar siempre como los chorros del oro.”».

La Tana tenía entonces diecisiete años, y su madre la había llevado allí a servir de criada como ella había llevado a la Julita, aunque esta vez se lo había pedido el propio don Abilio.

—Y usted, encantada. ¿Se acuerda?—dijo la Julita.

Pero había más diferencias, aunque la Tana prefirió callar y no mentarlas: ella, la Tana, había tenido que pasar por la cama de don Abilio como las demás criadas, aunque había terminado por ser la favorita y al final la gobernadora de la casa, mientras que la Julita había sido siempre la señorita, y había reinado y continuaba reinando en ella [...] Y cuando la Julita dio un último estirón y comenzó a redondearse un poco y a perder aquellas hechuras de chico que tenía, don Abilio quiso hacer las cosas bien y, para que la muchacha continuara estando allí, la había propuesto a la Tana:

—Digo que la voy a señalar una soldada a la Julita para que tenga obligaciones, y se vaya haciendo una mujer.

—Ya sabe usted que tiene novio—dijo la Tana.

—¿Y qué dificultad es ésa?—preguntó don Abilio sonriendo.

La Tana sonrió igualmente, y contestó:
—Yo sólo quería ponerle al corriente²³.

La Tana se las arregla para separar a la Julita de su novio, Publio Quinto, porque su gran ambición es casarla con don Abilio, aunque también sabe, porque Blas Cívicos se lo ha contado, que la Julita se está acostando con Julio de la Herralde, alias «el Seminarista», sobrino y único heredero de don Abilio.

—¿Y desde cuando, Blas Cívicos?
—Desde siempre, Tana.
—¿Y entonces es que he estado yo ciega?
—No sé, Tana.

Se puso ésta como a rebuscar en su memoria, y luego aseguró a Blas Cívicos que ya caía entonces en la razón de por qué la Julita daba largas y más largas a casarse con el viejo. ¿Y qué le podía convenir mejor al Seminarista que esa boda no se hiciese y no hubiese un niño?

—Así que, como te estaba diciendo, Blas Cívicos, mañana mismo vas donde Publio Quinto y le pones al corriente. Le dices a las claras que el Seminarista se está trasteando a la Julita [...] ²⁴.

Superados todos los obstáculos a la boda, a don Abilio «le entraron las prisas. “Por fin ha venido Dios a verte,” dijo la Tana a la Julita. “Lo que no consiguió nadie nunca, ni yo misma, ahí lo tienes: hecha una señora de la noche a la mañana, y sin que te haya tocado un pelo de la cabeza. Como un milagro.”²⁵» Pero la Julita le contesta a su madre que es imposible que se case con don Abilio, porque «ya

²³ José Jiménez Lozano, *Las sandalias de plata*, Barcelona, Seix Barral, 1996, 22-23.

²⁴ *Ib.*, 29.

²⁵ *Ib.*, 37.

sabe lo que se dice»: que don Abilio es su padre. Pero entonces la Tana le susurra su «secreto» al oído de la joven—que su padre es el cura don Tomás— y luego las dos estallan en una carcajada.

Pasó entonces, a seguido, a hacer hincapié en las consideraciones que tenía que hacer a la Julita y la previno:

—Aunque estuvieses enamorada del Seminarista, ¡para lo que te va a durar el viejo, bien puede esperar! Y luego tú, ama y señora ya de todo, haces lo que quieras.

La Julita callaba, y la Tana hacía también un silencio después de cada consideración que hacía a aquélla, esperando sus reacciones:

—¿Quién es el Seminarista, mientras don Abilio viva? ¿Y qué es lo que va a rebañar de la herencia, si don Abilio le larga y a ti con él? ¡Estás loca si le crees una palabra!

Cambió finalmente de tercio, y añadió:

—Es el viejo que te conviene, pero por lo menos no te acuestes con el Seminarista. Si el viejo se entera os da dos tiros; y si el Seminarista te acosa, mándale por ahí con viento fresco²⁶.

Don Abilio le envía a la Julita durante una temporada «a unas monjas, para que la cepillaran un poco el pelo del pueblo», y también se dedica a «arreglar» los apellidos de su futura mujer, consiguiendo que un hermano del cura don Tomás se declare ser padre de la Julita, y que se diga que «una señora casada cuyo nombre y apellidos no podrían hacerse públicos para no herir el honor familiar» había consentido en que tomara provisionalmente los apellidos de la Tana y de *el Tranquilo*, un forastero que había llegado al pueblo por aquellos

²⁶ Ib., 38.

tiempos. «Y la Tana dijo luego a Blas Cívicos que don Abilio la había asegurado que la pagaría el sacrificio. “¡Y por una comedia más, Blas Cívicos!”»²⁷. Mientras tanto el Seminarista desaparece del pueblo y la vida vuelve a ser más tranquila.

La Tana misma había llegado como al cenit de la suya, consiguiendo lo que había soñado para la Julita, que era verla señora y dueña de la Casa, pero a la vez era como si estuviese comenzando a vivir después de tanta penalidad y sobresaltos.

—¡Si parece mentira que seamos las mismas personas!—le dijo a Blas Cívicos.

Le estaba haciendo a éste el arqueo de sus dineros contantes y sonantes, y le previno de que iba a comprar una mesa y sillas de formica para la cocina, y luego iba a hacer un cuarto de baño.

—Porque ya no tenemos edad para estar saliendo al corral, Blas Cívicos, y también estaremos más limpios sin tener que andar calentando agua cada vez que tenemos que asearnos. ¿Te parece?²⁸

El matrimonio tiene un niño, pero al poco tiempo muere Don Abilio; la Julita se traslada a Madrid y la Tana va a visitarla.

La Julita la había recibido muy cariñosamente, pero luego, a poco de haber llegado allí, cuando estaban las dos sentadas en aquel salón con los sofás y los sillones y se estaban dando noticias de las cosas, entró una vecina de la Julita que sería de su misma edad, y ésta hizo las presentaciones.

—Ésta es doña Pilar—dijo a la Tana.

Y a doña Pilar:

—Ésta es Eloísa, mi madre de leche, como si fuera mi madre

²⁷ Ib., 107-109.

²⁸ Ib., 111.

—Es decir, Blas Cívicos—dijo luego la Tana a éste—: me negó. Me negó como su madre [...]

Aunque, cuando doña Pilar se fue, la Julita la explicó a la Tana que tenía que ser así, ¿no se acordaba? Y la Tana se acordaba, pero había creído, según dijo, que una vez muerto don Abilio, ya no había por qué hacer más comedias²⁹.

Durante su estancia en Madrid, la Julita trata a la Tana «a cuerpo de rey» y se deshace en atenciones con ella, pero «había como un algo en la Julita que no acababa de rematar»; la Tana regresa al pueblo y no vuelve a recibir de su hija más que «cuatro tarjetas deslavazadas y de ciento en viento», y la Julita ni siquiera le comunica a la Tana la muerte de su hijo en un accidente. Entre tanto, aparece de nuevo el Seminarista y la Julita vuelve a tener relaciones con él, «de manera que un día dijo el Julito: “Ningún sentido tiene que estemos así, ¿por qué no nos casamos?” La Julita no quería oír otra cosa, y más tarde diría a la Tana: “¿No era lo mismo que usted pensaba y me decía?”»³⁰. A la Julita le dice su nuevo marido que Don Abilio «ha llevado todo de desastre» y le hace firmar muchos papeles para «poner orden». Un día el Seminarista vuelve de viaje en compañía de dos hombres, y le asegura a su mujer que «estos señores te van a hablar de cómo fueron los asuntos de los Herralde y los nuestros. Tú sólo tienes que firmar». Ante la perplejidad de su mujer, el Seminarista le asegura que son cosas que ni ella ni él entienden, pero luego el abogado le informa a la Julita que su marido ha aceptado la donación hecha por ella de la herencia de la familia Herralde. La Julita consulta a un abogado que le anima a reivindicar sus derechos,

²⁹ Ib., 130.

³⁰ Ib. 133.

pero al final le da miedo una posible venganza del Seminarista. Y la Tana le dice a su hija: «¡Déjalo, Julita! ¡Como si estuviera muerto!»³¹. Entonces la Tana y Blas Cívicos la acompañan a Madrid a pasar otra temporada.

La Julita había conseguido un buen pasar y la Tana aceptó que hubiera sido despojada de la parte de los Herralde primero como una catástrofe, pero luego, viendo la conformidad de aquélla, como la liberación de un peso, y la ayudaba a conjurar los reproches que se hacía por haber siquiera mirado a la cara al Seminarista.

—¿Por qué seremos las mujeres así?—preguntaba la Julita.

Y la Tana decía:

—No te hagas mala sangre, ¡déjalo ya!³²

Los últimos capítulos de la novela tratan del desenlace de los «chanchullos» del Seminarista, el más escandaloso de los cuales—un vertedero de residuos radioactivos—provocará su muerte y la de Blas Cívicos. «Mas todo el mundo se enteró de que el cuerpo de Blas Cívicos no se corrompería nunca y estaría brillando como el sol naciente durante diez o quince mil años por lo menos. Y la Tana la parecía imposible, pero decía para su consuelo: “¡Tú no necesitas luz para tu sepultura, Blas Cívicos!”³³.

Ronda de noche cuenta la historia de unos seres humildes y marginados que viven y trabajan en un vertedero de los arrabales de Madrid; es, como ha señalado Ricardo Senabre, «un relato alentador, en el que brilla con singular fuerza una mirada compasiva y cordial

³¹ Ib., 135-136.

³² Ib., 150.

³³ Ib., 190.

hacia esos seres desfavorecidos a los que la miseria y la vejez conjuntamente han extirpado de una sociedad que proclama sin cesar la justicia como principio de vida»³⁴. Tanto la estructura temporal del relato, que alude a la Semana Santa y el domingo de Pascua, así como numerosos símbolos y pequeños incidentes, evocan la pasión, muerte y resurrección de Cristo; a pesar de la miseria que les rodea y lo «atropellados» que están por la vida, los personajes, y particularmente las mujeres, no cesan en su lucha por la supervivencia, al mismo tiempo que comparten sus penas y alegrías, y se amparan y acompañan mutuamente. La narración comienza en la tarde de un lunes, cuando la señora Claudina, que vive en la barriada de Las Latas, lleva «al tajo» a su primo Eliseo, que ha llegado del pueblo el día anterior. Allí, en el vertedero, le presenta a la señora Engracia, que felicita a su vecina y compañera: «Pues ha venido Dios a verla, señora Claudina, porque todavía parece tener fuerzas»³⁵. De vuelta al poblado de chabolas, depositan la carga en el patio de la casa.

³⁴ Ricardo Senabre, «*Ronda de noche*», *ABC Literario*, 17 de abril, 1998, 11. Este crítico encuentra un antecedente a la novela de Jiménez Lozano en «la vida suburbial a la que Baroja se acercó en algunas de sus primeras narraciones breves y en numerosos pasajes de *La busca*»; Teresa Domingo, por su parte, afirma que «La señora Claudina es una reencarnación de la señá Benina y siente el autor por ella el mismo amor que sintió Galdós». («Fidelidad a los hombres», *La Mirada, El Correo de Andalucía*, 29 de mayo, 1997, 22.) Adolfo García Ortega ha afirmado que «El cervantinismo de José Jiménez Lozano, común en toda su literatura, está muy presente en esta novela, cuyo parentesco mayor se lo encuentro en las *Novelas ejemplares*, de donde muchos aspectos de *Rinconete y Cortadillo* [...] ». («Parábolas de los suburbios y los finales» en *José Jiménez Lozano*, Junta de Castilla y León, 2003, 231.

³⁵ José Jiménez Lozano, *Ronda de noche*, Barcelona, Seix Barral, 1998, 8.

Debía colocarla allí, dijo la señora Claudina, y dejar para mañana ya el hacer los apartes y las selecciones...Ahora, con estos días ya frescos del otoño, tanto la selección como la busca era cuando resultaban más fáciles y llevaderos, como en el invierno, aunque se pasase frío, porque el basurero apenas olía, y tampoco los sacos. Era en el tiempo del calor cuando el trabajo se aguantaba peor, o no podía soportarse...y entonces era cuando se ponía a vender en un puestecillo las cuatro cosas que podía; a veces décimos de lotería, si podía comprarlos antes, pipas de girasol, cuatro caramelos y cigarrillos en cajetilla o sueltos, pero también algunos objetos que a veces se encontraban en el basurero: una palmatoria vieja, trozos de cadenas, zapatillas o zapatos, cinturones, hebillas, o hasta pastillas de jabón de olor casi enteras. Así que ahora se repartirían esa tarea entre los dos³⁶.

La señora Claudina logra sacarle al Eli «a gancho» alguna noticia del pueblo, aunque ella ya no conoce a casi nadie allí; la taciturnidad de su primo había sido lo que principalmente le había llevado a rechazarle «sin pensarlo mucho, cuando él la preguntó si quería entrar en relaciones con él para casarse; aunque entonces ella había encontrado una buena salida para negarse diciéndole que, para casarse ellos, tendrían que pedir dispensa, y que, en estos casos, los hijos solían salir tontos»³⁷. Cada uno había vivido su vida hasta que a la señora Claudina se le ocurrió que ahora que estaba jubilado, el Eli podría venir a Madrid y así se acompañarían y ayudarían en su vejez. Al llegar, el Eli entrega sus ahorros a su prima; ella los esconde y le previene contra las «manos largas» y otros peligros que había allí en la

³⁶ Ib., 8-9.

³⁷ Ib., 10.

barriada. La señora Claudina había venido a parar allí después de haber sido echada de la casa antigua donde vivía porque la iban a tirar; antes había trabajado como repasadora de ropa por las casas, y esa había sido su «mejor vida» porque siempre se merendaba o cenaba algo en las casas, «y sobre todo porque se tenía roce con la gente, y se aprendían modales y otras muchas cosas». Entonces no se había imaginado que buscar en la basura fuera «como un trabajo cualquiera». Pero la señora Claudina no se cansa de repetirle al Eli que no diga ni media palabra de más a nadie: «ni se dejase engatusar, si le proponían ir a algún sitio o hacer algún negocio, porque nunca se sabía lo que podría resultar y se habían dado casos de que cogían a uno, le quitaban el riñón, le volvían a coser y ya estaba»³⁸.

Al día siguiente, la señora Claudina presenta a su primo a otros vecinos suyos; el señor Juan, el señor Andrés, y el señor Félix, «que casualmente se encontraba en el barrio» le invitan al Eli a acompañarles a hacer un recado y a dar «un paseo por la capital hasta Atocha o incluso hasta Neptuno»³⁹. Cuando bajan del autobús, a dos pasos de la parada se encuentran con el Heliodoro, «el jefe de los pobres de pedir de la estación» y van a tomar unos vinos. El Heliodoro se interesa por los planes del señor Eliseo, y después de que éste le explica su situación, el Heliodoro se despide. De vuelta a Las Latas, al despedirse el señor Andrés, le dice al Eli que el Heliodoro se presentará cualquier día para hablarle de algún proyecto o negocio, pero la señora Claudina le previene de nuevo a su primo contra «los avispados y los listos» que abundan en Madrid y afirma que le habrá

³⁸ Ib., 17-18.

³⁹ Ib., 22.

llegado al Heliodoro, por algún conducto, la noticia de que el Eli había traído «dinero fresco» del pueblo. En la mañana del miércoles, el señor Felix y el Heliodoro se acercan a casa de la señora Claudina, pero ella y su primo han salido de casa para hacer unas compras y luego dar una vuelta para ver La Cibeles y la Puerta de Alcalá y después, por el Paseo del Prado: «¡Mira, Eli, ése es el Museo de Pinturas!» Mientras el Eli se entretiene con las palomas, la señora Claudina se sienta en un banco; de repente le parece ver una cara conocida y se le acerca una señora, preguntando si no se llamará Claudina Domínguez.

—¡Años, años! —decían luego las dos mujeres al mismo tiempo.

Y la señora Claudina empezó a preguntar por el señor y los niños, y doña Ángeles dijo que el señor estaba en casa con sus pájaros, que apenas salía ni se apartaba de ellos, y que los niños ya eran naturalmente unos hombres y ya vivían su vida [...] pero en seguida fue luego doña María Ángeles la que preguntó, y la Claudina la que respondió, la que explicó, la que gimoteó, porque todas habían sido desgracias para ella, aunque gracias a Dios tenía salud. Tenía un puestecillo y se las arreglaba.

—¿Y dónde vives? —preguntó doña Ángeles.

—Donde siempre —mintió la Claudina.

—Entonces bien, ¿no, Claudina?

—Sí, señora.

Y luego explicó la Claudina que estaba allí porque había salido a enseñar un poco Madrid a un primo suyo, que había llegado del pueblo. Llamó al Eli y se lo presentó a doña Ángeles.

—¡Qué buenos ratos! ¿No, Claudina?

—Sí, señora.

Doña María Ángeles les anima a visitar el museo, que no tendrán que pagar entrada por estar jubilados, y mientras van subiendo las escaleras, la señora Claudina le explica al Eli que «seis años había estado en casa de aquella señora, atendiendo y repasando ropa, y que ya veía él, el Eli, cómo la apreciaban»⁴⁰. Después de ver *Las meninas*, como les había recomendado doña María Ángeles, y algunos cuadros más, vuelven a casa, y allí se les presenta el señor Andrés para decirles que el señor Félix y el Heliodoro se habían acercado de nuevo esa tarde, a preguntar por el Eli, «para un negocio o asunto que tenían o querían tener con él». La señora Claudina responde que su primo no tiene ni negocios ni asuntos, y cuando el señor Andrés se marcha, le dice al Eli que no hay que decir a nadie del basurero dónde han estado esa tarde.

Nunca había oído ella, la Claudina, que alguien, ni por casualidad, hubiera ido al Museo de Pinturas, ni por pienso y, si se enteraban que el Eli había ido, bien que se reirían, como de ella también se reirían; pero no era lo mismo, porque ella era una mujer, y todo era como si al Eli le pillaran un día rezando, que no era lo mismo que si la sorprendieran a ella haciéndolo. Se reirían y la llamarían beata, y nada más; pero un hombre era otra cosa, porque le tomarían ya a chirigota para toda la vida⁴¹.

En la mañana del jueves, una comitiva compuesta por el señor Félix, el señor Andrés, el señor Juan y el Eli se encuentra con el Heliodoro que les propone invertir en el negocio de un amigo, porque todos tendrían algún ahorrito, «sobre todo el señor Eliseo, que habría

⁴⁰ Ib., 52-53.

⁴¹ Ib., 56.

traído buenas perras desde el pueblo»⁴². Cuando el señor Félix y el Heliodoro se marchan, los compañeros de Eli insisten en que no hay que fiarse de aquellos, que son conocidos como *los Vampiros*, porque, entre otros muchos negocios oscuros, se dedican a buscar a personas desesperadas para que vendan su sangre, cobrándoles quinientas de las dos mil pesetas que les pagan por su «donación».

A primera hora de la mañana del viernes, la señora Claudina y el Eli se dirigen al banco para depositar los ahorros del Eli; terminadas las gestiones visitan la Gran Vía, la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, y hasta ven pasar al Embajador de China en carroza, dirigiéndose al Palacio Real. Llegan a la parada en la hora punta, y cuando intentan subir en un autobús lleno de gente, sólo logra subir la señora Claudina y el Eli se queda en la calle. De vuelta al barrio, la señora Claudina, acompañada de la señora Engracia, espera a su primo en la parada, pero éste no llega ni en autobús ni en taxi. A la señora Claudina se le viene el mundo encima hasta que un vecino le sugiere que pida al cuñado de Pedro *Cachule*, que tiene coche, que les lleve a buscar al Eli. Cuando no le encuentran en la parada del autobús, se dirigen a la estación, donde el cuñado de Pedro *Cachule* ve al Eli entre el gentío y le persigue hasta una zona de obras, pero ya le están cargando en una furgoneta dos hombres con bata blanca, que dicen que le van a llevar a la Cruz Roja de la Calle Atocha, cuya clínica resulta luego que no existe.

⁴² Ib., 69.

El sábado la Policía confirma que en ninguna clínica o ambulatorio de la ciudad ha sido atendido durante las últimas setenta y dos horas ninguna persona que responda a la descripción del Eli; por lo tanto, la ambulancia con la cruz roja no sería de ningún centro, aunque también podría haber sido un vehículo prestado por la Cruz Roja a algún centro religioso de acogida, «sobre todo de monjas». Porque según la Policía:

A éstas no se las ponía ya nada por delante y eran muy quienes para andar recogiendo por la noche a los desgraciados que se encontraban por la calle, exponiéndose ellas a lo que fuera; pero, si era esto, se tardaría mucho más tiempo en comprobarlo, porque no es que fueran asilos u hospitales o albergues, sino que eran cuatro a cinco monjas que tenían un piso, y allí recogían a los desgraciados como podían, pero ni sabían las autoridades civiles ni las de la Iglesia, porque esas mujeres hacían la guerra por su cuenta, y con frecuencia se metían en buenos fregados. El año pasado, uno de esos acogidos estuvo a punto de matar a una de ellas, porque la había asestado cinco puñaladas: era un criminal bien conocido, escapado de la cárcel, y ellas no tenían ni idea. Pero aunque la hubieran tenido, le habrían ayudado. Eran unas mujeres imposibles, porque además negaban incluso que tuvieran a nadie recogido, y resultaba más violento entrar en esos pisos a la fuerza⁴³.

Unos policías vestidos de paisano salen de la Comisaría en una furgoneta camuflada; viendo una ambulancia que les levanta sospechas, la persiguen por la carretera de Toledo hasta un chalet,

⁴³ Ib., 136-137.

donde encuentran y detienen a varios hombres, entre ellos el Heliodoro, y recogen del suelo una medalla que luego llevan al vertedero. La señora Claudina confirma que es la medalla de la Virgen de las Angustias que siempre llevaba su primo, y entonces los agentes le aseguran que todo se resolverá bien y que debe estar tranquila.

La tarde del domingo era fría y soleada, algo triste como todas las tardes del domingo en estos andurriales, donde estos días de fiesta el vertedero parecía como un muerto, o una inmensa sepultura; aunque había allí algunos niños jugando con unos perros y habían clavado casi en lo alto un palo con un trapo azul intenso, como una bandera de un país desconocido. Y a la señora Claudina y a la señora Engracia, que la veían desde la ventana de la cocina, esa bandera, sin saber por qué, les dio alegría. Y confianza⁴⁴.

Poco después unos policías encuentran al Eli sentado a la puerta de la estación; un médico le examina y le llevan al hospital; cuando llegan allí la señora Claudina y la señora Engracia, les informan que si el Eli se salva, quizás quede «como una planta, en una silla de ruedas» toda su vida, pero la señora Claudina responde que eso no importa, y las dos mujeres vuelven a casa.

[...] en el vertedero, a primera hora ya de la mañana del lunes, la alegría fue intensa. Aquello parecía el jardín de las delicias; todo el mundo se sentía contento de que se hubiera encontrado al abuelo, por lo menos salvo, y de que viviese aunque fuese un desecho.

—¿Cómo todos, ¿no? —dijo la señora Claudina.

⁴⁴ Ib., 148-149.

Y nadie contestó para negarlo, pero una voz gritó luego:

—¡Eh! No quitéis esa bandera azul de los muchachos⁴⁵.

Las protagonistas de *Las señoras*, que aparecen también en otra novela publicada por Jiménez Lozano en 1999—*Maestro Huidobro*⁴⁶—, están entre los personajes más originales de toda la obra de Jiménez Lozano; son sorprendentes por su «extremada lucidez» y «alegría de vivir»⁴⁷, o como ha señalado Rafael Conte, «tan singulares que serían caricaturas de no ser por el cuidado, la sencillez y la profunda humildad con que su autor las ha perfilado»⁴⁸. Constancia y Clemencia son dos señoras de setenta y nueve y ochenta y dos años, respectivamente, aunque como matiza Constancia, «Realmente nosotras somos señoritas, y por nada del mundo quisiéramos ser señoras, ni que nos pongan “señoras” ni en el sobre de las cartas, como decía santa Teresa»⁴⁹; «poseían un oído tan fino que sus conversaciones eran como susurros; y, cuando se enojaban, todavía bajaban mucho de ese tono, salvo en sus famosos “noes”, que pronunciaban contundentemente cuando las cosas parecían intolerables, o salvo cuando reían abiertamente como colegialas»⁵⁰. Vive con ellas «la señorita Simone», una muchacha «encantadora y muy estudiosa, y una asistente social muy competente» que «había

⁴⁵ Ib., 158.

⁴⁶ Cf. el capítulo titulado «Las coronelas» en *Maestro Huidobro*, Barcelona, Anthropos, 1999, 50-54.

⁴⁷ Teresa Domingo, «El mundo es fábula», *El Correo de Andalucía*, 3 de julio, 1999, 4.

⁴⁸ «Carta de un cristiano insumiso», *ABC Cultural*, 5 de junio, 1999, 11.

⁴⁹ José Jiménez Lozano, *Las señoras*, Barcelona, Seix Barral, 1999, 103.

⁵⁰ Ib., 20-21.

leído casi tanto como ellas, y se desvivía por los demás, allá en el barrio donde trabajaba, el barrio miserable de la ciudad, que estaba junto al río»⁵¹. En la pequeña ciudad donde residen, no es que las señoras «fueran conocidas por todo el mundo, era que la llenaban»; no hacen vida social, por ser «muy reservadas o tímidas», pero sí reciben en su casa a algunos amigos de toda la vida, como el anciano canónigo doctor Bosch, «un hombre excelente y de una sólida cultura...pero de ideas muy anticuadas», a quien las señoras dejan perplejo con sus lecturas de Karl Barth y su afirmación de ser «católicas pero no papistas», y también el comisario de policía, hijo de una muy querida compañera del colegio. Las señoras van todos los días a la misa de las siete de la mañana, a pesar de que «hacía mucho que habían puesto una distancia entre ellas y la Iglesia porque, a sus ojos, ésta había tomado derroteros muy mundanos»⁵². Son, en sus propias palabras, «agustinianas, demócratas, republicanas, anarquistas y reaccionarias»⁵³.

Mientras se preparan para participar en un concurso televisivo —no para ganar los premios, sino porque «el concurso las ofrecía la oportunidad de dirigirse a millares de espectadores» con un importante mensaje, una auténtica «bomba», redactado en latín—, las señoras se encuentran involucradas en un caso policial que tiene que ver con unos amigos de la señorita Simone, sospechosos de tener

⁵¹ Ib., 25. La figura de la «señorita Simone» tiene muchos rasgos de Simone Weil, uno de los «cómplices» más apreciados de Jiménez Lozano. Son numerosas las referencias a la filósofa y activista francesa en la obra del autor, entre las cuales habría que destacar su introducción a S. Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (Barcelona, Paidós, 1995, 9-40) y el ensayo «Queridísima e irritante Simone», *Archipiélago*, no. 43, sept.-oct. 2000, 13-20.

⁵² Ib., 21.

⁵³ Ib., 34.

«ocupaciones secretas». Cuando su amigo el comisario les pregunta sobre esta posibilidad, la contestación es tajante: «¿Y le importa eso mucho a la policía y al Estado, comisario? Ni Luis XIV se metía en esos asuntos». Cuando el comisario les dice que la policía sospecha que Silve, el amigo tetraplégico de la señorita Simone, podría andar en un asunto de droga, ellas le aseguran que es imposible, y que «la señorita Simone y sus amigos son intocables, ni con el pensamiento»⁵⁴. Las señoras preguntan a su amigo:

—¿Y usted nos detendría, comisario?

—Lo que dijera la ley. Ya saben que es igual para todos.

A Constancia la entró la risa, y todavía entró riéndose en el cuarto de estar.

—¿Has oído, Clemencia?—dijo.

—He oído; he oído lo de la ley, lo he oído.

—¿Y no crees que ya es demasiado mayorcito el comisario para creerse esas cosas? Tendríamos que hacer algo para desengañarle.

—Sí, pero los hombres no son como las mujeres. No quieren desengañarse nunca. Y, si un día se desengañan, montan unas tragedias impresionantes⁵⁵.

El comisario, por su parte, sospecha que él mismo se está empezando a contagiar «del espíritu de las señoras» y de su manera de ser: «no se atrevía, como ellas, a ponerse el mundo por montera, pero no aguantaba ya las imposturas de ese mundo y, cuando pensaba que a lo mejor un día llegaría a ser siquiera casi la mitad de libres como ellas eran, comenzaba a respirar mejor»⁵⁶.

⁵⁴ Ib., 29.

⁵⁵ Ib., 35.

⁵⁶ Ib., 45.

Un día las señoras le enseñan al comisario una foto que les había sacado la señorita Simone en una tarde cuando se encontraron con ella y con sus amigos en el parque. Lo habían pasado muy bien, hasta que se produjo un «momento dialéctico con los encargados del orden». Comportándose como «esbirros» y registrándoles los bolsos, los agentes encontraron en el de la señorita Simone unas bolsitas de té, que los agentes creyeron que era droga. Ante las protestas de las señoras, los agentes habían pedido disculpas, pero ellas no se habían quedado del todo tranquilas y se habían quejado al alcalde, porque «se trataba de que los muchachos y las muchachas especialmente tuvieran una explicación, porque no conocían todavía el mundo y ya estaban recibiendo coces de él»⁵⁷. Ellas, sin embargo, son totalmente escépticas ante la autoridad del estado, tanto que cuando habían decidido no cumplir más años, empezaron a dar una fiesta el día veintinueve de octubre.

¿Sabía el comisario qué fecha era? [...] Ellas la habían celebrado siempre, aunque para ellas solas, y luego para a señorita Simone y la Amelita, por todo lo alto. Y le explicaron que, en ese día, el año de 1709, Luis XIV, con la complicidad del Papa, había aplastado el monasterio de Port-Royal. Era decir, se habían llenado de porquería y vergüenza: no habían podido aplastar la conciencia de las monjas y destruyeron la comunidad y los edificios. Así que ellas vencieron.

—Unas cuantas mujeres contra todos los poderes de este mundo—dijo Clemencia.

—Y las había jovencísimas, comisario—añadió Constancia—. Y el rey las llamó republicanas.

Y luego dijo todavía:

⁵⁷ Ib., 52.

—Como nosotras.⁵⁸

Las cosas se complican cuando otros amigos de la señorita Simone, una pandilla de músicos y payasos callejeros, roban unas mantas de un camión del Ejército para repartirlas por las chabolas. Las señoras, cuyo padre había sido militar, interceden por ellos ante su amigo el General Salazar, proponiéndole un «arreglo de la cuestión que salvaba el honor por las dos partes»: que el Ejército, «en vista de las duras condiciones climáticas que se aproximaban, y a tenor del estado de necesidad de bastantes personas, donaba al grupo cultural “Los arlequines” doscientas mantas para su distribución, siete u ocho de las cuales ya habían sido ofrecidas como muestra, y aceptadas con agradecimiento»⁵⁹. Pero cuando «Los arlequines» empiezan a repartir las mantas donadas, unos comerciantes de la ciudad les acusan de ser los responsables de unos robos que se han perpetrado durante esos días, y la banda decide perderse en Madrid. La señorita Simone le pide al comisario que los encuentre antes de que se metan en más problemas.

Mientras la policía continúa con su investigación del caso de la señorita Simone y las «papelinas» de droga, y con la búsqueda de «los arlequines», las señoras siguen preparando su «asunto secreto» o «guerrilla», que culminará con su participación en el concurso televisivo, pero sólo después de haber estudiado a fondo «los modos más sofisticados de agitación y destrucción social o, mejor dicho, de cómo arrancar los quicios de la imbecilidad y la injusticia del

⁵⁸ Ib., 53.

⁵⁹ Ib., 83.

mundo»⁶⁰. Por fin llega el gran día y las señoras se desplazan a Madrid, donde son recibidas por los organizadores del concurso conducidas al plató. Ocupan sus atriles, y el locutor anuncia que el tema que han escogido para concursar es el de las novelas policíacas. Constancia y Clemencia contestan las primeras quince preguntas sin dificultad, pero deciden renunciar al premio correspondiente, y lo mismo ocurre cuando contestan correctamente la vigésima pregunta. Pero cuando llegan a la pregunta número veinticinco—«¿De qué enfermedad murió el autor de *El cuervo*?»—la respuesta de las señoras no es aceptada por ser inexacta, y ellas se ven obligadas a recurrir al notario presente en el concurso para levantar acta de su protesta. Durante un descanso, Constancia extrae de su maleta una carpeta titulada «Documentos sobre la trágica muerte del querido Edgar Allan Poe» y las señoras consiguen convencer a los asesores del programa de que su contestación era correcta.

El aplauso de la sala fue atronador e inacabable, pero al fin se hizo el silencio, y Clemencia dijo con una voz firme y calma:

—En realidad, el querido Edgar Allan Poe murió de lo que todos morimos: porque sólo somos hombres y mujeres. «*Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletus multis miseriis, qui quasi flos egreditur et conteritur, et fugit velut umbra*».

Nadie respiraba en la sala, y Constancia tradujo:

—«Hombre de mujer nacido, que vive breve tiempo, lleno de muchas miserias, que como una flor nace y se aja, y se va como una sombra».

El silencio prosiguió todavía, y sólo fue luego roto por la intervención de la orquesta [...] los espectadores

⁶⁰ Ib., 101.

se habían levantado de sus asientos, e iban saliendo.
Ya no hubo aplausos y no se oía una voz⁶¹.

El mensaje que han querido transmitir las señoras, del aspecto trágico de la vida y el carácter inevitable de la muerte, no ha sido precisamente bien acogido; a la vuelta a casa, su amigo el comisario les felicita: «Estuvieron ustedes colosales...Aunque un poco fuertes.» Ellas contestaron que Job puro⁶². Pero entonces el comisario les da una triste noticia: la señorita Simone ha sido herida en una manifestación, y los médicos no saben si vivirá, porque ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. Y lo peor es que entre los atacantes estaba uno de «Los arlequines». Al rato suena el teléfono y lo coge Clemencia.

[...] respondió en un susurro casi inaudible y, con cuidado extremo, colgó. No dijo una sola palabra luego. Se sentó sencillamente, de nuevo, a la mesa, y puso las manos juntas sobre ella, con las palmas hacia arriba, como se hace para tomar agua en un manantial. O como para ofrecer algo, una ofrenda muy pequeña; quizás la propia vida⁶³.

Pasando de las novelas de Jiménez Lozano a sus cuentos, en *El santo de mayo* predominan los personajes masculinos; pueden señalarse, sin embargo, dos cuentos en los que destacan las figuras femeninas que se encuentran en situaciones parecidas a las tratadas en algunas de las novelas comentadas anteriormente. En «Los

⁶¹ Ib., 184.

⁶² Ib., 185.

⁶³ Ib., 186-187.

cuquillos» el protagonista le pide a su abogado que desista de poner un pleito:

Pues mire usted, don Bernardo, que lo he consultado con la Ignacia, mi mujer, y lo he pensado bien y lo vamos a dejar. Usted dice que es pleito ganado por abuso de amor de la Concha, mi hija, y el señorito don Luis que la ha deshonrado, pero pensándolo bien la Concha se puede ir a servir a Barcelona y en paz, que, como es pobre, lo que ha pasado con el señorito don Luis, la iba a pasar de todas maneras, otro día, así que lo principal es que encuentre un apaño, que nunca faltará y qué se le va a hacer⁶⁴.

El monólogo prosigue, desvelando los abusos que ha sufrido toda la familia a manos de don Luis, de su padre y de su tío; el hombre le asegura a su mujer «que ahora estos hijos de tal iban a pagarlo todo», pero ella le sigue recordando los chantajes y desmanes perpetrados por los señores.

[...] la Ignacia dijo: ¿me ves? ¿por qué te crees que te sacaron de la cárcel? Porque tuve que acostarme casi un año con el don Herminio para que salieses. Y entonces yo, señor abogado, le di a la Ignacia un bofetón en la cara y allí se ha quedado echando sangre. Pero, ¿qué iba a hacer? Pero lo de la Concha tiene que pararlo usted como sea. Aquí tiene cinco mil pesetas, que tenía para un marrano, más no tengo, pero párelo usted y en paz. Que soy pobre y quiero ser hombre como los demás. Pero tiene razón la Ignacia: que hay que nacer, y nosotros hemos nacido para nada⁶⁵.

⁶⁴*El santo de mayo*, Barcelona, Destino, 1976, 21.

⁶⁵ *Ib.*, 23-24.

En «El castigo», sin embargo, el paso del tiempo hace que los abusos de los hombres contra las mujeres puedan ser recordados con una fina ironía: un grupo de mujeres vela el cadáver del señor Antonio, «el que se dedicaba a poner a los presos las lias en las muñecas, cuando los sacaban a fusilar». La Margarita recuerda que fue él quien ató y sacó a fusilar a su padre, mientras que otras aseguran, suspirando, que «era muy bueno». A la salida, comenta la Margarita: «¡Mira que decir que era un santo! ¡Si toda la gente dice que no dejaba hembra sin tocar! [...] ¡Si en la cama esa de la alcoba de dentro de donde hemos estado ha probado a todas: solteras, casadas y viudas!» Y contesta su amiga la señora Luisa: «Sí, pero mira ¿de qué le ha servido? ¡Si cuando le han amortajado, ni se lo encontraban de tan arrugado y pequeñito que lo tenía!⁶⁶» A Margarita se le iluminan los ojos.

—Lo contenta que se va a poner mi madre. Porque también a ella la tocó, que tuvo que aguantarle porque dijo que iba a soltar a mi padre. ¡Qué lástima que se haya muerto, señora Luisa! Debió de vivir cien años con eso así disminuido, sin poder. Y hasta yo me hubiera acostado con él para vengar a mi padre, haciéndole sufrir.

Y soltó una gran carcajada [...]

Y, de repente, se dieron cuenta de que todo el velorio reprimía la risa. Habían estado hablando a la ventana de la habitación y las habían oído todo [...]

La mujer del señor Antonio está a punto de quitar el crucifijo de las manos de su difunto marido, cuando entra el cura y afirma que «De

⁶⁶ Ib., 35-37.

todos modos ha sufrido lo suyo y Dios le habrá perdonado». Pero dice la madre de la Margarita, cuando le cuenta su hija lo ocurrido: «Yo, con que se le haya disminuido, me doy por conforme»⁶⁷.

En *El grano de maíz rojo* los relatos protagonizados por mujeres, o con personajes femeninos significativos, son más numerosos. «El arreglo de boda» trata de la Rita, una soltera que «no había tenido suerte» pero que ha logrado tener novio, a pesar de tener la cara desfigurada por quemaduras⁶⁸.

Menos mal que salvó los ojos, la pobre, pero la nariz la quedó en un cachito de nada y los dos agujeros, ahí, como una calavera, no hacía falta más que verla: daba un no sé qué. Pero como era buena como un pan, Dios la iba a premiar ahora y podía recogerse, porque el de Alemania lo que quería era una mujer de su casa y un apaño para la necesidad [...]»⁶⁹.

Pero el día en que la Rita recibe en su casa a su novio y su futura suegra, «la señá Julia», ésta declara que «si esto era una mujer, que dónde tenía los ojos, que parecía una máscara y que si se iba a meter con aquello en la cama, que no era una mujer sin la nariz

⁶⁷ Ib., 37-38.

⁶⁸ En *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 37-38) aparece la siguiente nota, que parece estar en el origen de este cuento: «Las gestiones para colocar a X como portera fracasan. Quienes habían puesto el anuncio en el periódico, al presentarse la pobre X y ver su rostro, han desistido y ni siquiera se ha hablado de condiciones de contrato. La han dicho que no necesitan a nadie. X tiene un rostro sin apenas nariz. Hace unos años estuvo a punto de casarse, pero el día de la pedida de mano, la madre del novio, al verla, dio por roto el compromiso y la indemnizó con cien o quinientas pesetas. Su padre fue fusilado en los primeros días de la guerra civil, en el propio corral de su casa, y la infancia y juventud de esta mujer han sido terribles: la madre murió pronto y un hermano emigró en busca de trabajo. Es un personaje dostoiévskiano, realmente [...]».

⁶⁹ *El grano de maíz rojo*, Barcelona, Anthropos, 1988, 125.

completa. Pero que, si por los gastos y el compromiso tenía que hacer una indemnización, ella de eso no se apartaba, claro está. Y que qué la parecían quinientas pesetas o seiscientas o incluso las mil [...]»⁷⁰. El novio y su madre se marchan, y la Rita está a punto de echarse a llorar, cuando aparece «la Sabina, la hornera» con el asado que ha preparado para la celebración.

Y la Sabina vio las mil pesetas sobre la camilla y la aconsejó en seguida: pues tú no seas tonta, Rita, que más se perdió en Cuba; tú a vivir y que el alemán se las componga con su madre. Pero hubo un silencio, y parecía que la Rita iba a estallar, de nuevo, en lágrimas, aunque sólo dijo: Sabina, ¿entonces te quedas conmigo a comer el cordero? Pues claro que sí, contesto la Sabina, y rezaron un padrenuestro y se pusieron a comer tan contentas. A ver de qué iba a echar de menos la Rita a un cojo y escuchimizado como el Alejandro, decía la Sabina; y que el corderillo era una ternura. Pero la Rita contestaba que, sin embargo, el Alejandro, el pobrecillo, era bueno y había puesto los ojos en ella. Solo que a ver qué iba a hacer ¿no?, y que se fijara la Sabina en la lista azul de los platos que bonita era. Sabe Dios cuándo volvería a usarlos ya⁷¹.

En «El traspaso», la dueña del «burdel elegante de la pequeña ciudad provinciana, que se llamaba *mueblé* y se decía que tenía todos los refinamientos de estas casas en Francia», se da cuenta de que el negocio ya no es lo que era y decide traspasar la casa con todos sus enseres. «Pero que las chicas estuviesen tranquilas, decía doña Adela,

⁷⁰ Ib., 128.

⁷¹ Ib., 128-129.

en torno a la gran mesa del cuarto de estar, que no las traspasaría a ellas con la casa sin más ni más, como se hacía con los esclavos o los jugadores de fútbol, ahora mismo, y sin dejarlas bien colocadas y, al fin y al cabo, siendo, como lo habían sido siempre, las dueñas y señoras de la ciudad, conocedoras y guardadoras de sus secretos, los más íntimos de cada vida, y así respetadas y temidas»⁷². Y doña Adela comienza a recordar «peores tiempos», «cuando las misiones de después de la guerra, por ejemplo [...] como malhechores habían salido de allí, una mañana con el alba, entre dos guardias civiles, que algunas de las chicas lloraban por el camino hasta la estación. Pero ¿cuánto había durado aquello? Los misioneros y los gobernadores iban y venían, aparecían y desaparecían, los nombraban y los desnombraban, pero la casa seguía estando allí y a ella volvieron»⁷³. También recuerda doña Adela cómo en «aquella noche temerosa de julio», se encontró con el cura del pueblo, que le dijo «doña Adela, es usted como la mano de la Providencia» y le dió dos besos en las mejillas, dejándole atónita, porque era el único agradecimiento que había tenido en su vida.

[...] Y bien caro que le costó a él hacerlo, porque alguien debió de vernos, algún Judas [...] y bien le asentaron la mano, que no ha vuelto a levantar cabeza. Pero Dios se lo premiará, hijas, que ese beso fue como la respuesta de la Virgen Santísima de la Soledad, como si hablase. Porque zorras somos, y esta cruz nos ha caído en esta vida, pero, desde el primer momento de la guerra me dije: Adela, esta es tu hora. Tú tienes cogidos a los hombres de este poblacho por donde los tienes cogidos y bien cogidos, y tienes que evitar que se maten como

⁷² Ib., 140.

⁷³ Ib., 141.

dicen que ya han comenzado a matarse en todas partes, ¡Virgen Santísima, lo último que se puede hacer en esta vida!⁷⁴.

Y cuenta doña Adela las ocasiones en que pudo convencer al «amo de las listas» de no fusilar a los hombres que allí aparecían, o que hacían chantaje con «unas cartas muy bien escritas y bien guardadas con pelos y señales [...] Y esas otras cosas de los espejitos y que si vestida de monja estarías más rica, Paca. Y la Paca que no, y yo que no: lo que quieras pero estos sacrilegios, no, ni tampoco estas burlas de esas pobres mujeres [...] Y ya sabéis, hijas, que no hay bombas en el mundo como las que podemos hacer estallar nosotras [...]»⁷⁵. Al final, doña Adela reconsidera su decisión y decide que no habrá traspaso de la casa:

[...] que aquí nos estaremos hasta que seamos viejas y nos lleven al hospital, cuando ya nadie tenga una mirada para echarnos encima, y nos pongamos gordas y fofas como yo ya me estoy poniendo, y se nos hinche la cara con las penas, como a esa Virgen de la Soledad, ya os digo, nuestra madre, no lo toméis a broma las más jóvenes y espabilad a tiempo, antes de que hagáis una tontería como la que yo iba a hacer, ahora, con esto del traspaso que se me había puesto en la cabeza⁷⁶.

Los estragos de la guerra también constituyen el trasfondo de «El ilusionista», cuya narradora en primera persona, contestando una carta que le ha sido dirigida de parte de «ese ilusionista o titiritero que

⁷⁴ Ib., 142.

⁷⁵ Ib., 144.

⁷⁶ Ib., 146.

dice usted que le ha ido a visitar, interesándose por su madre», cuenta la historia de dos mellizas: la Marce, que «estuvo metida en política» y la Martita, que «era inocente, y siempre lo fue». Después del fusilamiento del padre de las chicas, su madre empieza a llamar a cada una por el nombre de la otra, de modo que cuando tres individuos se presentan en la casa de Marcelina buscando a la Marce, la que se llevan es a la Martita, la «inocente». «Pero ni una lágrima ni un chillido; aunque bien sabía la Marcelina que la Martita-Marce adonde su marido iba, pero ¿qué iba a hacer? Ya se lo tenía tragado, ¿y qué se puede hacer contra una mano poderosa?⁷⁷». En la primavera siguiente, aparecen de nuevo los mismos tres individuos:

Y ¿a quién dirá usted que traían? Pues a la Martita que se llamaba Marce. Llamaron, y, cuando la pobre Marcelina apareció en la portal, la espetaron: usted nos ha engañado. Esta es Marta Domínguez, y la teníamos que dar a usted dos tiros por el timo; pero aquí se la dejamos con tripa y todo, y gratis, y usted nos da a la otra. Y, entonces, se oyó un grito desde dentro: el grito de la Marce de verdad [...] Y, en seguida, se presentó ante ellos, besó a su madre y a la Martita y dijo: ¡Vamos! Y ésta sí que no volvió ya, ni viva ni muerta⁷⁸.

A la Martita le nace un hijo y aunque su madre queda trastornada, ella «se había asentado y no parecía inocente»: «Como una santa puede usted asegurarle a ese su hijo, y menos mal que ya

⁷⁷ Ib., 150.

⁷⁸ Ib., 151.

tiene un oficio como ese y puede andar por ahí entreteniendo a la gente de las penas [...] »⁷⁹.

En la misma colección, «La velada» narra la vejación de una mujer estéril que lleva casada casi hace tres años, y que, por no haberse quedado embarazada, tiene que soportar todas las noches el mismo lamento de su suegra: «Carmen se echaba su echarpe azul sobre la espalda, mientras apuraba todavía la labor o la lectura y oía repetir a la vieja, que, entonces levantaba la vista del devocionario, mirando por encima de sus anteojos de oro: ¡Jesús misericordioso, tened compasión de mí! La rodaban indefectiblemente dos lágrimas [...] porque esta puede ser mi última noche, hija, y me moriré sin ver a un nieto [...] que ya te enterarás lo fría que es la muerte de una mujer casada sin hijos, que hasta las sepulturas son más frías, decía mi madre [...]»⁸⁰. La vieja insiste en que si le pasa algo, que no se le avise a su otro hijo: «Que venga, si quiere, a mi entierro; pero yo no quiero verle en vida. Le despedí con una sotana puesta cuando se fue al Brasil, y no quiero verle, ahora, como guerrillero.»⁸¹ El marido de Carmen también le reprocha su esterilidad.

[...] porque eres tan estrecha de caderas y todo huesos y prominencias por todas partes y tan fría. Y si mi hermano mejora y sale de ese estado en que le han puesto las palizas de los americanos por meterse en política, ¿qué crees que hará?: casarse como todos esos curas guerrilleros, y, si tiene hijos, él es el mayor y reclamará la finca, ¿qué te crees? Antes de casarnos tenías que haberme dicho que no podías tener hijos,

⁷⁹ Ib., 152.

⁸⁰Ib., 155-156.

⁸¹ Ib., 157.

porque no me digas que estas cosas no se saben. Pero tú ¿qué ibas a decir, si lo que querías era atraparme a toda costa?, y la llamaba zorra y zorra [...]»⁸².

La única alegría de Carmen es imaginarse que su cuñado Antonio «allí en el monasterio, alorado en su sillón...se levantara un día como un ángel vengador», y cuando por fin duerme su marido, se pregunta: «¡Jesús misericordioso, tened compasión de mí! ¿adónde iría todo esto?»⁸³

Los abusos perpetrados por hombres poderosos contra las mujeres pobres están también en el trasfondo de «El empleo», que trata de un hombre ambicioso, hecho a sí mismo, que, al entrevistar a un joven para ocupar un puesto en su empresa, recuerda que conocía a su madre cuando iban juntos a la escuela. Le cuenta como se hizo «amo del pueblo» repartiendo un poco del pan que sobraba en su casa a los otros niños, y le ofrece un trabajo en su casa, como mozo de comedor y chofer, «y, luego, cuando te hayas acostumbrado a esto, ya veremos».⁸⁴ De pronto se oye el grito de don Julián y algo pesado que cae al suelo; el muchacho le ha golpeado en la cabeza con la escribanía de mármol, y todos los empleados se preguntan por qué, especialmente la secretaria que había oído la conversación, como la de un padre o un benefactor.

[...] porque tu madre era, entonces, una chica que ya despuntaba, ya me entiendes, y estaba muy desarrollada para su edad, que tendría catorce o quince

⁸² Ib., 158.

⁸³ Ib., 159.

⁸⁴ Ib., 162.

años, y, fijate lo que son las cosas de los chicos, y lo que era el hambre, que yo, muchos días, cogía de casa el mejor cantero de pan bien tostadito y blanco como la nieve y la decía: Angustias, si me lo enseñas, es tuyo. Y ¿qué iba a hacer la pobre?, pues se alzaba un poco la falda y me lo enseñaba. Y hasta algún achuchón se llevó, luego; que lo he recordado tantas veces, y, ahora, pues, lo que es la vida y las vueltas que da, que ahora un hijo suyo, pues viene aquí a trabajar conmigo, como un hijo, si tiene ambición y está dispuesto a todo, y no quiere ser un borrego y un desgraciado cualquiera⁸⁵.

Y en «Los antojos», una mujer mayor cuya alegría no ha sido vencido por las terribles circunstancias de su vida, viaja en tren con dos mujeres jóvenes «primerizas», que comentan sus caprichos de embarazadas: «fresas y espárragos, ahora precisamente, en octubre tan avanzado»⁸⁶. La mujer, que está sentada frente a ellas, les dice: «Yo siempre he llevado muy bien los embarazos». Había tenido diez hijos en quince años, «pero nunca había tenido antojos durante esos embarazos; porque no se tenían antojos en aquellos tiempos, si se era mujer pobre, claro está». Ahora venía de ver a su Rafaelito, que estaba en el manicomio; «lo único que la consolaba es que cuando ella faltase, él se quedaría allí bien atendido, y tan feliz, porque la decían lo médicos que, si en medio de su alegría, se ponía triste y comenzaba a llamarle a ella: ¡mamá, mamá!, entraba una monja y su Rafaelito la abrazaba y la daba un beso y volvía a reír tan contento [...]»⁸⁷. Cuando las jóvenes le preguntan por sus otros hijos, contesta ella que murieron todos, que ninguno vivió

⁸⁵ Ib., 163.

⁸⁶ Ib., 165.

⁸⁷ Ib., 167.

más de tres meses. Una de las embarazadas dice que si su hijo se muriera, ella se volvería loca. «Y ella comenzó a explicar que, sin embargo, así es la vida o así había sido su vida por lo menos. ¿Y qué se podía hacer? Lo peor fue cuando murió el primero, porque luego ya se hizo de corcho y no tenía ni lágrimas. En cuanto nacía otro niño, sabía que iba a morir [...] porque ella no tenía leche para criarlos, ni tampoco dinero para comprarla». Su Rafaelito había vivido porque su hermana se había quedado embarazada al mismo tiempo y lo pudo criar. Al llegar a su estación, la mujer «tomó su bolso de hule, y, al despedirse, las sonrió: “Ya verán qué hermosos son sus hijos”. Entonces se percataron, de repente, de que ella apenas si tenía arrugas en la cara y de que los ojos eran muy azules, y sus movimientos algo torpes. Pero como los de una muchacha no acostumbrada aún a manejarse en la vida»⁸⁸.

De los cuentos reunidos en *Los grandes relatos*, todos relacionados entre sí al ser contados por un mismo narrador en primera persona que evoca los recuerdos de su infancia y juventud, hay varios que destacan por sus protagonistas femeninas. En «La Zótica», el narrador recuerda un triste caso de extrema pobreza y muerte temprana: el de una joven que «abultaba lo que un comino», y cuyo padre la había sacado de la escuela al morir su madre, para hacer las faenas de la casa. «Y me acuerdo yo muchas veces de esta Zótica, como ahora mismo me la estoy representando en una tarde de esas de noviembre, con el cielo de un rojo cárdeno [...] allí estaba Zótica al calorcillo del adobe, sentada en su silla baja de

⁸⁸ Ib., 168.

espadaña [...] tan contenta, tarareando por lo bajito una canción de las que cantaban al corro las muchachas. Pero muy bajito, ya digo, no fuera que la fuese a dar la tos, que la dejaba sin resuello⁸⁹». Al narrador le hubiese gustado casarse con la Zótica, si no llega a morir.

Pero bien se ve que estaba ya señalada para no llegar allí, y ni asomo tenía de pechos ni caderas ni nada: sólo ojos que la comían toda la cara como dos carbones. Aunque luego cuando me atrevía a mirarla de reajo en el ataúd, vi que se la habían subido los colores y estaba allí tan guapa y como más mujer, tal y como yo me la imaginaba, cuando se desarrollase y llegase al gallinero. Es decir, se hiciese ya moza para casarme ya con ella.⁹⁰

Al inicio del cuento titulado «La señorita Obdulia» el narrador afirma que «había entonces muchas iniquidades, claro está. Pero lo que se pregunta mucha gente, ahora mismo, es si esto de la vida y de los adelantos de ahora no va a ser para peor en muchos casos, dicen»⁹¹. Y entonces se van entrelazando dos historias: la de la señorita Obdulia y la de la señora Rosalía, que según el «médico nuevo» tendría que haberse internado debido a unos ataques que le

⁸⁹ Ib., 17.

⁹⁰ Ib., 17-18.

⁹¹ En *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 122) el autor anota la siguiente historia, que podría estar en el origen de este relato y de otros cuyas protagonistas llevan el mismo nombre: «De nuevo esos rostros de mi infancia, seres de la vida tan atroz pero que con su pobreza y su sufrimiento siguen iluminando la mía. Obdulia, que se volvió loca, al ser requerida y presionada, día tras día, a entregarse sexualmente, si quería evitar que asesinasen a su tío con quien vivía. Y no hubo asesinato, y ni siquiera intención de llevarlo a cabo, pero los nervios de Obdulia se rompieron y tuvo que ser internada. La he vista llorar y llorar, y sólo he podido comprender mucho más tarde la razón de ese llanto.»

daban desde la adolescencia, aunque su hermano discrepa de esta sentencia.

[...] como si no hubiera vivido hasta entonces sin tener que ir a ningún médico, a ninguna parte, ni a hacerse análisis en más de cincuenta años; que cuando la daban los ataques, tomaba una taza de tila [...] «La cogías la cabeza entre los brazos, dice su hermano, mi vecino, la atusabas un poco el pelo, y la decías: ¡Bueno, bueno, Rosalía, que no ha parado ningún coche especial, aquí a la puerta! ¿Qué coche crees tú que iba a parar aquí?» [...] Y se calmaba en seguida la pobre, dice su hermano [...]⁹².

El origen de los ataques que sufre la señora Rosalía está en «la impresión» que recibió a los dieciséis o diecisiete años: «Que fueron dos corderos de un golpe, y dos seres indefensos, la señorita Obdulia y mi hermana, los que entonces cayeron como heridos de una misma cuchillada»⁹³. La señorita Obdulia era soltera y vivía en «aquel casulario de no sé cuántas habitaciones [...] estaba a sus rezos y a sus lecturas, o sus bordados, y a hacer la caridad con la gente, que ayudó a medio pueblo; y algunos días, además, aquella casa parecía una romería de pobres a pedir»⁹⁴. El hermano de la señorita Obdulia, don Emilio, y su mujer la presionan para llegar a un arreglo sobre el reparto de su herencia, ya que los padres habían mejorado a su hija porque en vez de ir a un convento, se había quedado a cuidarles. Y se oía a don Emilio decir a su hermana: «Más despacio, Obdulia, más despacio, que cuando se

⁹² Ib., 28.

⁹³ Ib., 29.

⁹⁴ Ib., 31.

hagan las cuentas y tengas tu parte, haces con ella lo que quieras, y se la puedes regalar a los desamparados. Como si te quieres acostar con ellos»⁹⁵. Don Emilio consigue ser nombrado tutor de la señorita Obdulia, y «ella, pues a llorar, que se la notaba en los ojos, aunque decía la Rosalía que nadie nunca, no, eso jamás, la pudo arrancar la sonrisa de los labios; pero que empezó a decaer, y a decir y a hacer cosas raras que nunca jamás las había hecho [...] »⁹⁶. Por fin, un domingo don Emilio le anuncia a su hermana que todo está arreglado para que vaya a un convento, que la está esperando fuera un coche con dos monjas para acompañarla. La señorita Obdulia se arregla en seguida—«parecía una novia de lo guapa que iba»—y sale por la puerta; pero entonces la señora Rosalía ve una mano de hombre que se alarga desde la furgoneta para coger la maleta de la señorita Obdulia y le avisa a gritos de que la quieren llevar a la fuerza a un manicomio.

Y nunca más se supo de la señorita Obdulia [...] pero si a sus setenta años hubieran tenido que internar a la señora Rosalía por sus ataques, en cuanto hubiera visto la mano del médico o sentido el coche, que mi vecino, el hermano de la señora Rosalía, no lo quería ni pensar, porque hubiera sido la iniquidad de la señorita Obdulia y de su hermana, dos corderos de un golpe, dos seres indefensos, dice mi vecino ahora, cuando hablamos de las iniquidades de antes, o de éstas de ahora mismo⁹⁷.

⁹⁵ Ib., 31-32.

⁹⁶ Ib., 32-33.

⁹⁷ Ib., 35.

En «Los malos pensamientos» se cuenta la historia de una mujer que salió favorecida después de haber sido explotada. Doña Paula descubre que su marido don Sebastián, un hombre muy piadoso y escrupuloso, tiene «malos pensamientos que no le dejan de desazonar un instante»⁹⁸. Pero debido al delicado estado de salud de don Sebastián, el médico recomienda a doña Paula que se le conceda su antojo: que la criada Paulita, «que tenía veinte años y era una chica muy delgadita y muy formal» le enseñe un lunar que tiene un poco más arriba de la rodilla. En un principio doña Paula quiere despedir a la Paulita, pero esta ofrece quitarse el lunar, porque «ella misma se lo había pintado porque don Sebastián mismo se lo había pedido un día, porque necesitaba verlo y mirarlo [...] De manera que doña Paula, por lo visto, iba luego rezongando siempre cada vez que se encontraba con la Paulita en la casa: “¿Con que necesitaba mirarle, eh?”»⁹⁹. Al final la Paulita no se marchó, y «cuando murió don Sebastián y luego muchos años después doña Paula, se encontró como dueña y señora de todo, porque la habían prohiado además antes de morir don Sebastián, por lo buena que había sido siempre y las mejorías que había tenido don Sebas en su asma, cuando veía el lunar»¹⁰⁰. Al final nadie se acuerda de los detalles de la historia, ni «nadie supo nunca nada luego de si el lunar que tenía la Paulita era verdadero o falso; aunque la gente estaba intrigada con ello un poco, porque al fin y al cabo, eso era lo que la había hecho “doña”, ¿no?»¹⁰¹.

⁹⁸ Ib., 123.

⁹⁹ Ib., 126.

¹⁰⁰ Ib., 126-127.

¹⁰¹ Id.

Los más de noventa cuentos de *El cogedor de acianos* tratan de los acontecimientos y encuentros de la vida cotidiana de personas que viven en pueblos o ciudades pequeñas, en toda su aparente insignificancia o superficialidad, pero también su misterio. Casi todos los relatos son de menos de dos páginas, pero esta brevedad no impide que mediante el intercambio de unas palabras, un saludo, una carta, una sonrisa, o simplemente una mirada surja una relación, o incluso un conflicto, capaz de transformar, o al menos interrogar a las personas que viven esa experiencia. Carcajada. En «El convite», cuando al señor Liborio le toca la quiniela, «aunque todos sabían ni con el doble que le hubiera tocado taparía [...] los agujeros que tenía en su casa», él da una merienda en la que su mujer pone de todo, incluyendo «vino sin gaseosa de ciento y pico pesetas la botella. Y como la pobre señora Luisa, su vecina de siempre, no tenía dientes y no podía comer más que cosas blandas, la habían comprado dos yogures de frutas y una raja de salmón grandecita y roja, que estaba ahumado y así olía de bien. “¿Queréis probarlo? ¿Queréis?”, decía la señora Luisa toda excitada»¹⁰². En «La adivinadora», la señora Ángela, «que se había pasado a cerillera desde adivinadora porque la habían hecho un juicio falso de que había robado una pulsera a una clienta» le aconseja a su amiga «“Tú, Herminia hija, especialízate”»; es decir, que no sea adivinadora de amores, ni loterías, ni destinos, sino que se dedique a los que la consultan para saber si un hijo iba a recuperarse de una enfermedad, o si va a encontrar trabajo.

¹⁰² José Jiménez Lozano, *El cogedor de acianos*, Barcelona, Anthropos, 19.

Y así hacía la señora Herminia, que siempre decía después de extender las cartas, mirar las manos despacio, y dar vueltas a la bola de cristal que era de la señora Ángela, «Pues ¡claro que sí! ¡Claro que sí! ¡Vete tranquilo!». Y todos se iban tranquilos, y nadie se había quejado hasta ahora de nada. Era la mejor adivinadora que había [...] ¹⁰³.

Y en «El ministro» dos ancianas bajan el sonido del televisor en el que está un hombre «hablando y hablando de lo que fuera» y escuchan al canario «al solillo de la ventana, que se desgañitaba cantando [...] Y estuvieron escuchándole un poco, que era una divinidad, mientras el ministro seguía hilándola y hilándola, con el volumen bajo; porque todavía no había dado más que el segundo toque a misa, y las daba tiempo de entretenerse un poco» ¹⁰⁴.

El relato «La señora de la limpieza» recrea la historia de un personaje cervantino, *la Costancica*, uno de los más apreciados por Jiménez Lozano y que aparece también en las novelas *El mudejarillo* y *Las gallinas del Licenciado*. Un hombre vuelve después de quince años a una fonda donde se había hospedado, y que ha sido convertida en hotel, y pregunta por la hija de los antiguos dueños. Nadie le sabe decir nada, hasta que, en la mañana en que se va a marchar, «volvió a mentar a aquella otra muchacha de hacía quince años», que servía en el comedor, y en la recepción, y en el teléfono.

Y, entonces, una mujer joven todavía que estaba limpiando el suelo allí cerca, a estas horas tan

¹⁰³ Ib., 28.

¹⁰⁴ Ib., 49-50.

tempranas, con la primera luz del día, se detuvo un momento en su tarea y dijo:

—Usted quiere decir la Costancica.

—Sí—contestó él—.¿Y qué hace ahora?

—Pues servir—dijo la mujer con una voz muy dulce.

Y luego sonrió con mucha alegría, pero no pudo continuar hablando porque el jefe de personal apareció de repente en el vestíbulo preguntando por la señora de la limpieza de las plantas de abajo y, al verla, ordenó:

—Limpie primero el piso del salón, porque a las nueve hay unos actos.

Así que ella, le volvió a sonreír, tomó el cubo con la fregadera y echó a andar hacia el salón. Pero, de todos modos, volvió la cabeza y le miró [...] ¹⁰⁵

Cuando el hombre por fin se atreve a preguntar cómo se llama la señora de la limpieza, «no supieron qué contestarle porque llevaba poco tiempo viniendo a limpiar y porque además las mujeres de la limpieza eran ocho o diez, de modo que tendría que preguntar al jefe de personal. Pero su taxi ya estaba a la puerta [...]». ¹⁰⁶

«La ayudadora» trata de una mujer cuyas manos «sabían hacer todo».

Y así lo que pasó fue que en el pueblo era ella la que vestía a las novias para su boda, y luego hacía la cama a los recién casados, y al obispo cuando venía a confirmar al pueblo, y también la que vestía a los niños para el bautizo, y a las Vírgenes para la procesión, y los altares el día del Corpus, y quien amortajaba a los muertos; pero sobre todo la que mullía la cama a los enfermos, los colocaba bien el embozo, los ponía cojines para que respiraran un poco mejor...y nadie como ella sabía ponerlos la mano en la frente cuando

¹⁰⁵ Ib., 73.

¹⁰⁶ Ib., 74.

iban a devolver para que pasasen el trago; como los que iban a morir, que todos querían poner sus manos entre las de ella, como si fueran a saltar¹⁰⁷.

A pesar de todo el trabajo, las manos de la mujer siguen siendo hermosas hasta que un día «se la comenzaron a agarrotar y abrir en las palmas precisamente y en las yemas de los dedos, y ya no podía hacer nada con ellas» y las llevaba vendadas.

A veces todavía las ponía con mucho cuidado sobre la cabeza de los niños que la llevaban algún presente de parte de sus madres...pero luego ya ni podía levantar los brazos, y cuando murió sus manos eran como garfios retorcidos, y tenían una llaga enconada en sus palmas, con un ribete de color verdoso; y entonces el médico al quitarla las vendas preguntó:

—Pero esta pobre mujer, ¿a qué se dedicaba?

Y una mujer de las tres o cuatro que había allí en la alcoba con el médico, contestó:

—¡Anda, pues era la ayudadora de todo, con las manos tan divinas que tenía!¹⁰⁸

Y en «La casa sin ventanas», una niña le pregunta a su abuela por qué no le habla la gente, y la abuela contesta: «Porque creía que yo había estado en la casa sin ventanas». Y la niña le pregunta qué gente vivía allí:

—¡Pobrecillos! ¡Pobrecillos!

—¿Quién, pobrecillos?—volvía a preguntar la niña.

—Los que allí estaban—contestaba la abuela—.

Todos los que allí estaban.

Y la explicaba también que eran las madres con sus niños, y que luego las madres se iban y los niños se quedaban:

¹⁰⁷ Ib., 85.

¹⁰⁸ Ib., p. 86.

—¡Chiquitines, chiquitines, chiquitines!—decía.

—¿Y qué hacían?—preguntaba otra vez la niña.

—Pues morirse—contestaba la abuela.

—¡Ah!—decía la niña.

Y la abuela se volvió a santiguar, y dijo a la niña que tenían que andar más deprisa para irse de allí, de aquella solanilla que estaba cerca de la calle oscura y de la casa sin ventanas. Porque la abuela había nacido allí en aquella casa, en una sala baja y sin luz, pero no quería decírselo a la niña todavía, aunque también iría diciéndoselo poco a poco, ¿no? Y así, otro día, la diría otro poco [...]

—¿Y cómo veían en la casa sin ventanas?—preguntó la niña de nuevo.

—¡Velay!—dijo la abuela.

Y se sonrieron con una sonrisa muy grande¹⁰⁹.

Un dedo en los labios, la quinta colección publicada por Jiménez Lozano, consta íntegramente de cuentos protagonizados por personajes femeninos. María Teresa Domingo ha señalado algunas características de estos relatos de la siguiente manera:

[Jiménez Lozano] no presenta un mundo amable, pero sí humano con sus grandezas y sus miserias. El autor, como siempre, actúa movido por su búsqueda de la verdad en los personajes y en su expresión. Y es veraz. Su lengua es viva y temporal, es el *castellano derecho* o el *román paladino* tan ajeno a modas y al manierismo al uso, el la lengua que a todos nos es—¿o nos era?—común. Lengua y retrato remiten a la esencial de lo humilde.

La primera parte consta de una veintena de relatos dedicados a personajes de la Biblia, mientras que el resto de los cuentos está

¹⁰⁹ Ib., 189-190.

dividido en cinco apartados, el primero de ellos «retratos de mujercillas», todas figuras históricas que fueron mujeres «de placer de Palacio». Entre ellas, destaca la protagonista de «María Bárbola», figura presente en muchos momentos de la obra de Jiménez Lozano, y que acompaña a la Infanta Margarita cuando va a posar para «un pintor de la Corte que tenía que hacer un retrato a la infantita», y esta dijo que María Bárbola también tenía que salir en el cuadro.

[...] y el pintor tardaba mucho tiempo, y a ella tenía que decirle el pintor de vez en cuando:

—¡Estáte quieta, María Bárbola!

Pero, luego, cuando el pintor acabó la gustó mucho cómo había quedado el retrato y, como colgaron aquel cuadro en una galería de Palacio, a veces iba ella, la María Bárbola, allí, con los otros enanillos y sabandijas y bufones, o idiotas, y les iba señalando: esta es la infantita y este es Nicolasillo, y el perro, y los señores, y el hombre que abría las puertas, y los reyes en el espejo, y el pintor, y al final de todo, señalaba su retrato allí en el cuadro y decía riéndose:

---Y esta soy yo, ¿no me veis¹¹⁰?

Entre los cuentos dedicados a «mujeres silenciosas» encontramos «Un geranio para Emilia», cuya protagonista es despedida de la casa de prostitución en la que trabaja porque nunca habla y «todos los clientes salen descontentos»¹¹¹. La dueña de la Casa le recrimina porque «te echas en la cama, y te ofreces, y ya está. Y con los ojos cerrados, dicen; y esa otra manía tuya de abrir los brazos como un santo cristo, como si estuvieras muerta [...] ¿Y es que

¹¹⁰ Ib., 71.

¹¹¹ Ib., 77.

no puedes cambiar, con la carrera que tienes con tus carnes?¹¹²». La Emilita cierra la maleta y pregunta si puede llevarse una flor del geranio que hay en la ventana; la dueña le anima a llevarse el tiesto entero, pero ella sólo corta una de las tres flores, la pone en su boca, coge la maleta y da las gracias sonriendo. La dueña le coloca un billete de mil pesetas en el bolsillo de la Emilita, para que se tome un café o un helado.

Y, entonces, pareció como que la Emilita quería decir algo, pero lo que hizo fue quitarse el geranio que llevaba en la boca para dar las gracias y sonreír de nuevo. Y siguió bajando la escalera; aunque todavía volvió la cabeza un par de veces¹¹³.

De las «mujeres parleras y cuchicheadoras» debe señalarse la protagonista de «Las combinaciones», que trata de una mujer que «siempre se acordaba de las combinaciones que habían hecho ellas...¿Cómo no iba a acordarse? Porque eran mujeres como ella», nacidas para sacrificarse.

¿Acaso ella y esas dos hijas suyas no esperaban a comer y a cenar hasta que lo hicieran los hombres de la casa, y no se comían luego las sobras, si las había, y, si no, cenaban con un padrenuestro? Pero si estaban muy unidas y juntas, podían sobrellevar cualquier cosa que las ocurriese.

El marido de la mujer vende a «la Marce, que era inocente y había nacido sin manos pero manejaba sus pies como si lo fueran», a

¹¹² Ib., 78.

¹¹³ Ib., 79.

unos titiriteros, «para con el dinero tirar en invierno toda la familia». Y «fue ella misma la que tuvo que entrar en las combinaciones para la Maribel, su otra hija»; ésta se casa con «el cacique Don Abilio», pero luego es acusada de adulterio con su antiguo novio, de manera que «cuando nació el niño, nadie supo más de madre e hijo, y como si los hubiera tragado la tierra». Al final «llegaron noticias de que la Marce se había quemado, allí, en el circo donde trabajaba» mientras que Maribel es encontrada por la Guardia Civil, encerrada y atada al pie de la cama; «y no reconoció a su niño, ni tampoco a ella, su madre, aunque ahora había vuelto a casa».

Así que ella decía constantemente que cómo no iba a pensar que las combinaciones de las mujeres no sirven para nada, aunque estuviesen muy bien pensadas como lo había hecho ella con sus hijas, cuando eran unas niñas, porque las mujeres tienen que pensar siempre en las combinaciones de sus vidas, ¿no?¹¹⁴

De las historias de «mujeres que ríen» cabe señalar «La escritora», en el que un hombre llega a una lavandería con sólo un pañuelo para lavar, y a pesar de que le hayan dicho en varias ocasiones que no pueden admitirle sólo un pañuelo, una de las dependientas le dice, «¡Traiga, traiga! ¡Venga luego por él!» [...] Porque, a ella, le había resultado simpático aquel hombrecillo, tan cortés, tan silencioso, con unos ojos tan negros y tan tristes»¹¹⁵. Luego la mujer se entera de que el hombre vive en el vecindario y que tiene una lavadora, porque le han visto alguna vez con paquetes de jabón o ha venido el técnico a arreglar la máquina. «Ella estuvo

¹¹⁴ Ib., 103-104.

¹¹⁵ Ib., 115.

mucho tiempo intrigada, pero luego lo olvidó» hasta que un día, mirando a un escaparate mientras esperaba al autobús, ve de repente la fotografía del hombre en la cubierta de un libro, y «allí en la fotografía resplandecía como un relámpago el fulgor del pañuelo» en el bolsillo de la americana.

Y él, el viejecillo, era el escritor de ese libro; así que ella sintió de repente una grandísima alegría, como si hubiera escrito por lo menos la mitad del libro. Y se rió.

De manera que, luego, en adelante, lavaba y planchaba siempre con mucha seriedad aquel pañuelo del escritor, porque ya tenía mucha responsabilidad, ¿no?

Pero tenía aquel secreto para ella sola, y ni siquiera dijo nada al hombrecillo¹¹⁶.

Entre las «mujeres con secretos» está la protagonista de «La indecencia», camarera en «el casinillo», que escucha detrás de la puerta—«que Dios la perdonase»—la conversación de los hombres que hacían las listas de los que iban a fusilar: «A ese no. Todavía no. A esa no. Esa tiene que pasar primero por la cama». Luego, algunas noches, a los hombres «les rendía el coñac y se dormían como troncos, y entonces ella no sabía de dónde la venía el valor, pero cogía la pluma y, en aquella lista de catorce o quince para fusilar, que no estaban tachados, tachaba dos nombres más: los que se le ocurrían, porque ella no sabía leer, y decía para si misma: «¡Si pudiera tachar todos! Pero son dos menos»». Hasta que una noche le toca ser fusilada a una chica con la que se habían acostado los dos durante toda la semana.

¹¹⁶ Ib., 116.

Habían dejado allí la lista sobre la mesa para que la recogieran los fusiladores como otras noches, y ella quería salvarla; sólo que ¿cómo sabía cual era su nombre allí en la lista? Temblaba toda ella, mientras se iba acercando a la mesa, pero en cuanto vio la lista lo adivinó en seguida, porque había allí dibujada junto a un nombre una indecencia, y entonces estuvo segura de que se trataba de ella, porque ellos habían dicho todas esas noches hablando de ella:

—¡Qué culo, qué culo!

—¡Dios mío, señorita Teresa, si no llega ser por eso, por la indecencia!—dijo luego ella a la señorita María Teresa.¹¹⁷

En el último apartado de esta colección, dedicado a «mujeres misericordiosas», merece destacarse el relato titulado «El caballito», que cuenta como a veces todo sucedía «en la cocina, en el tiempo tan lento que había antes de la cena; cuando el niño estaba allí haciendo sus deberes o dibujos [...] “Jugamos al caballito?” decía la Juli. ¿Habían sido verdad aquellas horas?» El que se hace la pregunta es un médico que ahora atiende en su consulta a la Juli, ya envejecida, y cuyo «rostro estaba ajado por muchas arrugas y devastaciones» aunque todavía le queda algo de antigua sonrisa, de cuando jugaban al «caballito».

—¿Jugamos?

—Sí.

Entonces se sentaba ella en una silla, allí en la cocina, o sobre la cama del niño si jugaban en el cuarto de este, y el niño se subía a horcajadas a sus piernas. Primero, sobre sus rodillas, tan redondas; y luego, a

¹¹⁷ Ib., 121-122.

medida que ella hacía el trote del caballo moviendo las piernas, el niño se iba deslizando un poco hacia su cuerpo, y entonces ella decía:

—¡Con cuidadito!

Porque, entonces también, era cuando ella empezaba a hacer el galope del caballo que, en seguida, se desbocaba un poco a la carrera.

—¡Ay, ay!—se quejaba Juli.

—¿Te hago daño?—preguntaba el niño.

—No, no, corazón; no.

Pero seguía susurrando un poco más, y abría unos ojos muy grandes. Su rostro se encendía y brillaba de esplendor.

—¡Corazón, corazón!—repetía la Juli.

Y como si se durmiera. Aunque otras veces era el niño el que se perdía como en un mar muy grande [...]¹¹⁸.

La Juli le pregunta al niño si le gusta «el caballito» y cuando él contesta que sí, ella le dice que no tiene que contárselo a nadie. Y cuando jugaban, «su rostro era como el de un ángel: el rostro de la Juli, y ardía como el fuego. ¿Se acordaría ella, cuando él la volvía a ver ahora?» La Juli le cuenta al médico que ha consultado ya a muchos especialistas y «todos le habían dado malos resultados y noticias; al fin se había atrevido a venir a su consulta para que la dijera la verdad.

¿Cómo podría decirle él, sin embargo, que ella iba a morir? No, no podía. Y entonces lo que la dijo fue que si se acordaba de cuando jugaban al caballito.

—Sí—contestó ella.

Y su rostro se transfiguró como entonces. De manera que él tuvo el presentimiento en ese instante de

¹¹⁸ Ib., 142-143.

que la muerte había sido conjurada en ella y que le había elegido a él quizás en su lugar, y sólo pudo decir:

—¡Bueno, bueno, Juli! No es nada, no te preocupes. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos al caballito?¹¹⁹

En el cuento «El ajuar de mamá», que da el título a la penúltima colección de relatos publicada por Jiménez Lozano¹²⁰, dos hermanas revisan las cosas que han sacado «del viejo armario empotrado que había en *la habitación de adentro*». «¿Y qué es lo que vamos a hacer con tanta cosa? ¿Cómo se puede guardar tanto vestido, tanta ropa de cama, servilletas y manteles, y tanto cacharrito? —decía Lidia, de vez en cuando»¹²¹. Una cajita de cartón azul se cae de una de las estanterías y de ella sale, desenrollándose por el suelo, una larga cinta de seda blanca.

María se agachó para recogerla, y volver a ponerla en la caja, y Lidia bromeó:

—¡No me digas que llevamos puesta esta preciosidad cuando hicimos la primera comunión, o que la llevó mamá en la suya! ¿Y dónde? ¿Cómo una banda? ¿A la cintura? No me hago idea.

¡No, no! Es una cinta de cuando mamá era muy joven.¹²²

Entre otros objetos que se encuentran en la habitación está un viejo espejo: «Cuando las castigaban por algo, siempre las castigaban juntas a las dos, y las enviaban a *la habitación de adentro* para que se

¹¹⁹ Ib., 143-144.

¹²⁰ *El ajuar de mamá*, Palencia, Menoscuarto Ediciones, 2006.

¹²¹ Ib., 9.

¹²² Ib., 10-11.

miraran al espejo y vieran lo horrible que se había vuelto su cara por haber hecho lo que habían hecho y, sobre todo, por desobedecer y por mentir». Lidia recuerda que ella no se atrevía a mirarse, pero María sí se había mirado y se reía. María le dice que era verdad, que se veía horrible, o sin cabeza o sin brazos, pero no sabía por qué se reía; entonces no sabía nada. Lidia no le entiende: «¿De qué no sabías nada? No teníamos que haber crecido ni saber nunca nada». Entonces María le explica que aquella cinta era del ataúd de una hermanita de su madre que había nacido sin brazos y que había muerto con cinco años.

[...] Mamá ni se atrevía a nombrarla, y nunca había dicho su nombre, salvo a lo último.

—¿Y cuál era? —preguntó Lidia.

María mostró entonces a Lidia las dos letras, bordadas en la cinta: una L y una M.

—Nuestros nombres. Por eso hasta nos castigaban siempre juntas —explicó María en un susurro.¹²³

Y en «La fresquera» una mujer cuyo marido acaba de morir, después de sufrir una parálisis, le pide ayuda a su vecina, la Lolita, para amortajarlo. La mujer del difunto le pregunta de repente a su vecina si su marido ha vuelto a ponerle la mano encima, y ésta responde que raro es el día que se libra. Entonces la viuda le dice «Pues, ahora, es cuando te digo que hagas lo que tienes que hacer. Las cosas que hay que hacer cuanto antes mejor»¹²⁴. Y confiesa que ella también había sido víctima, durante cincuenta años de matrimonio, de los malos tratos de su marido, y que no tenía que haber aguantado ni medio

¹²³ Ib., 12-13.

¹²⁴ Ib., 175.

mes. Empiezan a reunirse los vecinos para ayudar en lo que haga falta y para velar al difunto; la mujer dice que ella no está para nada.

—¡A ver, la pobre! —contestaron a la vez dos o tres mujeres

—¡Ya, ya! —comentó el marido de la Loli, que acababa de llegar—. ¡Ya, ya!

Y explicó en seguida que todas las mujeres sienten la mayor alegría cuando se muere su marido, y esto era lo que le sacaba de sus casillas. El no poder levantarse del ataúd y comenzar a repartir leña para que no se rieran de uno [...]

—No hay más que ver cómo se ponen de rollizas, en cuanto las falta el marido que les encamine¹²⁵.

Un día, mucho tiempo después del funeral y el entierro, cuando llega la Lolita a la casa de su vecina «medio baldada por una paliza más de su marido», ésta le dice que tiene que matar a su marido, y le cuenta cómo había matado al suyo, colocándolo en la despensa con la ventana grande durante tres noches «para que viera el nuevo día durante dos o tres horas [...] y ya no resistió la cuarta». La Lolita responde «Pero, ¡matar, señora Alejandra, matar!», y entonces las mujeres oyen un ruido, pero no ven a nadie y concluyen que es uno de esos ruidos que se oyen «cuando las casas están en mucho silencio», o se habla muy bajo.

—Lo que digo es que si no lo haces, él lo hará. Pero no te digo que lo hagas, ni yo tampoco lo he hecho, como Dios no me tome a cuenta los sentimientos y las palabras que te he dicho [...] Sólo lo digo y te lo digo para defendernos, hablando. Dios

¹²⁵ Ib., 176.

bendito pondrá su mano, y tú tampoco lo harás nunca. Nunca.

Y en cuanto dijo esta palabra, enseguida oyeron voces en la escalera, y el ruido de gente que entraba en la casa y forcejeaba con el marido de la Lolita que tenía una escopeta en la mano, las encañonó a las dos mujeres en cuanto las vio allí, acudiendo a la puerta llenas de extrañeza, y disparó contra ellas, mientras decía:

—Lo he escuchado todo, y lo que hay que hacer, mejor es hacerlo cuanto antes.¹²⁶

Finalmente, en la penúltima colección de cuentos publicado por Jiménez Lozano, bajo el título *La piel de los tomates*, encontramos «La lavandería», que trata de la señora Ángeles la lavandera, que va por el pueblo con su asnillo Capitán, recogiendo ropa para lavar de casa en casa: «Echaba la carga de ropa sucia en las aguaderas, tomaba en sus manos el envuelto de periódico con la merienda que la daban para comer y cenar, entre unas casas y otras, o cobraba las dos pesetas que la daban por el lavado». La señora Ángeles va a lavar al río, «aunque en realidad era sólo un regatillo no lejano del pueblo, pero que hasta en verano tenía su buena corriente»; allí se encuentra muchos días con dos muchachas, la Luisa y la Elena, que también acuden con la ropa de muda de sus casas, o la que les mandaban¹²⁷. Un día la Elena comenta que el alcalde no se decide a hacer unos lavaderos para el pueblo porque ya habían aparecido las lavadoras eléctricas; la señora Ángeles le contesta que cuando estas lleguen al pueblo, «¡...ya estaré yo enterrada, hijas! A mí eso no me pilla. Ya

¹²⁶ Ib., 178-179.

¹²⁷ *La piel de los tomates*, Madrid, Encuentro, 2007, 180.

poco tiempo voy a estar yo en este convento de la vida»¹²⁸. En los días siguientes, la señora Ángeles se muestra más «contenta y dicharachera» que lo habitual, y anuncia que ha decidido visitar a una hermana suya, aunque las muchachas se extrañan porque nunca les ha hablado de que tuviera una hermana. Y también por esas fechas llega a la estación de tren un enorme paquete con una lavadora, aunque el jefe de la estación, que se lo ha contado a la señora Ángeles, le asegura que no tiene por qué preocuparse, porque es una máquina muy cara y «sólo Dios sabría si no destrozaría la ropa»¹²⁹. La señora Ángeles va al río a despedirse de la Luisa y la Elena, y les pide que cuiden de Capitán durante su ausencia; cuando vuelven al pueblo con el asno, se enteran de que la señora Ángeles se ha tirado río.

Pero, luego, a los pocos días, se quedaron mudas del todo, cuando les llamó el señor Juez de Instrucción del pueblo grande, y las dijo que la difunta doña Ángeles Hernando las dejaba la casa con el corral, y la cuadra con el asnillo Capitán, y el tendedero que tenía, donde antes se había lavado con ceniza y agua caliente en los tiempos de la madre de la señora Ángeles...Y las pedía que rezaran alguna vez un padrenuestro por ella; porque ella no tenía ya nadie en el mundo [...] ¹³⁰.

La Elena y la Luisa siguen trabajando de lavanderas hasta que muere Capitán; entonces se marchan a la ciudad, y después de haber «rodado en mil oficios», montan una lavandería y tintorería, «que

¹²⁸ Ib., 181.

¹²⁹ Ib., 183.

¹³⁰ Ib., 184.

querían haber puesto de nombre *Ángeles*, pero las pareció que mejor no, que nadie tenía por qué saber sus secretos. Aunque cada día querían poner ese nombre, sin embargo»¹³¹.

Con este breve repaso a las novelas y los cuentos de Jiménez Lozano, se ha pretendido poner de manifiesto la admirable variedad de figuras femeninas de toda condición social y experiencia vital que se encuentra en ellos. En las novelas y cuentos del autor protagonizados por mujeres, encontramos asimismo una gran diversidad de temas y de cuestiones que constituyen el trasfondo general de toda su obra: el paso del tiempo y la memoria; la realidad de la pobreza y la injusticia, y la lucha de las personas por mantener su dignidad en momentos durísimos de la vida; la capacidad de la guerra de poner de manifiesto lo peor y lo mejor del ser humano; y las pequeñas tragedias y alegrías de los seres más insignificantes y olvidados, y que no figuran en los «grandes relatos» de la historia.

Con referencia específica a las novelas tratadas en este capítulo, podemos señalar que en *Duelo en la Casa Grande* se nos presenta el contraste entre el dominio y la explotación machistas, que van unidos a la avaricia individual y el caciquismo social de los hombres, y la aparente conformidad de las mujeres, que esconden sus cálculos y apaños hasta el día en que ya no pueden contener su odio y su ira. Estos mismos asuntos constituyen una de los aspectos de la trama de *Las sandalias de plata*, en la cual el drama de las vidas de los hombres y las mujeres, y particularmente la lucha por la

¹³¹ Id.

supervivencia de estas, se desarrolla en el contexto de una historia que trata de la destrucción de un lugar y de un modo de vivir y de percibir la realidad. La protagonista de *Ronda de noche*, y sus compañeras en «la busca», son ejemplos de la capacidad de las mujeres no sólo de sobrevivir en condiciones infrahumanas sino de apreciar las cosas y las experiencias insignificantes y hermosas que forman la vida cotidiana y de mantener la esperanza en las circunstancias más terribles y oscuras. Y finalmente, *Las señoras* son mujeres independientes y cultas, dotadas tanto de una gran fuerza de carácter como de humor y ternura, y cuya indomable alegría seguramente se mantendrá, aunque quizás algo mermada, después a la muerte de su querida amiga, la Srta. Simone.

El elenco de mujeres que protagonizan los cuentos de Jiménez Lozano comparte muchas de las experiencias y las características de las figuras femeninas de sus novelas. Entre ellas podemos encontrar mujeres jóvenes e inocentes que se enfrentan por primera vez a las duras verdades y los secretos más íntimos de la vida, que les son reveladas en muchos casos por otras mujeres; mujeres fuertes que se animan mutuamente a hacer frente a los sinsabores y tragedias; mujeres resignadas ante el destino que les ha tocado, o mujeres escépticas y valientes que luchan para defenderse; mujeres conscientes de su poco, o nulo, *status* social pero que mantienen su dignidad de personas humanas contra viento y marea; mujeres víctimas de la avaricia o de los abusos sexuales de sus familiares, o de los poderosos de la sociedad, o de los vencedores en tiempos de guerra; mujeres valoradas sólo por su capacidad reproductora, y castigadas con el rechazo de maridos y familiares cuando no pueden

quedarse embarazadas; mujeres que, a pesar de ser pobres o enfermizas o deformes o deficientes mentales, tienen su peculiar belleza y disfrutan de las pequeñas alegrías que les brinda la vida; mujeres rechazadas por los demás por sus orígenes deshonrosos o por ser poco atractivas; y mujeres apañadas y emprendedoras que superan grandes penas y dificultades para salir adelante. Las figuras femeninas de Jiménez Lozano son personas de carne y hueso, aparentemente insignificantes pero memorables, trazadas con esa peculiar combinación de realismo y delicadeza, y de testimonio sin amargura, que caracterizan la obra del autor. En los siguientes apartados de este capítulo, se expondrán los argumentos de las novelas y los cuentos de Jiménez Lozano en los que destacan la vivencia de lo religioso por parte de los personajes femeninos, y se concluirá con un comentario que resalta tanto los rasgos que comparten estas figuras con los que acabamos de analizar, como las características que las distinguen y que constituyen su originalidad y su importancia dentro de la obra narrativa del autor.

2. Mujeres de la Biblia

2.1 Novelas

En su introducción a *Sara de Ur*, Antonio Piedra señala que este es el único libro de Jiménez Lozano del que sabemos ciertos detalles de su escritura, gracias a los apuntes del autor en uno de sus diarios.

Sabemos cuándo se empieza y cuándo acaba, con una precisión realmente desconcertante :

«19 de septiembre (1986) [...] al fin, por la noche, una maravillosa noche otoñal, después de mi paseo nocturno, me subo a ese montón de dudas, y comienzo a escribir *Sara*, a quien me encuentro de repente en su viaje a Egipto...Ahí quedó la cosa a las tres de la mañana». [*Segundo abecedario*, 179]

El nueve de octubre—otra extrañeza, pues en los diarios las fechas casi no existen y cuando las hay refieren bien poco—vuelve a recordar con deleite: «Continúo con *Sara* [...] Todavía he podido escribir en el jardín en esta dulce tarde de otoño: un 9 de octubre ya». [Ib., 180] La precisión es más puntual y posesiva cuando termina la aventura:

«Hoy, 19 de febrero (1987), concluyo *Sara*. En realidad, acabé el pasado día 16, pero he hecho todavía unos “arreglos” y quitado hilvanes, etc., y hoy, ha quedado lista con título y todo, después de una conversación con el escriba del relato: *Sara de Ur* [...] estoy contento porque, en cuanto he acabado de poner el título, ha comenzado a nevar. Y esto es para mí como un regalo, como un guiño o una sonrisa de *Sara*». ¹³²

¹³² *Sara de Ur*, Madrid, Colección Austral-Espasa Calpe, 1997, 39-40. Por otra parte, hay una referencia a *Sara de Ur* en *Maestro Huidobro* (Barcelona, Anthropos, 1999, 93-94), tal vez la única cita intertextual a su propia obra en toda la narrativa de Jiménez Lozano:

[...] Así que se pusieron Mosén Pascual y Maestro Huidobro a expurgar aquellos libros [...]

Maestro Huidobro estaba de rodillas delante de las cajas, y Mosén Pascual sentado en un sillón, y haciendo los apartes encima de la mesa, según aquél iba alcanzándole los libros, después de nombrar sus títulos:

—*Sara de Ur*—dijo Maestro Huidobro.

Según Piedra, en esta novela «la manifestación poética informa el proceso histórico»; el resultado es una historia que se aleja de «toda conspiración ética o religiosa», si bien Piedra también reconoce que es posible hacer una «lectura teológica» de la obra, basada en el contraste entre la postura de Abraham ante su Dios, El Shadday, y la de Sara, cuya «figura está tratada con un cierto antagonismo frente a lo Alto»¹³³. La narración es presentada como obra de un «escriba» que ha trabajado muchos años y sufrido numerosas penas y dificultades para llevar a cabo su labor; los principales acontecimientos corresponden a la cronología de Génesis 12-25, aunque el autor los elabora con abundancia de detalles que no están presentes en el Antiguo Testamento y que dan al relato un aire oriental, repleto de

—¡Buen libro, que ha sacado a más de un viejo de su vejez, y a más de un muerto de su sepultura! —comentó Mosén Pascual.

Y añadió:

—¡Ojalá también pudiera haberlo hecho con su autor!

—¿Es que ha muerto? —preguntó Maestro Huidobro.

—No, pero está viejo y melancólico.

—¡Pobre! —dijo Maestro Huidobro.

—Sí. —respondió Mosén Pascual—. Pero bien merece que apartemos el libro para que siga tintineando.

Como señala A. Medina-Bocos, este episodio de *Maestro Huidobro* «remite claramente» al capítulo VI de la primera parte de *El Quijote*. (José Jiménez Lozano, *Antología de cuentos*, Amparo Medina-Bocos, ed., Madrid, Cátedra, 51.)

¹³³ Ib., 43. Piedra afirma que Sara es «el personaje central de la historia», al contrario de lo que ocurre en el relato bíblico, o en el *Temor y temblor* de Kierkegaard, en cuya obra Sara «es tan fantasmal como Eurídice [...] mero instrumento paciente de la fe de Abraham». Aparte de la dimensión teológica, Piedra centra su análisis de la novela en el «punto de partido del autor», manifestado en las notas antes citadas de *Segundo abecedario* y en la risa «como modelo de seducción». Sobre este último aspecto, cf. también A. Piedra, «Sara de Ur, el retozo del Génesis», *Ínsula*, n. 520, abril de 1990, 23-24; el capítulo titulado «Proyección diseminatoria del significante de la risa en Sara de Ur» en F. J. Higuero, *Estrategias destructoras de la narrativa de Jiménez Lozano*, op. cit., 105-124; y Luis Mateo Díez, «La hermana risueña» en *José Jiménez Lozano*, Nuestros Premios Cervantes 3, op. cit., 182-186.

imágenes y de la pura alegría de contar una historia hermosa.¹³⁴ Como ha señalado Luís Mateo Díez, la imaginación de Jiménez Lozano facilita la conversión de lo que proviene del relato bíblico de Sara «en relato legendario, en novela que mantiene esa textura primitiva y significativa del cuento popular, como si la trascendencia de lo narrado estuviese en la naturalidad de la invención, no necesitara de otros adornos para alcanzar la misteriosa complejidad de lo mítico, la ejemplaridad y los arquetipos de una imaginación primordial¹³⁵».

La novela comienza en Sekem, en la casa de Abram y Sara, junto a la encina de Moré, que «daba una umbría muy profunda al patio y a la casa entera. De modo que Sara era allí en el patio donde charlaba al atardecer con sus criadas, mientras éstas molían el grano...Aunque también salía a veces a sentarse debajo de la encina, junto al pozo», el lugar en que también se sentaba Abram a recibir a sus visitantes¹³⁶.

Era como una niña. Tenía los pechos pequeños como manzanas en agraz todavía y una cintura muy delgada, porque nunca había concebido, y, cuando andaba sobre sus zapatos rojos de tacón muy alto, porque era muy chiquita y quería llegarle a Abram hasta los hombros, se cimbreaba como las jóvenes palmeras: «¿Y si fuera a quebrarse?», pensaba Abram a veces. Pero es que era ágil y flexible como una corza de un año

¹³⁴ Sobre la recepción por la crítica de esta novela, Jiménez Lozano anotaba lo siguiente en *La luz de una candela* (op. cit., 56-57): «Recibo una crítica periodista o nota bibliográfica sobre *Sara de Ur*, que me resulta divertida. Dice que es demasiado fiel al relato bíblico, que el libro no tiene imaginación y quien haya leído la Biblia perderá interés hacia el final. ¿Qué Biblia habrá leído el crítico? Es curioso».

¹³⁵ «La hermana risueña», en *José Jiménez Lozano*, Junta de Castilla León, op. cit., 185.

¹³⁶ *Sara de Ur*, Barcelona, Anthropos, 1989, 9-10.

solamente, y los cabritillos tenían que correr tras ella, si querían alcanzarla, cuando a veces iba ella a buscarlos en su ramoneo por entre las rocas o en los pequeños oasis. O cuando se arremolinaban junto al pozo para beber, porque era Sara la que sacaba el agua de él, con un brocal tan blanco y una lista azul [...] ¹³⁷.

Cuando de repente, un día, «el arqueduz de barro subió solamente enrojecido por la humedad pero sin agua», Abram y Sara se ponen en marcha con criados, criadas y ganado, «hasta el país de los Misrím que estaba surcado por un río» ¹³⁸. Cuando después de muchos días de camino, llegan por fin a esa maravillosa tierra, encontraron lo que siempre habían soñado.

Sara no abarcaba con sus ojos ni su risa aquel jardín interminable, y tintineaban sus ajorcas en medio de los gritos de alegría de los niños y las esclavillas. Y Abram no acertaba a nombrar todo lo que veían sus ojos por vez primera y tartamudeaba ante las preguntas de Sara, y esta se reía ¹³⁹.

Abram recuerda entonces que «el Faraón o rey de los Misrím era hombre muy enamorado y melancólico, cuyo corazón no resistía a la risa femenina» y tiene miedo de que se quede prendado de su mujer; le dice a Sara que debe decir que no es la esposa de Abram, sino su hermana. A la mañana siguiente, Sara «se había levantado más hermosa que nunca y había bajado hasta el río con sus criadas y esclavillas, con el frescor de la mañana»; el Faraón, que también ha bajado al río, ve a Sara «que iba riéndose y tenía unos senos tan

¹³⁷ Ib., 11.

¹³⁸ Ib., 12-13.

¹³⁹ Ib., 14.

pequeños, con un cabritillo entre sus brazos», y averiguando que es la hermana de un extranjero, pide a Abram que le dé a Sara como princesa de su harén y le ofrece «oro y lapislázuli, ónice, nácar, y obsidiana»; además ordena que se construya un palacio con los muros pintados de maravillosos escenas y colores.

Y cada una de las diez doncellas que le dio el Faraón a Abram por concubinas tenía también su baño y su pajarera y su jardín [...] Y eran unas muchachas tan delgadas y elásticas como corzas muy jóvenes, tenían ojos negros muy rasgados y labios muy gruesos. De manera que a Abram le gustaron los regalos del rey de los Misrím y se alegró con ellos hasta el punto de que se olvidó de Sara, treinta días y treinta noches¹⁴⁰.

Una tarde, Sara llega a la casa de Abram acompañada por los ministros y criados del Faraón, y un correo que pregunta de parte del rey por qué Abram no le había dicho que Sara era su mujer. El Faraón ha dado órdenes de que salgan del país, y dice que «Mi corazón ya no reposará jamás sin ver sus senos tan pequeños como flores de loto muy tempranos». Entonces Abram, que «no había pensado para nada en Sara, se puso rojo de vergüenza cuando ésta alzó su velo y le miró [...] Pero Sara bajó del palanquín, corriendo, haciendo sonar todas sus ajorcas y pulseras, le besó en la mejilla izquierda, y le perdonó»¹⁴¹. Los celos le consumen a Abram durante el viaje de vuelta a su tierra; quiere preguntarle a Sara si el Faraón ha podido ver sus pequeños senos, pero no se atreve porque piensa que Sara lo negará, como también negó que se había reído cuando, tiempo

¹⁴⁰ Ib., 14-18.

¹⁴¹ Ib., 18.

atrás, escuchó una conversación entre Abram y «tres extraños huéspedes». Después de que Abram les diera de cenar, habían preguntado:

—¿Y Sara, tu mujer, dónde está?

—Allá dentro con sus esclavillas —dijo Abram.

Y, entonces, fue cuando ellos le dijeron que tendría un hijo, y, aunque lo dijeron en voz muy baja, ella lo oyó y se echó a reír detrás de la celosía con sus esclavillas. Aunque, cuando él la llamó y la preguntó por qué se había reído, Sara dijo:

—No me he reído.

Pero sí que se había reído, pensaba Abram. Aunque así eran las mujeres [...] ¹⁴².

Cuando por fin Abram vence su timidez y le interroga a Sara sobre el grado de intimidad que había tenido con el Faraón, las contestaciones un tanto esquivas de su mujer le desesperan.

Pero Abram ya no pudo continuar porque Sara se echó a reír con mucha alegría. Y dijo Abram:

—¿Por qué te ríes?

—No me he reído —contestó Sara.

—Sí, te has reído. ¡Ay, ay, ay de mí!, que te has reído.

Y volvió a contestar Sara, riéndose y haciendo sonar de nuevo todas sus ajorcas y pulseras.

—No me he reído ¹⁴³.

Abram tiene un «mal pensamiento»: arrojar al pozo a Sara para castigar su infidelidad con el rey de los Misrím. Pero entonces Sara saca agua del pozo, y Abram ve reflejado en él el rostro de su mujer.

¹⁴² Ib., 22-23.

¹⁴³ Ib., 23-26.

Juntos beben del agua «y la noche se echó encima. “¡Ay, ay, ay!” —dijo Sara. Y se rió»¹⁴⁴.

Los siguientes capítulos de *Sara de Ur* cuentan como Abram, que trabajaba en el bazar de su padre, Teraj, en la ciudad de Ur se había enamorado de Sara y que, más tarde, cuando un mercader les habla de las maravillas del «país de la púrpura», Sara insiste en que se vayan allí a vivir porque «estaba harta de esta ciudad de Ur con casas tan altas y cerradas». Abram se resiste hasta que una noche, mientras está mirando las estrellas, ve una señal: «Así que en seguida convenció a su padre, Teraj, y a su sobrino Lot y a su mujer, que era muy amiga de Sara y quería una túnica como la blancura de la nieve, y se pusieron en marcha..¹⁴⁵ Mientras tanto, «los días se encadenaron con los días, y las noches con las noches [...] y hubo inviernos y veranos, hielo y tempestad, flor de rocío y flores de primavera, y hasta la hierba asomó en la arena y en el pedregal, pero el vientre de Sara seguía estando liso»¹⁴⁶. Por fin Sara propone a Abram que tome a Agar, su esclava egipcia, para que le dé un hijo. Cuando Agar se queda embarazada, se da «aires de princesa» pero Sara se consuela diciéndose que «el niño nacería en sus rodillas» y sería suyo. Sin embargo, con el paso del tiempo, Sara va perdiendo la risa y «un día, en la mesa, miró frente a frente a Agar, y ésta vio en los ojos de Sara dos hornos de cólera»; entonces la esclava huye de la casa.

Los pastores y criados de Abram la encontraron en seguida, y la volvieron a traer a casa. Y, poco después,

¹⁴⁴ Ib., 26-27.

¹⁴⁵ Ib., 40.

¹⁴⁶ Ib., 43.

dio a luz un niño entre las rodillas de Sara, que se había vuelto más dulce y comprensiva con ella. Y el niño se llamó Ihsma'él. Su piel era oscura y su fuerza como la de un onagro. Sara le encontró hermoso y le amó. Los celos fueron expulsados de su alma y la risa volvió a ella¹⁴⁷.

Una noche, Abram, que «estaba envejeciendo muy deprisa», baja de la terraza «saltando las escaleras» para decirle a su mujer «que había visto una señal de su Dios El Shadday de que ella tendría un hijo. Sara se tapa con el embozo de la sábana y empieza a reír.

—¿De qué te ríes? —dijo Abram.

—¿Cómo no me voy a reír? —contestó Sara—. ¿Acaso tu Dios El Shadday no sabe que yo ya no soy mujer y que mi señor tiene noventa y seis años?

Pero Abram estaba muy serio y sólo dijo que también El Shadday su Dios le había asegurado que los senos de Sara seguirían siendo pequeños como manzanas en agraz. Así que Sara se reía mucho más bajo la sábana [...] Y, luego, se durmieron hasta muy tarde después de amanecer¹⁴⁸.

Sara empieza a tener caprichos y sus sueños se vuelven «aun mucho más extraños», pero sigue bajando, como siempre, al pozo por la tarde: «en realidad, parecía haberse vuelto una niña de nuevo».¹⁴⁹ Un día, cuando Sara está jugando con sus doncellas, llegan tres viajeros, mercaderes «muy alegres y dicharacheros». Sara les compra unos adornos, telas y objetos para la casa.

Y también quiso comprar un idolillo [...] pero, de repente se acordó de algo, y preguntó a los mercaderes

¹⁴⁷ Ib., 46.

¹⁴⁸ Ib., 46-47.

¹⁴⁹ Ib., 49-51.

si acaso no tendrían una estatuilla de plata de representase un carnero enredado entre unas zarzas de opalina y lapislázuli, y los escaramujos de la zarza, de oro viejo. Porque ella tenía una joya así, pero la había perdido, cuando tuvo que salir de Egipto a toda prisa; aunque no dijo que, en realidad, ella se la había regalado al Faraón de los Misrím, enredado en las zarzas de su amor. Y Abram preguntaba a veces, por la joya [...] y ella se veía obligada a contestar:

—Está en el arcón de ébano, mi señor. Pero ¿y si un día Abram quería verla¹⁵⁰?

Los mercaderes le aseguran a Sara que le será mostrado un carnero enredado entre zarzas, y cuando Sara pregunta cuánto se tardará en tallar la joya, «ellos no contestaron, y ella no se atrevió a seguir interrogándolos, porque en los ojos de los forasteros, tan verdes y aterciopelados, apareció como un velo o neblina de tristeza, y una sonrisa amarga y misteriosa en sus labios». Sara le compra a su marido, «que pronto cumpliría cien años», dos regalos: unas sandalias, «que le servirían a Abram para el invierno o cuando caminaba por el pedregal de los montes y el gran cuchillo de caza cuya hoja era de plata y el mango de marfil [...] Abram se puso muy contento con estos regalos y con los que había comprado al niño, pero sobre todo con lo afilado y oscuro de la hoja del cuchillo¹⁵¹».

Un día Sara ve como Lot, el sobrino de Abram, y su familia vienen de camino hacia su la casa, pero no se da cuenta hasta que están ya más cerca que su amiga Nofret, la mujer de Lot, no está con ellos: «y las muchachas traían desechas las trenzas de su pelo, y sus

¹⁵⁰ Ib., 53.

¹⁵¹ Ib., 53-54.

vestidos estaban desgarrados, como en los días de luto»¹⁵². Lot y sus dos hijas solteras le cuentan a Sara «cómo Sedom y Amora habían sido devorados por el fuego que había descendido de lo alto, y sólo ellos se habían salvado»¹⁵³. Habían aparecido en su casa tres mensajeros de parte de Abram que les dijeron que se prepararan para salir de la ciudad porque sería destruida, recomendándoles que no volvieran la cabeza para ver el terrible espectáculo. Nofret, que «había pasado toda la noche haciendo las valijas con la ropa, que les sería necesaria, y preparando la comida para el camino» se había quitado sus zapatos altos y estrechos y, recordando unas sandalias que había dejado en la casa, había mirado para atrás, como para buscarlos.

—La sal de la amargura la convirtió en estatua de piedra —dijo Lot.

Y se le saltaron las lágrimas, mientras sus hijas sollozaban inconsolables.

—¡Es injusto! —dijo Sara.

Todo había quedado destruido, todos los habitantes de Sedom y Amora habían muerto devorados por el fuego, en un lecho de brasas. Incluidos los niños.

—¡Es injusto! —repitió Sara.

Y Abram comenzó a explicar que los mensajeros de lo Alto [...] Pero, en seguida, se interrumpió, porque Sara le miró con las brasas encendidas de sus ojos, y todos quedaron inmóviles. La hija más pequeña de Lot puso luego los zapatos azules y siena de Nofret sobre la mesa, diciendo:

—Esto es lo que queda de ella¹⁵⁴.

¹⁵² Ib., 55.

¹⁵³ Ib., 59.

¹⁵⁴ Ib., 64-65.

Llega la hora del parto a Sara y, asistida por Agar, da a luz un niño «que reía en vez de llorar, como hacían todos los niños al nacer» y «se llamaba Is'hac o risa, porque era una alegría».¹⁵⁵ Con el paso del tiempo, Abram va envejeciendo y vuelve a estar «extraño y malhumorado»; deja de cuidarse y de regatear con los mercaderes, y «lo que era más extraño aun: se mostraba nervioso e irritado, si Is'hac estaba en su presencia; y como si hubiera olvidado la existencia misma de Sara¹⁵⁶». Sara piensa que «son cosas de hombres» y que ya se le pasará, aunque en seguida se convence de que a Abram le ocurre algo más serio.

Le espió durante muchos días, como el tigre a su presa, sobre todo cuando subía a la terraza y pasaba allí horas y horas, y descubrió que andaba en conversación con su Dios, El Shadday; y eso llenó su corazón no sólo de celos, sino de presentimientos [...]

Sara tenía celos de ese Dios que hablaba con Abram sin dejarse ver [...] Y lo peor era que Abram había comenzado a subir con él a la terraza al pequeño Is'hac y estaba enseñándole a conocer a ese Dios, El Shadday¹⁵⁷.

Is'hac también se ha vuelto «un poco arisco y silencioso» desde que sube a la terraza con Abram. Por fin, una tarde Abram anuncia que los dos, él y el muchacho, tienen que hacer un viaje; Sara les ayuda a preparar ropa, alimentos y agua, incluyendo en el equipaje el cuchillo que le había regalado a Abram, por si necesitan defenderse

¹⁵⁵ Ib., 69.

¹⁵⁶ Ib., 89.

¹⁵⁷ Ib., 90-91.

por el camino. Cuando se marchan, Sara es poseída por «un llanto convulso» pero en seguida se repone y llama a una esclavilla suya, egipcia, que parte más tarde, disfrazada con vestidos de hombre, para seguirles. Abram e Is' hac se dirigen hacia el monte Moryah, y cuando llegan a su destino, dejan a los criados en la falda del monte, y empiezan a subir. Una vez en la cima, Abram está a punto de matar a su hijo cuando aparece «un jinete veloz y hermoso como el rayo» y derriba a Abram a tierra. Después de sacrificar un carnero que encuentran enredado en unas zarzas, vuelven padre e hijo a casa.

Sara estaba sentada, junto a la casa, pero no la reconocieron. Tenía puesta su túnica color índigo y todas sus joyas, pero su pelo era como las guedejas de lana sucia de un viejo carnero, o ceniza. Sus ojos como dos orificios hechos con un clavo en un tronco de madera. Estaba silenciosa y como ausente de si misma, o convertida en estatua de amargura y salitre¹⁵⁸.

Y Sara le espeta a Abram:

—Tu Dios, El Shadday, ha querido matar a nuestro hijo. ¡Échale! ¿No echaste a Ihsma' él y a su madre Agar? ¡Échale a tu Dios y no vuelvas a hablar con él o no nos verás más ni a mí ni al muchacho!

Y Abram tuvo que prometerlo, siquiera porque era el ciento veintisiete cumpleaños de Sara y quería darla una gran alegría.

Sara hizo un gran dulce de dátiles e invitó a muchas muchachas a la fiesta¹⁵⁹.

Cuando Is' hac se enamora de tres hermanas cananeas que le gustan mucho a Sara, y está intentando decidir a cuál de ellas

¹⁵⁸ Ib., 95.

¹⁵⁹ Ib., 96.

escoger como mujer, Abram insiste en que se tiene que casar con «una mujer de mi tierra y de mi parentela». Entonces Sara sugiere el nombre de Ribca, señalando al mismo tiempo que «las cananeas son muy hermosas». Abram envía entonces a su criado a la ciudad de su hermano, Nahor, a buscar a Ribca.

Y Sara sabía que esto lo hacía Abram, sobre todo por causa de su Dios El Shadday, que tenía celos de los dioses y de las diosas cananeas.

—¿Hasta cuándo ese Dios, El Shadday, dejará de entrometerse en nuestras vidas? —se preguntaba Sara.¹⁶⁰

A Sara se le agotan sus días antes de la llegada de Ribca: «Se la habían añadido setenta días a los ciento veintisiete años, y ya no se le concedería más tiempo. Todo el pozo de su vida había sido agotado, arcaduz a arcaduz, y ya no quedaba en él ni una sola gota de agua¹⁶¹». Abram compra a un hitita una cueva y un campo donde enterrar a Sara, y la entierra allí con las alcatifas de su lecho.

Y acomodó junto a él otro lecho para él mismo, para cuando se cumplieran sus días.

El campo fue alisado y sembrado de sal para que no creciera allí una hierba, ni se posara un pájaro, para que Sara no fuera molestada en su sueño. Y Abram e Is' hac y sus criados y criadas y esclavillas lloraron a Sara muchos días y muchas noches seguidas. Aunque Abram a veces se despertaba, de repente, porque le parecía que la había oído reír y que su risa había levantado una bandada de pájaros en su corazón.

¹⁶⁰ Ib., 101.

¹⁶¹ Ib., 105.

—¿Por qué te ríes? —decía al despertar.
Pero no tenía respuesta alguna¹⁶².

Abram se casa de nuevo, con una esclavilla; aunque «tenía ciento setenta años y sus días se estaban cumpliendo, y Qetura tenía diecisiete y sus días apenas si habían comenzado a contarse»: « [...] y la generación de Abram se multiplicó como el manzano en el otoño o el cielo en luminarias al llegar la noche». Abram pone en orden sus asuntos y muere «sin darse cuenta apenas»; cuando es llevado junto a Sara, se cierra la tumba con una piedra y se levanta de ella «una bandada de pájaros azules [...] Como una sonrisa innumerable. ¡Hermana mía, Sara, hermana mía!¹⁶³» Y termina la historia con un capítulo titulado «El sello del escriba», en el que se nos dan a conocer las vicisitudes que ha sufrido el autor del relato en el transcurso de su composición, y también su profundo amor por Sara.

Y así estaba esta historia de Sara a medias y sin concluir, cuando el escriba de ella que aquí firma y pone su sello vio que en otra historia de otro escriba se nombra a esta princesa, mas no se dice allí sino que rió una sola vez, y nada se refiere a sus senos tan pequeños como manzanas en agraz, ni a sus ajorcas y vestidos o a los juegos con sus esclavillas y a sus amores. Ni a sus ensoñaciones o a los viajes y a la querencia del agua y de las cabritillas, como esa es la verdad. De manera que esta historia fue así acabada por puro amor de puro amor, y si un lector la lee, ¡que

¹⁶² Ib., 109.

¹⁶³ Ib., 116.

sus días se tornen alegres y ligeros como la risa de Sara, la de Ur¹⁶⁴!

2.2 Cuentos

Los veintitrés relatos que componen la primera parte de *Un dedo en los labios*, titulada «Retratos de mujeres antiguas», parten de «un escueto informe bíblico, de una simple silueta, desde donde [el autor] proyecta un especial y poético personaje femenino¹⁶⁵»; están escritos, sin embargo, de una manera que les distancia de su fuente original y les da, igual que en el caso de *Sara de Ur*, un aire de fábula antigua. En muchos casos, los nombres de los personajes y lugares presentes en los relatos bíblicos o bien son omitidos, o son transliteraciones más fieles al hebreo original que a las traducciones españolas de la Biblia; por otra parte, los episodios son presentados en un orden distinto al que se encuentra en la Biblia, y en algunos de los cuentos se alude a «papeles viejos» o «documentos de aquellos tiempos» como la fuente de estas historias. La colección se inicia con la historia de «La recordadora», que con «Lot su marido, sus hijos, los

¹⁶⁴ Ib., 120. J. M. Pozuelo Yvancos ha señalado, con respecto al hecho de que tanto *Sara de Ur*, como *El mudejarillo* y *Maestro Huidobro* sean presentados como obra de «escribidores», obedece a un *pacto narrativo* cuya intención sería preservar el «acto de la locución narrativa», de tal manera que se recupere «ese circuito de comunicación que tuvieron otrora las comunicaciones orales o los cuentos en que se hallaba presente la fuente del discurso, su origen, pero que en contraste era un narrador que no intervenía en ese discurso, se limitaba a darlo, como si fuesen unos papeles que, escritos, le impiden intervenir en el acto narrativo. Del mismo modo que en los cuentos tradicionales el narrador los ofrece pero no los “crea”». («José Jiménez Lozano: fábulas pequeñas de historias memorables», José Jiménez Lozano, Valladolid, Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, 52-53).

¹⁶⁵ Caridad Oriol Serres, «Un dedo en los labios de José Jiménez Lozano», *Cátedra Nova*, núm. 7, junio de 1998, 107.

criados y criadas y las esclavillas» tiene que abandonar la ciudad donde vivía porque se les ha avisado de que caerá sobre ella un fuego de lo alto; no deben volver la vista atrás, «aunque sentían curiosidad porque las nubes que veían quedaban iluminadas por resplandores, y se oía como un trueno lejano o el rodar de muchas carrozas a sus espaldas». Entonces la mujer de Lot comienza a hablar de su infancia:

[...] y contó que había tenido una vez un pájaro maravilloso que había muerto, y todavía no estaba consolada [...] Y luego quiso decir algo más, como si hubiera perdido también quizás, a lo mejor, un antiguo amor porque sus ojos se oscurecieron [...] pero calló. Sólo que entonces fue cuando volvió la vista atrás, y sonrió. Pero quedó inmóvil, y vieron todos que se volvía como de una piedra traslúcida como el alabastro, y cuando trataron de despertarla se percataron de que parecía compuesta como de cristalitos de sal. Aunque ella no parecía triste, sino que seguía sonriendo y seguramente recordando, y ya se quedaría allí para siempre así, con esa memoria¹⁶⁶.

Merece destacarse también el relato titulado «La seductora», en el que encontramos la figura de Ruth, quien, después de la muerte de su suegro, su marido y su cuñado—«La muerte [...] es como si fuera insaciable cuando entra en un casa, como en la de Noemí»,—no quería separarse de su suegra y «marchó con ella a su aldea, Beit-Lehém, adonde llegaron por el tiempo de la siega y de las eras.» Enterándose de que un pariente de su suegro, Bo' az, es el dueño de los mejores campos de la aldea, Ruth se pone a espigar en ellos;

¹⁶⁶*Un dedo en los labios*, Madrid, Espasa Calpe, 1996, 15.

viendo espigar a aquella mujer tan joven y hermosa, Bo' az dice a sus segadores que dejen caer espigas e incluso unas gavillas enteras para que Ruth las pueda coger. Noemí, alegrándose de esta «muestra de aprecio», prepara un plan: cuando por la noche, Bo' az se acuesta en la era, Ruth se coloca a su lado. Topando con el cuerpo de la joven, Bo' az le pregunta quién es.

Ella contestó: «Soy Ruth», y le rogó que extendiese sobre ella la manta que le cubría porque caía el relente de la noche. Él lo hizo y, al sentir su carne, le dijo que estaría siempre con ella, y que se alegraba mucho de que sus ojos no se hubiesen puesto sobre un mozo, sino sobre él [...].

Andando el tiempo, cuando Ie'shua, de quien hablan tantos escribas, nació aquí en Beit-Lehém, estos anotaron que fue acostado entre unas pajas igualmente. Como en las que había florecido aquella noche el amor de su abuela Ruth¹⁶⁷.

¹⁶⁷ Ib., 27-28. La figura de Ruth aparece en otros escritos de Jiménez Lozano, como el ensayo «Las alondras de junio» (ABC, 3 de julio, 2005, 3), y también, aunque menos explícitamente, en un personaje de *Maestro Huidobro* (op. cit., 31-32), de quien el protagonista se acuerda, de niño, cuando «Don Asclepiades le ponía las vitaminas Lorenzini, que eran también traicioneras, porque venían en una caja de metal bien bonita, de un amarillo muy clarito, y en la tapa estaba pintada una muchacha muy guapa con un pañuelo rojo a la cabeza y un haz de espigas de trigo entre los brazos sonriendo».

[...] A Idro le parecía que era Elena, la chica espigadora que iba con él a la escuela y siempre se estaba también riendo, pero tenía que espigar porque era muy pobre y necesitaba coger aquel grano para las diez gallinas que estaban en su corral [...].

—¡Vamos a ver! ¿En qué pierna toca hoy?

Pero Idro ya ni contestaba, cerraba los ojos, pensaba en la muchacha de la tapa de la caja de vitaminas Lorenzini, que era Elena, apretaba los dientes, y aguantaba el pinchazo.

—¡Un valiente! —decía don Asclepiades.

Otra historia de engaño es la de Tamar, recreada en «La tramposa»: cuando muere su marido, y su suegro, Jehuda, se olvida de su compromiso de darle a su hijo pequeño a Tamar como marido, ella se disfraza de prostituta y seduce a Jehuda, a cambio de un cabrito de su rebaño. Tamar le pide como prenda de su promesa su anillo y bastón; cuando el embarazo empieza a notarse y las gentes le acusan ante su suegro, éste manda quemarla por haberse prostituido; entonces Tamar revela que el que le dio su anillo y su bastón es el padre de la criatura que lleva en su vientre. De esta unión nacen dos niños, Zarah y Peres, «que luego fue abuelo de Bo' az, el viejo a quien Ruth sedujo. Porque la historia de los hombres y de las mujeres siempre se mezcla y entremezcla, y da muchas vueltas y revueltas»¹⁶⁸.

Tres de los «retratos de mujeres antiguas» tratan de mujeres relacionadas con el Rey David: su amante Betsabé; su favorita, Abigail; y también «la shunamita», Abisag, que era «una mocita en flor cuando la llevaron al palacio del rey, porque este era viejo y tenía frío:

Porque ni éste, ni nadie, sabía que luego Elena pasaba, muy suavecito, la mano por donde él le había pinchado y le daba allí un beso:

—¡Curita, curita sana; si no se cura hoy, se curará mañana!
—decía Elena.

Así que, a lo último, sentía Idro que se acabasen las ampollas de las vitaminas Lorenzini, y no la dijo nada a Elena, en muchos días [...].

Por otra parte, en el poemario más reciente del autor, *Elogios y celebraciones* (Valencia, Pre-Textos, 2005, 33), aparece este poema titulado «Ruth»: «Yo he visto a Ruth muchas mañanas / de julio con relente, al espiguelo; / y una vez me ofreció un hacecillo / dorado, y unas amapolas. / Asustadas alondras, devastado /el corazón, las manos / ungidas».

¹⁶⁸ Ib., 33-34.

para que le asistiese, y le ofreciese calor en el lecho»¹⁶⁹. «La doncella vengada» recuerda a Dina, tomada por la fuerza y violada por el príncipe de los hivitas, que luego se enamora de ella y le pide como esposa a su padre Ja' acob, prometiendo circuncidarse a si mismo y a todos los varones de su pueblo. «Pero, cuando estaba en la cama con los dolores más vivos, en el tercer día de su atajamiento, dos de los hermanos de Dina, Ja 'acob y Shimeón, entraron en sus alcobas y les dieron muerte [...] Como agua derramada de cántaro, que ya no puede recogerse, así fue vertido el amor del príncipe Shekam, y Dina no pudo tenerlo»¹⁷⁰. Hay, también, entre las «mujeres antiguas» tres protagonistas tomadas del Nuevo Testamento. En «La desposada» encontramos una joven que, «Cuando ya se la notaba algo el embarazo, la desposaron con aquel hombre viejo»; ella guarda silencio, y ni siquiera preguntan por qué la desposan.

Muchas gentes habían reído y en los ojos de otras se había visto reflejada la cólera, cuando ella había contado, un día, que un mensajero extraño había entrado en su estancia para anunciarla que daría a luz un niño, aunque ella era doncella y no conocía a varón alguno, ni sabía a ciencia cierta lo que fuese una preñez. Pero también el hombre viejo con el que la habían desposado la miraba extrañado e inquieto, como si quisiera preguntarle algo y no se atreviese a ello: «¿Por qué?» No sabía responderse a sí misma.¹⁷¹

Cuando se dirigen a Beit-Lehém a empadronarse, la joven ve que algunas gentes «se reían y le hacían muecas, o le preguntaban

¹⁶⁹ Ib., 43.

¹⁷⁰ Ib., 47.

¹⁷¹ Ib., 57.

por el padre del niño que ella llevaba en su vientre, y si ella había estado en el campo o detrás de la tapia y no había dado voces». Por fin encuentran «un pequeño colgadizo» para pasar la noche.

Sólo más tarde, cuando allí mismo nació el niño, el hombre viejo se atrevió a mirarla a los ojos, y luego ya entraron gentes que habían oído llorar al niño en el silencio de la noche, tan fría, y aquella estancia y la noche entera se llenaron de rumores y alegría, y se oían de lejos las esquillillas de las ovejas en la majada, y de los mensajeros que corrían de un lugar a otro, llevando la noticia¹⁷².

Otro relato trata de «La mujer encorvada»: «Cuando salió de la sinagoga fue cuando la vio. Era una mujer joven todavía y muy delgada, que tenía que andar doblada como si llevase una gran carga de arena sobre sus espaldas». El hombre que se ha fijado en ella pregunta por qué se ve obligada a andar así, le responden que «tenía un espíritu de enfermedad hacía ya dieciocho años y andaba agobiada con su peso». Cuando el hombre se le acerca y le dice algo al oído, la mujer se endereza de repente, «Como si lo hiciera tranquilamente después de haber estado agachada haciendo una faena doméstica o arreglando una planta en el jardín». Entonces el hombre le dice que puede irse, que ya es libre.

Dijo luego la mujer que él la había librado de los demonios y que ya podía decir ella sus propias palabras de mujer [...] Pues él la había dicho en un

¹⁷² Ib., 57-58. La cubierta de *Un dedo en los labios* lleva una ilustración basada en el cuadro *La Virgen con el niño* de Fra Filippo Lippi; esta pintura es también la inspiración de un poema de Jiménez Lozano titulado «Anunciación» (*Elegías menores*, Valencia, Pre-Textos, 2002, 140): «La Virgen de Filippo Lippi / tiene un dedo en los labios. / ¡Guárdala el secreto! / Xaïpe!».

susurro «¡Uuh, uuh, uuh!, como cuando era niña y la gustaba tanto que la dijeran «¡Uuh, uuh, uuh!», así que se había enderezado¹⁷³.

Y en «La criadita» encontramos una figura recurrente en la obra de Jiménez Lozano:

Ella era solamente la criadita de la portera del palacio del Pontífice, y siempre caían sobre ella todos los mandados, sobre todo cuando habían un gran ajeteo en la casa, como aquella noche fría de abril en que habían traído aquí a aquel hombre¹⁷⁴.

Entre las gentes «curiosas y trasnochadoras» que habían entrado con los que le conducían, «había un hombre que era amigo de aquel otro que conocía a su ama, y ella misma le había abierto la puerta, aunque ahora no acertaba a ver dónde se encontraba. ¡Parecía tan asustado!». La criada enciende una lámpara de aceite para ir iluminando los rostros de los que están sentados alrededor de la hoguera, hasta que da con el hombre a quien busca, y le pregunta «si acaso él también era amigo de aquel hombre que habían traído allí maniatado, y si no quería tener noticias de él». El hombre niega por tres veces conocer al preso «y todo su cuerpo temblaba, aunque quizás fuese por el frío de la noche que enseguida comenzaría a palidecer levemente, porque era la hora del gallo; y entonces cantó este, allí cerca, en el corral mismo del Pontífice». Cuando pasa la comitiva con el preso, el «hombre solitario» no puede sostener la mirada que este le dirige.

¹⁷³ Ib., 59.

¹⁷⁴ Ib., 61.

La criadita volvió a izar el farol hasta la altura de su cara, y quizás iba a preguntarle de nuevo, pero vio entonces que en su rostro enrojecido, donde sus ojos parecían dos brasas muertas ya, había lágrimas. Así que apagó el farol, le sonrió un instante, y allí le dejó con su amargura....Ella era solamente una criadita y la estaban llamando para encargarle cualquier otro servicio. Pero le pareció que aquel hombre ¡tenía tanta pena¹⁷⁵!

3. Monjas

3.1 Las monjas de Port-Royal

3.1.1 Novelas

La gran atracción que ha sentido Jiménez Lozano por la aventura intelectual y espiritual de Port-Royal queda reflejada en las numerosas referencias a su historia y, sobre todo, a sus principales personajes que se encuentran en todos los géneros literarios que ha practicado el autor. En *Una estancia holandesa*, G. Galparsoro le

¹⁷⁵ Ib., 61-62. Esta escena aparece también en un poema de *El tiempo de Euridice* (Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 1996, 65) titulado «Su mirada»: «No fue un reproche, fue solamente una mirada / para envolver su amor y preservarlo, / cuando Él miró a Pedro, / a quien la hoguera enrojecía su rostro, / y cantó el gallo. / Un criadita, en la escalera / un farol nocturno, / le vio llorando, luego.» En el poema titulado «La escuchona» (*Tantas devastaciones*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 1992, 75), que se refiere a otro episodio de los Evangelios (Juan 3, 1-15), Jiménez Lozano introduce la figura de una «criadita» que no aparece en el texto bíblico: «Si el círculo se cierra, / si está abierto, / si las lilas / pasan como las sombras, / si los niños / son enterrados para siempre, / si los hambrientos / serán por fin saciados, / y los ricos / convertidos en infantes con su aro / y su pantaloncito corto. / Si Dios es un volcán, / un lince, un águila asesinos, / una novia de ojos glaucos, / o un mendigo con las manos / omnipotentes y cortadas. / Tal dijo la criadita escuchona. / que fue la conversación con Nicodemo / de Jesús, el Profeta Galileo.

preguntaba a Jiménez Lozano específicamente por las razones por las cuales las monjas de Port-Royal se hubiesen convertido en tema recurrente de su escritura. El autor respondía de la siguiente manera:

Por lo pronto, ese NO de esas monjas a Luís XIV, al papa, a los obispos, a la universidad y a la fuerza bruta es el primer acto de una conciencia civil en la modernidad histórica, o incluso en la pre-modernidad si se quiere. Es la autonomía de una conciencia frente a cualquier poder, hecha por unas cuantas mujeres y a riesgo de lo que fuese, sabiendo muy bien a lo que se exponían, y aceptándolo.

Aquellas mujeres no sólo tenían valor como todos los mariscales de Francia juntos, sino que fueron también un prodigio de inteligencia [...] Tenían una altísima educación, y sacaban cuadras o fregaban y atendían la cocina, y desde luego a los enfermos, como si estuvieran tocando el clavecín o la viola [...] Solamente, si se las conoce una a una, resultan inolvidables, y desde luego se las echa de menos en un mundo tan plano y conformista como el nuestro. Viéndolas y escuchándolas, leyéndolas, se siente el orgullo de la dignidad humana, del absoluto de la conciencia personal. Cuando el «yo» está tan anestesiado o quizás ya muerto en nuestra civilización, ¿cómo no recordar esa historia y a aquellas extraordinarias mujeres¹⁷⁶.

De hecho, *Historia de un otoño*, la primera novela publicada por Jiménez Lozano, fue precedida por una obra de teatro inédita, escrita por el autor en 1968 y titulada *Diálogos jansenistas*. En su introducción a la misma, Jiménez Lozano no cita a Georges Bernanos,

¹⁷⁶ *Una estancia holandesa*, op. cit., 24-25.

cuya obra *Diálogos de las Carmelitas* aparentemente le habría sugerido el título:

El gran dramaturgo francés, Henry de Montherlant, ha abordado ya este mismo tema de Port-Royal en dos ocasiones [...] del universo espiritual de Montherlant, con su catolicismo un tanto estético, a mi propio entendimiento del catolicismo, y de la problemática casi puramente psicológica y teatral de su Port-Royal a la problemática religiosa y humana que yo pongo aquí sobre el tapete en mis “Diálogos”, creo que hay suficiente trecho como para que, aunque yo tuviese genio dramático, no puedan relacionarse en absoluto esos sus Port-Royal, que, además, abordan otros momentos muy distintos de la historia del monasterio, con estos humildes “Diálogos jansenistas”¹⁷⁷».

También deja constancia el autor de su paso de la investigación histórica a la escritura narrativa:

Estos “diálogos jansenistas” son a la vez un trozo de historia político-religiosa rediviva y el planteamiento de una serie de problemas de nuestra actual realidad, pero sobre todo el despliegue de unos dramas personales. La tentación de escribirlos me vino en la Semana Santa de 1968, cuando, cansado de tomar notas y hojear libros y papeles para un estudio personal sobre el fenómeno jansenista, Pascal y Port-Royal, dejé volar un poco a mi imaginación y hablar a mi corazón al margen de la disciplina del trabajo erudito. Los bien conocidos rostros de aquellos señores y religiosas de Port-Royal comenzaron a agitarse dentro de mí y les cedí entonces un escenario y la palabra para dialogar con ellos, en la tranquilidad del campo y

¹⁷⁷ Manuscrito proporcionado por el autor, s/n.

mientras el cierzo y la lluvia preparaba una tarde de primavera, sobre lo que a ellos les aconteció y les acongojaba. Esto es todo¹⁷⁸

La novela narra los acontecimientos inmediatamente anteriores a la destrucción del monasterio de Port-Royal-des-Champs, que fue la culminación de seis décadas de confrontación entre la comunidad de monjas, el «partido» jansenista, la jerarquía eclesiástica de Francia, el Rey Luis XIV y varios Papas. El protagonismo de *Historia de un otoño* es compartido entre el Cardenal-Arzbispo de París, Monseñor de Noailles, que se enfrenta con el dilema teológico, político y humano que supone la supresión del monasterio, y las monjas de la comunidad y algunos defensores suyos, los pocos que les quedan en ese momento. El Cardenal llega al monasterio de Port-Royal-des-Champs acompañado de su secretario el padre Vivant, en una mañana de primavera cuando el canto gregoriano de las monjas «brotaba, alegre, por los ventanales», y baja de su carroza «ligero y contento, con el presentimiento de que la misión que le llevaba al monasterio tendría completo éxito». ¹⁷⁹ Entrando en el recinto conventual, y cardenal y su secretario «encontraban un refinado buen gusto, esa sencillez de la que sólo son capaces una sensibilidad muy cultivada, un gusto muy exquisito que se sacrifican en aras de la cruz. Aquel puñado de monjas, de grandes familias francesas, que se dedicaban, para humillarse, a los más bajos menesteres, no podía menos que dejar su impronta de buen gusto hasta en los montones de basura que hacían en el jardín en otoño.» En el locutorio se

¹⁷⁸ Id.

¹⁷⁹ *Historia de un otoño*, Barcelona, Destino, 1971, 9.

encuentran con la priora, la Madre Du Mesnil, que ha tenido la responsabilidad de la casa desde la muerte de la abadesa y la prohibición del propio Cardenal de que la comunidad eligiera una sucesora. «Había elegido la vida religiosa a plena conciencia, rechazando un matrimonio tan ventajoso como le ofreció, en su espléndida juventud, el abogado Ponchartrain, luego Canciller de su Majestad; y no tenía esa secreta inquina contra el mundo de quienes, con demasiada frecuencia, iban a esconder en un monasterio las decepciones causadas por el siglo o la ausencia de atractivos de éste»¹⁸⁰.

Monseñor de Noailles le asegura a la Madre Du Mesnil que ha venido «en son de paz a esta casa» y que desde su designación como arzobispo de París hace seis meses, no ha hecho más que pensar visitar a la comunidad. La priora le responde que las monjas también deseaban este encuentro: «Vuestra Eminencia es todo nuestro amparo [...] Escudriñad y ved todo cuanto queráis en esta casa y decidnos lo que hemos de reformar». El Cardenal le asegura que ni la piedad, ni la fidelidad a la Iglesia, ni la ortodoxia de la comunidad están en entredicho, sino que se trata únicamente de «una cuestión política». La santidad de vida de las monjas no es suficiente: «Estamos en el mundo, no en el Reino de Dios...en la Francia de Luis XIV, no en Utopía»; tanto la jerarquía eclesiástica como el monarca desean que las monjas firmen, por fin, el «Formulario».

—Es preciso que firméis, Madre Du Mesnil. Ni siquiera se os pide que aceptéis en vuestra conciencia lo que

¹⁸⁰ Ib., 15-16.

dice el Formulario: que las cinco herejías condenadas por Roma están en el libro de Jansenio sobre San Agustín.

—¡Ojalá pudiéramos firmar, Monseñor! Pero, ¿cómo mentir firmando? Si las cinco proposiciones heréticas condenadas por Roma no están en el libro de Jansenio, ¿cómo afirmar solemnemente, con nuestra rúbrica en el Formulario, lo contrario?

—Roma dice que sí están, Madre Du Mesnil.

—Pero, ¿están o no están, Eminencia? —preguntó la priora, con una apenas perceptible sonrisa irónica [...]

—Por obedecer, nadie se condena, Madre Du Mesnil.

—¿Y qué sería de la obediencia, Monseñor, de labios para afuera? Si esta casa de Port-Royal hubiese obrado así, se hubiera ahorrado todos sus sufrimientos, pero quizá tendría que haberse avergonzado ante Dios¹⁸¹ [...].

El Cardenal le recuerda a la Madre Du Mesnil que los hijos de la Iglesia están obligados a la obediencia «perinde ac cadaver», y ella le pregunta por qué quiere la Iglesia cadáveres.

Me horrorizáis, Eminencia. Nuestro Dios es un Dios de vivos, no de muertos; y apenas el Creador acabó de formar este pobre muñeco de barro que somos, le dio en la frente el soplo de su libertad para que fuese un hombre y no un muñeco. Siempre me han indignado las marionetas desde que era pequeña, Eminencia. Mi padre jamás nos permitió a sus hijas jugar con muñecos por miedo de que después, si tuviésemos hijos nosotras mismas o fuésemos constituidas en autoridad, manejásemos como a muñecos—como a cadáveres que dicen esos señores de la Compañía—a los seres humanos que nos fuesen encomendados.¹⁸²

¹⁸¹ Ib., 17-20

¹⁸² Ib., 21-22.

Entonces de Noailles da órdenes a la priora de llamar a la comunidad: «En otro lugar cualquiera del mundo se podría haber dicho que la tragedia habitaba ya el aire o que aquel grupo de monjas estaban ante su juez. Y así era. Pero, en este monasterio, la paz interior no se perdía, ni el aire se cargaba por visitas de arzobispos, cardenales, reyes, príncipes o inquisidores». El Cardenal ha convocado a la comunidad «pensando en un expediente diplomático al margen de los cánones para conseguir lo que no había conseguido de la priora. Iría preguntando una a una a las religiosas, y, si alguna se mostraba dispuesta a firmar, eso le bastaría quizá¹⁸³». Cuando las religiosas afirman al unísono que su priora ya ha hablado por ellas, el Cardenal de Noailles, enfurecido por su actitud desobediente, les prohíbe la comulgar, y también a enterrar con las ceremonias de la Iglesia a su hermana Sor Francisca Le Camus, que ha muerto esa madrugada. Después de marcharse el Cardenal y su secretario, las monjas van primero a la iglesia, y luego al refectorio; « [...] las dramáticas horas que acababan de vivir no merecían ya un recuerdo, que solamente habían sido parte del horario de ese día, que, allí, en el monasterio, estaban solamente para cumplir la Regla y que cualquier énfasis sobre esa escena del locutorio sería una mundana complacencia¹⁸⁴».

A la mañana siguiente, la comunidad se reúne en el jardín-cementerio donde está colocado, junto a la fosa, el ataúd abierto de Sor Francisca Le Camus; después de rezar juntas el oficio de difuntos, la Madre Du Mesnil le pide a una de las hermanas que lea «la apelación».

¹⁸³ Ib., 25-26.

¹⁸⁴ Ib., 31.

—La Madre Du Mesnil, priora del monasterio de Port-Royal des Champs y todas su hijas, privadas de conversas y postulantes, de Abadesa, de confesores y directores y de todos los sacramentos: Al Tribunal de Nuestro Señor [...]. Los jueces de la tierra cierran las puertas a las más justas demandas, porque quieren hacer la justicia sin contradicción. Pero Vos sois nuestra justicia y nos haréis justicia y misericordia [...] Conservadnos a todas en vuestra verdad y volvednos invulnerables en la unión de la caridad¹⁸⁵.

La priora toma el memorandum de acusación y de súplica de manos de la hermana Briquet y lo coloca en manos de la difunta. Una vez cerrado el ataúd, las monjas comienzan a cantar el responsorio; «[...] la hermana Issali, la portera, cuando la tumba estaba cubierta, puso sobre ella una cruz de pino: dos trozos de madera atados con un hilo. Si la primavera se tornaba lluviosa y, desde luego, con los primeros calores del verano, esa cruz de desharía pronto. Y, sin embargo, era el símbolo de toda la esperanza a que el hombre puede asirse¹⁸⁶».

La vida de la monjas vuelve a su cauce habitual, y el año va pasando «como los anteriores: nuevas amenazas de parte de la Corte para que las religiosas firmaran el Formulario, nuevos ataques de los señores de la Compañía, nuevas apelaciones y protestas de las monjas y de los amigos del monasterio ante el Parlamento y el Primado de las Galias». A la comunidad se le prohíbe recibir nuevos miembros, y las rentas del monasterio son secuestradas por el Rey; sin embargo, el abogado del monasterio consigue que venga un sacerdote, disfrazado, a traer la comunión a las monjas, y aquella

¹⁸⁵ Ib., 34.

¹⁸⁶ Ib., 35-36.

noche «no parecía una noche de catacumba, sino la vigilia de Pascua. Más tarde, durante la recreación, se oyeron algunas risas y bromas, que durante años no se habían escuchado y que hubieran puesto el seño adusto a Monsieur Pascal o al Abate de Saint-Cyran¹⁸⁷». Mientras tanto, la mayoría de los amigos de Port-Royal están en prisión, y sólo Mademoiselle Joncoux se atrevía, todavía, a entrar en los salones de los grandes y en el del Arzobispo para hablar a favor de las monjas.

Era una mujer menudita, espiritual, de dulce rostro muy blanco [...] Vestía constantemente de marrón claro y cuello blanco, como si fuese de uniforme; y podía decirse, en realidad, que ese vestido era el uniforme de la tenacidad, o el del valor y del hablar claro y la alegría [...] Cuando entraba en el monasterio era un día de sol para éste, pero si se aventuraba en los salones aristocráticos, los deslumbraba y, para algunos libertinos, resultaba incómoda su presencia, porque esa libertad de espíritu de mademoiselle, su belleza y su risa deshacían sus «a priori» de que el cristianismo era el culpable de que la vida humana supiese a ceniza, como si no fuese ceniza la condición de ésta¹⁸⁸.

En el transcurso de una de sus «muchas discusiones» sobre la situación de las monjas de Port-Royal, el Cardenal le dice a mademoiselle Joncoux que no es más que una mujer y no debe mezclarse en cuestiones de Iglesia, recordándole una afirmación de Monseñor de Bossuet sobre la condición de la mujer.

¹⁸⁷ Ib., 49.

¹⁸⁸ Ib., 50-51.

La respuesta de mademoiselle llegó rápida, en medio de una risa, apenas contenida:

—Pues si son asuntos de Iglesia, Monseñor, en los que las mujeres no deben mezclarse, ¿por qué atormentáis a esas pobres mujeres por asuntos de Iglesia? [...] Por otra parte, quizá Dios no piense que solamente somos el producto de un hueso supernumerario, como Monseñor de Bossuet [...] nos podemos condenar, Monseñor, por obedecer a nuestros superiores contra nuestra conciencia. La pequeña Juana lo sabía mejor que la Sorbona y todos aquellos arzobispos, obispos, teólogos e inquisidores, que la enviaron a la hoguera.

—¡Juana, Juana! —murmuró el cardenal.

—Otro producto de un hueso supernumerario —dijo mademoiselle con ironía¹⁸⁹.

Durante los meses siguientes, el dilema político y teológico producido por la postura de las monjas va resultando cada vez más doloroso para el Cardenal; por fin, en cumplimiento de la petición del Rey, llega de Roma la bula ordenando el cierre definitivo del monasterio y el traslado de las monjas a otros conventos. El Cardenal decide ir a Versalles, en un último intento de interceder por las monjas ante el Rey Madame de Maintenon, pero Luis XIV le asegura que arrasará Port-Royal, y en efecto, dos días más tarde, una expedición militar compuesta de diez carros con arqueros y una docena de carrozas, se presenta en el monasterio. La Madre Du Mesnil espera ya desde la madrugada esta «visita ilustre»; no tiene inconveniente en reconocer su propio miedo, pero intenta tranquilizar a la subpriora, asegurándole que «el miedo es como un sacramento, Madre Ana. Nos da la gracia de medir lo que somos y lo que podemos

¹⁸⁹ Ib., 52-53.

ser, apoyadas en nuestro Esposo». El Lugarteniente D'Argenson manda a sus hombres registrar el monasterio, y la priora, sonriendo, le entrega las llaves, diciendo que ni esconden a nadie, ni nadie les defenderá con armas. Las monjas se reúnen con el lugarteniente en la sala capitular y la Madre Du Mesnil le confirma que «Estamos todas, Excelencia. Veintidós humildes siervas de Dios y de Su Majestad». D'Argenson les informa que el Rey ha ordenado su dispersión en distintos conventos y monasterios y que tienen tres horas para prepararse; la priora la contesta en un tono sencillo, casi alegre.

—Excelencia, estamos dispuestas a obedecer. Media hora nos es más que suficiente para darnos nuestro postrer adiós, tomar un Breviario, una Biblia y nuestras Constituciones.

Parecía que la Madre Du Mesnil anunciaba simplemente una recreación extraordinaria o cualquier otra novedad en la Regla de la Casa. Monsieur D'Argenson volvía a sentirse pequeño o, quizá, todavía pensaba que las monjas no habían comprendido bien lo que se les anunciaba: su extinción como comunidad, la muerte de Port-Royal. En el mundo, en estas ocasiones, se hace teatro [...] pero en un monasterio donde ni siquiera la muerte se cuenta como separación definitiva, una medida como ésta, que rompía, sin embargo, el alma de aquellas mujeres, no llegaba a adquirir rango dramático¹⁹⁰.

El lugarteniente les ofrece a las monjas escoger de entre los monasterios y conventos que se le han indicado—«¡Qué magnánimo era! ¡Qué paternales se mostraban los poderes de este mundo, cuando

¹⁹⁰ Ib., 120.

obligaban a que se hiciese su voluntad!»—pero la Madre Du Mesnil le asegura que les es indiferente el lugar donde vayan a vivir, puesto que «esperamos encontrar a Dios en cualquier parte¹⁹¹». D'Argenson, contrariado, saca de su casaca un papel y empieza a leer, uno por uno, los destinos de cada monja.

Las monjas regresaron, por unos momentos, a sus celdas. Todo estaba en desorden. Los arqueros se habían revolcado en las camas, y las prendas íntimas—sin duda más excitantes para aquellos hombres elementales por pertenecer a esas vírgenes—estaban esparcidas por el suelo, sobre las camas, un poco por todas partes [...] Las monjas no tardaron media hora en recoger unos libros y un hato de ropa, la disciplina y el cilicio y bajaron al patio exterior del monasterio, donde las carrozas esperaban [...]. De repente, de una de las carrozas, la de la Madre Priora, brotaron las primeras notas del canto del «Te Deum laudamus». La Madre Robert fue subida con su silla de ruedas a su carroza y, en medio de aquel despliegue tan lleno de poder y tan odioso, parecía realmente la triunfadora, mirando con ironía a Monsieur D'Argenson, mientras cantaba: «Te Dominum confitemur»: como para poner en claro que un cristiano no tiene más señores¹⁹².

Mientras tanto, los arqueros han empezado a profanar las tumbas de la iglesia y del cementerio; D'Argenson, lleno de repugnancia ante lo que han hecho sus hombres les espeta: «Creéis que hemos acabado con el monasterio? [...] Vivirá más que nosotros¹⁹³». Al día siguiente, comienza la demolición del monasterio.

¹⁹¹ Ib., 121.

¹⁹² Ib., 124-125.

¹⁹³ Ib., 129.

Al cabo de un año de destierro en el convento de las ursulinas de Blois, la Madre Du Mesnil recibe una carta del Cardenal de Noailles en la que se le autoriza comulgar, a pesar de no haber firmado el Formulario. El Cardenal, por su parte, es visitado de nuevo por Mademoiselle Joncoux, a quien no ha visto desde el otoño anterior, cuando había intentado interceder a favor de las monjas de Port-Royal. Al prelado «le daba miedo volver a verla» pero ella «avanzaba ya hacia él, por el jardín, con aquella alegría de meses atrás, como si nada hubiera sucedido [...]. Era uno de esos cristianos que....aún cuando sucumban en el más atroz de los martirios, siempre evocarán más a Belén que al Calvario¹⁹⁴». Mademoiselle le ruega que intervenga ante el Rey para que se levante el destierro de las monjas de Port-Royal y para que los jansenistas salgan de las cárceles; surge un animado debate teológico entre Mademoiselle Joncoux, el Cardenal, su secretario, y un jesuita, el Padre Tallien, y Mademoiselle entrega al prelado algunos de los papeles de Port-Royal que tiene en su poder. Unas pocas semanas más tarde, el Cardenal decide visitar a la Madre Du Mesnil, cuyas cartas él no ha querido contestar por miedo a los censores, que ya habían utilizado las confidencias de la monja como inspiración de un panfleto anti-jansenista. «Sabía perfectamente que las discusiones teológicas, como las guerras y los odios religiosos, podían llegar a ser algo espantosamente satánico [...]. La lucha misma entre jansenistas y jesuitas lo estaba demostrando, hasta la saciedad y el vómito. Los enemigos de la Iglesia no necesitaban más que afilar levemente los

¹⁹⁴ Ib., 158-159.

dardos, que se lanzaban entre sí esos discutidores» y dirigirlos contra toda la Iglesia.

El hombre había buscado siempre, por todos los medios, la manera de defenderse de la existencia de Dios y mucho más de las exigencias de un Dios crucificado, y Monsieur Ivelin había proporcionado un buen expediente que se coreaba a media voz o con grandes carcajadas, como siempre ha celebrado el hombre esta grata nueva de su triunfo y de la derrota de Cristo: la religión no sería otra cosa que una tempestad de la matriz. ¡Ya está dicho! Era el gran descubrimiento. La piedra filosofal por fin hallada. Mientras el mundo y su maldad estuviese sostenido por los hombres y su orgullo fálico, las mujeres seguirían siendo sacrificadas sobre el altar de ese orgullo. Y, con las mujeres, los niños y los pobres [...] hasta los cristianos habían cargado sobre la mujer toda inmundicia y el origen del pecado, lo que les autorizaba a su desprecio y a su dominio, igualmente. «Cum feminis, sermo paucus et durus»; este latinajo, que prohibía hablar larga y humanamente a las mujeres y que recordaba los estólicos latines de los médicos, sirvió también para los señores de Port-Royal; pero, allí, esa quintaesencia de la mujer era la monja, y que como estaba a resguardo de la propiedad fálica del macho éste despreciaba como a ser alguno, daba toda su medida humana por encima del valor, de la inteligencia y de la profundidad de cualquier hombre; y su medida cristiana, defendiendo el honor del celestial Esposo contra reyes, papas y arzobispos. Por eso ¡qué alegría sentía el hombre cuando, como en Loudun o Louviers, se podía humillar a aquellas mujeres y declarar, ante notario, que todas ellas eran sexo, y que su hambre de falo era el origen de la religión¹⁹⁵!

¹⁹⁵ Ib., 180-184.

Por fin, en una tarde de otoño, el Cardenal llega a Blois para encontrarse con la Madre Du Mesnil. Durante la conversación, la priora le reafirma su decisión de no pedir clemencia al Rey y dice que «en esta celda, he aprendido que todo es gracia, incluso los golpes, sobre todo los golpes», aunque por otra parte, «Buscar el dolor o los golpes sería inhumano y anticristiano». El Cardenal reconoce que todo el asunto ha sido para él «una cruz» y que agradece «el Cirineo» que le ha mandado la Madre Du Mesnil: Mademoiselle Joncoux. De ella, y de sí misma, afirma la Priora que «Todo hombre viene a este mundo a decir una sola cosa, una pequeña sola cosa. Mademoiselle de Joncoux a hablar con claridad inconveniente y a contagiar alegría. Yo, Eminencia, a decir que “no”. En el mundo y en la Iglesia es bueno que siempre haya alguien que diga que “no”, por fidelidad a su conciencia¹⁹⁶». Al marcharse del convento, el Cardenal recibe la noticia de que Mademoiselle Joncoux ha sido detenida; el obispo de Blois le intenta tranquilizar, diciendo que «Mademoiselle es una víctima demasiado alta y pura como para que el Rey se atreva a tocarla. No hay nada que produzca tanto horror a los poderes de este mundo como la libertad y la alegría¹⁹⁷». Mademoiselle Joncoux es puesta en libertad casi inmediatamente, y durante algún tiempo seguirá siendo la única persona que puede echar en cara al mismísimo Rey su aplastamiento de Port-Royal, sin que éste se encolerizase. Pero ella no vivirá por mucho más tiempo.

Un día, volvió de la iglesia, donde acababa de comulgar, y se acostó para morir. Lo hizo con alegría y

¹⁹⁶ Ib., 196-198.

¹⁹⁷ Ib., 203.

sencillez. Como si preparase uno más de aquellos sus eternos viajes para pedir clemencia a favor de sus amigos jansenistas. [...] Era un día frío y grisáceo de febrero y todavía se aupó en la cama para ver caer la nieve, que la llenaba de gozo.

—Te doy gracias, Señor, por la nieve tan niña y tan alegre con que preparas mi agonía —dijo. —Te doy gracias por mi belleza y mi juventud y mi alegría. Pero, sobre todo, por ser hija de tu Iglesia y haberme dado tan larga lengua, que no supo decir mentira ni ahorrar espontaneidades¹⁹⁸.

Al saber la noticia, el Cardenal «apenas si fue capaz de decir la oración fúnebre sobre el texto bíblico de la mujer fuerte. Y, sin embargo, él mismo precisaba, ahora, la fortaleza más que nunca». Ha caído en desgracia con Rey y con Roma, y aunque sigue siendo Arzobispo de París, tiene órdenes de no aparecer por la Corte por no haber aceptado «de buena gana» la nueva bula «Unigenitus». Ha surgido, por otra parte, el escándalo de los convulsionarios del cementerio de San Medardo, unos falsarios que se llamaban a sí mismos «jansenistas» pero cuyas blasfemias eran más difíciles de soportar para los auténticos jansenistas que la destrucción de Port-Royal, y con quienes los enemigos del Cardenal le podrían identificar. Cae enfermo y sólo la compañía de un sacerdote, el Abate Dubois, refugiado en su casa, le brinda la «pequeña alegría humana, que, al fin y al cabo, es lo que impide que nuestra humana condición sea devorado por el absurdo, la desesperación o el miedo». Cuando experimenta una mejoría, acude a acompañar a la Madre Du Mesnil en su agonía, una lucha atroz de seis días. La monja grita

¹⁹⁸ Ib., 205-206.

constantemente que está condenada, y que «Dios mismo aplastó a Port-Royal por nuestra soberbia, o por nuestra debilidad en defenderlo», pero al final afirma «Sí, soy feliz [...] elegí bien¹⁹⁹». Después del entierro de la priora, De Noailles se encuentra una mañana cerca de las ruinas de Port-Royal y tiene una visión de su primera visita al convento.

La Madre Du Mesnil estaba ante él, arrodillada. Eran sus ojos, ardientes como carbúnculos, los que le miraban.

—Levantáos, Madre Du Mesnil. He venido en son de paz a esta casa.

Iba a continuar, pero la visión o el sueño desaparecieron.

[...] Entonces se levantó para irse y estuvo a punto de pisar una cruz de palo, casi desecha, procedente de alguna tumba y que había resistido a todas las humillaciones, quizás porque, siendo tan humilde y ridícula, no era vendible, ni codiciable, ni suscitaba iras. La tomó en sus manos [...].

—¡Salve, o Cruz, Spes unica!²⁰⁰

La novela *Teorema de Pitágoras* trata de la devastación perpetrada por los poderes e intereses políticos, científicos y económicos de los países ricos contra el continente africano y su población, y en ella nos encontramos con dos personajes femeninos—Mère Agnes y su antigua alumna, la doctora Estévez—que poseen muchos rasgos de las protagonistas de *Historia de un otoño*²⁰¹. La

¹⁹⁹ Ib., 214-218.

²⁰⁰ Ib., 220-222.

²⁰¹ En *El tiempo de Eurídice*, aparece el siguiente poema titulado «Mère Agnès y Catherine de Sainte-Suzanne» (92): «Os acompaño solamente / en esta simple estancia de piso de madera; / la chaise-longue, la silla, el libro, / la cruz desnuda y

narración comienza en Madrid cuando una clínica de suburbio, donde trabajan la señorita Mary, enfermera, y la doctora Estévez, ambas llegadas al centro hace pocos meses, es asaltado por una banda urbana. Los vecinos que estaban en la sala de espera en ese momento, viendo la destrucción perpetrada por los asaltantes, se preguntan quién ha podido hacer esto y qué daño puede hacer una consulta médica en un suburbio. La doctora Estévez, que llega en ese momento, contesta que le buscaban a ella y al no encontrarla, se decepcionaron; no importa preguntar más.

El consultorio era el único centro sanitario que había en aquel suburbio ya tan grande [...] cuando se entraba, la sensación era la de haber dejado el mundo entero atrás; y este sentimiento de seguridad era la primera medicina que tomaban aquellas gentes en sus ánimas: el temor y la angustia se alejaban de ellas como si hubieran sido trasladadas al otro lado de la trinchera, y ya no pudiera ocurrirles nada²⁰².

La señorita Mary ha llegado hace siete meses al consultorio, poco antes que la doctora Estévez; en seguida han congeniado, pero la

vuestros hábitos, / la cruz roja en ellos, vuestras manos, / el relumbre del mirar, si me miráis. / «Sólo es una pintura», me advertís. / «¿Y el mundo?», yo os pregunto. / «Ruido de moscas». / «¡Ah!». Parece un mundo / hasta que se entra aquí, mesdames.» Mère Agnès Arnauld es una de los personajes de Port-Royal más queridos por Jiménez Lozano; el capítulo titulado «Pintura de silencio» de *Retratos y naturalezas muertas* (op. cit., 111-120) trata del cuadro al que alude el poema, que fue pintado por Philippe de Champaigne para conmemorar la curación milagrosa de su hija, Soeur Catherine. Por otra parte, en el mismo libro y a propósito de «la “desconstrucción” de la mentira mundanal y su máquina», el autor afirma que «Se explica, entonces, que nuestra cultura de hoy no quiera tener que ver nada con Descartes, Pascal, Spinoza y los otros, porque pulverizan la gnosis de las grandes razones políticas y económicas, y ponen al desnudo todo el horror de su diseño [...] Como en *Teorema de Pitágoras*». (203)

²⁰² *Teorema de Pitágoras*, Barcelona, Seix Barral, 1995, 8-11.

doctora siempre ha mostrado una cierta sequedad y distancia, «una mezcla de distinción mundana y de respeto, pero quizás también una defensa». Viste de oscuro casi siempre, «con el resplandor de un cuello y puños blancos», con traje-sastre, nunca con pantalón. Lo único que se sabe de ella es que ha estado algún tiempo en África, ha estudiado en Francia o Alemania, y que no usa su primer apellido, que es holandés. La señorita Mary, mucho más joven, la admira por todo: «su saber y maestría profesionales, su capacidad para el trabajo, su belleza y sus modales exquisitos, pero quizás sobre todo porque tenía un instinto o sentido práctico admirables; una extraordinaria disposición para la administración casera, el orden, la limpieza, los dineros...y el don de acercarse a las gentes, y singularmente con los niños²⁰³».

Después de poner orden en el consultorio con la ayuda de los vecinos, y de dar parte a la policía, la doctora Estévez mira a su reloj y piensa en que «también la última vez fue por la tarde, y a esa hora, y en otoño. Con el mismo sol tan claro por testigo». En esa ocasión, los asaltantes le habían dado unas cuchilladas en el hombro y el antebrazo; entonces ella había avisado en seguida que se marchaba del centro para no acarrear más problemas, como había tenido que abandonar otras clínicas y hospitales, desde que todo había empezado «ya no sabía cuantos años atrás, ni quería recordarlo». A pesar de ataques humillantes y amenazas telefónicas, la doctora siempre ha quitado importancia al asunto, e igual que ha ocurrido en anteriores ocasiones, ella recibe una llamada en la que le preguntan por su

²⁰³ Ib., 13.

salud—«Esperemos que sólo haya sido un susto»—y luego llegan a la consulta nuevos muebles, así como un carpintero y un cristalero para reparar los daños. La doctora Estévez y la señorita Mary toman un café y un bocadillo y empiezan a «cuchichear sobre no-nadas» para olvidar lo sucedido; cuando llegan el médico de noche y su practicante, la doctora les cuenta lo que ha ocurrido, asegurándoles que no volverá a repetirse, aunque ella se tendrá que marchar para no hacerles más difíciles las cosas. A la salida, mientras van paseando, la señorita Mary le confiesa a la doctora que ha temido por su vida o que le violasen, pero la doctora le abraza y dice: «Métase en la cabeza esto: si no nos quitan la alegría, no nos quitan nada».

Prosigue la narración con los recuerdos de la doctora Estévez de su juventud en África, cuando ella y su amiga, Cristina Dinesen, empezaron a darse cuenta de las cosas que oían y veían a su alrededor: «pronto aprendiste a anotar en la memoria, nunca en papeles: jamás. Oyes, escuchas, y no sabes qué, y no aciertas sus significados; pero luego, un día, todo se enhebra y todo ajusta: evolución, riñones, dólares, resistencia [...] mercancía, blanda, toga, responsables²⁰⁴». Las dos jóvenes comparten sus dudas y preocupaciones con su profesora Mère Agnes. «Trabajaba siempre su jardín en el pequeño cementerio. Explicaba matemáticas en el colegio, y allí iba con hábito de monja: pero aquí se ponía pantalones para su trabajo. “Las *cocottes* en París, y yo aquí en África. Las únicas.”» La monja les cuenta que con ella se ha acabado la estirpe de su familia.

²⁰⁴ Ib., 32-22.

«Demasiados generales y frailes en la familia, demasiadas monjas y madres de ocho hijos. Había que parar eso».

[...] y ella nos advertía:

—¡A ver vosotras!

—¿Nosotras?

—Los tres ángulos de un triángulo equivalen a dos rectos. Os casarán, si os descuidáis.

—¿Y si nos enamoramos?

—Puede ser. Pero entonces no os casaréis. Mirad Eloísa y Abelardo.

[...] Tocaba luego la campana, y se acababa la charla. Veías en la capilla entonces, tras las rejas, a Mère Agnes y las otras monjas. *Tantum ergo*, incienso. El Padre Maulnes diciendo: «Queridas señoritas, Dios las bendiga». Las paredes blancas, el altar blanco, los bancos de caoba [...] Juego de ajedrez toda África, y las blancas ganan: la partida tiene trampa.

—Arena movidiza el mundo —nos avisaba Mère Agnes—. No hay que pisar en él.

—En septiembre, a Madrid —dijo mamá.

—Que encontréis a Abelardo —dijo Mère Agnes.

—¿En Madrid?

—*Chi lo sa!*²⁰⁵

Las jóvenes se proponen estudiar matemáticas y volver a África más adelante, pero entonces se produce la extraña muerte del padre de la doctora Estévez: «una agonía de horas mirándose a un espejo».

—Todavía no.

Y luego:

—No quisiera ver lo que he visto.

—¿Qué, papá?

—Investiga, investiga. Dios lo sabe²⁰⁶.

²⁰⁵ Ib., 35-37.

²⁰⁶ Ib., 37.

Una vez en Madrid, sin embargo, deciden estudiar medicina; Cristina vuelve a África en seguida, al acabar la carrera: «Su familia de colonos daneses distribuía a sus mujeres como antes se hacía en todas partes: o matrimonio o convento, o se casaban o a la granja africana. Pero que me esperase un poco solamente, porque yo volvería allí²⁰⁷».

Durante la ausencia de Marta, los «señores de blanco» habían reprochado a la Misión de Mère Agnes el haber abierto un consultorio y atender el manicomio. «Es decir, haber llevado allí la enfermedad civilizada [...] ¿Acaso no les bastaba el brujo?» Mère Agnes les decía que no:

[...] ahora saben ya que la suma de los ángulos de un triángulo equivale a dos rectos y que el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. ¿Qué se piensan los señores?

Lo decía más convencida aún ahora. No había perdido energía en estos años transcurridos, ni tampoco alegría y *sans façon* [...] Seguía cuidando el jardín-cementerio, y ahora se sentaba en un banco o sobre el leve promontorio de una tumba, y ponía con melancolía sus manos sobre el halda, las abandonaba [...]

Hablaba con su maravillosa voz, llena de música y pastosa, pero en un tono más bajo y susurrante.

—¡Dios mío! ¡Si ya tengo setenta años! Soy una vieja.

Pero luego, como si se deshiciese de ellos, se ponía a moverse entre las conventuales tumbas para leer las inscripciones:

Soeur Claire, 89 años; Soeur Gertrude, 92 años; Mère Marcelle, 79 años: la más joven. Así que todavía soy una niña, y puedo ayudaros.

²⁰⁷ Ib., 40.

Ellas habían visto lo que nosotras buscábamos y, sin embargo, vivieron tanto tiempo. Porque se debe vivir después de haber visto el hondón de la tiniebla.

—¿Estáis dispuestas?

—Sí²⁰⁸.

La madre de Marta Estévez, mientras tanto, ha estado colaborando con «la Compañía» en la elaboración de un informe sobre su hija, y también sobre Cristina y Mère Agnes, que es entregado a «los señores de blanco inmaculado» que hacen su tertulia en el jardín del Gran Hotel. El informe indica que Marta y Cristina, en los últimos años de la carrera, se habían dedicado al estudio de la microbiología y de las enfermedades tropicales: quizás fuera Mère Agnes quien les había dado a conocer lo que podrían hacer allí, como médicos, en África. Marta y Cristina le profesaban un gran afecto, y ella siempre había tenido mucho ascendiente sobre las dos jóvenes.

Esta Mère Agnes era de una gran familia francesa y un talento matemático ya en el siglo, cuando todavía era una muchacha. Estaba haciendo brillantes estudios todavía, y de repente se fue al convento. Se dice que imitaba a Edith Piaf con una perfección absoluta y pintaba cuadros de Utrillo, que Utrillo hubiera firmado. (Nota de la Compañía en el Informe: «Esta Mère Agnes es sencillamente *persona non grata*. Debería recomendarse que fuera removida de África».)²⁰⁹

Mientras la doctora Estévez trabaja en el consultorio de la misión, su amiga Cristina realiza sus investigaciones en la Gran Clínica, una Fundación filantrópica «sostenida por una Fundación

²⁰⁸ Ib., 65-66.

²⁰⁹ Ib., 76-77.

Financiera sin residencia legal en ningún lugar del mundo. La presidencia de la Fundación se ofrece cada año a un rey, o un banquero, o un Alto Comisario de la ONU, un Premio Nobel de la Paz, un tratante de armas ennoblecido y convertido al Gran Oriente», o a cualquier benefactor de monjas, hospicios y hospitales.

Mère Agnes decía:

—No podemos mirar de dónde nos viene el dinero. No podemos. Si hay una sequía y viene la hambruna, le abro la puerta al Diablo si trae pan.

[...] ¡Cuántas veces las había contado a ellas: Marta y Cristina—Cástor y Pólux las llamaba—que cuando se les quemó la misión fue de «La Casa» de donde recibieron toda ayuda, y sin pedirla²¹⁰!

Era imposible separar a «Cástor y Pólux» de Mère Agnes: «Nosotras somos—decía Cristina—*un ménage a trois*»²¹¹. Más tarde, de vuelta a su convento de Lyon, Mère Agnes es entrevistado por un «Informante», que le pregunta por las razones que tuvo la doctora Estévez para abandonar África después de la muerte de su amiga Cristina. Mère Agnes permanece un tiempo en silencio, y luego dice que ella tenía que ser la muerta: «La cerbatana tenía que dispararme a mí [...] Fue un Viernes Santo por la tarde²¹²». Mère Agnes sospecha que el Informante no viene de parte de la Compañía; efectivamente, resulta ser un detective privado enviado, por orden de la señorita Mary y de los médicos del consultorio urbano, para recoger información que les pueda ayudar a entender qué tipo de peligro se

²¹⁰ Ib., 126.

²¹¹ Ib., 127.

²¹² Ib., 131.

cierno sobre la doctora Estévez. Mère Agnes le asegura al investigador que la doctora no había tenido problemas o «aventuras» en África, con la excepción de lo que sucedió con un niño que podía haber caído en manos de «ellos».

—*El corazón de las tinieblas* es una novela de Conrad, ¿no? —preguntó el Informante a Mère Agnes, al verlo sobre la mesita que había en el locutorio, junto a los periódicos y las cartas.

Sí; y, si me lo permite, le diré que es una novela rosa —comentó Mère Agnes.

Y rezongó luego:

—¿Qué sabía Conrad²¹³?

Volviendo del aeropuerto en medio de una tormenta, Cristina, acompañada de dos enfermeras africanas, se había refugiado en un chalet que resultó ser una «estación biológica». Unos días más tarde, cruza un viejo puente y llega a la «Gran Base», cuyo director le advierte a la doctora que nunca debió llegar hasta allí, y que no tiene que decírselo a nadie. Después del asesinato de Cristina, la doctora Estévez decide investigar a fondo lo que su amiga ha visto; invitada por los «señores del traje blanco», visita los laboratorios clandestinos.

—¿Qué le parece?

—Perfecto. Como un teorema.

Sonrieron, y comentaron:

—Exacto.

[...] Y contó a Mère Agnes su descubrimiento: todo estaba en el teorema. No había más.

²¹³ Ib., 151.

—Tendría que estar escrito, en vez del INRI, sobre los crucifijos —dijo Mère Agnes—. ¿Acaso no murió por eso?

—Sí.

Ya estaba todo visto: como el rodar del mundo. Las mañanas calmas, las tardes calmas, las noches calmas, el calmo desfile de las enfermedades, los achaques; de vez en cuando la imposición de la violencia. Y también la muerte.

Cuando ella vio, era como si un autogiro la hubiera llevado por encima del mundo y hubiera levantado en su vuelo el caparazón de los tejados: estación atómica [...] laboratorios de gases y venenos, fábricas de armas, laboratorios bacteriológicos, clínicas de extracción de órganos [...] morgues, campos de concentración [...] la Bolsa y los depósitos de dinero, mercados, altas oficinas del Estado [...] casitas pobres detrás de los palacios, Gran Hotel [...] barrio chino, ensanche [...]

—¡Ah!, ahora entiendo adónde iban los que eran señalados por el botón rojo pintado en el lóbulo de la oreja izquierda y desaparecían de la casa de los locos para observación —dijo Mère Agnes²¹⁴.

La Doctora Estévez había visto entonces «los ojos de aquel niño que esperaba en una habitación llena de juegos, solitaria; y le había sacado de allí [...]». Todo esto se lo ha contado a la señorita Mary mientras cenan juntas en un restaurante, y también dice que cree que se va a quedar en el consultorio por mucho tiempo. «Al niño no van a encontrarle nunca». La señorita Mary no se atreve a hacerle más preguntas de momento.

²¹⁴ Ib., 183-185.

—Ya le contaré más adelante, porque éramos tres: Cástor, Pólux, y «La monja Dragontea». Tengo que contarle tres vidas.

—«Los tres mosqueteros» —sugirió la señorita Mary.

—No. «Los tres dragones de Pitágoras». Como la banda de «Los Tigres» o de «La Calavera». ¡Ya verá lo que podemos! [...]

—¡Invencibles los dragones²¹⁵!

3.2 Teresa de Jesús

3.2.1 Novelas

3.2.1.1 *El mudejarillo, Relación topográfica, Maestro Huidobro, Las gallinas del Licenciado*

El gran interés que tiene Jiménez Lozano por la figura de Teresa de Jesús se ha manifestado desde los inicios de su carrera literaria, y en todos los géneros practicados por el autor²¹⁶. Las referencias a Teresa y a Juan de la Cruz son muy numerosas en sus diarios y ensayos, entre lo cuales son particularmente importantes varios capítulos de sus libros *Ávila* y *Guía espiritual de Castilla*, así como su estudio preliminar a una edición de los poemas de Juan de la Cruz²¹⁷; su prólogo a la edición en español de *San Juan de la Cruz y el*

²¹⁵ Ib., 186-187.

²¹⁶ La presencia de Teresa y de Juan de la Cruz en la obra ensayística del autor ha sido tratado por José R. Ibáñez en dos capítulos de su libro *La escritura reivindicada. Claves interpretativas de los ensayos de José Jiménez Lozano*, dedicados a los temas de la mística y la «estética del desdén» (op. cit., 111-148 y 199-255).

²¹⁷ Juan de la Cruz, *Poesía completa*, ed. de J. Jiménez Lozano, Madrid, Taurus, 1983.

problema de la experiencia mística, de Jean Baruzi²¹⁸; algunas páginas del que quizás sea el libro más importante del autor sobre cuestiones estéticas—*Los ojos del icono*—; y su ponencia «El hombre sin atributos», presentada en el Congreso Internacional Sanjuanista celebrado en Ávila en 1993²¹⁹. Como veremos, Teresa de Jesús aparece en la obra narrativa de Jiménez Lozano como personaje secundario de algunas novelas y como protagonista de varios cuentos; la presencia de su figura y sobre todo del espíritu de su reforma del Carmelo, es, por otra parte, más indirecta, pero también muy significativa, en varios momentos de la escritura del autor. Los ensayos de Jiménez Lozano sitúan a Teresa de Jesús en su época histórica, haciendo hincapié en su ascendencia judeo-conversa y en algunos aspectos de su experiencia mística²²⁰. El personaje de Teresa de Jesús que se nos presenta en su obra narrativa es, en cambio, la monja escritora, viajera y fundadora; las referencias a la dimensión religiosa de su vida son muy pocas. En los cuentos, por otra parte, destacan las alusiones a la presencia de la Santa en el imaginario popular, tanto en su provincia natal como en contextos más sorprendentes.

En el capítulo titulado «Los desiertos» de *El mudejarillo*, se nos cuenta que a «la monja Teresa» le han vuelto la cabeza con «los denuestos y los encomios» sobre Fray Juan de Sant Mathia.

²¹⁸ Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001, 7-31.

²¹⁹ *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista (Vol. II), Ávila, 23-28 de Septiembre de 1991*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1993, 19-32.

²²⁰ Particularmente interesante a este respecto es el ensayo «Queridísima e irritante Simone» (ed. cit.), en el cual el autor contrasta la experiencia de la autora francesa con la de otros místicos, como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Teresa de Lisieux, ETTY HILLESUM, etc.

[...] pero como ya tenía cincuenta y dos años, buenos cestos y talegas había visto llenar ella de alabanzas y murmuraciones [...] De manera que las prendas que la decían que tenía aquel frailecillo, bien deseaba ella que las tuviera porque tenía harta necesidad de encontrar a alguien con ellas, y andaba de arriba para abajo en el pequeño locutorio del convento, esperando que él apareciera. Sólo que cuando fray Juan llegó con su compañero, ella no acertaba a llamarle «Padre», como tenía que decir, porque la parecía casi un mozalbete, y tan delgadillo, tan poquita cosa, y no le llegaban los pies al suelo cuando se sentó allí en la silla frente a la reja²²¹.

Luego la Madre Teresa les había contado a las otras monjas lo que fray Juan y ella habían hablado «de los desiertos y ermitillas, de los lugares donde no había nadie, ni nada», sólo silencio.

[...] pero a fray Juan le parecía siempre poco. Y le parecían muy grandes las casas de eremitas que ella le iba diciendo: blancas, con una esterilla en el suelo, una cruz de madera en la pared y un cántaro.

—Y un ventanuco que entre luz; y para escribir.

—¿Escribir? —dijo Juan. —En la Cartuja no se escribe.

Pero es que era muy mozo este Padre, aunque fuese un Séneca, iba diciendo ella luego a las otras monjas cuando se acabó la entrevista [...]²²².

Al final fray Juan decide no marcharse a la Cartuja; mientras tanto la monja Teresa ha estado «visitando desiertos en su imaginación», y después de preguntar a las gentes dónde las había,

²²¹ *El mudejarillo*, Barcelona, Anthropos, 1992, 70.

²²² *Ib.*, 71.

por fin «da con aquel paraje de Duruelo, lugar sólo de agosteros y con aquella casa tan destartada», en un sitio tan solitario «que parecía en el que Cristo dio las tres voces, y nadie le oyó». A fray Juan, sin embargo, le gusta el lugar y aquella casa tan estrecha, «porque a lo mejor le recordaba su casa de Fontiveros». La madre de fray Juan, la Catalina, y también su hermano Francisco y su cuñada Ana, vienen a echar una mano en el conventillo porque los frailes tienen que hacer oración y salir a pedir lo que sea para comer; al llegar lo encuentran «todo desastroso y desacondicionado, y a la buena de Dios, como casa de hombres solos o solteros que está desatendida y confusa».

—¡Que es que estos frailes, que es que estos frailes, hay que ver cómo son! —decía Ana a sus hijos pequeños.

—Son viejos y tontos —dijo uno de los niños.

Y a fray Juan le hacía gracia y se reía, pero los otros frailes, aunque eran hombres de mucha oración y recogimiento, se amostazaban un poco...

Y así, hasta que entre Catalina y Ana dejaron la casa como los chorros del oro, que resplandecía como un palacio en su pobreza²²³ [...]

Un día pasa por Duruelo la Madre Teresa, «que siempre andaba viajando de acá para allá para hacer asentamientos», y se complace mucho de lo bien puesta que está la casa; pero los frailes no dicen nada, «como si hubieran sido ellos los arquitectos y los dispendedores del ajuar y el orden todo que había allí». Esto le parece muy mal a la cuñada de fray Juan, pero su suegra, la Catalina, le decía:

²²³ Ib., 77-78.

—¿Es que crees que no lo nota?

Porque, además, la señora Catalina sabía que otras mujeres de una aldea de allí cerca se lo habían oído a la monjuela, un día de esos que estaba allí sentada junto a la fuente del camino, descansando un poco, y habían hablado con ella de lo dispuestas y relimpias que eran ellas: la Ana y la Catalina. Y que la monjuela había dicho:

—¡Y lo arquitectas²²⁴!

En la novela *Relación topográfica*, el cronista de la ciudad y de sus habitantes hace una descripción del prado llamado «El desconsuelo», escondido entre suaves alcores como si fuera «valle de apartamiento para monjas o eremitas, o filósofos a los que el tráfago ciudadano siempre molesta en sus cavilaciones y oraciones u oficios» y argumenta que quizás por eso «aquella monja que venía los octubres en su tartana hablaba de castillos y estancias o moradas, unas dentro de otras como las muñecas rusas²²⁵». La monja se hospedaba en una fonda de cuya dueña se había hecho muy amiga: doña Consuelo, una señora de setenta y muchos años que era todavía una belleza y que había contestado a todos sus pretendientes «que echaran una instancia con un timbre de cincuenta pesetas y se vería». La monja y doña Consuelo se reúnen a menudo en la habitación de ésta para contarse sus secretos.

[...] en este mechinal de doña Consuelo había mucho silencio y había sido gabinete de un escritor antiguo, y tenía proporción de luces, caudal de candelas y resmas de papel, plumas bien cortadas y arenilla muy fina, y

²²⁴ *Ib.*, 78.

²²⁵ *Relación topográfica*, Barcelona, Anthropos, 1993, 116.

aquí la monja de la tartana escribía sus notas y visiones, de tal manera que ya se había acabado el recado de escribir que había allí [...] ²²⁶.

Cuando doña Consuelo va a comprar papel y tinta para la monja, el librero le pregunta: «¿Qué? ¿Para escribir al novio?»

—¡Claro! —decía doña Consuelo.

Y luego comentaba a la monja:

—Todos los hombres parecen bobos.

—Eso parece —contestaba la monja riéndose.

Pero luego se paraba un poco, y decía:

—Menos uno.

Y se volvía a reír, porque sabían quien era y donde estaba, y la monja de la tartana traía cartas suyas para el señor Benito, y hablaban y cuchicheaban²²⁷.

Unos años mas tarde, la monja levanta en la ciudad «una casita blanca como un palomar» y trae consigo unas monjas «en el último octubre que vino, y allí se encerraron. A todo el mundo le daba alegría aquella casa y el oír esquilín, al romper el alba [...] ²²⁸».

En *Maestro Huidobro*, encontramos la historia del señor Benedicto, el trajinero, cuyo huerto daba al de la casa del protagonista, cuando era niño. El señor Benedicto le cuenta muchas historias a Idro de sus viajes a Extremadura y a la Alta Andalucía para buscar mercancías: en una ocasión había conocido en una posada a unas monjas que iban en una tartana. Se les había roto el eje de ésta y mientras esperaban a que un herrero lo arreglara, una

²²⁶ Ib., 117.

²²⁷ Ib., 118.

²²⁸ Id.

de las monjas «se pasaba casi todo el día escribiendo en un cuaderno, mientras la otra hacía punto y suspiraba».

De vez en cuando, la que estaba escribiendo alzaba la mano y hacía señas a la que hacía punto para que cesase un momento y las agujas no hicieran «clic-clic-clic», y decía:

—Es que me ha venido una idea.

La otra monja sonreía, y la que escribía alzaba luego la vista del cuaderno, en cuanto ya había escrito lo que tenía que escribir, y lo leía en voz muy baja.

—Está bien —decía la que escuchaba.

—¡Pues ya está! ¡Para siempre! —añadía la otra²²⁹.

La monja escritora secaba la escritura, la miraba un poco, y guardaba el cuaderno. Luego tomaba un vaso de agua, y se ponían las dos a hablar con los otros viajeros; cuando supieron que el señor Benedicto vendía aceite y velas, «le dijeron que ése era un oficio muy consolador». Él les enseñó unas candelas de cera virgen que «se iban quemando lentamente con una luz dorada y roja, pero muy clara y luminosa». La monja escritora le había comprado tres candelas para escribir, diciendo que ésas eran precisamente las que ella estaba buscando.

Pero el señor Benedicto no se atrevió a preguntarla qué era lo que escribía, y por qué se reían tanto, luego, las dos, cuando la escritora lo leía, pero casi se lo preguntó.

—¡Ah! —contestó la monja escritora.

—¡Ah! —dijo la otra monja, riéndose.

²²⁹ Op. cit, 43.

Y también la escritora se rió, y también el señor Benedicto, y ahí hicieron amistad. Y siempre se acordaba de ellas, aunque luego ya nunca volvió a coincidir con ellas en todos sus viajes, porque las amistades de posadas y mesón son así como relámpagos o aves volanderas aunque dejasen mucho poso inolvidable; y así también estaban en su pensamiento, decía el señor Benedicto, otras muchas personas y amistades, pero no tan adentro y con tanta fuerza como éstas de las monjas [...]²³⁰

Finalmente, en la penúltima novela publicada por Jiménez Lozano, *Las gallinas del licenciado*, encontramos referencias a Teresa de Jesús en su faceta de «monja andariega» y maestra de religiosas jóvenes, con su actitud pragmática y algo escéptica sobre el mundo y los negocios de los hombres. Al comienzo de la narración, el capitán Lope de Torrijos llega al pueblo de Esquivias con el encargo de entregar al Licenciado Juan de Palacios un «tesoro» que lleva en una bolsa de viaje construida con alambres para proteger su contenido. El posadero coge el equipaje del forastero y entrega la bolsa a su mujer, para luego acompañar al capitán a casa del Licenciado. La posadera, cuyo marido le ha recomendado que encierre aquel tesoro «donde en la casa se guardaban las cosas de mucho valor o secreto», pide a dos monjas que han llegado a la posada esa misma mañana que echen un vistazo a la bolsa, mientras ella va a por la llave de la sala buena. Y la mujer les cuenta a las monjas que casi nunca se utiliza esa estancia y la alcoba con la «cama de hierros con filigranas»; sólo una vez había dormido allí un embajador tudesco, luterano, cuyo secretario la había dicho al posadero que su señor no quería oír gallo contra la mañana,

²³⁰ Ib., 44.

porque siempre le recordaba al gallo que había cantado cuando San Pedro traicionó al Señor.

—Pues a mí me da mucha alegría y devoción oír cantar al gallo —dijo la monja más joven.

—Ya la tengo dicho que se deje de melancolías y teologías, hermana; y duerma a pierna suelta. Cuando sueño sueño, y cuando vigilia vigilia. No se meta en más dibujos —dijo la otra monja.

—Eso digo yo —contestó la posadera que ya volvía con la llave, que colgaba de un cordón de color rojo muy vivo, y como si se acabara de estrenar—, pero mi Costancica también anda a veces con esos incordios de la noche y la mañana, o los pájaros que están en el tejado, solos. ¡Lo que es la juventud²³¹!

La posadera pide a las monjas que le acompañen hasta la estancia de la que les ha hablado y abre los cuarterones de las ventanas, y entonces se aprecia el intenso color rojo de la bolsa y sus adornos plateados. La monja mayor, que «parecía ser la priora o maestra», exclama: «¡Qué bolsa más bonita!...Nunca habíamos visto una gallina metida en una bolsa como de púrpura de cardenal ¡Verdad, hermana?²³²» La posadera contesta que es imposible, y nunca se ha visto «que capitanes anden con gallinas por las tierras de España»; les enseña a las monjas una imagen de San Ramón Nonato, pero mientras habla, no deja de mirar a la bolsa. Entonces la «monja más parlera» sugiere que liberen a la gallina de su cárcel, que, aunque sea cárcel de seda, cárcel es.

²³¹ Op. cit., 41-42.

²³² Ib., 42-43.

—Pero ¿y si se entera mi esposo que he mirado en la bolsa? —argumentó la posadera.

—¿Sois casada, y todavía no sabéis que los hombres no se enteran de nada?

—Pero mi esposo tiene estudios, y sabe leer en la cara.

—Esos de los estudios son los que menos se enteran, y nadie lee en la cara ni en el corazón, sino solamente Dios. Y leer leer, lo que se dice leer, sólo se lee en los libros.

[...] argumentó, ahora, la monja joven con voz muy melosa y compasiva:

—¿Y si verdaderamente hay en la bolsa una gallina, y está la pobrecita hambrienta o sedienta o mareada, o no respira bien después de un viaje tan largo a lomo de mula, y se muere?

—¡Que no se nos muera, que no se nos muera! Me mataría mi marido y sería, además, nuestra desgracia —dijo la posadera.

—Estado de necesidad, y denegación de auxilio, si no la asistimos, es como se llama esto. No tenemos elección. ¡Vamos en su ayuda! —resumió entonces la monja priora²³³.

La priora toma en sus manos el precinto de la bolsa y lo hace saltar, y aparece, en su jaula, «una gallina hermosísima por lo grande y reluciente [...] Aparecía tan lozana y fresca como si se hubiera levantado del nido, y no se dignaba cacarear, ni aleteaba²³⁴». A la monja priora le parece todo el asunto «cosa de política» y no le gusta nada. Entonces explica a la posadera y a su compañera que hace muchos siglos, un sabio que se llamaba Boetius había traído a Europa «dos consolaciones en tiempo de tinieblas»: la de la filosofía y la de las gallinas, «que era decir la consolación de las tazas de caldo, y

²³³ Ib., 44-45.

²³⁴ Ib., 45-46.

las tortillas o las natillas, harta consolación del espíritu además de fortalecimiento del cuerpo [...] Aunque licenciados conocía ella, y bachilleres y doctores, que tenían dolencias que no se curaban con caldo, ¿verdad, hermana²³⁵?» Después de esta «cháchara» las mujeres se dan cuenta de pronto que ya no está la gallina; la Costancica les avisa de que están a punto de llegar el posadero, el Licenciado y el capitán, y lanzándose todas detrás de la gallina, logran atraparla.

[...] y la monja superiora rehizo el precinto de tal manera que ni quien le puso podría notar que lo había tocado alguien. Salieron de la sala buena, y en el zaguán comenzaron una conversación sobre San Ramón Nonato, que también las salvaría de que sobre ellas naciera sospecha²³⁶.

3.2.1.2 *La boda de Ángela, Carta de Tesa*

En la novela *La boda de Ángela*, en la cual se van entrelazando la historia de la protagonista, Tesa, con los acontecimientos del día de la boda la de su sobrina, hay numerosas referencias a expresiones y anécdotas o episodios de la vida de la santa de Ávila, auténticos y apócrifos; los pasajes dedicados a la breve estancia de Tesa en un convento carmelitana forman un elemento clave esta la narración, así como en su continuación, *Carta de Tesa*. La primera de las dos novelas comienza cuando los invitados a un enlace esperan la llegada de la novia y de su abuela, doña Teresa Soldati, a la entrada de la ermita donde se celebrará la ceremonia. El narrador, que va contando

²³⁵ Ib., 46-47.

²³⁶ Ib., 47.

a su hermana Tesa todo lo ocurrido en ese día, introduce la figura de la matriarca familiar de esta manera: «Mientras Mamá llegaba, te estabas dando cuenta de que era ella la que sostenía el mundo, y antes de que ella apareciese era como si estuviéramos en una cacería, o reunidos para un baile de disfraces o el rodaje de una película [...]»²³⁷. Van intercalándose diversos episodios de la vida de la familia con los acontecimientos del día de la boda, de tal manera que vamos conociendo los distintos personajes, casi todos ellos mujeres, empezando por «la Princesa», una antepasada de doña Teresa cuyo retrato preside el comedor y que según los jóvenes de la casa, se parece a George Sand.

—¡Hay que quitar de ahí ese pendón, y poner un cuadro!

—¡Pero mamá [...]!

—¡Perdón! Hay veces que pierdo los estribos con lo de la familia.

Luego se la pasó, sin embargo, ese ímpetu, y el retrato de la Princesa continúa ahí, como continúa igual todo en la casa desde que tú no estás; igual que antes de irte al convento y, luego, cuando te fuiste tan lejos. Siempre ausente, siempre tu silla vacía, ahí, en el comedor, como si fueras a volver de un momento a otro; y mamá diciendo siempre, cada vez que nos sentamos a la mesa:

—¡Dios mío!, ¡Como si no existiera! [...]

Pero la das la vida, cuando llamas. La rejuveneces veinte años, y hace una maravillosa puesta en escena.

—Es la señorita Tesa, señora.

—Es Tesa, mamá.

Pero como si no oyese, y hay que repetírselo²³⁸.

²³⁷ José Jiménez Lozano, *La boda de Ángela*, Barcelona, 1993, 7.

²³⁸ *Ib.*, 12-13.

Doña Teresa no ha querido ni un preparativo en su casa para la boda de su nieta Ángela: «Ni tampoco quiero llamadas, ni visitas. La familia no recibe —la advirtió a Luzdivina». Sin embargo, da «vueltas y vueltas durante una semana a cómo iría ella vestida» hasta que por fin anuncia: «Me dan ganas de ponerme la mortaja²³⁹». El día de la boda, doña Teresa llega tarde, «con un bastón de papá y un ramo de lilas»; saluda a los invitados de tal manera que «se les quedaba la sonrisa congelada, como la de las señoritas de la publicidad; porque mamá ya sabes que es cruel y exquisitamente maleducada, cuando se lo propone²⁴⁰». El padre de la novia, «el vizconde», a quien doña Teresa ha firmado en su día «cheques, compromisos, adelantos a cuenta, hipotecas» para que no humille a su hija Lita, pasa junto a las tres mujeres sin mirarles, orgulloso de haber arreglado el matrimonio de la joven con el hijo de una prima suya: «La combinación perfecta; con Ángela iría todo a manos de su padre, porque el esposo de Ángela sería un muñeco en sus manos²⁴¹». Doña Teresa se acerca a Ángela y, tomándola del brazo, le dice que se parece a su Tía Tesa, el día que tomó el hábito.

—Es una aventura de oración y de amor —me confiabas.

Pero, ¿qué quieres que entendiera yo a mis diecisiete años, sino que se iba Tesa para siempre? Y, entonces, me besaste y añadiste:

—No llores; ya entenderás.

Me acuerdo bien del madrugón tan frío de noviembre, el patio del convento, helado...Ibas vestida

²³⁹ Ib., 15-16.

²⁴⁰ Ib., 19.

²⁴¹ Ib., 34.

de novia con un ramo de peonías entre las manos, y andabas erguida y despacio, sin mirar a nadie [...] Aceleraste un poco el paso al atravesar la reja, y luego te hincaste de rodillas con la cabeza inclinada. Tu cabellera rubia bajo el velo y aquellas luces, las sonrisas monjiles, sus ojos quizás maravillados, luego su rezo, y el silencio. La priora descubriendo tu cabeza y el ruido de sus tijeretazos sobre los mechones, que iba depositando en una bandeja de plata. Luego en unos breves minutos de un silencio más profundo aún, entraste por aquella puertecilla del muro y volviste a salir ya con tu hábito y tus tocas, y ahora un ramo de rosas en tus manos [...] Mamá llorando, papá muy serio, conteniéndose; y Lita diciendo:

—¡Como una novia!

—No seas infantil, Lita —dijo papá—. Esto es muy serio.

—Y, cuando te acercaste a la reja, te dije:

—¡Adios, Tesa!

—¡Adios! No llores; no me muero.

Y, luego, vuestro desfile hacia dentro.

—¡Chas! —dijo la puerta

Y ¿sabes? Siempre estuvo en mi corazón ese golpe, y nos contagiaste a todos, vaciaste el mundo en que vivíamos [...] decoloraste la vida entera de la casa, porque nos enseñaste que todo era innecesario al atravesar aquella puerta²⁴².

Llega a la capilla Luzdivina, desde la finca, y le avisa a doña Teresa que todo está preparado.

—Ésta es mi Luzdivina —dijo mamá, orgullosa.

Pero no saben qué hacer, mientras Luzdivina sonríe, todo encarnada, con las manos enlazadas...Se sigue peinando a moño, como cuando estabas, y no tiene en la cara ni una arruga. Ni en las manos.

²⁴² Ib., 35-37.

—¡Ay, majo, las manos lo que cuestan! [...]

Y cuando te ibas a ir al convento y comentabas que allí, naturalmente, tendrías que fregar los platos y cacerolas e ir al lavadero, decía Luzdivina:

—¡Ay, sus manos, señorita Tesa! Ya se puede despedir de ellas. Aunque las manos estropeadas son a lo mejor las manos más qué sé yo. Como las de la Chaba —añadía luego—. ¡Qué manos! ¡Si hubierais conocido a la Chaba²⁴³!

Entre los invitados a la boda está el hombre que, años atrás, había dejado embarazada a la Chaba, «viejo, enteco, apergaminado, con un bastón de ébano»; la Chaba había muerto en el parto, dejando a un niño «jorobadito y débil, con los brazos y las piernecillas de alambre». Y explica Luzdivina:

Porque siempre nosotras nos encontramos indefensas, las mujeres, como las criaturas de tres años; y no sólo las que tenemos que servir a señores, sino todas, a la voluntad de los hombres que nos mandan, y como atadas siempre a la cocina, al fregadero, al suelo, a las esperas y a las velas, a la cama y a los curas, a los partos y los niños, los enfermos y los viejos, o los muertos...aunque a veces cuando ves que la señora a la que sirves llora, y comienza a tirar de la manta de su vida, también alguna señora de éstas te parece la Dolorosa con el pañuelo entre las manos, que es tan triste²⁴⁴.

Desde los comienzos de su matrimonio, Lita ha sido víctima de la maldad del vizconde y de «las vejaciones que inventan el odio o la tiranía» en la vida de un matrimonio.

²⁴³ Ib., 42-43.

²⁴⁴ Ib., 44-46.

—Todo se soporta, mamá. O casi todo. —Y añadía siempre—: Por Ángela.

Pero tú tenías que echarte de bruces en el suelo y con los brazos en cruz, a la puerta del refectorio, para que las demás monjas pasaran por encima de ti, porque quizás contestaste algo vivamente a una de ellas, y podías leer igualmente la satisfacción inconsciente en los ojos de las otras monjas que en el mundo no habían sido señoritas y habían recibido contestaciones vivas, y ahora lo recordaban.

—Yo fui soberbia —me dijiste—, y le dije a la hermana que tratase mejor la ropa blanca, que no era un estropajo. Y ella lloró [...]

¿Te acuerdas de estas conversaciones en el locutorio, que luego concluyeron tan bruscamente? Un día, mientras hablábamos quedamente junto a la reja, como tantos otros, me dijiste:

—No más visitas, no más conversaciones. No podemos continuar así.

[...] Y quizás dudaste un poco en decírmelo, pero al fin me confesaste como para echar un bálsamo sobre tus aceradas palabras que, cada vez que estábamos en el locutorio, te tenías que excusar, luego, de no haber dejado el reloj de arena sobre la mesa o sobre el suelo, y de que, teniéndole en las manos, no le habías puesto lo suficientemente vertical para alargar el tiempo.

—Y eso es afección y mundanidad —dijiste.²⁴⁵

Entre tanto, llega otra invitada a la boda: María, que ha estado con Tesa en el convento y «en todas partes».

Creo que María salió antes que tú de allí, ¿no?; pero no fue ella por quien me enteré que tú no podías soportar aquella vida, sino por tu priora cuando

²⁴⁵ Ib., 66-67.

recaíste por tercera vez en aquella enfermedad y tristeza y nos previno a mamá y a mí que deberíamos ir a buscarte.

—¿Una salida por un tiempo? —pregunté.

—Me temo que no. Me temo que esta vida nuestra no es para su hermana.

—Y entonces habló muy despacio para decirme cuánto te querían en la casa, y cómo iba a ser un desgarró cuando tú te fueras.

—¿Y Tesa? —la pregunté.

Me contestó que tú ya tenías tus proyectos bien pensados:

—No es una niña, y sabe lo que es el mundo. Y es muy valerosa. —Y añadió con evidente pesar en el tono de voz: Pero no persiste en la Regla.

—¿El frío?

—El frío, el ayuno, la disciplina, el madrugar, el encierro, la convivencia, el silencio, qué se yo.

[...]Luego miró el reloj de arena empujándolo levemente hacia donde estaba el libro, y dijo con una voz muy delicada y como divirtiéndose:

—La arenilla tarda en bajar un cuarto de hora: lo que dura la vida. Sólo un cuarto de hora, como decía nuestra Madre.

Y acabo riéndose. Me miró un instante y, tomando los papeles que había puesto en la mesa, me dijo que eran los documentos de exención de tus votos.

—Todo arreglado —dijo luego—. Pero su hermana no pertenece al mundo.

[...] Sonreíste a la priora, y saliste rápida [...] aunque ante el portalón mismo que se abría a la calle, te echaste en mis brazos y se te saltaron las lágrimas.

—No pude, no pude —me dijiste. Y añadiste—: María lo sabe bien²⁴⁶.

²⁴⁶ Ib., 76-79.

Al salir del convento, María había puesto un consultorio de ginecología, cuyo despacho tenía un cierto aire de celda de convento: «Al fin y al cabo, esto es también un locutorio...». Pero la doctora de la clínica donde Tesa está ingresada ahora no había recibido al narrador en un despacho, sino por los pasillos, y le había dicho: «No le aseguro nada. De ordinario, cuando los traen aquí, es para morir. ¿Para qué voy a engañarle?» Fue esta doctora quien, más tarde, había arreglado el traslado de Tesa a «la clínica de los franceses» porque a veces los esbirros volvían a rematar a quienes se estaban curando allí. «Nadie está aquí seguro un cuarto de hora —dijo²⁴⁷».

Lita, la madre de Ángela, se empieza a poner nerviosa y les suplica a doña Teresa y a don Julio, el administrador de la familia--- «¡Hay que evitarlo!» Empieza a notarse el calor de un día sin nubes.

[...] ¿Te acuerdas de los mediodías de primavera desde allá arriba? Las palomas del pueblo entero, y también las nuestras, acudieron a posarse, como siempre, en el tejadillo de la ermita, y allí se instalaron al sol para disfrutarlo como si estuvieran en una galería o terraza; y eso pareció llamar la atención de casi todos.

El palomar del convento estaba vacío desde hacía años —dijo la hermana portera— y allí ibas tú, contabas, a hacer oración muchas veces.

—Los nichos antiguos como ojos de los muertos o los ángeles. —Y añadiste—: Y allí supe que tendría que abandonar²⁴⁸.

Doña Teresa le dice a Ángela que la tía Tesa le va a enviar un regalo de boda, que ya tenía que haber llegado. Entonces aparece el

²⁴⁷ Ib., 81-83.

²⁴⁸ Ib., 128.

«monseñor» que oficiará el enlace, amigo del padre de Ángela: un hombre guapo con un porte distinguido, un clérigo «de salón» según doña Teresa. Ésta le susurra algo al oído de su hija Lita, cuyo rostro se ilumina de alegría, y la madre de la novia se disculpa y desaparece por la escalerilla de la ermita. Llega otro clérigo con una maleta negra y entra en la capilla, donde ya se están acomodando los invitados; de repente sale el padre de Ángela, lleno de ira y seguido de sus familiares. Bajan por la escalera, y se oye el arranque de un coche.

—Creo que nos hemos arruinado del todo, y con este escándalo de la boda hemos roto todas las amarras con el mundo —dijo mamá, cuando llegamos a casa.

—Sí, señora —dijo Luzdivina.

Y resulta que Ángela, en cuanto se quitó los zapatos, comenzó a andar por allí como una patosa. Como tú, decía Lita.

—Siéntate en la silla de la tía Tesa —dijo mamá. Y añadió—: Ya la conocerás.

[...] Yo te seguiré contando todo, como te cuento esto de la boda de Ángela y tu regalo. Hasta que vuelvas y, como cuando atravesaste la reja de la clausura, sonriendo, digas:

—¡Vamos!

Cuando ya te levantes de tu silla de ruedas, dice María, y volvamos a dar vueltas al mundo, hablando y hablando interminablemente. Porque no nos gusta el mundo.

—¡Claro! —dijo mamá [...]

—Hay que contárselo, en seguida, a Tesa. Y ya debía haber llamado —advirtió de repente.

Y se fue a su sillón de orejeras con el punto, la *Imitación de Cristo* y *Los novios*, pero sin alzar su

mirada del teléfono. Como si te viese acercarte a él para llamarla.²⁴⁹

En *Carta de Tesa* nos volvemos a encontrar con los protagonistas de *La boda de Ángela* y se nos ofrecen más detalles de la vida de Tesa, primero como monja y más tarde, como médica. En una mañana de marzo, de las que «parece que se estrena el mundo», el narrador, que se dirige de nuevo a su hermana Tesa, va en coche a la ciudad, con Lita y su hija Ángela, para visitar a María, la amiga de Tesa. Mientras va conduciendo, el narrador comenta que van a derribar la pequeña estación cerca de la finca donde viven, cerrada ya hace tiempo, para construir un supermercado o almacén de supermercado

¡Pues es para irnos a vivir al desierto! No habrá ni un minuto de silencio ni tranquilidad con tanto ruido de coches y camiones, y con la algarabía de la gente.

[...] Parecía mamá exactamente, y como si hubiera dejado de ser Lita, a la que tanto habían gustado todos los ruidos y mosconeos del mundo²⁵⁰, y que tanto se quejaba tantos días de que nuestra casa parecía un convento.

²⁴⁹ Ib., 140.

²⁵⁰ Esta expresión evoca la conocida expresión de una de las «cómplices» de Port-Royal del autor, a quien dedica el poema titulado «Mère Angélique Arnaud» de *Un fulgor tan breve* (Madrid, Hiparión, 1995, 52): «Guerras y homicidios, / fornicaciones y pependencias, / avituallamiento de dinero, horrores, / sangre, llanto, horror, espadas, / gritos de revolución o triunfo, / corchetes y ministros, detenciones, / memoriales, discursos, cárceles y exilios, / lascivias e inacabables siestas, / escritores de anales: runruneo de moscas / solamente y algo sin importancia, / dijo la abadesa de Port-Royal des Champs: / sólo lo invisible alza / su escala consistente, su dulzura / de esparto, el vidrio de su nada.

—Con que un convento ¿eh? —decía mamá—. Eso es lo que te hacía falta a ti, por lo menos una buena temporada.

Y como si ella misma lo recordase ahora, dijo:

—No digo yo que nos vayamos a ir a un convento, que también tienen ya demasiados ruidos los conventos, pero lejos de este mundo²⁵¹.

Los hijos de doña Teresa, fallecida ya hace tiempo, todavía recuerdan las risas de su madre, sobre todo cuando el ex-marido de Lita se llevó «un buen mordisco» del patrimonio de la casa y la familia había tenido que restringir gastos, aunque no se notara realmente en la mesa, que había sido «siempre espartana, pese a las protestas de Lita que mamá acallaba también siempre, diciendo que a Santa Teresa un día, yendo de camino en su último viaje, sólo la encontraron para comer unos higos secos en una aldea, y ella se había puesto tan contenta: ¡*Cuantos pobres no los tendrían!*, había dicho»²⁵².

Los viajeros llegan al «hotel de siempre», donde el viejo director les cuenta a los empleados más nuevos que «de aquí salió la hermana de estos señores para irse al convento. No hay hotel en el mundo donde haya sucedido eso, y es un orgullo para éste. Porque era *alguien*, y no una monja cualquiera. Era hija de su madre».²⁵³ Los hermanos le informan de que van a visitar a una amiga de Tesa, y de todos ellos, que él quizás recordaría porque algunas veces se había hospedado en el hotel con ellos. El hotelero recuerda muy bien a *la Alemanita*, con sus «ojos tan azules y tan rubia», pero los viajeros no

²⁵¹ *Carta de Tesa*, Barcelona, Seix Barral, 2004, 10.

²⁵² *Ib.*, 21-22.

²⁵³ *Ib.*, 25.

comentan nada más de su amiga: «Tan terrible había sido todo, aunque, cuando te lo dijimos, ya había pasado el peligro, pero todavía no sabíamos cómo íbamos a encontrarla cuando nos dirigíamos a verla²⁵⁴.» Cuando recibieron la noticia de lo ocurrido, «no nos habíamos enterado de que había caído el Imperio Romano», que fue lo que Tesa le había dicho a su hermano cuando fue a visitarla en los Estados Unidos.

---¿Todavía no os habéis enterado allí de que esta civilización se va? [...] Pero tú ya lo sabes. ¿Qué te puedo contar yo? Has corrido medio mundo [...] Nosotros ya hemos pasado. Nos vamos con ella. Somos los últimos en tomarla en serio. Y no mires a los desesperados de la pobreza; mira a los privilegiados, y a los centros de la ciencia y de la cultura, que ya han enterrado nuestro viejo mundo²⁵⁵.

María sí había comprendido lo que estaba pasando, pero los hermanos de Tesa siempre descartaban sus advertencias, diciendo que eran *cosas de María*; sólo más tarde supieron que María casi se había ido a América con Tesa, pero decidió quedarse con su hermano cuando éste enviudó, ayudándole con la educación de sus dos hijos pequeños mientras trabajaba como profesora de instituto. A pesar de todo, María siempre se reía de las cosas que pasaban, y por eso ellos creían «que el mundo seguía siendo nuestro mundo». Y ella les decía: «Vosotros ¡tranquilos! Progresad adecuadamente²⁵⁶». Ahora María recibe a los hermanos y la sobrina de Tesa en casa de su hermano; a

²⁵⁴ Ib., 26.

²⁵⁵ Ib., 26-27.

²⁵⁶ Ib., 29.

pesar de haber sido brutalmente atacada a la salida del instituto donde daba clase, sus amigos la encuentran muy recuperada y ella les dice que sólo quiere mirarles y darse bien cuenta de que están aquí: «Mejor que no hablemos de lo sucedido». Después de que María fuera agredida, el padre de uno de sus alumnos, con cuya familia María conocía, había pedido hablar con el hermano de ésta para contarle que su hijo era uno de los agresores.

Y añadió que él preguntaba a María, de vez en cuando, cómo iba el muchacho en sus estudios.

—En mi clase es correcto, y estudia —dijo que le había respondido María siempre.

—¿Por qué, por qué? ¿Por qué contestaba eso? —preguntaba al hermano de María—. Ella tenía que saber.

Pero ninguno de nosotros, como no fueran mamá y Luzdivina, sabíamos lo que era el mundo, Tesa. Ni siquiera Lita que creía que tenía tanto mundo.

—En el convento sí se sabía perfectamente lo que es el mundo —dijiste tú [...] ²⁵⁷.

Los hermanos llevan a María, su hermano y sus sobrinos de excursión a Yuste, adonde habían ido muchas veces de niños con sus padres. Cuando bajan a desayunar, hace una mañana «como si hubieran limpiado el mundo», como comentaba muchas veces doña Teresa.

El olor a café y a pan recién hecho y calentito está ya para siempre dentro de nosotros [...] Nada podrá desprendernos de él. Y tú decías que tu mayor cruz en el convento era que en el refectorio, a la hora del desayuno, no olía a café ni a pan caliente. Tomabais

²⁵⁷ Ib., 47.

leche con achicoria, y el pan podía ser del día anterior; y cuando se lo confesaste a la Madre, te dijo simplemente:

—No sea niña; aquí no tenemos servicio de restaurante.

Y decías que te dio mucha vergüenza, pero que no lo podías remediar; que echabas de menos esos olores, mucho más incluso que los libros y nuestras conversaciones, o tus discos de Monteverdi.

No sabía quién era Monteverdi tu priora [...] Pero te contestó:

—Todo eso es mundo, hija. Pero ya veo que la va a costar mucho desprenderse de él. Meses y meses, y seguramente años; pero no desespere²⁵⁸.

Entonces la priora le había contado a Tesa que ella, hija de un hortelano, había echado de menos muchísimo el trabajo en la huerta, cuando ingresó en el convento, y que había llorado por sus tomates y sus escarolas como Tesa por «sus músicas y sus poetas». Con lo friolera que era, Tesa se habían adaptado al frío del convento, pero no lograba sacar otras «memorias y nostalgias» de su alma.

—No es que no la queramos, no es que Dios no la quiera para sí —nos dijo tu priora a mamá y a mí, cuando nos comunicó que ibas a salir—. Ha sido un regalo para todas nosotras y nos deja un vacío contra el que tendremos que luchar, pero no puedo cargarla por encima de su alegría [...].

Y concluyó:

—Será una excelente doctora, para los cuerpos y las almas²⁵⁹.

El hermano de Tesa pensaba que la priora debió creer siempre que ella era psiquiatra o psicoanalista. Pero Tesa le aclaró luego que

²⁵⁸ Ib., 81.

²⁵⁹ Ib., 83.

la Madre sabía perfectamente que ella había hecho filosofía y medicina, y luego la especialidad de ginecología.

Nunca podríamos adivinar nosotros lo que sabe una monja, que parece no entender nada por la cara de tonta que pone. Puede ser una campesina o una condesa, y esto no lo vais a notar, pero allí dentro se desarrolla como un sentido más, y se dan muchas vueltas a las cosas en la cabeza y en el corazón. Por lo menos en mi convento. Porque son siglos y siglos de dar vueltas y vueltas en silencio a una sola palabra, a una mirada, o a un gesto, y de ir quitando, quitando, quitando, como cuando se pela una alcachofa, o un palmito andaluz²⁶⁰.

Al salir de convento, Tesa había ido a una clínica universitaria de Madrid para documentarse sobre enfermedades indígenas de América del Sur, porque pensaba ir allí con otros dos médicos. La clínica donde habían trabajado estaba en una zona remota y peligrosa, pero allí habían permanecido hasta su «misión» fue atacada; sólo se habían salvado Tesa y otras dos personas. Cuando Tesa se enteró, más tarde, de lo que le había pasado a María, no se había sorprendido. Ahora todos esperan el regreso de Tesa, y mientras tanto se celebra el setenta cumpleaños de Luzdivina, quien, como único regalo, ha pedido ver por dentro el convento donde Tesa había estado. Las monjas les enseñan todo el convento a Luzdivina y a Lita, mientras al hermano de Tesa se le permite entrar en el refectorio, donde puede ver un icono, regalo de unas monjas búlgaras, del que Tesa le había hablado: «El del *Cristo dormido*, en el que se

²⁶⁰ Ib., 84.

asoman por la ventana *las Tres Marías*, y la Magdalena se está sonriendo».

Hablamos luego un rato con las monjas, que quedaron encantadas de que volvieses, y a Luzdivina la regalaron una caja de pañuelos de blonda, que tenían hechos desde hacía mucho tiempo.

—¿Y cómo voy a usar yo esto tan bonito? —preguntó Luzdivina.

Las monjas rieron y una de tus antiguas compañeras añadió:

—Cuando vuelva Tesa. A lo mejor hasta se acuerda de ellos, y la cuenta la historia, y ya verá como los usa.

—¿Es que los ha hecho Tesa? —preguntaba Luzdivina, mientras charlábamos tomando unos dulces —. Ni lo quiero pensar.

Y las monjas rieron, pero no soltaron prenda²⁶¹.

Por fin, la familia recibe un telegrama de Tesa anunciando la fecha y la hora exactas de su llegada al aeropuerto de Madrid; mientras Lita y el hermano de Tesa esperan a recibirla, él decide llamar a casa y Luzdivina le suplica que vuelva inmediatamente. Allí le informan de que la tumba de su madre ha sido profanada por otra de las bandas de «bárbaros», como la que había asaltado a María; cuando llegan a la casa Lita y Tesa, encuentran que su hermano, en contra de las indicaciones de la policía, ha acudido al cementerio y ha visto el cadáver de su madre. María, cuyo caso con la justicia ha sido resuelto pocos días antes, acude a la casa de sus amigos para recibir a Tesa y acompañar a la familia.

²⁶¹ Ib., 197.

...mientras Tesa ordenaba la habitación de él, que dormía, sin embargo, bajo los efectos de sedantes todavía, se encontró en un cajón de la mesita un montoncito de folios escritos, sobre los que estaba su estilográfica. Querida Tesa, comenzaba el primer folio.

---¿Y esto, María? ---preguntó Tesa.

Y María contestó que él tenía siempre miedo de no volver a verla, y que ésa sería su última carta, como ella también tenía escrita la suya por si los bárbaros llegasen y devastaran todo, antes de que ella volviese.

—Pero ya estás aquí, Tesa, y como si no nos hubiera ocurrido nada [...]

Y entonces se sonrieron, y luego rieron con su risa ruidosa de muchachas, y él se despertó; las sonrió a su vez, y las pidió un vaso de agua fría, muy fría. Pero, apenas había acabado de hablar, volvió a adormilarse mucho más profundamente, y ya no lograron volverle en sí, ni saber a ciencia cierta si las reconocía siquiera. Ni tampoco a Lita y a Luzdivina, que habían acudido con el agua, y también repetían su nombre para que las atendiese²⁶².

3.2.2 Cuentos

En el relato titulado «Los preparativos», de *Los grandes relatos*, el narrador recuerda que «de todos los preparativos de viaje el más bonito y emocionante...fue cuando en la guerra la gente dijo un día: “que vienen los rojos, y tenemos que irnos”». ²⁶³ Esto había ocurrido «por la Virgen de setiembre» y se calculaba que los rojos llegarían antes de Todos los Santos.

²⁶² Ib., 213-214.

²⁶³ Op. cit., 113.

Así que mi tía mató tres cerdos que tenía, e hizo toda la matanza, y la metió toda en aceite, porque no daba tiempo a curarla, y luego, comenzó a preparar la casa [...] y luego, fue a Medina a la modista, y se hizo un vestido nuevo [...] Y para Santa Teresa ya tenía casi todo embalado, y las camas que llevaba estaban ya en los carros con los colchones [...] Y muy deprisa ya; que se corrió la voz de que los rojos ya estaban en Ávila, y la gente que se había reído de mi tía, tuvieron que comenzar a empaquetar, aunque no todo el pueblo, porque algunos no creían que los rojos estuvieran tan cerca y a ver dónde iban a ir, y que no veía tropa ni nada y, entonces tenían que ser figuraciones...Y esa noche, la radio dijo que, efectivamente, los rojos casi habían llegado a Ávila, pero que Santa Teresa, en el día de su fiesta, había salido a su encuentro como si fuese una paisana, mujer de un guarda del campo, y les había dicho que Ávila estaba llena del ejército y de las milicias [...] ²⁶⁴.

La madre del narrador había exclamado «¡Bendito Dios!», pero su tía, «con lo devota que era ella de Santa Teresa, como si no la gustase que se hubiera metido en esto», ni que hubiese tenido que hacer todos los preparativos para nada.

²⁶⁴ Ib., 113-115. Esta leyenda se recoge también en *Duelo en la Casa Grande*, cuando la Rosa le cuenta a Toño que «siempre te avisan del cielo cuando va a haber un desastre y te protegen, y, cuando la guerra, por ejemplo, en Ávila, Santa Teresa había llegado hasta Sonsoles como una mujer más de las que van a ver el caimán y el barco de milagros antiguos [...] y la preguntaron: ¿qué hay por Ávila, buena mujer? Nada, ¿qué va a haber? Toda llena está de militares con cañones y ni siquiera ha habido mercado este viernes porque no había sitio para un alma más que los defensores [...] Así que los rojos dieron la vuelta y se marcharon corriendo para la Sierra; y no había nadie en Ávila, pero Santa Teresa les engañó. Bien bonita es esta historia, ¿eh, majo? Como cuando Santa Teresa comió ceniza o se quitó las zapatillas en los Cuatro Postes y ¡Tris, tras!, las sacudió una contra otra: ni el polvo quería, dijo». (Op. cit., 128)

Aunque habían sido bien bonitos, y dice mi madre que me gustaban mucho, aunque yo era un comino de cuatro o cinco años y casi no me acuerdo, salvo lo de Santa Teresa, que, luego todos años, mi tía mandaba decir una misa en agradecimiento a Santa Teresa por haberse entrometido, que si no, ella estaría ya fusilada, mi tía, y se habrían apoderado de sus duros los rojos. No quería ni pensarlo, si no hubiera sido por Santa Teresa que se había entrometido, dijo²⁶⁵.

En *El cogedor de acianos*, encontramos «El original» cuya protagonista, una joven que ha aprendido escribir a máquina, hace una copia entera de «aquel libro», y en la academia la animan a mandar su trabajo a cualquier parte donde se mecanografiaban textos porque sería la mejor recomendación para que le diesen trabajo. Ella envía la copia a algunas editoriales, pero de todas recibe la misma contestación: que «habían apreciado la perfección del idioma en que estaba escrita y la fuerza de los personajes, y también la originalidad del relato» pero que no lo podían publicar en ese momento. Entonces la joven quita del manuscrito la primera hoja en que había escrito «Ejercicio de mecanografía» y coloca otra hoja con el título del libro que había copiado, para luego encuadernar el trabajo.

Y fue luego a mostrar el libro en la academia. Estaba encuadernado en pasta española como la aconsejaron, y en el lomo, con letras doradas en fondo negro, se leía el título como en la primera hoja: «Camino de perfección». Y les gustó tanto el título a los de la academia, que le dieron trabajo allí mismo como profesora para los que querían perfeccionarse²⁶⁶.

²⁶⁵ Ib., 115.

²⁶⁶ Op. cit., 77-78.

Y en el cuento titulado «El vaso de agua», «la Espe» y «la Loli» se quedan «heladas» al ver entrar por la puerta a dos monjas, mientras están colocando las cosas en el bar y las otras chicas que había «en la casa» arreglaban las habitaciones de arriba y preparaban la cocina, antes de llegar la noche. La más joven de las dos monjas se acerca al mostrador y pide un vaso de agua porque la Madre Ángeles ha tenido un desmayo y tiene que tomar una medicina. En seguida la Loli le sirve agua mineral «en un vaso limpiísimo y muy grande, de los de whiskey» y les invita a sentarse; la monja joven, sonriente, acepta la invitación a tomar un refresco.

[...] y la Loli y la Espe se sentaron allí con ellas, y luego, bajaron la Rosa y la chica nueva, la Sole, de arriba; y la Loli y la Espe las explicaron todo y también ellas se sentaron un poco allí, mientras se la pasó el desmayo a la Madre Ángeles. Y se rieron mucho todas juntas, y luego salieron todas a despedir a las monjas hasta la furgoneta.

—Parecen muy buenas chicas —dijo la Madre Ángeles, cuando ya arrancaron a andar.

—Sí —contestó la monja joven, Sor Dorotea—. Son muy buenas chicas²⁶⁷.

Cuando vuelve al bar, la Loli ve que las monjas han olvidado un libro encima de una de las mesas del bar; la Loli se pregunta cómo lo van a devolver a las monjas, pero de momento, «había que quitarlo de allí a la vista, antes que llegaran los clientes». La «chica nueva, la Sole» le da el libro a la Espe para que lo guarde.

²⁶⁷ Ib., 124.

—¡Anda! —dijo la Espe —. Pero si éste es el libro de santa Teresa que siempre leía mi madre.

Y la entró mucha alegría. Pero también se le saltaron las lágrimas un poco, cuando iba con él a su habitación para guardarle en el baulillo²⁶⁸.

Un dedo en los labios incluye el relato titulado «El descubrimiento», cuyo protagonista, la señorita Consuelo, que vive sola con su criada la Conchita, recibe muchos periódicos y revistas, y también cartas, que deja sin leer durante semanas, y hasta meses. Las cartas de la familia de la señorita Consuelo «hablaban de fincas y de dinero, y también siempre, a lo último, de que debía casarse para que un hombre administrase allí la hacienda²⁶⁹». También llegan cartas de pretendientes que arden «en un amor inextinguible» o que la ofrecen «un refugio a la soledad», pero la señorita Consuelo nunca las contesta y las va colocando en cajas. En el pueblo se comenta que la señorita Consuelo se cartea con muchos hombres a la vez, porque el cartero, extrañado, lo ha comentado.

[...] y la Conchita dijo a la señorita Consuelo un día, toda llorosa, si sabía lo que decían en el pueblo.

—Sí —dijo la señorita Consuelo.

—No, señorita Consuelo; ni se lo imagina.

—Sí; lo que decían de Santa Teresa.

—¡Anda! ¿Y qué decían de Santa Teresa? — preguntó la Conchita.

—Que era una tal.

²⁶⁸ Ib., 124.

²⁶⁹ Op. cit., 107.

—¡Madre, cómo es el mundo!
—Como siempre —dijo al final la señorita
Consuelo.
Y se rieron²⁷⁰.

Finalmente, en *El ajuar de mamá* encontramos el cuento titulado «El puente», que recrea un episodio de la vida de Teresa de Jesús, al mismo tiempo que evoca una de las obras más conocidas de Lope de Vega. Camino de Sevilla, la Madre y sus monjas deciden hacer una parada en Córdoba; llegando en su carro al puente sobre el Guadalquivir, son informadas de que tendrán que pedir permiso a las autoridades para cruzarlo. Un «hombrecillo», mandadero de unas monjas clarisas que conversaba con los guardianes, se ofrece para gestionar el permiso. Cuando éste llega a casa del Corregidor, un alguacil le recoge el salvoconducto, pero le advierte al hombre que el señor Corregidor se levanta tarde y no firma nada hasta después de almorzar. Sin embargo, al final no tiene que esperar mucho, porque al poco tiempo el alguacil le entrega el salvoconducto firmado, diciendo que «el señor Corregidor lo había firmado de caridad y porque se trataba de unas monjas de paso, y a instancias de su mujer²⁷¹».

Camino del puente, el hombrecillo se encuentra con un conocido suyo, y cuando le comenta la gestión que ha llevado a cabo, su amigo le dice que, como ya sabe, él es de Olmedo y conoce desde niño a la Madre Teresa, «cuando iba allí los veranos a casa de su abuela doña Beatriz, la de Juan de Ahumada», y que ella era además, «una monja muy lista y sabía mejor que él, que era alguacil, que todas

²⁷⁰ Ib., 108.

²⁷¹ Op. cit., 103.

las autoridades, civiles o eclesiásticas, son de suyo lentas, y, desde luego se despiertan siempre de mal talante, y no hacen cosa de provecho hasta que almuerzan su torrezno, o sus magras o jamón, con huevos²⁷²». La Madre Teresa y sus monjas se ponen muy contentas cuando se les entrega el salvoconducto firmado y el carro no tarda en ponerse en marcha, pero en seguida el mulero frena a las bestias porque no puede entrar en el puente ya que los salientes lo impiden. La Madre le pide que haga lo que tenga que hacer para salvar la situación, y el mulero, muy enfadado, dice que el trabajo no lo puede hacer un solo carpintero y que «monjas tenían que ser las que tenían este suceso con el carro como para que pensasen que todo el mundo se levantaba de madrugada como ellas», y que las monjas tendrán que pagar este servicio, además de un refresco para los que aserraban y el mulero. Una vez acordado todo, los hombres se ponen a trabajar, y en un momento de descanso, las monjas oyen como uno de ellos comenta que «en la Casa, si que hace fresquito. Da pura envidia estar allí dentro con estas calores».

Y quien hablaba explicó que había entrado una vez, hacía pocos días, a arreglar una ventana de la cámara de un señor inquisidor, y que era una verdadera gloria de frescor.

—Sí, pero por algo no quiere entrar nadie —respondió otro de los aserradores—. Porque si entras, a lo mejor no sales.

[...] Y entonces fue cuando asomó por entre el atalaje del carro, por la pequeña ventanilla que había en él, un rostro de monja joven que preguntó:

—¿Y qué casa es ésta?

²⁷² Ib., 114.

—¡Anda, hermana, pues la Casa! ¿No me ha oído hablar de la sala del señor inquisidor? ¡Pues está bueno que una monja no haya oído hablar de la Casa, habiendo tantas monjas que hayan ido a parar a ella! ¡Vuestra Caridad debe ser muy novicia!

Y, en seguida, los aserradores oyeron decir a esta monja novicia dentro del carro:

—Dicen que esas ventanas de esa casa de ahí son de la Inquisición, Madre.

—¡Válganos el Señor, hijas; que sólo somos unas pobres mujeres desvalidas y ellos muy recios varones!

—Pero aquí estoy yo —respondió desde fuera el alguacil amigo del demandadero de las clarisas, que era de Olmedo²⁷³.

Terminado el trabajo, el carro pasa al otro lado del puente. La Madre dice que hay que dar gracias a Dios y al caballero de Olmedo; cuando la novicia le argumenta que no es un caballero, sino un alguacil, la Madre sentencia «que ya querrían muchos caballeros tener la caballería que el de Olmedo tenía, aunque cuando ella le conoció era muy chiquitín, y no parecía que fuera a poder subir los palos del gallinero de la vida, y ahora, sin embargo, era como un ángel que las había salvado, que nunca se sabía cómo su Divina Majestad enhebraba las vidas de los hombres²⁷⁴».

²⁷³ Ib., 106-107.

²⁷⁴ Ib., 107.

3.3 Otras monjas

3.3.1 Novelas: *La salamandra*

En una entrada del año 1984 en *Segundo abecedario*, Jiménez Lozano relacionaba un pasaje de la obra de Teresa de Ávila con una experiencia de su infancia, de la siguiente manera:

Es ésta una página hermosísima de *Las moradas o Castillo encantado*, que se refiere a la experiencia de la oración, pero es claro que el símbolo de esas dos fuentes de agua: la noria y el manantial, es también valedero para la escritura. Esta escritura, que sacamos a veces a fuerza de muchas vueltas, pero otras de repente, se nos ofrece como un manantial [...]

Sin embargo, el gran misterio de la noria estaba para nosotros, los chicos, en otra parte; en lo que se llamaba «el registro»: una puertecilla abierta en la cimbra del pozo [...] Se abría la puertecilla y era un espectáculo sobrecogedor. Por la cúpula de la cimbra donde giraba la máquina entraba la luz que iluminaba aquel oscuro recinto débilmente. La cadena de los arcaduces mostraba un brillo siniestro, y el pozo, si estaba casi vacío, era como una sima impresionante, y en sus paredes se veían a veces las horribles salamandras; si estaba lleno, era un agua negra, como una gran pupila²⁷⁵.

Anteriormente, en *Los tres cuadernos rojos*, el autor había señalado que en su lectura de un escrito de la época sobre «la situación religiosa y la persecución de clérigos en la zona republicana» volvía a encontrar el mismo «anecdotario» de otros informes leídos

²⁷⁵*Segundo abecedario*, op. cit., 12-13.

años antes «y que están en el fondo de algunas páginas y un cierto momento narrativo de *La salamandra*».

Abunda la documentación sobre parodias sacramentales: bautizos de animales—de asnos especialmente—y bodas entre santos de distinto sexo, una muchacha haciendo de confesor en un confesionario instalado en la plaza del pueblo, una imagen de San Sebastián que por la postura del asaetamiento presenta un brazo erguido y una mano en puño cerrado es acogida como la de un partidario de «la causa», y los milicianos la sitúan en un puente para que dé el alto a los coches que pasen por él, etcétera.

[...] Estos informes quedan extraordinariamente reducidos de valor cuando se los da una pura interpretación política, religioso-institucional o sociológica. Necesitan una lectura antropológica profunda, y desde luego, ofrecen un extraordinario material para la creación literaria [...]

La guerra civil fue una singular situación-límite de nuestra colectividad que hay que mirar desde los adentros, desde la llaga misma de quienes víctimas-verdugos la hicieron y padecieron, a mil leguas de la política. Se trata de bajar al infierno del cainismo a rescatar lo humano, a sajar el mal, aunque uno mismo se llene de pus, a compadecer²⁷⁶.

²⁷⁶ *Los tres cuadernos rojos*, op. cit., 46-47. En el mismo diario (95), el autor relata una experiencia personal relacionado con el mismo asunto: «Un enfermo cuenta en los pasillos de la clínica en los que estoy esperando a un amigo médico cómo durante la guerra civil él y sus compañeros entraron en un convento de monjas, que había sido ocupado días antes por el enemigo, y las violaron. Cómo las pobrecillas se arrastraban ante sus pies suplicando que no las matasen y cómo después de asesinadas las iban tirando por las tapias del cementerio. Y todo esto lo cuenta con fruición [...] Las gentes que, como yo, han escuchado el relato se van retirando en silencio, y el extraño autor de esa terrible confesión queda sólo, apoyándose en la pared, abatido».

La tercera novela publicada por Jiménez Lozano, *La salamandra*, es, de toda su narrativa, la obra que trata con más desgarramiento y en más profundidad la extrema violencia de la confrontación entre católicos y anticlericales en los años anteriores a la Guerra Civil y las huellas que dejó toda esta experiencia en los «adentros» de tantas personas²⁷⁷. En esta obra, las figuras de varias monjas, sobre todo la de «Sor Amelia», constituyen el hilo conductor de una narración que mezcla acontecimientos más recientes con los recuerdos del pasado. La novela comienza en la madrugada de un día de verano, a la hora en que el protagonista, Damián, «ya había dormido todo lo que podía dormir. Luego venía el duermevela, o la modorra, una dulce evanescencia como la tierra de nadie²⁷⁸».

Su hora. Aquélla en que, durante tantos años, volvía a casa, la misma hora incluso en que, aquella noche, le habían detenido y llevado al manicomio. La hora de salida del Alcalá, con los otros camareros y la mujer de la cocina, la señora Claudia, después de echar el cierre a la persiana metálica, después de haber hecho la caja y recogido las sillas montadas en las mesas y las unas sobre las otras [...] así los últimos veinte años de su vida hasta aquella noche del escándalo [...]»²⁷⁹.

²⁷⁷ «Hace treinta años que algunos seres muy desgraciados de mi infancia salen a mi encuentro cada día. Oigo su llanto desgarrador. No tenía nada que ver con ellos, se cruzaron simplemente en mi vida y fugazmente, porque murieron pronto, pero la tempestad que levantaron en mi corazón no ha amainado un momento. Atraviesen las páginas de *La salamandra*, de puntillas, como lo hicieron en la vida; y no sé si el lector puede darse cuenta siquiera. Sus figuras o sus sombras son aún más leves que la del holandés en *La montaña mágica*. (*Los tres cuadernos rojos*, op. cit., 72-73.

²⁷⁸ *La salamandra*, Barcelona, Destino, 1973, 9.

²⁷⁹ *Ib.*, 11.

Damián no había opuesto resistencia; después de quince días le habían enviado al asilo donde llevaba ya tres años, «y setenta que iba a cumplir. Pero estaba como un roble, de salud²⁸⁰». El asilo se conocía popularmente como «La gusanera» porque había en los alrededores muchas moreras, aunque su nombre oficial en aquellos tiempos era «Asilo Municipal, Emilio Castelar», que hubo lo suyo para que las monjas se hiciesen cargo de su asistencia».

Que Castelar, precisamente, el de la libertad religiosa, el del Estado no tiene alma, el humillador de Manterola, lumbrera de la Iglesia, el de Dios es grande en el Sinaí, en la sesión de blasfemias del Parlamento. Que a condición de que su nombre sólo se pondría en los membretes oficiales y a la entrada y un retrato al óleo no muy grande en la escalera. Pero todavía se apreciaban bien sus lentes mefistofélicos y las monjas viejas le hacían higas al pasar. Que preferible llamar al asilo «Las Hermanitas» e incluso «La Gusanera», que al fin y al cabo todo el mundo le llamaba así. Y, luego, se llamó «Asilo Nacional, General Primo de Rivera» y que bueno; y en la República, «Asilo Municipal» y después de la guerra «El Corazón de Jesús», y, en estos días ya, que «Departamento de geriatría, El Sagrado Corazón» [...]

[...] ¡Cuánto dolor han debido de albergar estos techos abovedados y estas paredes como murallas! [...] Que ya ni disimulan estos viejos esa preñez de muerte y sólo la risa de sor Amelia, cuando viene por las mañanas al dormitorio a abrir las maderas de los balcones, parece que aleja a ese ángel negro y se va espantado, a la ciudad o quizás le expulsa del mundo. Cuando dice «Ave María» y les llama abuelos y les pregunta por las aventuras de la noche, aventuras orgánicas y de la

²⁸⁰ Ib., 12.

imaginación insomne, a la vez, pero interesantes como una novela de enredo o de misterio [...] Y siempre uno o muchos añaden que cuándo se morirán, porque ya es de día otra vez y se atreven a decirlo, porque está allí sor Amelia, incompatible con la muerte²⁸¹.

Luego baja esta «fauna de desecho» a la capilla para una misa «lenta y solemne»:

Y antes, se volvía el capellán al final de la misa y que un padrenuestro por el abuelo Eufemio, otro por el abuelo Adrián, y otro, y otro. Y la superiora que más valía un padrenuestro sólo por las intenciones de esta casa [...]

[...] todos los días, la misma conversación en el comedor, al desayunar, migando el pan en el café con leche como si estuviesen haciendo un filtro amatorio o pócima o elixir para alargar la vida [...] que somos como cerdos, coño, pero qué le vamos a hacer, que olemos peor, y cuando no son las chaquetas son los pantalones, que peor es hacérselo.

²⁸¹ Ib., 12-16. Entre los textos aportados por Jiménez Lozano para documentar su *Meditación española sobre la libertad religiosa* (op. cit., 174), y bajo el título «Un agnóstico invoca el Evangelio», se encuentra este fragmento del discurso de Emilio Castelar del 12 de abril de 1869, en las Cortes Constituyentes: «Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el Majestuoso del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y sin embargo diciendo: «¡Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que hacen!». Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del poder misericordioso; y yo, en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedir os que escribáis al frente de nuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad, entre todos los hombres».

Y todo esto oyéndolo sor Amelia, la hija de un doctor de Madrid, de campanillas, que no lo aguanta ni Dios. Pero que se aguantara, que para eso era monja²⁸².

Esta mañana sor Amelia le da una noticia al abuelo Damián: «[...] que tenemos aquí a un amigo suyo, que le conoce mucho, que es cojo y se llama Tomás. Y no había desayunado bien el abuelo Damián. Tenía como una bola en el estómago después de la noticia [...] Y que no parece que se alegre usted mucho, abuelo. Que sí, hermana, que es que estoy pensando. Pues menos mal que usted piensa, que en esta casa eso es un extraordinario, pero que qué se va a pedir. Que sí, hermana, que me alegro. Pues le espera en la huerta después del desayuno, que no baje usted el libro».²⁸³ Damián baja a la huerta y se encuentra con Tomás: «Y así estuvieron mirándose, Damián-cara-de-Greco frente a Tomás-cara-de-sayón-de-un-cuadro de Breughel [...] Que qué te trae por aquí, Tomás. Y no se daban la mano. Pues que al hotel este, Damián, que los hijos se casaron y eres un estorbo y la Mariana, mi hija, que me lo decía siempre, que tiene una casa tan pequeña como de muñecas [...] que mejor con las monjitas, que el señor Damián, el fraile, su amigo, que está en ese asilo de “La Gusanera”, y que me arreglaron, en seguida, los papeles y aquí me tienes²⁸⁴». Damián le avisa a Tomás que si se va a quedar allí en el asilo, que no repite lo de fraile.

[...] Y el otro sonreía y que, bueno hombre, algo tenía que decirte, que estaba de contento como unas

²⁸² Ib., 16-18.

²⁸³ Ib., 18-19.

²⁸⁴ Ib., 20-21.

castañuelas, que vaya huerta y vaya frescor a pesar del día, que hacía un sol de justicia, como se decía en el rastrojo. Y, con retintín, que qué tal las hermanitas, que si tenía próstata, que era la conversación de los viejos que llegaba hasta allí desde el grupo, al pasar, que si la hermanita ésta le ayudaría a ponerse la sonda, que casi sólo por eso quería tenerla. Y que aquí, Tomás, no vengas con tus chistes de patán, que como si estuvieses capado, recuérdalo, y no digas barbaridades, ni groserías. Que cómo estás de señorón, Damián [...] pero que ya sólo me quedaba oírte hablar bien de curas y monjas, aunque tú siempre has sido leído, que en aquellas clases de Villa Olmos dicen que hablabas como un catedrático [...] que bien se acordaría que más de cuarenta años que se conocían y eran como parientes y que yo siempre he estado orgulloso de conocerte, Damián, y cuando oía a la tía Petra «la obispa», sobre lo de Villa Olmos presumía de ser tu allegado, ya ves [...] que ya ha dado vueltas el mundo desde entonces. Y las vueltas que hemos dado nosotros. Y, ¿adónde iremos todos tan deprisa²⁸⁵?

El comentario de Tomás le trae a Damián el recuerdo de aquellas reuniones en Villa Olmos donde había predicado su doctrina revolucionaria ante «seis u ocho hombres y tres o cuatro mujeres [...] Ropas hechas harapos o arcoiris de piezas, malolientes de sudor; boinas sebosas como hongos negros de la muerte [...] Estómagos vacíos, sobre todo, que daba vergüenza ir allí con periódicos y a repartir palabras, cuando lo que necesitaban era sopa y carne, pero la palabra llena también los estómagos o los adormila quizás, o es que todos teníamos más hambre de esperanzas y de odio que de pan y vituallas». Y reconoce Damián:

²⁸⁵ Ib., 22.

[...] que siempre he hablado de corrido y la gente decía: es listo este chico, y que, como había sido fraile y me había pasado a la causa, que cuando hablaba de curas bien sabía lo que decía, y que había sufrido mucho en el convento y me habían raptado de niño unas beatas, y otras leyendas. Pero yo no las destruía, porque las gentes necesitan leyendas y no verdades, que las leyendas son hermosas y cálidas y acompañan el corazón, y las verdades son frías y casi siempre duras de soportar, feas y hoscas, que por eso se dice con disgusto «la verdad desnuda» [...] Que por eso también hablaba de la hidra del clericalismo o de la hidra de la reacción, que así comenzaba siempre mis arengas²⁸⁶ [...].

El repertorio de Damián incluye historias relacionadas con las diferencias entre los entierros de los ricos y los pobres; la lujuria del clero y los abusos del confesionario; y las relaciones ilícitas entre los curas y sus amas de llaves, ilustradas por «una poesía muy didáctica» de un poeta que firmaba “El Extremeño” y publicaba sus versos en “Motín”.

Y como aquí no hablamos de figuraciones, sino de cosas que se pueden tocar, les voy a leer un caso comprobado del 22 de abril, de 1901, no del tiempo de la Inquisición, sino, como quien dice, de ayer por la mañana, menos de treinta años. Y fue que ese día el compañero José Iglesias, dependiente de la Casa de Transportes, Alcalá, doce—que aquí todo se detalla y no como los curas hacen con los milagros, que nunca se sabe cuándo se hicieron, ni cómo se llamaban los cojos que curaron, ni los pastores que vieron a la Virgen, que todo son resplandores y sueños—, que este José Iglesias, digo, y su mujer Emilia, que de ésta no dice el apellido el documento y no lo dice porque no se sabía,

²⁸⁶ Ib., 23-25.

que nosotros no inventamos nada, fueron a visitar a su hija al hospital de San Carlos y, cuando se iban a marchar ya, la besaron para despedirse, y entonces una monja que estaba allí, que era la superiora, se lanzó sobre la enferma, como tigre sobre la presa, y comenzó a abofetearla por aquella indecencia de los besos, y los padres tuvieron que agarrarla por las tocas y que por qué lo hacía, como potro desbocado, y la monja que a ella no la constaba si eran sus padres y que podían ser otra cosa [...] Y a mí mismo me contaron que en el hospital de Zamora una hermana o monja, que menuda hermana, que es de rosa cuando los clericales se llaman hermanos, no como en la causa que todos lo somos, que esa monja dio de golpes también a un enfermo porque se tapaba la cara con la sábana porque le hacía daño la luz. Y que una monja dijo a un compañero que las otras la pegaban por ser dulce y caritativa, que la regla y recomendación era: «Mala cara, pocas palabras y bofetón limpio, porque a esta gentuza (los enfermos pobres, compañeros) se los doma así». Y aquella monja se salió, porque era demasiado buena para tal oficio, y está en la causa en Barcelona.

Y el auditorio decía: «¡Muera el clericalismo²⁸⁷!» [...]

Entonces Tomás le pregunta a Damián: «y las monjitas, Damián? ¿Éstas también abofetean a los abuelos y tienen queridos? ¿A éstas también las entierran vivas? [...] Nos partíamos de risa oyéndoles decir que las monjitas estaban en estado y enterraban los frutos en el jardín o en la huerta, como ésta, o que los frailes la cosa más delgada que tenían en su cuerpo eran los brazos y parecían de camioneros [...] Que tenías fama, Damián, que como habías sido fraile, o eso decían, que las milicianas te comían con los ojos [...] Y la Luisa fue la que dijo

²⁸⁷ Ib., 35-36.

que habías sido fraile, que al principio de ir por allí, ni te veía yo hasta que me lié con la Amancia, su hija [...]»²⁸⁸. Y cuenta Tomás que la Luisa y la Amancia se habían puesto «con los nacionales desde antes de la guerra, que ellas monárquicas y que decían que, además, hasta por el negocio, que por lo menos se afeitaban y son señoritos, que los otros eran gentuza casi todos, sin dos perras, y querían el servicio de balde» y que los «señoritos rojos» querían cerrar las casas²⁸⁹.

¡Mira que si después de haberte visto con la Luisa y en la causa, en las quemas de iglesia y en la boda de los santos, que ha sido la mejor fiesta que he visto en mi vida, te veo carmelita! Eres el puñetero diablo. Y luego el día que me dijeron que estabas en aquel café tan elegante [...] Que para eso te había salvado al final de la guerra, que ni sabía si habían servido para algo los informes buenos que di [...] Y, ahora, a pasar lo mejor posible lo que nos quede [...] Pero, chico, que, ahora ya, que me limpie una monja, ya ves, que esto está bien pensado para los pobres: que te limpie el trasero, una de éstas, que es el mundo al revés estas mujeres, algunas todavía unas chicas, entre traseros viejos y cacas, ellas que no tienen chicos. Que si lo piensas, que no lo entiendo, que la Iglesia no hay quien la entienda y estas mujeres bien podían estar en sus casas y no aquí entre mierda, coño. Que hasta la Luisa llegó un día a casa, llorando de emoción, que tuvo un aborto después que la dejaste, que casi no debía decírtelo [...] Pues que las monjitas ni lo negro de una uña la echaron en cara, que si como si fuese condesa recién parida, que la hicieron los lavados como si fuese una señorona. Y la Luisa que la cogió, que quién pudiera ser monja, que si hubiera sabido que se iba a

²⁸⁸ Ib., 39-40.

²⁸⁹ Ib., 40.

cansar tan pronto de los hombres. Y que, ahora, creía que eran vírgenes y santas y decentes, que lo que habían hecho con ella que sólo con una hermana o con una hija, y que por amor de Dios, que no se le ve, ni se le siente, ni se le puede abrazar, ni besar, que qué amor tan raro [...] Y que eran mujeres fetén, las monjas. Y desde entonces dio de cabeza la casa de la Luisa, Damián, que se puso como filósofa o beata y rezaba muchas veces y decía a las chicas que trabajaran con las manos y la cabeza, y no con el cuerpo vendido, que el cuerpo sólo por amor²⁹⁰.

Volviendo a la época de la guerra, Tomás le recuerda a Damián como quería éste «que todo el batallón estuviese leyendo, mientras los nacionales nos bombardeaban. Que éstos son bombas, decías con los libros de la mano, que son bombas contra la ignorancia y la esclavitud [...] Y decía la tía Petra, el día de la boda de los santos, que pues cuando él dice que Santa Águeda y San Isidro para pareja, hacerle caso. Que te tenía buena ley esta tía Petra, que decía que se salió de una reunión de la causa por discutir contigo, pero que, luego, riñó con el cura y puso Iglesia por su cuenta, una Iglesia de la causa o de los desgraciados, como decían en el pueblo [...] eso fue a poco de venir la República [...] cuando yo empecé a oír hablar de la tía Petra la llamaban “la obispa” ya en el batallón. Si tenía más fama que el doctor Marañón²⁹¹». Cuando «la obispa» riñó con el cura, se había llevado a medio pueblo con ella.

La sala y la alcoba de su casa, de la de la tía Petra, que tenían el piso de tierra, de los que se pintan de boñiga, los embaldosaron, y la mesa de matar los marranos la

²⁹⁰ Ib., 41-43.

²⁹¹ Ib., 46-47.

vistieron de blanco con una sábana, como cuando llevan el viático, y pusieron unas velas y un cuadro de un Cristo atado a la columna, que estaba como los pobres, decían, con la espalda puesta para que le dieran zurriagazos. Y también pusieron un cuadro de una Virgen de los Dolores, que una pobre madre como nosotras, y allí predicaba la tía Petra [...] Y bautizaba y ponía nombres de esos de Libertad o Justicia, y María de las Penas [...] Que hasta se habían hecho vestiduras y la tía Petra se ponía como un camisón de boda, y, luego, una colcha o el tapete bueno, y que un mantón de Manila, no, que estos eran cosa de baile o de señoritas y de zorras, y que si pillase las casullas del cura parecería el Papa, ella [...] que lo de comulgar que ella no comulgaba, porque creía que allí no había Dios, ni Cristo, ni nada, pero que por si acaso, que eso no, que la custodia, el día del Hábeas, la daba mucho respeto [...] Que las ceremonias de los muertos que eran las primeras que ella conservaría en su Iglesia, que si se te muere un hijo, atropellado por un carro, o una hija tísica, que a ver quién te consolaba²⁹².

Estos recuerdos de Tomás hace que Damián empiece a hablar de su infancia, de las «filosofías» escépticos y anticlericales de su abuelo; se pregunta cómo pudo crecer alegre en ese ambiente: «Pero sería la edad y el pequeña bienestar que teníamos [...] que decían que parecíamos marqueses, porque en nuestra casa olía a limpio y teníamos esos cuatro cacharros encima de la cómoda y un par de platos de Talavera y un armario de luna y un lavabo con jofaina de loza». Y recuerda el «pozo de la soledad» en el que cayó cuando se murieron su madre y su abuelo estando él en Madrid «aprendiendo de tipógrafo en unos frailes», y de cómo se colocó luego «en una tienda de ultramarinos, que el dueño era ácrata y vegetariano» y decía que

²⁹² Ib., 47-51.

«había que acabar con la maldad humana y sobre todo con las supersticiones del clero, que él me educaría [...] Que la propiedad era un crimen, pero que sobre todo los curas, que qué supersticiones y que qué sátiros, que Jesucristo era un ácrata, que los encarcelarían si volviese, y que el tenía estudios y que me despertaría [...] Y me enseñaba las láminas de curas borrachos o abrazados a mujeres y que lo que había que hacer era quemar las iglesias, los templos de la Ignorancia [...]»²⁹³. Fue allí, en la imprenta, donde Damían oyó por primera vez «lo de la hidra» y donde leyó «docenas de libros», acostado en la trastienda.

...yo ya no iba a misa en Madrid, ni creía en nada, pero que tenía la cabeza llena de Danzas de la muerte y de ángeles cortando cabezas. Que soñaba que algún día sería verdad ese retablo del mundo nuevo: obispos, Papas y reyes pudriéndose, y el pueblo bailando sobre su sepulcro, ahorcando a los curas con las tripas de los burgueses, como decía el cura Meslier, que el testamento de éste la leía siempre el viejo como a Tolstoi, como breviario, paseando por la tienda, como los curas [...] Y quizás es que era un teólogo. Que este país ha dado montañas de teólogos, que no han encontrado otro camino de expresarse que el de este viejo, el del abuelo o el de la tía Petra o el nuestro, el día de la boda de los santos, que a lo mejor es verdad que somos un pueblo de frailes y que como no podemos o no nos atrevemos a serlo todos, tiramos por los otros caminos hasta que llega la muerte con sus marranadas o la vida que nos vacía herrada a herrada los sueños y las esperanzas y vamos viendo la poza y las salamandras que teníamos dentro. Que eso fue lo que a

²⁹³ Ib., 65-66.

mí me pasó, aquella noche, que me llevaron al manicomio, que vi la salamandra y lo dije²⁹⁴.

Entonces Tomás se acuerda de como Damián y sus compañeros en la causa decían «que en los conventos todo era hipocresía, que si también aquí, en este asilo. Que si incluso crímenes, como decíais, que yo que los frailes y las monjas se acostaban juntos que sí, que me lo imaginaba, pero que crímenes no, pero vosotros que sí, que había muchas monjas enterradas vivas y muchos esqueletos de criaturas y que qué curiosidad cuando abrían las tumbas los milicianos como el año nueve en Barcelona, que a ver, a ver. Que de dónde lo sacabais». Y Damián le contesta:

[...] Pero, que te lo estoy diciendo, Tomás, ¿no oyes?, que todo empezó con el amigo joven del viejo de la tienda [...] que era un oráculo y una enciclopedia [...] Allá en la imprenta eran las clases por la noche, a seis o siete jóvenes que íbamos, que la nueva pedagogía, la escuela moderna, la ilustración. Apuntaba con la mano hacia nosotros, como tratando de atornillar en nuestros cerebros sus tesis, su única tesis: que la Iglesia estaba corrompida y que tenía que desaparecer [...] Y que si no habíamos leído o visto en el teatro «La monja enterrada en vida o los misterios de los conventos», donde se relata un caso de hace treinta años [...] Y el caso fue que un joven saltó la tapia de un monasterio para robar fruta, por la noche, a hora avanzada, y en noche oscura y terrible y estaba subido a un árbol cuando vio que, del convento, salía una procesión de monjas con velas en silencio, y dos monjas grandes llevaban a otra, casi una chiquilla, con mordaza en la boca y el rostro desencajado²⁹⁵.

²⁹⁴ Ib., 67-68.

²⁹⁵ Ib., 72-73.

El joven ve como la monja jovencita es enterrada viva «después de encerrarla en un baúl, que parecía un perrillo cuando se le mete en un cesto para echarle al río y que se ahogue».

Pero la tortura continúa, queridos amigos, y continúan las orgías. Y que los conventos tienen comunicaciones subterráneas y frailes y monjas se acuestan juntos y en otros conventos guardan a las monjas novicias para los confesores y, si se niegan, las matan; y hay que desenterrar a esas monjas y mostrar a los ojos del mundo la mentira de la Gran Babilonia, el poder y la iniquidad del clericalismo. Que, mientras tanto, los curas mandarán en todo y ni nuestras mujeres estarán seguras [...]

Y todos eran cuestiones de iglesia, que siempre apasionan a los españoles, como que las mamamos y es nuestro tema único, que no tenemos otro.²⁹⁶

Tomás está de acuerdo con esta afirmación: «que claro que es verdad, Damián, que hasta en casa de la Luisa sólo se hablaba de religiones, y las chicas se santiguaban y pedían a la Virgen que haya buenos clientes esta noche [...] Que hay que ver las tormentas por San Juan, cuando los truenos dan estampidas y ves los relámpagos, que la Amancia: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los Ejércitos, y encendía la vela del monumento del Jueves Santo [...]»²⁹⁷. En aquella época, recuerda Tomás, «íbamos a misa en cuanto tocaban, que con el oficio que había tenido la Amancia y yo que me había pasado que no te ibas a distinguir [...] Y figúrate cuando yo veía

²⁹⁶ Ib., 75-77.

²⁹⁷ Ib., 77-78.

los santos en las iglesias y cuando iba a las procesiones en la Semana Santa y me acordaba de la boda de los santos y de que no son nada, pero que, luego, te lo vas creyendo». Y dice Tomás que no sabe si es que uno pierde la cabeza con la edad, o que le entra «el remusguillo» de la muerte.

Que tú, por lo menos, estás entero o casi entero, Damián, pero que yo hecho cisco y que entonces piensas que para qué naceremos. Y que anda que estas mujeres, las monjas, sí que se divierten, ¿eh?, aquí, entre viejos y rosarios y con veintitantos años que tendrá la Sor Amelia esa, o treinta como mucho, que no lo entiendo, que decíais que eran unas viciosas y que tú, te repito, debías de saber montones de estas cosas, siempre oyendo a tu abuelo y, luego, en la causa [...] ²⁹⁸.

Damián vuelve a insistir sobre los recuerdos de su infancia: «aquellas mañanas de los domingos, en invierno, sobre todo, cuando iba a misa con mi madre y el sol daba en el altar dorado y relucían allí todos los colores de los santos: los verdes y los amarillos y los rojos, que los llevo en el alma, que qué alegría [...] ²⁹⁹». Y se pregunta cómo pudo llegar a odiar todo aquello:

Pero ¿y mi madre? Que creía con toda su alma y que aquella vieja, que no la olvidaré nunca, cuando la boda de los santos: ¡que si te viera tu madre! ¿Es que sabía quién era mi madre? ¿Adónde está mi madre, abuelo? A la iglesia, a rezar, a ver si Dios nos manda un cerdo para hacer matanza este año, que buena falta nos hace. O a confesarse y a contar al cura los secretos [...] Y que, si viviera tu padre, otra cosa sería, pero que, sin marido, ya se sabe, que las mujeres se arriman a la

²⁹⁸ Ib., 91-92.

²⁹⁹ Ib., 92-93.

Iglesia. Como las monjas, decía, que las dejaría el novio o no le tuvieron nunca y a ver qué remedio entonces. A rezar, a vestir santos en vez de críos, que eso se figurarán [...]

Pero que la vieja aquella que ¡si te viera tu madre! ¿Y Cristo? Y que el abuelo Damián se agitaba, hablando, como si le fuese a dar algo. ¿Y Cristo? Que yo le he visto Tomás, que le vi, la noche que me llevaron al manicomio, que quizás me llevaron por eso y porque, con esa visión, se me fue todo el miedo, todo. Que tienes que haber pasado mucho, Damián, que te comprendo [...]³⁰⁰.

Tomás creía que Damián ya había muerto, «que luego fue cuando me enteré, poco antes de morirme la Amancia como un pajarillo, cuando fui de consulta con ella a Madrid, que ya estabas en aquel café, y fui a verte, que no parecías muy contento, que yo también tenía miedo, que Madrid es grande....y al médico mismo que me costó lo mío darle el nombre, que dijo que para una ficha». Tomás se había asustado, porque siempre que se hablaba de fichas entonces se la ponía la carne de gallina³⁰¹.

[...] que lo que es el miedo, pero que siempre he vivido con miedo [...] Que parece la leche que nos dan a los españoles, cuando nacemos [...] que ahora mismo, ya ves, que acaba de pasar la Sor Amelia ésa y que sólo faltaba que nos oyera y fuera con el cuento [...].

Pero Sor Amelia como si no oyera, Tomás. Y que si es que es tonta, Damián. No, que nosotros para ella, como si fuésemos Cristo. Y que el Tomás dio un respingo, que qué estás diciendo, que es que no entiendo nada. Y

³⁰⁰ Ib., 96.

³⁰¹ Ib., 98.

que ¿quién entiende?, Tomás. Que somos un misterio. Pero que no, Damián. Que qué misterio ni que no misterio, que no somos misterio, que somos mierda.

Y que quizás también mierda, Tomás, pero que qué misterio somos, y que, aquí, no se llega nunca a la poza, ni se ve la salamandra oculta [...] el abuelo Damián dio, entonces, una gran voz. Y que si te encuentras bien, Damián, que si no sientes el ataque. Pero que no temas, Tomás, que son cosas mías, y que lo digo por decir y que rieron los dos [...] Y que qué bien se lo están pasando, abuelos, dijo Sor Amelia.

Pero que ya va a ser la hora de comer, que ya les llamaré. Que si no tienen hambre o sed, tanto hablar. Y que, anda, Damián, comprende tú a esta individua de Sor Amelia. Que a lo mejor, sí somos un misterio [...] ³⁰².

Damián sigue con sus reminiscencias sobre su infancia y las opiniones de su abuelo, que «cada día hacía un diagnóstico y una receta para la enfermedad de España, que enferma sí estaba»; y de cómo él, Damián, se había refugiado en un convento de frailes la noche de «la boda de los santos», y que al cabo de ocho años éstos le buscaron trabajo en un café en Madrid.

[...] la clientela era casi todos escritores y poetas, novelistas, periodistas, comediantes, autores de comedias y gente de cine, y papel va, papel viene. Y estaban también los espectros de los muertos, porque los necesitaban cada noche en sus conversaciones, y parece que los tendían allí sobre las mesas, y, unas noches, sacaban el cadáver de Espronceda o de don Miguel de Unamuno, y, otras, el de Ortega y Gasset o el de Machado y el del doctor Marañón [...] Y, entonces,

³⁰² Ib., 98-100.

olía todo como a sala de autopsia [...] Y cuando terminaban con los muertos, comenzaban con los vivos, que no estaban presentes [...] Y que hablaban de todo lo divino y lo humano, y también de religión [...] Y cuando echaban el cadáver de Dios sobre la mesa era cuando peor olía en el café, que afilaban los bisturís y se lanzaban como hienas sobre Él: y que si habéis leído «La filosofía del tocador» de Sade, que eso era Dios³⁰³.

El abuelo Damían, que ya está «desbocado», empieza a recordar aquella noche del sábado en el café, cuando despachaba champán y las risas eran más fuertes, «como si se felicitasen de haber vivido una semana más, que era una fiesta de supervivientes, que son siempre las mejores [...]». Aunque había más trabajo, todo se hacía en menos tiempo, y la señora Claudia, la mujer de la cocina, «canturreaba de antemano la alegría de su descanso, el lunes», cuando llevaría a su nieto a dar una vuelta por el Retiro, aunque a ella no le impresiona Madrid, «que ni la misa ni el cocido me saben como en el pueblo».

Que qué gloria dan esos rosarios de pueblo, que allí iba un rato con el nietecillo y que le digo, que ésta es la Virgen del Carmen, Javierín, y éste es San Blas, y éste, San Roque, con el perro, y éste, San Antón, con el marrano. Y que si viera usted lo que el chico disfruta con el perro y el cerdo y con los santos todos, que estas cosas de la Iglesia que digo yo que como si fuesen más naturales, que, ya ve usted, pues que yo, en el cine, que me aburro y en la iglesia, pues tan contenta. Y que mi hijo y mi nuera que si soy una beata, que si una aburrida, que parece mentira, llevando, en Madrid, tantos años. Que qué tendrá que ver, don Damián. O que, a lo mejor, sí, que Madrid descasta a los hijos de

³⁰³ Ib., 107-110.

los padres, pero que también descasta de Dios, que usted creerá en Dios, don Damián. Y que sí, señora Claudia, y que, en seguida se nota, pero que ya quedamos pocos [...] ³⁰⁴.

Así habían pasado cuatro o cinco años, hasta que un día la señora Claudia no acudió al trabajo: su nieto, «la ilusión de su vida», había muerto atropellado por un camión. Cuando volvió al café, un sábado por la noche, la noticia de lo ocurrido corrió de mesa en mesa.

Que a la mujer de la cocina le ha atropellado un camión un nietecillo, que hecho migas, creo, pero que, ¡qué horror!, que hablar de otra cosa chicos. Sí, que hablar de otra cosa, pero que la muerte de un niño es intolerable, pero que no seas reaccionario, que tú has leído mucho a Camus y que, por ese camino, se acaba yendo a misa. Y que lo peor de todo, chicos, es que cuando la he dado el pésame, que ¿qué diréis que me ha contestado? Pues que bendito Dios, que sólo Él sabe lo que hace, que el nietecillo estará con la Virgen del Carmen. Que fijaos esta gente, lo atrasada que está [...] Y que lo que había que hacer, y que él lo haría si fuese ministro de Educación, decía uno, era leer a la gente, desde la escuela, el poema de Jean-Paul Richter, cuando Cristo se vuelve al mundo entero y le dice que más allá de la tumba no hay nada, cuando dice a los niños muertos: hijos míos, no tenemos Padre, no hay nada ³⁰⁵

Casi todo el café escucha al actor «de voz pastosa y profunda» proclamar el poema, y aplauden, pero entonces se oye el grito histérico de la señora Claudia desde la cocina: «que no, que eso, no, que no nos quiten a Dios, que ¿entonces, mi niño? [...] Jesús, Jesús,

³⁰⁴ Ib., 156-157.

³⁰⁵ Ib., 162-163.

Jesús [...]». De repente, Damián ve a Cristo debajo de las mesas «entre el barrillo de los zapatos, las colillas, los escupitazos [...] pateado, escupido, visible, vencido [...] hecho un pingajo, peor que cuando el perro crucificado³⁰⁶».

Y que el café me daba vueltas y me parecía una gusanera [...] Y que no lo pensé, que cuando me quise dar cuenta ya estaba encaramado a una mesa, en la mesa de las autopsias precisamente, y se hizo un silencio como de primera fila en los funerales o de misa solemne; y lancé entonces mi profecía o anuncio colosal: la ventosidad más sonora y harmónica del mundo. Que si has oído alguna vez el “Dies irae” de Mozart, pues como el “Tuba mirum” de la maravillosa trompeta, que llamará a los muertos a salir de su podredumbre. O como el clarín de la Revolución final de todo-patas-arriba-y-cabeza-abajo, y borrón-y-cuenta-nueva.

Que después ya, Tomás, fue cuando llegó la policía [...] Y yo ¿qué iba a decirles? Así que cuando me llevaron al manicomio y me pusieron la camisa de fuerza, sentí como agradecimiento, que, por fin en mi vida, había una verdad, aunque la hubiese dicho como a trompicones y como la burra de Balaam. Y que me parecía que volvía a casa de pequeño, cuando vi la colcha blanca de mi celda de loco. Y, luego ya, aquí estoy³⁰⁷.

En ese momento, llega Sor Amelia: «Que la hora de comer, abuelos, y que hay paella por el abuelo Tomás, para que vea que hacemos fiesta, y que es San Roque también, y que vaya charla, abuelo Damián, que está usted todo sofocado, que ahora se

³⁰⁶ Ib., 165.

³⁰⁷ Ib., 166-167.

tranquiliza y les pongo unas cervecitas y que luego sube usted un momento a la habitación, abuelo Damián, que ahí está el médico del sanatorio psiquiátrico [...] Que no tenga miedo, que le he dicho que todo va bien, que fuerte como un roble, pero que quiere verle³⁰⁸». Cuando Damián echa a andar, se cae de bruces; le suben a la enfermería y, ya por la noche, Sor Amelia intenta convencer al médico que Damián había estado normal hasta ese día. En ese instante se oye un frenazo en la calle y un aullido de perro, y Damián grita «¡ay, madre!, ¡ay, Dios!». Sor Amelia intenta tranquilizar a los otros viejos, y luego toma una cruz, que había allí colgada, y se la pone en manos de Damián, y junto a los labios, «porque ya estaba muerto, decían los viejos asomados a la puerta».

O que lo llevan, otra vez, al manicomio y que así podremos dormir más a gusto, que el Tomás éste, si ocupa esa cama del abuelo Damián, no tiene pinta de andar leyendo toda la noche, que un alivio, coño, y que pensaba mucho, además, el abuelo Damián, y eso no puede ser bueno y la había cogido religiosa y ya estaba bien, que vivir es lo que importa, que lo de la religión y los curas, como lo de la guerra, que ya se sabe, que mira cómo acabas si te lo tomas en serio y andas desenterrando muertos, que mañana es sábado y ponen una corrida de toros por la televisión, que a dormir, que no podemos hacer mejor cosa, abuelo Tomás, que buenas ganas tienes de líos y monsergas.³⁰⁹

³⁰⁸ Ib., 169.

³⁰⁹ Ib., 171-172.

3.3.2 Cuentos

En *Un dedo en los labios* encontramos el cuento titulado «La oficiala», en el que una prostituta es echada de «la Casa» donde trabaja porque ha empezado a adelgazar y se ve forzada a ir donde «se asomaba el cliente al bar simplemente, y ella salía con él» y se iban a un sitio donde había unas obras.

Entonces aparecía el guarda de ellas con una linterna en la mano, y ella decía al cliente:

—A este, dale doscientas pesetas.

Y, luego, un día, fue cuando mataron allí a la Rosa y llega la policía y las detuvo a todas ellas y a los clientes, que en cuento estuvieron a la luz vio que eran un montón de viejos y estropeados, gibosos, cojos, o hasta con las piernas cortadas, o tenían bubas en la cara, o cabezas deformes, y por eso no iban hasta los barres a buscar a las mujeres, sino que a estas las avisaban otros que fueran a las obras, que estaban ellos allí, esperándolas [...] ³¹⁰

Todos, hombre y mujeres, son llevados, como «el desecho y el desguace», a distintos asilos y hospitales.

La monja del que a Nico le había tocado estaba sentada ante una mesa allí en la entrada o portalón de la casa, e iba preguntando los nombre a las seis o siete de ellas que la policía había depositado allí con la Nico, y también preguntaba por el oficio, luego.

—¿Y tú, a qué te dedicas? ¿Cuál es tu oficio?

¿Y qué iba a decir ella? [...] menos mal que se acordó de que le habían dicho que su carnet de

³¹⁰ Op. cit., 84.

identidad ponía que era oficiala, y cuando le llegó el turno, eso fue lo que dijo con su vocecilla.

—Oficiala.

—¿Qué? —preguntó otra vez la monja, extrañada.

Pero luego, la monja se fijó en sus manos, tan cuidadas, y se le quedó mirando a los ojos un poco de tiempo, hasta que ella los bajó, llena de vergüenza, y se guardó las manos en el bolsillo, esperando su sentencia. Callada.

—Eres de las silenciosas, ¿eh? —dijo la monja³¹¹.

A las mujeres les entrega la monja «una bata de color azulina» que a la Nico le recuerda el «guardapolvo que ella había tenido, siendo una mocosa, los cuatro días que fue a la escuela mientras vivió su madre».

Porque luego ya, ni nadie la había dicho una palabra, ni a ella le habían quedado ganas en toda su vida de abrir la boca para nada. Hasta que la monja le había dicho que tenía unas manos muy bonitas, y se le saltaron las lágrimas, y pudo sonreír un poco³¹².

El relato titulado «El don» trata de una joven admitida en un convento como hermana lega, a quien la priora advierte que tendrá que cortar su pelo «sedoso, de un negro azabache, brillante, llamativo»: «Ofrézcaselo a Dios si le cuesta. Tenemos que desprendernos de toda vanidad». La priora se queda con la duda de que la chica haya entendido bien y que luego «no sufriera una fuerte impresión. Muchas de las postulantes jóvenes habían necesitado todo el valor del mundo para soportarlo». La joven trae consigo una pequeña maleta con sus pertenencias.

³¹¹ Ib., 84-85.

³¹² Ib., 83-85.

Cuatro cosas solamente, porque los papeles y documentos necesarios los traía en la mano: la partida de bautismo y confirmación, y la escritura de una casa y un huertecillo, allí en el pueblo. Y añadió:

—Y los Informes.

—¿Qué Informes? —preguntó la priora.

—¡Anda, pues de cuando a mi madre y a mí nos cortaron el pelo al rape, dejándonos un flequillo donde nos ponían un lazo con una bandera, para sacarla a ella y a mí, y a otras mujeres en procesión; y yo iba de su mano!

Y dijo también:

—¡Y mi madre sí que tenía un pelo bien bonito!

La priora tomó aquellos papeles en la mano, y los besó. Luego la miró de hito en hito y comentó en voz muy baja:

—A usted, entonces, ya de niña, se le otorgó un inmenso don, y ahora nos lo regala al venir a vivir con nosotras.

Pero ella no entendió quizás, porque contestó:

—No, no tengo más que estos papeles, y la casa y el huerto, y los Informes, para traer aquí. No tengo más³¹³.

³¹³ Ib., 131-132. En *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 9) se encuentra este apunte, que corresponde a otoño, 1973: «Es difícil hablar con estas gentes, no siendo una de ellas, y comprendo perfectamente sus reticencias, su convencionalismo. Sólo a fuerza de muchos años se horada un poco la coraza que llevan puesta. Una de estas tardes, se habló en el casinillo de historias de la guerra civil: historias de represión, y en labios de quienes estuvieron del lado vencedor. Pero no se las colorea políticamente, se aborda solamente su lado humano [...] Entonces, X, que no es un campesino, me dice en un aparte: “En tardes como ésta y a estas horas, salían las mujeres—esposas, novias o hermanas de ‘los otros’—con el pelo cortado, y, a veces, una banderita en un mechón que les caía hacia delante. Y era Z el que las conducía.” Un pobre desgraciado, que, ahora inspira lástima y que ahoga en alcohol sus frustraciones o quizá remordimientos o el sabor a ceniza de la vida. “¡Qué estampa! Usted no lo hubiera resistido,” continúa diciéndome X Yo soy más fuerte que usted ante la desgracia ajena y apenas si lo soportaba”».

«La inocente costumbre», cuenta la historia de Sor Blanca, de cuya vida conventual «sólo podía decirse que era ejemplar e intachable en todas las virtudes, pero sobre todo en la manifestación y práctica de la alegría. Y no sólo porque, teniendo tan jóvenes años como tenía y estando condenada a quedar amarrada a la silla de ruedas por todos los días de su vida, no había perdido la sonrisa de sus labios, ni la dulzura de sus palabras, sino porque su corazón y su ser entero servían de refrigerio y abrigo a la tristeza de cualquier otra religiosa, y ella llenaba como de gorjeos y risas los adentros de aquella casa». La causa de la parálisis de Sor Blanca había sido que estando cogiendo manzanas en la huerta del convento, a la anciana Sor Eustoquia se le antojó la manzana que estaba más alta en el árbol, y al subir por ella, se quebró una rama y Sor Blanca se cayó, rompiendo unas vértebras y la médula.

[...] Así que la priora no tenía corazón para prohibirla que, durante los recreos, sor Blanca revolotease por encima y en torno a los manzanos y a los cerezos, como si fuese una tórtola, un petirrojo, una mariposa, un ángel. Todas las otras monjas se sentían muy alegres cuando la veían así, y una de ellas, sor Dorotea, pintó este cuadro donde se ve a sor Blanca ascendiendo desde su silla de ruedas hacia lo alto de un gran chopo: como un cohete, verdaderamente. No la prohibía ninguna norma de la Regla: ¿por qué iba a ser más dura la priora?

Entonces el viejo inquisidor, mirando a esta de hito en hito y después de estar en silencio un gran espacio de tiempo, decidió que era, desde luego, una inocente costumbre, pero que no debería derivar en un exceso,

ni tampoco ser imitada sin mucha reflexión en el asunto por las otras monjas jóvenes³¹⁴.

Y en «La besaduros», dos ancianas de una residencia comentan la noticia de la muerte de «doña Marta».

—¿Qué doña Marta?

—¿No te acuerdas? La que nos daba un duro al salir de misa, cuando pedíamos allí, a al puerta de San Felipe Neri, aquellos años. ¿No te acuerdas?

—¡Ah, la pequeñita!

—Sí. Se la han encontrado muerta de qué sé yo cuántos días, en su casa.

Y luego añadió que ni un mueble había en ella, excepto una mesa y una silla, y la cama y la mesita de noche en la alcoba, y un libro y un rosario allí encima. Y que, sin embargo, había dejado millones³¹⁵.

Suena la campanita en la residencia y, reunidas las viejecillas en el salón, la hermana Gabriela les comunica que ha muerto la fundadora de aquella y de otras residencias, y si desean, luego cada una puede «mostrar su agradecimiento rezando un padrenuestro por su alma». Y

³¹⁴ Ib., 135-136. Este cuento está, sin duda, inspirado en la conversación entre el Inquisidor de Córdoba y George Borrow, contada por éste en *La Biblia en España* (Madrid: Alianza, 1996, 208-217), si bien el Inquisidor de «La inocente costumbre» muestra una actitud más benévola que en el caso histórico. Cuando Borrow le preguntó al Inquisidor si en sus tiempos ocurrieron muchos casos de brujería, el viejo clérigo le contestó: «Uno o dos, *don Jorge*; eran poco frecuentes. El último caso que recuerdo ocurrió en un convento de Sevilla. Cierta monja tenía la costumbre de salir volando por la ventana al jardín y de revolotear en él sobre los naranjos. Se tomó declaración a varios testigos, y en el proceso, instruido con toda formalidad, quedaron, a mi entender, bastante bien probados los hechos. Pero de lo que sí estoy cierto es de que la monja fue castigada». Sobre este encuentro y la importancia de la obra de Borrow, cf. el capítulo VI, titulado «El terrible siglo XIX», en *Meditación española sobre la libertad religiosa* (Barcelona, Destino, 1966, 72-76), así como el ensayo «Avisador honorario» (*ABC*, 25 de junio, 1999, 3).

³¹⁵ Ib., 139.

entonces una de las dos amigas que habían estado «cuchicheando» pregunta a quién ha dejado el dinero.

—No tenía dinero. Lo había dado todo.

—¿Es que usted la conocía?

—Era mi madre.

—¡Ah!

—Muchos pobres de antes la conocían, y la llamaban *la Besaduros*. Tenía esa costumbre —dijo sor Gabriela³¹⁶.

4. Otras mujeres

En *El cogedor de acianos* encontramos dos cuentos que aluden a ciertas manifestaciones litúrgicas y literarias del cristianismo que antiguamente formaban parte de la devoción religiosa de la gente corriente, pero que en la actualidad han perdido su significado. «La noticia» trata de una anciana que parece no acordarse de nada, y sin embargo siempre sonríe, «como si rumiara algún recuerdo muy alegre: dentro de sí misma».

Y, salvo que estaba un poco torpe de las piernas, tenía muy buena salud y hablaba mucho, sobre todo de las moscas, que decía que no la dejaban en paz [...] Y de repente decía:

—Me acuerdo de un año que hubo tantas moscas que [...]

Pero se paraba siempre aquí porque ya no podía recordar más y luego continuaba hablando de lo que fuese, porque hablaba de todo mientras estaba viendo

³¹⁶ Ib., 140.

la televisión...Y cuando llegaba el noticiario, llamaba a su hija y a su nietecilla, que vivían con ella en la casa:

—¡Venid, que va a empezar el «Angelus» con la noticia!

Y entonces, ella, comenzaba a rezar el «Angelus», que era lo único que no se la había olvidado. Mientras se iba colocando el pelo blanco, blanquísimo, para recibir esa noticia³¹⁷.

Y en “Objetos perdidos” una mujer acude a la oficina de ese nombre para buscar su «kempis».

—¿Y qué es eso? —la preguntó el joven, muy extrañado.

Entonces ella comenzó a explicarle que no era un libro de misa, aunque ella lo llevaba a veces a misa, sino para leer, y que se lo había regalado su madre hacía muchos años, y era de su abuela, y estaba encuadernado en pastas de piel roja, pero era un libro pequeñito.

—Y ahora [...] —dijo.

Pero el joven de la ventanilla la cortó y no la dejó seguir, porque no había allí, en el depósito de la oficina de objetos perdidos, un libro así; y que, si alguien se lo había encontrado, la habría tirado o qué sé yo. Y la gente la miraba, extrañada [...] Pero luego se acordó de que el libro se llamaba «Imitación de Cristo. Por Tomás de Kempis», y la dijeron que volviera a preguntar.

—No, no —volvió a decir el joven de la ventanilla.

³¹⁷ José Jiménez Lozano, *El cogedor de acianos*, Barcelona, Anthropos, 1993, 11. Para Guadalupe Arbona, este cuento ilustra la «centralidad del acontecimiento» como categoría interpretativa con diversas ramificaciones en la narrativa tanto de Jiménez Lozano, como de una de sus «cómplices» literarias más admiradas: Flannery O'Connor. Sobre esta cuestión, cf. también el «prólogo-coloquio» entre Arbona y Jiménez Lozano que sirve de introducción a Flannery O'Connor, *Encuentro tardío con el enemigo*, G. Arbona ed., Madrid, Encuentro, 2006, 7-53.

Y nadie sabía lo que era ese libro, así que ella sentía mucho el haberlo perdido por no poder enseñárselo para que vieran lo bonito que era, dijo³¹⁸.

En «La ladrona», de *Un dedo en los labios*, una viejecilla entra en una ferretería para buscar unas puntas; va examinando con mucho detalle todas las que le muestra el dependiente, pero no encuentra las que quiere. El dependiente le pregunta para qué las quiere, pero ella se calla y se despide, diciendo con una sonrisa que volverá mañana. Luego se acerca a una mercería para comprar medio metro de seda blanca, y una vez en la calle va hurgando en el bolsillo de su abrigo, donde había guardado tres puntas de distintos tamaños que había robado en la ferretería. Una vez en casa, busca en su dormitorio al cristo que tenía sobre la cama, y que esa tarde se había caído sobre la almohada porque se había desprendido de la cruz mientras ella limpiaba una mancha en la pared.

[...] comenzó a probar si aquellas puntas pasaban por los agujeros de los pies y de las manos de la imagen. Sólo que, en cuanto acercaba las puntas a los agujeros e iba a probar, decía:

—¡No, no, no!

No, no podía hacerlo; y entonces se dio cuenta de la buena idea que había tenido al comprar la cinta, aunque al principio, cuando se le ocurrió, no sabía para qué la había comprado; porque así no tenía que clavar, y aquel Cristo suyo no tendría las heridas de los pies y las manos. Derritió un poco de cera de una vela, y las taponó con ella; luego, las besó, y sujetó muy despacio y con mucho cuidado el cristo a la cruz con la cinta. De modo que devolvería las tres puntas, y

³¹⁸ Ib., 60-61.

compraría una escarpia segura para que el crucifijo no volviera a caerse nunca³¹⁹.

Y «Remordimientos» cuenta la historia de una mujer que trabaja como limpiadora en una prisión ve como algunos presos son obligados a comulgar a la fuerza.³²⁰ «Sobre todo cuando había invitados, periodistas y fotógrafos, porque había algún obispo o cardenal que visitaba la prisión y decía allí misa, y había que demostrar que aquellos presos eran ya católicos convencidos y fervorosos».

Pero ella lo vio muy claramente: salían de la capilla, iban derecho a los servicios y echaban allí la forma, mientras blasfemaban; y entonces a ella la entraba un terror que le hacía flaquear las piernas, aunque en su corazón tenía mucha misericordia por aquellos hombres. ¿Y qué podía hacer?

[...] en cuanto ellos salían de las letrinas, ella se ponía de rodillas allí donde todavía se veía flotando la forma en un inodoro y, una vez, cerró los ojos, la tomó en sus manos, la lavó al grifo de los lavabos y se la llevó a su casa. La puso sobre un pañuelo blanco de seda, fue a confesarse y, cuando se confesó, luego comulgó allí también, en su casa, en la sala buena, donde tenía la cómoda sobre la que puso dos velas encendidas ante una estampa de un Ecce Homo, que tenía en un cuadro³²¹.

³¹⁹ Ib., 95-96.

³²⁰ Este cuento parece estar relacionado con una nota que aparece en *Los tres cuadernos rojos* (op. cit., 32): «X, que estuvo en un campo de concentración y en la cárcel en la post-guerra civil por razones políticas, me cuenta lo normal que era blasfemar durante la misa obligatoria y, después de comulgar también obligatoriamente, guardarse la forma eucarística en el bolsillo y arrojarla luego a los servicios higiénicos».

³²¹ Ib., 123-124.

A la mujer le entran luego remordimientos, «pero ¿cómo podía ella dejar allí la Sagrada Forma en el inodoro, o cómo iba a decir nada de lo que había visto hacer a aquellos presos? [...] Así que, ahora que era ya una vieja y decía el periódico que el Papa no quería que las mujeres fueran curas, rezongaba. “¡Mira tú qué sabe el Papa!”». La mujer no cuenta a nadie su «secreto», y un día se encuentra con una antigua compañera de trabajo, que le pregunta si ella vio alguna vez a los presos, echando la Forma en las letrinas. La mujer dice que no, aunque «le temblaba la voz al negarlo»; y su compañera le dice que cuando ella lo veía, no hacía nada: rezaba un padre nuestro y tiraba de la cadena.

---¡Dios nos perdone!---dijo ella.
Pero ¿qué podían hacer dos pobres mujeres? Que no lo supiera nadie solamente³²².

El ajuar de mamá también incluye dos cuentos que reflejan el choque entre los valores religiosos tradicionales y los del mundo contemporáneo. «Los latinos» relata lo acontecido en una parroquia cuyos feligreses más mayores recuerdan los tiempos en que el cura no era sólo «dominguero», sino que vivía en el pueblo, decía la misa en latín, y «vestía como los antiguos romanos».³²³ Una de ellas, la maestra doña Remedios, ha sido jubilada anticipadamente porque «no estaba preparada para las nuevas pedagogías» y «nunca podría ya reciclarse», porque tenía ya cincuenta y dos años.

³²² Ib., 124.

³²³ Ib., 35.

—¿Qué le parece? —le preguntó al cura nuevo de los domingos.

—No lo tome a mal, doña Remedios. Usted ya a la vida tranquila. Los tiempos han cambiado, y todos tenemos que adaptarnos.

—¿Y la religión también? —preguntó doña Remedios.

—También, también, doña Remedios. El cambio es para todos³²⁴.

En una tertulia después de la misa dominical, algunos feligreses comentan como «la televisión sólo daba noticias de desastres y de cómo si todo estuviera manga por hombro en España y en el mundo entero»; doña Remedios responde que sólo queda confiar en Dios y nada más, pero otra mujer del pueblo, la señora Justa, le responde: «¡Pues ya ni eso, doña Remedios!»

[...] lo que había comenzado a hacer ella, desde entonces, fue contar las veces que el cura nuevo mentaba a Dios, a Jesucristo, a la Virgen y a los Santos, cuando hablaba en la iglesia. Y si la dieran a ella un euro de estos de ahora, por cada vez que el cura nuevo hacía esas menciones, no llegaría de ninguna manera a siete u ocho cada semana, incluyendo la Semana Santa en la que Jesucristo, la Virgen, san Pedro y la Magdalena eran protagonistas de la leyenda que se leía, y había que nombrarlos por necesidad³²⁵.

En el pasado, los del pueblo siempre habían pedido a doña Remedios que planteara estas cuestiones o dudas al cura, pero como «desde que la habían jubilado a la fuerza ya no era la misma», la señora Justa, viuda de «un triste caminero» y que nunca había ido a

³²⁴ Ib., 35-36.

³²⁵ Ib., 37-38.

la escuela, acude a la sacristía un domingo, después de misa y le dice a don Sebas que sólo tenía que hacerle una pregunta, y nada más: ¿existe Dios o no existe?

Y, como se quedó sin habla, continuó ella diciendo, que si no existía qué pamema era la que estábamos haciendo en la iglesia, pero que si existía, por qué y a cuento de qué no se decía nada de él, y no se le nombraba más que como de mala gana y por cumplir³²⁶.

El cura responde a la señora Justa que ella no tiene derecho a decir eso, ni a juzgarle; ella le asegura que no se trata de juzgar a nadie «porque a lo mejor tenía que ser así, y la Iglesia ahora lo quería hacer así», pero que lo pensara y que les dijera algo a los feligreses el domingo siguiente. «Y luego ya sabéis lo que nos ha dicho don Sebas; que hay gente que se mete en lo que no la llaman, y son más papistas que el Papa. ¡Mire usted qué pito toca aquí el Papa, y qué vela lleva en este entierro!» Un de los feligreses afirma que por lo menos el cura reza el *Padrenuestro*.

—Es cierto —comentó doña Remedios—. No tendríamos que quejarnos. Son los tiempos, y a lo mejor don Sebas cumple como puede, señora Justa.

—Pues por poder, por poder, pues puede ser. Pero ¡qué sé yo! —respondió ésta³²⁷.

Y en «El debido respeto» un grupo de mujeres acuden a votar; la señora Marta, a quien «lo de la democracia la daba igual» y que no

³²⁶ Ib., 38.

³²⁷ Ib., 38-39.

entiende cómo «los que venían a dar mítines cuando las elecciones dieran tantas voces, y se pusieran como se ponían», va recordando una votación que hubo siendo ella niña, «la primera vez que quitaron el crucifijo de las escuelas» porque entonces fue cuando pasó lo del señor Ambrosio el pastor.

[...] y la gente estaba muy soliviantada porque lo habían hecho sin respeto alguno, y hasta se veía la señal de que allí había estado la cruz, en la pared, y aquella señal era como una ausencia de cuando acababas de llegar del entierro de tu madre, y veías que el sol todavía hacía sombra de ella, aunque ya estuviese bajo tierra³²⁸.

Cuando al señor Ambrosio le llegó el turno de la votación, le habían dicho que tenía que quitarse el gorro, para mostrar respeto, y él había respondido «¡Anda! ¿Y por qué, si ya no está el que habéis quitado, y era el único que era Alguien, no?» Un sobrino suyo, que estaba en la mesa, le había dicho que hiciera lo que le diera la gana, pero que los tiempos habían cambiado, y que lo tuviera en cuenta.

[...] el señor Ambrosio salió diciendo que cómo no iba a darse cuenta de que habían cambiado, y de que lo mismo daba ocho que ochenta, y un respeto que otro, que es lo mismo que ninguna. Y ya veían ellas lo que quedaba del respeto, si a doña Amparo misma la tuteaban, ya a lo último, los chicos de la escuela [...]

Y luego contó que, como siempre que había votado se la había vuelto a representar allí dentro lo que las había contado del señor Ambrosio con la gorra puesta, pero también se la había representado lo que también habían venido hablando de por qué se llamaba urna la

³²⁸ Ib., 124.

urna, como si fuera la del Cristo de la procesión del Santo Entierro [...] Aunque la daba exactamente igual, pero el respeto era el respeto. ¿O no³²⁹?

Finalmente, el cuento titulado «Al regreso», de *La piel de los tomates*, narra la historia de un hombre que lleva diez años trabajando en un país extranjero, adonde se había marchado para ganar un dinero para montar un taller mecánico en su pueblo. Después de trabajar en varios oficios, entra en un hotel donde debido a su conocimiento del español y su formalidad y esfuerzo, llega a ocupar un puesto alto, y a veces duda de su intención de regresar a su tierra. Durante todos estos años, y especialmente estando de guardia por la noche, cuando algunos compañeros suyos relataban anécdotas sobre sus conquistas entre las señoras mayores hospedadas en el hotel, el hombre se acordaba de sus tías, que le habían criado desde que se quedó huérfano con ocho años y le habían costado los estudios.

[...] a esa hora de la noche era cuando más vivamente seguía representándose en su imaginación a las tías, allí en la cocina del pueblo, con la bilbaína encendida, o incluso con un braserillo si el frío arreciaba; o en verano, sentadas en unas sillas de paja en el portal y con media puerta abierta para que entrara el fresco pero no se las viese desde la calle, charlando un poco, y luego rezando el rosario mientras se hacía la sopa o se pasaba un poco la tortilla, y acordándose de él.

—Un padrenuestro por José Benito —diría tía Carmen—. Para que Dios le tenga de su mano, le libre

³²⁹ Ib., 124-125.

de los peligros del mundo, y le traiga salvo y sano a casa.

Y diría tía Obdulia:

—Y otro padrenuestro para que Dios le ilumine, y a nosotras nos deje ver su vuelta.

—¡Bueno, pues otro! —asentiría tía Carmen.

Todo eso se lo decían ellas en sus cartas de cada mes como mucho [...] ³³⁰.

Las tías también le daban noticias del pueblo; él les aconsejó que se compraran una televisión para entretenerse: «[...] y ellas lo hicieron, y luego también le daban algunas noticias de España, aunque casi siempre se las resumían diciendo que todo estaba patas arriba, y que lo blanco era ahora negro, y al revés; y que don Licerio, por ejemplo, que era el cura joven que habían tenido en el pueblo, había dejado la sotana, se había casado y había abierto un bar de carretera». Un día las tías Carmen y Obdulia reciben una carta de su sobrino avisando que llegará al pueblo para el domingo. Al final, el viaje se adelanta y cuando el hombre llega de noche, entra en la casa sin hacer ruido.

Y lo que le pareció oír era que tía Carmen decía la letanía:

—*Virgo Potens, Virgo Clemens, Virgo Fidelis, Speculum Iustitiae.*

Y que la tía Obdulia respondía *Ora pro nobis*. Se sabía él la letanía de la Virgen de memoria, desde niño, y, a poco que oyera un murmullo de quienes estaban rezando el rosario, sabía lo que decían. Pero cuando estuvo más cerca, avanzando con los zapatos en la mano, oyó el runrún de la televisión en tono bajo, y que tía Obdulia decía:

³³⁰ *La piel de los tomates*, op. cit., 62-63.

—Que no, Carmen; que ésta que está hablando estuvo casada con ese de la barbita, pero no fue con él con el que tuvo la niña, sino con el que había sido marido de su hermana, y ahora se va a casar con ella. ¡Escucha y verás!

Tía Carmen dijo entonces:

—¿Será posible?

Él entonces metió su mano en el bolsillo de su chaqueta, donde llevaba el rosario y la medalla que había comprado para ellas y tenían la bendición del Papa, y los iba dando vueltas allí dentro, hasta que decidió volver a la puerta y llamar. Y todavía oía que tía Carmen iba diciendo según iban las dos por el pasillo, al oír el llamador.

—¿Será posible? ¿Será posible³³¹

5. Comentario y resumen

En los diversos apartados de este capítulo dedicados a las figuras femeninas y la dimensión religiosa presentes en las novelas y cuentos de José Jiménez Lozano, encontramos una sorprendente variedad de circunstancias vitales y de respuestas ante las dificultades y las alegrías de la vida, y más específicamente, frente a la presencia del misterio o la trascendencia, y el significado atribuido al aspecto religioso de la existencia por parte de estas mujeres. En cuanto a los personajes bíblicos, la desbordante alegría de Sara, y su «puro amor» a la vida, hacen que las promesas aparentemente absurdas del dios de su marido le produzcan una risa gozosa, al mismo tiempo que le provocan horror la injusticia de la muerte de la mujer de Lot, y sobre

³³¹ Ib., 64-65.

todo las crueles exigencias de esa insondable divinidad que por poco conducen a la muerte de su único hijo. Las protagonistas de *Un dedo en los labios*, por otra parte, muestran una admirable fortaleza de carácter, generosidad y misericordia a pesar de su pobreza, su soledad y su abandono, así como la crueldad de los hombres que provoca tantos estragos y sufrimiento.

La presencia de las monjas en la obra de Jiménez Lozano es particularmente notable, dada la invisibilidad y la falta de comprensión de la vocación religiosa que se manifiestan en la literatura española contemporánea. El gran aprecio del autor por la fortaleza moral de monjas de Port-Royal y por su indomable «conciencia civil» ante la coerción física y espiritual ejercido por los poderes eclesiásticos y civiles, no sólo quedan de manifiesto en la novela dedicada a la historia de estas mujeres, sino en la creación de otros personajes femeninos que poseen algunas de sus características, y sobre todo, sus actitudes existenciales y su manera de desenvolverse en un ámbito incapaz de comprender su falta de temor y su alegre «desconstrucción» del montaje de los poderosos. No sólo Mère Agnès y sus discípulas de *Teorema de Pitágoras*, sino también doña Teresa Soldati y *las Señoras*, son poseedoras de estas cualidades y están dispuestas a vivir con las consecuencias de su enfrentamiento con el *mundo* y su «ruido de moscas».

En cuanto a la figura de Teresa de Jesús en la narrativa de Jiménez Lozano, como hemos indicado anteriormente, el perfil de la Santa que presenta el autor tiene más que ver con los aspectos más externos de su aventura espiritual—sus viajes, su contacto con las gentes por el camino, las peripecias de sus fundaciones, su manera

de juzgar a los hombres y al mundo—que con su experiencia mística. Por otra parte, queda resaltada en los relatos del autor la presencia de Teresa en el imaginario popular—en las leyendas sobre sus apariciones en momentos críticos, o en el conocimiento de su obra literaria—y la manera en que el autor cuenta las pequeñas historias de una figura tan grande siempre conlleva un toque de humor, o de una fina ironía. Debe señalarse, por otra parte, que los episodios de las dos novelas protagonizadas por la figura de Tesa que tratan de su vocación frustrada a la vida del Carmelo, son contados con una simpatía y verosimilitud que confirman el gran respeto que tiene el autor por aquella «aventura de amor y oración», que no siempre puede ser vivida entre los muros de la clausura, pero sí puede conducir a otras *andaduras* igualmente apasionantes.

El argumento de *La salamandra* se centra en la *pasión y muerte* de un hombre provocada por los recuerdos de la religiosidad de su infancia, la renuncia de la fe en su juventud a favor la causa revolucionaria, su actividad de *predicador* anticlerical durante la guerra, y su escandalosa defensa, años más tarde, de la fe de una mujer sencilla. En el diálogo entre Tomás y Damián se nos muestran las actitudes religiosas de muchas mujeres, desde la madre de Damián y la mujer de pueblo que, animada por su rencor hacia el clero, *monta* su propia iglesia, hasta las prostitutas repugnadas por el vacío de sus vidas que vuelven a la práctica religiosa, la *mujeruca* que le recrimina a Damián su actuación en la *boda de los santos*, y su compañera de trabajo que se refugia en su confianza en Dios y su devoción a la Virgen del Carmen para soportar la muerte accidental de su nieto. Por otra parte, y atravesando todas estas historias,

encontramos a las monjas: las que son utilizadas como ejemplos de la maldad de la religión y de los cristianos en los discursos de Damián y sus compañeros revolucionarios, las que cuidan a una madre soltera como si fuera una hermana suya, y especialmente Sor Amelia, que atiende a los ancianos «sin rechistar», les da ánimos, vela por sus necesidades y sus preocupaciones, se ríe de sus chistes y sus groserías, y acompaña a Damián en la hora de su muerte, colocando una cruz entre sus manos. La bondad y el sacrificio de esta mujer, su capacidad de afrontar las miserias de la vida con serenidad y alegría, constituyen un misterio que deja perplejo a Tomás, pero que para Damián es una fuerza capaz de ahuyentar la *salamandra en el fondo del pozo*. Las otras monjas de los cuentos de Jiménez Lozano son también mujeres sencillas y misericordiosas cuya dedicación a la vida religiosa les supone la renuncia de su categoría social para poder dedicarse a los seres sufrientes que cruzan sus caminos, al mismo tiempo que les aporta una libertad capaz de superar cualquier dolor u obstáculo para alcanzar *lo único necesario*.

Finalmente, encontramos en los cuentos estudiados en este capítulo numerosas mujeres cuya devoción religiosa desentona con un mundo sordo ante la hermosura del *Angelus*, que se ha olvidado de lo que ha significado el *kempis* para la vida interior de las personas durante generaciones, y en el cual el rezo del rosario y la letanía al final del día ha sido sustituido por los programas de *cotilleo* de la televisión. Son mujeres valerosas, que sientan una profunda piedad ante un cristo caído de su crucifijo, o en la Sagrada Forma echada a los retretes de una prisión, al mismo tiempo que no tienen reparos en expresar su disconformidad con una enseñanza del Magisterio («¡Mira

tú qué sabe el Papa!)), o los cambios litúrgicos y los descuidos en la predicación de un cura del pueblo, o la pretendida sustitución de la religión por los *valores cívicos* de la modernidad. Los *grandes y pequeños relatos* de estas mujeres están sin duda entre los más logrados de la obra narrativa de Jiménez Lozano porque ellas, como doña Teresa Soldati, «sostienen el mundo».

CONCLUSIÓN

En la introducción a este trabajo, señalamos como objeto de la investigación demostrar la particular relevancia de dos aspectos fundamentales de la obra narrativa de José Jiménez Lozano: en primer lugar, la presencia de la dimensión religiosa en su escritura; y en segundo lugar, la importancia de las figuras femeninas en las novelas y cuentos del autor, y más concretamente, las características de la religiosidad manifestada por los personajes femeninos de su obra narrativa.

En el primer capítulo hemos señalado los aspectos más importantes de la biografía personal y profesional de Jiménez Lozano, que nos ayudan a comprender las fuentes de su escritura: su infancia y juventud en la Castilla de la posguerra; sus lecturas tempranas, que con el tiempo se convertirían en estrechos lazos de «complicidad» con los grandes autores de la tradición europea y norteamericana; y el desarrollo, a través de la práctica de diversos géneros literarios, de una voz y un imaginario tan originales como independientes en el panorama literario español. Hemos hecho hincapié, por otra parte, en la importancia que han tenido los diarios del autor como clave de comprensión e interpretación de su visión del mundo, de los temas y los personajes que aparecen en su obra narrativa, y también de las penas y las alegrías que le ha supuesto el ejercicio del «oficio» de «escribidor».

En segundo capítulo de la tesis hemos puesto de manifiesto que la presencia de una preocupación religiosa, o teológica, como trasfondo de su pensamiento y de su escritura, ha sido una característica especialmente notable de la obra de Jiménez Lozano

desde sus inicios en los años 60, al mismo tiempo que ha contribuido a su «arrinconamiento», u olvido por una parte de la crítica, así como la omisión de su obra de las antologías de narrativa española publicadas en las últimas décadas. Los primeros artículos periodísticos del autor, recogidos posteriormente en diversas recopilaciones, muestran el gran interés del autor por «los problemas religiosos del momento»—el conflicto entre religión y modernidad, el impacto del Segundo Concilio Vaticano sobre la iglesia católica, la ausencia de una espiritualidad profunda y una práctica religiosa auténtica en el mundo contemporáneo—al mismo tiempo que su inclinación por la investigación histórica le ha llevado a indagar en las vidas y los hechos de las grandes figuras de la tradición cristiana, y especialmente de los pensadores católicos y protestantes de los siglos XIX y XX. Por otra parte, la convicción del autor de que no puede existir una auténtica libertad individual sin el respeto por la libertad religiosa, así como su simpatía natural por los heterodoxos y perseguidos religiosos, estimulaba la escritura y la publicación de importantes ensayos en forma de libro, así como muchas de sus primeras narraciones. A partir de los años 80 se manifiesta con mayor intensidad, en los argumentos y en los rasgos de los personajes de su narrativa, el interés que siente Jiménez Lozano por los profundos dilemas y sufrimientos interiores ocasionados por la vivencia personal de la fe, o de la falta de la misma, así como su reconocimiento de la Biblia como fuente primordial de la cultura occidental y de su propia inspiración literaria.

El tercer capítulo del trabajo, en fin, expone tanto los rasgos generales de los personajes femeninos que juegan un papel tan importante en la narrativa de Jiménez Lozano, así como la

«vividura» de la experiencia religiosa por parte de una notable variedad de mujeres, que van desde personajes tomados del Antiguo y el Nuevo Testamento, pasando por figuras destacadas de la historia religiosa de Europa como las monjas de Port-Royal o Teresa de Jesús, y llegando hasta mujeres normales y corrientes de nuestros días, con sus perplejidades, dudas y disconformidades, «sus verdades lloradas en secreto», pero también su piedad y espiritualidad, expresadas tanto en las prácticas y las tradiciones religiosas como en la realización de los ideales de vida religiosa. La visión que nos presenta Jiménez Lozano de la experiencia religiosa de las mujeres es, en términos generales, menos agónica y contradictoria y más sencilla o natural, aunque no por eso menos profunda, que la religiosidad de sus personajes masculinos, y nos ha proporcionado algunos de los personajes y argumentos más memorables de toda su inmensa producción literaria.

Cada uno de los tipos de mujeres tratados por Jiménez Lozano y los aspectos de su relación con lo religioso o trascendente, así como las implicaciones vitales de la misma, merecería un estudio monográfico. Confiamos en que este trabajo servirá como una primera aproximación a un tema que ofrece muchas posibilidades para la futura investigación, al mismo tiempo que nos invita a seguir profundizando en las múltiples dimensiones de una escritura que «nos vuelve, de golpe, a la limitada, querida, pequeña gloria de vivir en este mundo¹».

¹¹ Enrique Andrés Ruiz, «El infinito y la pequeña gloria» (crítica de la exposición «La abstracción del paisaje», Fundación Juan March, Madrid), en *ABCD la cultura*, 824, 17 de noviembre, 2007, 38.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de José Jiménez Lozano

1. Novelas

Historia de un otoño. Barcelona: Destino, 1971.

El sambenito. Barcelona: Destino, 1972.

La salamandra. Barcelona: Destino, 1973.

Duelo en la Casa Grande. Barcelona: Anthropos, 1982.

Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402).
Barcelona: Anthropos, 1985.

Sara de Ur. Barcelona: Anthropos, 1989 (2ª ed. con introd. De Antonio Piedra, Madrid, Espasa Calpe, 1997).

El mudejarillo. Barcelona: Anthropos, 1992.

Relación topográfica. Barcelona: Anthropos, 1993.

La boda de Ángela. Barcelona: Seix Barral, 1993.

Teorema de Pitágoras. Barcelona: Seix Barral, 1995.

Las sandalias de plata. Barcelona: Seix Barral, 1996.

Los compañeros. Barcelona: Seix Barral, 1997.

Ronda de noche. Barcelona: Seix Barral, 1998.

Las señoras. Barcelona: Seix Barral, 1999.

Maestro Huidobro. Barcelona: Anthropos, 1999.

Un hombre en la raya. Barcelona: Seix Barral, 2000.

Los lobeznos. Barcelona: Seix Barral, 2001.

El viaje de Jonás. Barcelona: Ediciones del Bronce, 2002.

Las gallinas del Licenciado. Barcelona: Seix Barral, 2005.

Agua de noria. Barcelona: RBA Libros, 2008.

2. Cuentos

El santo de mayo. Barcelona: Destino, 1976.

El grano de maíz rojo. Barcelona: Anthropos, 1988.

Los grandes relatos. Barcelona: Anthropos, 1991.

El cogedor de acianos. Barcelona: Anthropos, 1993.

Un dedo en los labios. Madrid: Espasa Calpe, 1996.

El ajuar de mamá. Palencia; Menoscuarto Ediciones, 2006.

La piel de los tomates. Madrid: Ediciones Encuentro, 2007.

Libro de visitantes. Madrid: Ediciones Encuentro, 2007.

3. Poesía

Tantas devastaciones. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 1982.

Un fulgor tan breve. Madrid: Hiparión, 1995.

El tiempo de Eurídice. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 1996.

Pájaros. Madrid: Huerga y Fierro, 2000.

Elegías menores. Valencia: Pre-Textos, 2002.

Elogios y celebraciones. Valencia: Pre-Textos, 2005.

4. Diarios

Los tres cuadernos rojos. Valladolid: Ámbito, 1986.

Segundo abecedario. Barcelona: Anthropos, 1992.

La luz de la candela. Barcelona: Anthropos, 1996.

Los cuadernos de la letra pequeña. Valencia: Pre-Textos, 2003.

Advenimientos. Valencia: Pre-Textos, 2006.

5. Ensayos

Meditación española sobre la libertad religiosa. Barcelona: Destino, 1966.

Los cementerios civiles y la heterodoxia española. 1ª ed. Madrid: Taurus, 1978 (2ª ed. 2008).

Sobre judíos, moriscos y conversos. Valladolid: Ámbito, 1982 (2ª ed. 1989).

Guía espiritual de Castilla. Valladolid: Ámbito, 1984 (2ª ed. 2004).

Juan XXIII. 1ª ed. Barcelona: Destino, 1973.

Ávila. Barcelona: Destino, 1988.

Los ojos del icono. Valladolid: Caja de Ahorros de Salamanca, 1988.

Estampas y memorias. Madrid: Incafo, 1990.

Retratos y naturalezas muertas. Madrid: Trotta, 2000.

Fray Luís de León. Barcelona: Ediciones Omega, 2001.

El narrador y sus historias. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2003.

Libros, librerías y lectores. Valladolid: Ámbito, 2003

6. Antologías

De cuentos

Objetos perdidos. Selección e introducción de Francisco Javier Higuero. Valladolid: Ámbito, 1993.

El balneario. Selección del autor. Oviedo: Alsa Grupo, 1998.

Yo vi una vez a Ícaro. Selección de José Luís Puerto. Valladolid: Castilla Ediciones, 2002.

Antología de cuentos. Selección e introducción de Amparo Medina-Bocos. Madrid: Cátedra, 2005.

De artículos periodísticos

Un cristiano en rebeldía. Salamanca: Sígueme, 1963.

La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones. Barcelona: Destino, 1973.

Retratos y soledades. Madrid: Ediciones Paulinas, 1977.

Ni venta ni alquiler. Madrid: Huerga y Fierro, 2002.

Otras antologías

Unas cuantas confidencias. Selección de los diarios. Valladolid: Ministerio de Cultura, 1993.

Contra el olvido. Antología general-selección de Amparo Medina-Bocos. León: Edilesa, 2003.

7. Diálogo

Una estancia holandesa: conversación. Con Gurutze Galparsoro, Barcelona: Anthropos, 1998.

8. Otros textos ensayísticos

Nosotros los judíos. Madrid: PPC, 1961.

Católicos, sí, pero... Madrid: PPC, 1961.

«El aporte del profesor Américo Castro a la interpretación del sentimiento religioso español». En: A. Amorós et al., *Estudios sobre la obra de Américo Castro* (dir. y pról. de Pedro Laín Entralgo). Madrid: Taurus, 1974, 210-245.

«Prólogo». En: José Antonio Llorente, *Historia crítica de la Inquisición en España*. Madrid: Hiparión, 1981, 7-37.

«Retrato de Teresa, o una aventura española». *El País Semanal*, 10 de octubre, 1982, 37-48.

«Estudio preliminar». En: *San Juan de la Cruz: Poesía* (ed. y notas de José Jiménez Lozano). Madrid: Taurus, 1983.

«E la guerra civile divenne una crociata». *Storia (dossier)*, 11, octubre, 1987, 19-22.

«Una estética del desdén». En: M. J. Mancho Duque, *La espiritualidad española del siglo XVI: Aspectos literarios y lingüísticos*. Salamanca: Universidad de Salamanca/UNED, 1990, 71-81.

«Prólogo» En: Jean Baruzi, *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1991, 7-31.

«*El carro de heno, y dos estancias más*». En: José Jiménez Lozano et al., *Pecado, poder y sociedad en la historia*. Valladolid: Instituto de Historia Simancas-Universidad de Valladolid, 1992, 10-39.

«El hombre sin atributos». En: *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista, Ávila, 23-28 de septiembre de 1991* (vol. II). Valladolid: Junta de Castilla y León, 1993, 19-32.

- «Por qué se escribe». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 19-34.
- San Juan de la Cruz: La sonora soledad de Juan de Yepes*. Colección «La España auténtica», Biblioteca audiovisual. Madrid: Videolibro, S.A., 1994.
- «Introducción: sobre Simone Weil y su escritura». En: Simone Weil, *Reflexiones sobre las causas de la libertad*. Barcelona: Paidós, 1995, 9-40.
- Teresa de Ávila*. Colección «La España auténtica», Biblioteca audiovisual. Madrid: Videolibro, S.A., 1995.
- «Mis cómplices americanos». En: María José Álvarez et al., *Letras en el espejo: ensayos en literatura americana comparada*. León: Universidad de León, 1997, 13-22.
- «El cristiano Péguy apuntes para una biografía de su alma». En: Charles Péguy, *Palabras cristianas* (sel., trad. e introd. de José María Martín Descalzo y José Jiménez Lozano). Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002, 133-140 (1ªed. 1966).
- «Antijudería en España». En: Reyes Mate (ed.), *La filosofía después del Holocausto*. Barcelona: Ripiedras, 2002, 221-233.
- «Convivir en otro tiempo». En: José Jiménez Lozano et al., *Religión y tolerancia: En torno a Natán el Sabio de E. Lessing*. Barcelona: Anthropos, 2003, 1-13.
- «Una cierta mirada sobre la mística». *Stromata*, 3, 2004, 11-29.
- «Monjas pintadas al gusto del tiempo». En: Victoria Howell, *Monjas pintadas*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2005, 105-136.
- «Gracias porque sí». En: Álvaro de la Rica (ed.), *Homenaje a José Jiménez Lozano: Actas del II Congreso Internacional de la Cátedra Félix Huarte*. Pamplona: EUNSA, 2006, 239-248.

«Prólogo-coloquio con José Jiménez Lozano». En: Flannery O'Connor, *Un encuentro tardío con el enemigo*, (ed. de Guadalupe Arbona, trad. y notas de Gretchen Dobrott). Madrid: Encuentro, 2006.

11. Artículos en revistas especializadas

«Sobre en jansenismo español». *Ínsula*, 366, 1977, 5.

«Oficio parvo». *El Ciervo*, 340-341, 1979, 14-15.

«El mal en la literatura». *Communio*, I, V, 1979, 64-75.

«Desde mi Port-Royal». *Anthropos*, 25, 1983, 79.

«La reconstrucción del recuerdo». *La balsa de Medusa*, 14, 1990, 3-15.

«Sobre este oficio de escribir». *Archipiélago*, 26-27, 1996, 158-162.

«Me aterra lo sagrado». *Archipiélago*, 36, 1999, 11-16.

«Queridísima e irritante Simone». *Archipiélago*, 43, 2000, 13-20.

«El ángel de la historia». *Archipiélago*, 47, 2001, 11-14.

«Palabras y baratijas: Discurso en la recepción del Premio Cervantes 2002». *Anthropos*, 200, 2003, 102-107.

«Santayana y sus murallas». *Archipiélago*, 70, 2006, 29-35.

Bibliografía sobre José Jiménez Lozano

1. Entrevistas

ESPADA, Arcadi. «José Jiménez Lozano: Un Cervantes muy castellano». *El País Semanal*, 16 de febrero, 2003, 10-14.

GÁMEZ, Pablo. «El juego de las ideas. Entrevista con el Premio Cervantes José Jiménez Lozano». [<http://www.librusa.com/entrevistajimenezlozano.html>]

OCHANDO AYMERICH, Karmen. «José Jiménez Lozano: Diálogo no platónico». *Lateral*, febrero, 2002, 29-30.

PIEDRA, A. «Conversación de una cuarto de hora: Entrevista con José Jiménez Lozano». *Archipiélago*, 26-27, 1996, 133-141.

2. Estudios y artículos en libros y revistas especializadas

ALBIAC, Gabriel. «Un discurso sobre la cultura. José Jiménez Lozano: un exilio íntimo». En: *José Jiménez Lozano: Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 83-89.

———«Lo que paga la muerte». En: *Anthropos*, 200, 2003, 244-247.

ALDA SÁNCHEZ, Fernando. *La salamandra en el fondo del pozo*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1988.

ALONSO PALOMAR, Pilar. «Notas sobre la mujer: Sara de Ur, de Jiménez Lozano». *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 13, 1995, 287-294.

ARBONA, Guadalupe. «En torno a una teoría del relato: Flannery O'Connor y José Jiménez Lozano». *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 31, 2005[<http://www.ucm.es/info/especulo/numro31/teorelat.html>].

BELTRÁN BROTONS, María Jesús. «La “víctima doble” en *Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402)* de José Jiménez Lozano». En: P. Joan i Tous y H. Nottebaum (eds.), *El olivo y la espada: Estudios sobre el antisemitismo en España (siglos XVI-XX)*. Tubinga: Romania Judaica 2003, 457-467.

BERMEJO, José María. «Jiménez Lozano: escritor y cristiano heterodoxo». *Vida Nueva*, 11 de enero, 2003, 38-39.

- BONNIN, Lea. «Un hombre solo: Jiménez Lozano y el periodismo». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3), Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 97-111.
- «José Jiménez Lozano y el granar de los días». *Lateral*, julio-agosto 2003, 6.
- «A vueltas con la memoria». *Anthropos*, 200, 2003, 128-134.
- CABESTRERO, Teófilo. «Encuentro con José Jiménez Lozano». *Misión abierta*, 1, 1973, 19-32.
- CALVO REVILLA, Ana. «Silencio interior, soledad y belleza, tres constantes en la trayectoria literaria de José Jiménez Lozano». *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 24, 2003 [http://www.ucm.es/info/especulo/numero24/jlozano.html]
- CASTELO, Santiago. «Los papeles diarios de José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano: Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 157-159.
- CONTE, Rafael. «Jiménez Lozano, un buceador de la trascendencia». *Anthropos*, 25, 1983, 64-66.
- «El narrador y su mundo. Una literatura de salvación». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 111-114.
- «Introducción: Por la libertad del espíritu». En: *José Jiménez Lozano, Historia de un otoño*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1994, 5-16.
- CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia. «Las voces en *La boda de Ángela* de J. Jiménez Lozano». *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 3, 1994, 103-115.

- DE LA RICA, Álvaro. «Retratos y naturalezas muertas en la obra de José Jiménez Lozano». En: Álvaro de la Rica (ed.), *Homenaje a José Jiménez Lozano: Actas del II Congreso Internacional de la Cátedra Félix Huarte*, Pamplona: EUNSA, 2006, 29-43.
- DIEZ, Luis Mateo. «La hermana risueña». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 182-186.
- DOMINGO, Teresa. «José Jiménez Lozano: *El viaje de Jonás*». *Especulo: Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 23, 2003 [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero23/jonas>].
- FORBELSKY, Josef. «Al margen de una traducción». *Anthropos*, 25, 1983, 70-71.
- «La pregunta radicalmente planteada. El mundo de José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 115-118.
- «La novela y su circunstancia». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 123-128.
- «José Jiménez Lozano, escritor fuera y dentro de su tiempo». En: Álvaro de la Rica (ed.). *Homenaje a José Jiménez Lozano: Actas del II Congreso Internacional de la Cátedra Félix Huarte*. Pamplona: EUNSA, 2006.
- GARCÍA ORTEGA, Adolfo. «Parábola de los suburbios y los finales». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3), Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 123-128.
- GIRONELLA, José María. «José Jiménez Lozano, ensayista». En: *100 españoles y Dios*. Barcelona: Editorial Nauta, 1971, 238-252.
- GONZÁLEZ SAINZ, J. A. «Como los pájaros se desazonan en la jaula». *Archipiélago*, 17, 1994, 133-134.

- «Para que todo esto no sea todo». *Archipiélago*, 26-27, 1996, 141-146.
- «Escribir como si se pusiera una vela». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 131-144.
- «Salir del pozo (un ofrecimiento de compañía)». *Anthropos*, 200, 2003, 135-142.
- «El signo de Jonás». En: Álvaro de la Rica (ed.), *Homenaje a José Jiménez Lozano: Actas del II Congreso Internacional de la Cátedra Félix Huarte*. Pamplona: EUNSA, 2006, 107-126.
- HERNANDO, Bernardino. «Introducción a los papeles de José Jiménez Lozano». *Misión abierta*, 1, 1973, 1-10.
- HERRERO ESTEBAN, Jacinto. «Homenaje a José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 137-144.
- HERRERO ESTEBAN, Jacinto. «Homenaje a José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano: Premio Nacional de las Letras 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 137-144.
- HIGUERO, Francisco Javier. «La problemática de la libertad en "Retratos y soledades" de Jiménez Lozano». *Anthropos*, 25, 1983, 71-74.
- La memoria del narrador: la narrativa breve de Jiménez Lozano*. Valladolid: Ámbito, 1993.
- «Jiménez Lozano o la permanencia del significado originario». En: *Objetos perdidos* (antología de cuentos de José Jiménez Lozano). Valladolid: Ámbito, 1993, 11-33.
- «El fondo intrahistórico de la narrativa de Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 61-79.

- Estrategias deconstructoras en la narrativa de Jiménez Lozano*. Rock Hill, South Carolina: Spanish Literature Publications Company, 2000.
- «La desterritorialización del poder inquisitorial en *El sambenito* de Jiménez Lozano». *Monographic Review*, vol. XVIII, 2002, 92-108.
- IBÁÑEZ IBÁÑEZ, José Ramón. *La escritura reivindicada: claves interpretativas en los ensayos de José Jiménez Lozano*. Junta de Castilla y León, 2005.
- KAUS, Sofia. «Pecado y control social en *El sambenito*». *Monographic Review*, vol. XVIII, 2002, 109-119.
- KOVROVA, Ana. «Fiodor Dostoievski y José Jiménez Lozano». En: Álvaro de la Rica (ed.), *Homenaje a José Jiménez Lozano: Actas del II Congreso Internacional de la Cátedra Félix Huarte*. Pamplona: EUNSA, 2006, 127-148.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro. «Nuevo castellano viejo». *Anthropos*, 25, 1983, 63-64.
- MARTÍNEZ, Ana María. «*El viaje de Jonás: un relato fundante*». *Anthropos*, 200, 2003, 213-216.
- MATE, Reyes. «La muerte de los españoles o las razones de su malvivencia, en *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*». *Anthropos*, 25, 1983, 77-78.
- «Narración y memoria: reflexiones filosóficas sobre la obra de Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 47-60.
- «Guardar al silencio». *Anthropos*, 200, 2003, 143-149.
- MEDINA-BOCOS, Amparo. «Introducción» y «Guía de lectura». En: José Jiménez Lozano, *Contra el olvido: Antología*. León: Edilesa, 2003.
- «De Port-Royal a Nínive. Un recorrido por la obra de José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano* (colección

- Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 25-45.
- «Claves para la lectura de José Jiménez Lozano». *Anthropos*, 200, 2003, 175-188.
- «Introducción». En: José Jiménez Lozano, *Antología de cuentos*, ed. de Amparo Medina-Bocos. Madrid: Cátedra, 2005, 11-126.
- MERMALL, Thomas. «José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso». *Anthropos*, 25, 1983, 66-69.
- «Estética y mística: El castillo interior de José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premios Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 91-98.
- «The Art of Love and Interior Landscape: José Jiménez Lozano's Spiritual Analytic». En: A. P. Alencart (ed.), *Naturalezas del escritor: ofrenda de amigos a José Jiménez Lozano*. Salamanca: Trilce Ediciones, 88-97.
- OCHANDO AYMERICH, Karmen. «Desde la perplejidad». *Lateral*, febrero, 2002, 31.
- ORIOLE SERRES, Caridad. «Soledad, poesía y recreación en *El mudejarillo*». *Suplementos Anthropos*, 40, 1993, 94-99.
- «"Por puro amor de puro amor" en *Sara de Ur* de José Jiménez Lozano», *Cátedra Nova*, 2, 1995, 147-158.
- «*Un dedo en los labios* de José Jiménez Lozano». *Cátedra Nova*, 7, 1998, 107-117.
- «José Jiménez Lozano: *Ronda de noche*». *Cátedra Nova*, 12, 2000, 65-70.
- «*El grano de maíz rojo*». *Anthropos*, 200, 2003, 217-222.

- PÉREZ PELLÓN, Javier. «Los papeles de cada día. Homenaje a José Jiménez Lozano». *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 163-171.
- PIEDRA, Antonio. «Introducción». En: José Jiménez Lozano, *Sara de Ur*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989, 9-59.
- «Sara de Ur, el retozo del Génesis». *Ínsula*, 520, 1990, 23-24.
- «La travesía de la infamia». *Archipiélago*, 26-27, 1996, 153-157.
- «Apunte biográfico». *Anthropos*, 200, 2003, 116-119.
- POZUELO YVANCOS, José María. «José Jiménez Lozano: fábulas pequeñas de historias memorables». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 47-79.
- ROSSI, Rosa. «La mirada planetaria de un “escritor de pueblo”». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 37-45.
- «La presencia de las mujeres en la narrativa de José Jiménez Lozano». *Archipiélago*, 26-27, 1996, 157-158.
- SHERZER, William M. «José Jiménez Lozano y la voz picaresca castellana». *Anthropos*, 25, 1983, 75-76.
- José Jiménez Lozano: Tale Telling in Old Castille». *Revista Hispánica Moderna*, 2, XLV, 1992, 310-317.
- «El yo errante de José Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano, Premio Nacional de las Letras Españolas 1992*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1994, 119-124.
- THIEBAUT, Carlos. «El ensayo dialogado o el pensamiento adversativo». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 44, II época, 2001, 103-109.

TRAPIELLO, Andrés. «Dos escritos sobre los diarios de Jiménez Lozano». En: *José Jiménez Lozano* (colección *Nuestros Premios Cervantes*, 3). Universidad de Valladolid-Junta de Castilla y León, 2003, 239-244.

2. Artículos y reseñas en prensa

ALBIAC, Gabriel. «Todo son matices». *La Razón*, 29 de octubre, 2007, 10.

———«Visita a lo sagrado». *La Razon*, 10 de diciembre, 2007, 10.

ARMADA, Alfonso. «Guía espiritual de Castilla». *ABC*, 23 de julio, 2003, 78-79.

BASANTA, Ángel. «Carta de Tesa». *El Cultural*, 18 de octubre, 2000, 18.

CONTE, Rafael. «La lucha con el ángel». *El País, Libros*, 12 de mayo, 1985, 3.

———«Carta de un cristiano insumiso». *ABC Cultural*, 5 de junio, 1999, 11.

———«Una mirada jansenista y castellana». *ABC Cultural*, 19 de febrero, 2001, 21.

———«La salvación de Níveve». *Babelia*, 29 de diciembre, 2002, 6.

DOMINGO, María Teresa. «La crucigrama del mundo». *La mirada, El Correo de Andalucía*, 8 de diciembre, 1995, 32.

———«El espejo de Jiménez Lozano». *La mirada, El Correo de Andalucía*, 26 de abril, 1996, 34.

———«Que Blas Cívicos nos ilumine». *La mirada, El Correo de Andalucía*, 17 de mayo, 1996, 32.

———«Fidelidad a los hombres». *La mirada, El Correo de Andalucía*, 29 de mayo, 1992, 22.

- «El mundo es fábula». *La mirada, El Correo de Andalucía*, 3 de julio, 1999, 4.
- ESCOBAR, Julia. «Autores de culto». *La Revista de Libertad Digital*, 5 de marzo, 2004 [<http://revista.libertaddigital.com/articulo.php/1276216919>]
- «El fin del mundo antiguo». *Libros, Libertad Digital*, 10 de marzo, 2005 [<http://libros.libertaddigital.com/articulo.php/1276229774>]
- «La gallina que combatió en Lepanto». *Libros, Libertad Digital*, 23 de febrero, 2006 [<http://libros.libertaddigital.com/articulo.php/1276231387>]
- GONZÁLEZ SAINZ, J. A. «El recordatorio y la ofrenda». *Babelia*, 24 de julio, 1999, 7.
- «A una luz más tenue». *Babelia*. 24 de marzo, 2001, 9.
- GOÑI, Javier. «Perito en silencios». *Babelia*, 4 de diciembre 1993, 23.
- JURISTO, Juan Ángel. «José Jiménez Lozano: *Un dedo en los labios-Las sandalias de plata*». *Esfera-El Mundo*, 23 de marzo, 1996, 14.
- LÁZARO CARRETER, Fernando. «*El muderjarillo*». *ABC Literario*, 27 de noviembre, 1992, 11.
- MATE, Reyes. «El nombre de las cosas». *Babelia*, 24 de octubre, 1992, 15.
- POZUELO YVANCOS, José María. «Un profeta pequeño». *Blanco y Negro Cultural*, 14 de diciembre, 2002, 13.
- «El don del anacronismo». *Blanco y Negro Cultural*, 15 de marzo, 2003, 11.
- «Llegaron los bárbaros». *Blanco y Negro Cultural*, 4 de diciembre, 2004, 7.

———«El susurro de las cosas». *ABCD la Cultura*, 17 de diciembre, 2005, 20.

SANZ VILLANUEVA, Santos. «*El viaje de Jonás*». *El Cultural-El Mundo*, 19 de diciembre, 2002, 17.

SENABRE, Ricardo. «*La boda de Ángela*». *ABC Literario*. 29 de octubre, 1993, 9.

———«*Teorema de Pitágoras*». *ABC Literario*. 24 de febrero, 1995, 10.

———«*Las sandalias de plata*». *ABC Literario*, 29 de marzo, 1996, 7.

———«*Ronda de noche*». *ABC Literario*, 17 de abril, 1998, 11.

SILBER, Martine. «*Sur les chemins des hommes et de Dieu*». *Le Monde des Livres*, 14 de mayo, 1999, 1.

TRAPIELLO, Andrés. «*Palabras mayores*». *Babelia*, 8 de marzo, 2003, 5.

Otras obras consultadas

AHLGREN, Gillian T. W. *Teresa of Avila and the Politics of Sanctity*. Ithaca: Cornell University Press, 1996.

ÁLVAREZ JUNCO, José. «El anticlericalismo en el movimiento obrero» en AA.VV., *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*. Madrid, Siglo XXI, 1985, 283-300.

ANA DE SAN BARTÓLOME. *Autobiografía*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1969.

BILINKOFF, Jodi. *Ávila de Santa Teresa: La reforma religiosa en una ciudad del siglo XVI*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1993.

- BROWN, Peter. *Augustine of Hippo*. Berkeley: University California Press, 2001.
- CALLAHAN, William J. *Iglesia, política y sociedad en España, 1750-1874*. Madrid: Nerea, 1989.
- *La Iglesia Católica en España, 1875-1998*. Barcelona: Crítica, 2002.
- CÁRCEL ORTÍ, Vicente. *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*. Madrid: Rialp, 1990.
- CARO BAROJA, Julio. *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*. Madrid: Istmo, 1980.
- CASTRO, Américo. *Teresa la santa y otros ensayos*. Madrid: Alfaguara, 1972.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio. «Cultura, política y cultura política en la violencia anticlerical», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, pp. 69-97.
- COGNET, Louis. *Le jansenisme*. Paris: Presses Universitaire de France, 1964.
- CONCHA, Víctor García de la. *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona: Ariel, 1978.
- CUEVA MERINO, Julio de la. «Si los curas y frailes supieran...». En: Santos Juliá (ed.), *Violencia política en la España del siglo XX*. Madrid: Taurus, 2000.
- DE CERTEAU, Michel. *La fábula mística (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Siruela, 2006.
- DEFOURNAUX, Marcelin. *Pablo de Olavide. El afrancesado*. Sevilla: Padilla Libros, 1990.
- EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. y Otger STEGGINK, O. Carm. *Tiempo y vida de Santa Teresa*. 3ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.

- EGIDO MARTÍNEZ, Teófanos. *El linaje judeoconverso de Santa Teresa*. Madrid: Espiritualidad, 1986.
- EGIDO MARTÍNEZ, Teófanos, Víctor GARCÍA DE LA CONCHA, y Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL (eds.). *Congreso Internacional Teresiano (4-7 octubre, 1982)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1983.
- FRAY LUÍS DE LEÓN. *Obras completas*. Felix García, O.S.A. (ed.) Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.
- KOLAKOWSKI, Leszek. *Dios no nos debe nada. Un breve comentario sobre la religión de Pascal y el espíritu del jansenismo*. Barcelona: Herder, 1996.
- KROPOTKIN, Pedro. *La conquista del pan*. Bilbao: Zero, 1973.
- LA PARRA, Emilio y Manuel SUAREZ CORTINA (eds.). *El anticlericalismo español contemporáneo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.
- LÁZARO CARRETER, Fernando. «Santa Teresa de Jesús, escritora (El "Libro de la Vida")». En: Teófanos Egido Martínez et al., eds., *Congreso Internacional Teresiano (4-7 octubre 1982)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, vol. 1, 11-27.
- LLAMAS MARTÍNEZ, Enrique. *Santa Teresa de Jesús y la Inquisición Española*. Madrid: CSIC, 1972.
- MANCINI, Guido. «Tradición y originalidad en el lenguaje coloquial Teresiano». En: Teófanos Egido Martínez et al., eds., *Congreso Internacional Teresiano (4-7 octubre 1982)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, vol. 2, pp. 497-493.
- MÁRQUEZ, Antonio. *Literatura e Inquisición en España (1478-1834)*. Madrid: Taurus, 1980.
- MEDWICK, CATHLEEN. *Teresa of Avila. The Progress of a Soul*. New York: Alfred A. Knopf, 1999.

- MONTERO MORENO, Antonio. *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1998 (1ª ed. 1961).
- MUÑOZ ALONSO, Adolfo. «Concepto del mundo y de las cosas en Teresa de Jesús» en *Revista de espiritualidad*, vol. 22, 1963, 489-498.
- MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela. *Beatas y santas neocastellanas: Ambivalencia de la religión, correctoras del poder (ss. XIV-XVII)*. Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General de la Mujer, 1994.
- «Fent món en el món: El moviment religiós femení castellà (segles XII-XVI)». *La Avenç: Revista de història i cultura*, 255, 2001, 60-65.
- OSUNA, Francisco de. *Tercer abecedario espiritual*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1972.
- NADLER, Steven. *Spinoza: A Life*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- PAULINO AYUSO, José. «La aparición de la religiosidad en la narrativa de los años 60». *Fe y secularizad: Memoria académica 1981-1982*. Madrid, 1983, 26-42.
- «Identidad religiosa y existencia. Libro de las memorias de las cosas, de Jesús Fernández Santos. 'Ilu Revista de Ciencias de las Religiones, 10, 2005, 107-126.
- PÉREZ, Joseph. *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*. Madrid: Algaba Ediciones, 2007.
- RAPLEY, Elizabeth. *The Dévotes. Women and Church in 17th Century France*. Montreal: McGill-Queen's University Press, 1993.
- RODRÍGUEZ PANIZO, Pedro. «La tensión estructura-historia en el estudio del fenómeno religioso». *'Ilu: Revista de ciencias de las religiones*, 1995, 227-236.

- «El ámbito de lo íntimo». *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 676, 2002, 705-718.
- ROSSI, ROSA. *Teresa de Ávila: Biografía de una escritora*. Barcelona: Icaria, 1984.
- SAINTE-BEUVE, Charles Agustin. *Port-Royal*. Paris: Gallimard, 1953-1955.
- SANGNIEUX, Joel. «Santa Teresa y los libros». En: Teófanos Egido Martínez et al., eds., *Congreso Internacional Teresiano (4-7 Octubre 1982)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, vol. 2, 747-764.
- SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*. Licinio Ruano de la Iglesia, ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.
- SANTA TERESA DE JESÚS. *Obras completas*. Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger, Steggink, O. Carm., eds., 9ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2002.
- SANTAYANA, George. *Persons and Places*. Cambridge, MA: The MIT Press, 1987.
- SEDGWICK, Alexander. *The Travails of Conscience. The Arnauld Family and the Ancien Regime*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.
- SLADE, Carole. *St. Teresa of Avila: Author of a Heroic Life*. Berkeley: University of California Press, 1995.
- TAVENEAU, René. *Le catholicisme dans la France Classique (1610-1715)*. Paris: CDU et SEDES, 1994.
- UGALDE Y AGÚNDEZ, Jesús María de. *Los caminos teresianos*. Madrid: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 2002.
- WEBER, Alison. *Teresa of Avila and the Rhetoric of Femininity*. Princeton: Princeton University Press, 1990.